

MEDIOEVO XI

—❖— FRONTERA —❖—



MEDIOEVO 11 - FRONTERA

Luis René González López

MEDIOEVO 11 - FRONTERA

[MEDIOEVO XI: FRONTERA](#)

[ÍNDICE](#)

MEDIOEVO XI: FRONTERA

Luis René González López

- ○

ÍNDICE

TEMPORADA 1: SERVICIO

[001](#) El transporte frenó dos veces antes de llegar. - [002](#) A las 13 horas la instrucción consistió en caminar. - [003](#) La primera patrulla fue al tercer día. - [004](#) Anya llegó en la segunda semana. - [005](#) Faith llegó cuatro días después de Anya. - [006](#) La orden de entrar al bosque llegó en la cuarta semana. - [007](#) Lo que Sien había detectado a 200 metros era un... - [008](#) Sien los guió durante once horas. - [009](#) Salieron del bosque a las 14 horas del segundo día. - [010](#) Los cinco durmieron diecisiete horas. **TEMPORADA 2: CALLES**

(EXPANDIDA)

[011](#) Remache vivía dentro de su armadura. - [012](#) Sien no había dormido en tres días. - [013](#) Sien tenía 14 años cuando los hemacronos oscuros... - [014](#) Gallo transmitía todas las noches desde las 23 horas. - [015](#) Polvo vivía en el nivel dos del Bloque 22 con once ratas,... - [016](#) Gancho se llamaba así por la herramienta. no por la

mano. - [017](#) Bajaron a las 3:40:05. - [018](#) Sien levantó las manos. - [019](#) Sacaron a los siete niños en cuarenta y seis minutos. - [020](#) Faith llegó a las 7 horas de la mañana. **TEMPORADA 3: ROBO (EXPANDIDA)**

[021](#) Nico no tenía registro. - [022](#) La reunión fue en el sótano del Bloque 22. - [023](#) La planificación tomó nueve días. - [024](#) La operación fue un martes a las 2 horas de la mañana. - [025](#) El nivel cuatro era más pequeño de lo que el plano sugería. - [026](#) El viejo hablaba sin parar. - [027](#) Tyr les dio de comer. - [028](#) La primera transmisión con los transceptores fue esa noche. - [029](#) El GM descubrió el robo a los diecinueve días. - [030](#) El punto de encuentro era un galpón de tránsito abandonado... **TEMPORADA 4: REBELIÓN**

- [031](#) La rebelión no empezó con un discurso. - [032](#) Los Carmesí llegaron a Entreternia a las 9 semanas. - [033](#) La escolta cerró el séptimo acceso a los túneles en la... - [034](#) El coordinador vino por Sien. - [035](#) El coordinador llegó a Entreernia tres días después de que... - [036](#) Las ratas no volvieron. - [037](#) Sien colapsó a las 3 semanas. - [038](#) Lo que cada miembro perdió:
- [039](#) Faith vino a Cruce 7 en la semana dieciocho. - [040](#) La escolta se estableció en la frontera en la semana veinte. - [Nota Del Autor](#)

[Glosario](#)

[Sobre Esta Obra](#)

- ○

Lo que encontré ahí fue gente. No héroes. No elegidos. No rebeldes con discurso. Gente que hacía cosas porque las cosas necesitaban hacerse y porque nadie más las iba a hacer. Un hombre que oía colores. Una mujer que sentía frecuencias con los dedos. Un tipo que se ponía armadura de chatarra todos los días. Un hombre descalzo que calmaba ratas y niños con una vibración que salía de su cuerpo. Un adolescente que abría puertas que nadie más podía abrir. Y un chico que no hacía ruido y que llevaba una piedra en el bolsillo. No son soldados. Son una escolta. La diferencia es que los soldados pelean por órdenes y la escolta pelea por lo que está detrás de ella.

Los soldados ganan o pierden. La escolta se queda. Mientras escribía este libro descubrí verdades sobre las frecuencias: que la más importante no es la que transmites sino la que recibes. Que el mundo lleva siglos transmitiendo en todas las frecuencias posibles y que nosotros hemos olvidado cómo escuchar. Que las Torres que nos suprimen no nos quitan nada que antes no tuviéramos nos apagan capacidades que siempre tuvimos. Ciento cuarenta personas escuchaban al principio. Mil doscientas al final. Y eso fue solo un libro. La frecuencia sigue transmitiendo. 102.01 FM. Para el que quiera escuchar. $\chi \cdot e^{\chi} = 1$

• **GUÍA DE TAGS RAYUELA**

LIBRO XI

SISTEMA DE TAGS PARA CICLO 5

LA ESCOLTA (4 PROTAGONISTAS PRINCIPALES): - [S]

= Escolta (colectivo): Sien (571 menciones), Gallo (557), Polvo (569),

Remache (367) - **Sien** (571): Líder, percepción de frontera, 14 años cuando descubrió hemacronos oscuros - **Gallo** (557): Oye colores, sinestesia auditiva, detecta 102.01 FM, Do sostenido del generador - **Polvo** (569): Descalzo, siente frecuencias con dedos, sensibilidad de color, parche “POLVO” - **Remache** (367): Armadura de chatarra, propiedades de sólido/denso, tuerca hexagonal

SISTEMAS Y FUERZAS: - **[H]** = Hemacronos (fenómenos temporales, variantes oscuras que emergen en la frontera) - **[O]** = Observacionismo (vigilancia, percepción de la frontera PM/PB) - **[A]** = ARCHON (coordinador, control sistémico) - **[D]** = Darvi (conexión a Book X, reparador que aparece en la frontera) - **[R]** = Ronin/External Observation (función de vigilancia desde afuera)

UBICACIÓN Y CONTEXTO:

Puesto Avanzado 17: Frontera entre PM (Plano Municipal) y PB (Plano Base)

- Tierra de la frontera: Filtraciones, propiedades del suelo inconsistentes
- 102.01 FM: Transmisión que emerge, frecuencia de resistencia

CONTENIDO POR TEMPORADA:

Temporada 1 (Cap. 001-010): La Escolta llega a la frontera. Descubren fenómenos PM/PB. Focus: **[S][H][O]** Introducción a la frontera, capacidades emergentes. Temporada 2 (Cap. 011-020): Operaciones en calles. Hemacronos oscuros se intensifican. Focus: **[S][H][O][D]** Gallo transmite en 102.01 FM, frecuencias peligrosas. Temporada 3 (Cap. 021-030): Tráfico de recursos. Planificación. Ratas como mensajeras. Focus: **[S][O][H][R]** Infraestructura de resistencia se construye. Temporada 4 (Cap. 031-040): Rebelión.

Hemacronos oscuros se revelan. La Escolta se establece. Focus: [S][H][O][A] Convergencia final, transmisión masiva (1200 personas escuchando). **FIGURAS CLAVE:** 102.01 FM: Transmisión de Gallo que despliega consciencia

Coordinador: Agente del ARCHON, busca a Sien

Faith & Anya: Presencias misteriosas que apoyan a la Escolta

Ratas: Comportamiento coordinado, mensajería animal

Hemacronos oscuros: Emergentes en la frontera, atacan pero Sien los “escucha”

PATRÓN CENTRAL: La Escolta es un colectivo de resistencia cuya fuerza viene de sus anomalías perceptivas: Gallo oye frecuencias, Polvo siente texturas, Remache es peso estructural, Sien es el centro. Su poder es observacional: pueden ver/oír/sentir lo que el sistema no puede. Fórmula final: $\chi \cdot e^{\chi} = 1$ (Lambert W función que se repite infinitamente retorna a sí mismo) ## TEMPORADA 1: SERVICIO

- ○

CAPÍTULO 001 [S][H][O]

El transporte frenó dos veces antes de llegar. La primera fue por una cabra. El animal estaba en medio de la carretera de tierra compactada que el Gobierno Municipal había dejado de mantener tres años antes, cuando la zona fue reclasificada de “perímetro activo” a “contención pasiva.” Reclasificar era lo que el GM hacía cuando no tenía presupuesto para arreglar algo le cambiaba el nombre y el problema se convertía en otra cosa, una cosa que

figuraba en otro departamento y cuyo deterioro era responsabilidad de alguien que no existía.

La carretera tenía grietas del ancho de un puño cada tres metros. Las grietas no eran de desgaste: eran geológicas, del tipo que produce un suelo que se mueve por debajo de la superficie sin que la superficie lo permita. La tensión acumulada se liberaba en las grietas. El camión las pasaba con un golpe seco en la suspensión que subía por las ruedas, por el chasis, por el banco de metal, y terminaba en la base de la columna de cada uno de los cuarenta reclutas que viajaban en la parte trasera.

La cabra masticó. El conductor tocó la bocina un sonido grave, neumático, que rebotó contra los árboles del borde de la carretera y volvió con un segundo de retraso. El eco era largo. En Ciudad Esperanza, donde los edificios absorbían el sonido, los ecos duraban décimas. Aquí, donde la densidad de las cosas disminuía con cada kilómetro, los ecos duraban más porque tenían que viajar más lejos antes de encontrar algo contra qué rebotar. Gallo tenía dieciocho años, cuatro horas de sueño, y un dolor en la rodilla izquierda que llevaba ahí desde que se subió al transporte en la estación de reclutamiento seis horas antes.

El dolor no era de golpe ni de enfermedad. Era de posición seis horas sentado en un banco de metal con las piernas dobladas contra el banco de enfrente, que estaba a cuarenta y tres centímetros. Gallo lo sabía porque había contado los remaches del banco. Diecinueve remaches a lo largo, espaciados a dos punto tres centímetros, daban un banco de cuarenta y tres punto siete centímetros de ancho. Contar cosas era lo que hacía cuando no podía dormir. Contar y escuchar. El banco vibraba en Si bemol cuando el camión pasaba las grietas, un Si

bemol sucio que tenía armónicos en la zona media que indicaban metal fatigado, metal que ha sido doblado y desdoblado demasiadas veces y que ya no vuelve completamente a su forma original.

La cabra se movió sola. Tarde. Con la parsimonia de un animal que sabe que la carretera fue suya antes de que el camión existiera. El conductor arrancó sin decir nada. El camión pasó por encima de las cagadas de cabra que estaban en la franja central y el olor subió por la parte trasera, orgánico, verde, honesto de una manera que el resto de los olores del transporte no lo eran. Porque el transporte olía a diesel, a sudor de cuarenta cuerpos apiñados en un espacio diseñado para veinticinco, a la barra de proteína que alguien había vomitado en algún momento del trayecto, que nadie había limpiado porque limpiar implicaba moverse, moverse implicaba perder el espacio que tu cuerpo había conquistado en el banco.

Y debajo de todo eso, debajo del diesel, del sudor y del vómito procesado, olía a miedo. No el miedo agudo de la amenaza inmediata. El miedo crónico de cuarenta personas que van a un lugar del que el setenta y siete por ciento no vuelve y que no hablan de eso porque hablar de eso lo haría real de una manera que el silencio no lo hace. La segunda parada fue por el olor. No los olores del camión. Otro olor. Algo que entró por la ventana trasera cuando el camión pasó una curva y el viento cambió de dirección del oeste al noroeste, un cambio de cuarenta grados que trajo aire de un lugar que no olía a bosque ni a carretera ni a ninguna de las cosas que Gallo había catalogado en dieciocho años de oler el mundo con una atención que su hermano llamaba defecto y que los médicos del sistema llamaban “percepción cruzada no patológica.”

El olor era ozono quemado mezclado con algo orgánico, mineral, caliente, con un fondo dulce que no debería estar ahí. La clase de dulce que producen los compuestos orgánicos cuando se descomponen a temperaturas altas, no podrido, no fermentado, sino transformado. Algo que había sido una cosa se había convertido en otra cosa y el proceso de conversión había dejado residuo en el aire. Gallo lo registró antes que los demás. Siempre registraba los olores, los sonidos antes que las imágenes. Había sido así desde que tenía memoria, desde que su hermano dejó de contestarle las preguntas sobre por qué el Do menor era azul oscuro, el Re mayor era naranja y el ruido del refrigerador de casa tenía bordes verdes.

Su hermano había dejado de contestar cuando Gallo tenía once. A los diecisiete, su hermano se casó con una mujer que no hacía preguntas y dejó de hablarle. Gallo se registró como huérfano en el formulario de reclutamiento porque la diferencia entre tener un hermano que no te habla y no tener hermano fue administrativa, no real. El conductor frenó, bajó la ventana de su cabina, olió el aire. Mantuvo la nariz expuesta durante cinco segundos. Volvió a subir la ventana. Arrancó. El recluta sentado frente a Gallo no había reaccionado al olor.

Tenía la mandíbula ancha, los ojos quietos no calmados, quietos de la manera en que están quietas las cosas pesadas y las manos ocupadas con una tuerca hexagonal que giraba entre los dedos de la mano derecha con la fluidez de un tic que lleva años de práctica. La tuerca era de acero inoxidable, rosca M12, y producía un clic mínimo cada vez que completaba una rotación entre el pulgar y el índice. Clic. Clic. Clic. Tres por segundo. El recluta no miraba la tuerca. Miraba el piso del camión con la atención de alguien que está

calculando distancias, espesores, resistencias, evaluando el material que lo separaba del suelo con el instinto de quien ha pasado demasiado tiempo pensando en lo que hay debajo de las cosas.

No hablaron durante el trayecto. No había nada que decir que no se dijera mejor con el cuerpo: la postura de los que venían por obligación (hombros caídos, cabeza baja, pies apuntando hacia la puerta), la postura de los que venían por necesidad (hombros tensos, cabeza alta, pies plantados), y la postura de Gallo (hombros en ángulo, cabeza ladeada, un pie al frente y otro hacia la puerta, la posición de alguien que todavía no ha decidido en qué dirección correr). El camino se angostó. Los pinos de la zona urbana dieron paso a algo más bajo, más retorcido, con corteza que se desprendía en tiras grises como piel quemada que el cuerpo descarta.

La luz cambió. No se oscureció la hora era la misma, mediodía con cielo despejado pero la calidad de la luz se volvió plana, uniforme, sin las sombras definidas que producía el sol cuando había distancia entre las cosas que iluminaba. Aquí las sombras se pegaban a los troncos sin separarse. La distancia entre un árbol y su sombra era cero. Gallo registró el fenómeno con el oído antes que con los ojos: el sonido del motor del camión dejó de producir eco. Las ondas salían y no volvían. No absorbidas, tragadas.

Como si el aire entre los árboles torcidos fuera más denso de lo que el aire debería ser y las ondas de sonido se quedaran atrapadas en la densidad. Uno de los reclutas del fondo del camión se persignó. Otro le dijo que dejara de hacer eso. Un tercero vomitó no por el movimiento del camión sino por lo que su cuerpo registraba mientras su mente todavía no podía nombrarlo. El camión pasó una

última curva y la frontera apareció. No había letrero. No había valla. No había línea pintada en el suelo. Había un cambio en el piso.

La tierra compactada terminaba en un borde irregular de la manera en que son irregulares las cosas que ocurrieron, no las diseñadas. Y después del borde el suelo era diferente. Más oscuro. Más blando. Una textura que cedía bajo el peso de las ruedas del camión con una resistencia que no era la de la tierra ni la del barro. Era tierra del Plano Base filtrándose a través de la costura interplanar. Tierra de otro mundo empujando por debajo de la tierra de éste. La superficie resultante no pertenecía a ninguno de los dos mundos era la mezcla, la zona de contacto, donde dos realidades se tocaban en fusión impura.

El campamento estaba a doscientos metros del borde. Tres barracones prefabricados con paredes de polímero reforzado que alguna vez fueron blancos, ahora eran del color de las cosas que llevan demasiado tiempo expuestas a lo que hacía que las sombras se pegaran a los troncos y que el sonido no rebotara y que la tierra cambiara de consistencia. Dos torres de vigilancia sin vigías. Una de las torres tenía la escalera rota a la mitad, los peldaños de metal se habían combado hacia la frontera, doblados en un ángulo que no era de peso ni de corrosión.

Un generador junto al barracón central que producía un zumbido constante en Do sostenido. Gallo lo identificó antes de bajar del camión, la nota vibrando en la parte baja de su esternón. El Do sostenido era rojo oscuro, casi marrón, el color de la sangre seca sobre metal. Un depósito de suministros con candado. Una letrina portátil anclada al suelo con cadenas, no con tornillos, con cadenas, el tipo de anclaje que se usa cuando lo que se ancla tiene tendencia a

moverse solo. Un poste de comunicaciones que apuntaba en una dirección que no era vertical, no inclinado por el viento, inclinado hacia la frontera, como si el metal del poste respondiera a una fuerza que tiraba desde el borde.

El conductor abrió la compuerta trasera. Bajan, forman, y esperan. Cuarenta pares de pies tocaron tierra que no era completamente tierra. Gallo fue el tercero en bajar. Sus botas se hundieron dos centímetros. La tierra se cerró alrededor de las suelas sin hacer ruido, sin el crujido de grava ni el chapoteo de barro, solo una succión suave, lenta, con la paciencia de lo que no tiene prisa. MEJORA:

Se quedó quieto un momento. Miró sus pies. La tierra oscura cubría las suelas hasta donde empezaba la costura del empeine. Levantó el pie derecho. La tierra lo soltó con un segundo de retraso, el segundo de más que la tierra necesitaba para decidir si soltaba o no. El aire del campamento tenía una temperatura. No la temperatura del mediodía bajo el sol, sino otra temperatura superpuesta, que no venía de arriba sino del suelo. Era fresco y cálido a la vez. El fresco venía de la tierra del PM, que estaba en la estación que correspondía. El cálido venía de abajo, de la tierra del PB que se filtraba, y que traía el calor residual de la radiación que había cocinado el otro mundo durante siglos. Los dos temperaturas se mezclaban a la altura de los tobillos y producían una sensación que el cuerpo no sabía catalogar ni frío ni calor, sino una oscilación térmica que variaba con cada paso según la proporción de tierra de uno u otro mundo debajo de la bota.

Se formaron dos filas de veinte. La mayoría tenía entre diecisiete y diecinueve años. Cuatro mujeres. Treinta y seis hombres. Algunos

llevaban mochilas militares reglamentarias grises, con el logo del GM estampado en polímero reflectante que no reflejaba nada porque la luz de la frontera no tenía ángulo suficiente para activar el material. Otros llevaban bolsas de plástico. Uno llevaba un morral de tela con un parche cosido a mano que decía “POLVO” en letras torcidas, bordadas con hilo de cinco colores que no combinaban entre sí. Era bajo, rubio, con pecas en los pómulos y las manos cubiertas de algo que podía ser tiza o pigmento o residuo de algún proceso que involucraba polvos de colores y que explicaba el parche.

Estaba descalzo. No porque hubiera perdido las botas en el camión, sino porque las había dejado debajo del banco con la deliberación de alguien que elige el suelo sobre la suela. Miraba todo con los ojos abiertos de par en par, las pupilas dilatadas más de lo que la luz ambiente justificaba. La boca estaba entreabierta. No tenía miedo. Tenía curiosidad. El impulso animal de oler, tocar, probar lo desconocido antes de decidir si es peligroso. Sus pies desnudos sobre la tierra de la frontera se hundieron más que los pies con botas.

Cuatro centímetros. La tierra oscura le cubrió los dedos. No se movió. No miró hacia abajo. Cerró los ojos y se quedó así tres segundos. Cuando los abrió, miró al recluta que estaba a su lado y sonrió una sonrisa corta que no era de tranquilidad sino de confirmación. La sonrisa de alguien que acaba de verificar una hipótesis. Otro recluta no formó en la fila. Flaco, cabello rapado, la piel cetrina de quien pasa demasiado tiempo bajo tierra o bajo luz artificial. Se quedó tres pasos detrás de la formación, apoyado contra la rueda trasera del camión, mirando la frontera.

No el campamento. No los otros reclutas. No el sargento que estaba saliendo del barracón central. La frontera. El borde donde la

tierra cambiaba. Lo miraba con la atención de alguien que reconoce algo no un lugar, no una forma, sino una frecuencia. Los dedos de su mano derecha estaban en la sien. No rascándose. Presionando. El pulgar detrás de la oreja. El índice y el medio sobre el hueso temporal, presionando con la fuerza justa para sentir el pulso de la arteria temporal superficial.

Tú. A la fila. El flaco se movió sin dejar de mirar la frontera. Caminó hasta el final de la segunda fila. Se puso en posición. No habló. Sus ojos no parpadearon durante los diecisiete segundos que tardó en caminar del camión a la formación. Gallo contó los segundos porque contar era lo que hacía. El sargento terminó de cruzar los treinta metros entre el barracón central y la formación. Uniforme del GM con los parches de rango medio desprendidos, no arrancados. Desprendidos por uso, por el roce constante de la tela contra la frontera, que desgastaba el adhesivo más rápido de lo normal.

Las botas gastadas de manera desigual: suela izquierda más fina que la derecha. El sargento tenía la cara de alguien que lleva demasiado tiempo en un lugar que le queda corto. Las arrugas de la frente no fueron de expresión. Eran de contracción constante, el ceño de alguien que pasa las horas mirando la frontera sin entenderla.

Bienvenidos al Puesto Avanzado 17. Están aquí porque el Gobierno Municipal considera que la contención perimetral es un deber cívico y porque el Artículo 904 de la Normativa de Seguridad Territorial establece que todo ciudadano entre diecisiete y veintiún años debe prestar servicio en zonas de frontera si el sistema lo determina necesario. Lo que el sistema no les - dijo es por qué esta zona necesita contención. No se los voy a decir yo tampoco. Lo van a

ver. Pausa. No para que la información penetrara. Para que la pausa hiciera el trabajo que las palabras no podían hacer.

La frontera no tenía el vacío de los espacios muertos. Tenía textura densa, con una presión en los tímpanos. Tres reglas. Primera: no cruzan el borde sin autorización. Si la cruzan, no es mi problema es el problema del siguiente sargento que va a llenar el formulario de desaparición con su nombre, la fecha. Segunda: si algo cruza el borde hacia acá, no lo tocan. Lo miran, lo reportan, se alejan. No corran. Correr les indica a las sombras que ustedes son presa. Tercera: si oyen algo que viene de allá y les habla, no contestan. No importa lo que diga. No importa si reconocen la voz. No contestan.

Treinta y nueve caras procesando. Una cara la del flaco sin expresión. La información nada de eso era nueva para él. Soy el sargento Braga. Llevo catorce meses aquí. El promedio de rotación es seis. No me han rotado porque no hay reemplazo. El conductor que los trajo cobra tres mil cohers por viaje y viene cada cuatro meses. El próximo viaje es en dieciocho semanas. Si quieren irse antes, el borde está a doscientos metros en esa dirección. Nadie les va a impedir que crucen. Pero nadie va a ir a buscarlos tampoco.

El generador zumbó. Do sostenido constante. Rojo oscuro, casi marrón. Debajo del Do sostenido, casi inaudible para cualquiera que no fuera Gallo, había otra frecuencia. Más baja. Irregular. No mecánica. No natural. No orgánica. Una frecuencia que no correspondía a ninguna de las categorías que Gallo había aprendido a distinguir en dieciocho años de escuchar el mundo con más atención de la que el mundo merecía.

La frecuencia no tenía color. Tenía ausencia de color. Un hueco negro en el espectro donde debería haber algo y no había nada.

Barracón A, los primeros veinte. Barracón B, los segundos veinte. Descansen una hora. A las trece horas empieza la instrucción. No pregunten en qué consiste la instrucción. Lo van a ver. La formación se disolvió. Gallo caminó hacia el Barracón B con la atención dividida entre el suelo que se hundía bajo sus pasos y la frecuencia sin color que pulsaba debajo de todo.

El barracón olía a desinfectante industrial, amoníaco, peróxido, la mezcla estándar que el GM usaba para esterilizar espacios de uso compartido y a la frontera metiéndose por debajo, un olor que el desinfectante no lograba tapar. No era olor de suciedad ni de abandono. Era el olor de la frontera metiéndose por las paredes de polímero. Las paredes que habían sido blancas tenían una decoloración desigual: más oscura en los paneles que daban al norte, hacia la frontera, y más clara en los que daban al sur, hacia el interior del PM.

La diferencia era sutil, tres tonos en una escala que solo alguien que prestara atención notaría. Pero Gallo prestaba atención. Siempre prestaba atención. Era lo único que sabía hacer bien. Las camas eran catres de aluminio con colchones de espuma comprimida que tenían medio centímetro de grosor en el centro y un centímetro en los bordes. Lo que significaba que el cuerpo hundía el centro y la espalda quedaba apoyada directamente contra la estructura del catre.

Veinte catres. Veinte casilleros que sonaban en Fa, bisagras oxidadas, resonancia hueca. Dos duchas al fondo con cortinas que no cerraban y una presión de agua que Gallo evaluó en 1.5 bares. Eligió el catre más cercano a la pared oeste. Siempre elegía contra la pared. En el cuarto que compartía con su hermano, el que daba contra la pared era el que oía menos los ruidos de la calle y más los ruidos de

la estructura, los crujidos del edificio acomodándose, las tuberías ajustándose, los sonidos honestos de las cosas que no intentaban ser nada más que lo que eran.

Se sentó. Los resortes del catre protestaron con un La bemol oxidado. El de la tuerca hexagonal se sentó en el catre de al lado sin preguntar si estaba ocupado. Sacó la tuerca y siguió girándola. Clic. Clic. Clic. Con la otra mano sacó algo del fondo de su mochila, no una mochila militar, sino una bolsa de trabajo de lona reforzada con parches de cuero en las esquinas. Lo que sacó era una placa de metal rectangular, del tamaño de la palma de su mano, con agujeros de remache en las cuatro esquinas. La examinó a contraluz.

Giró la tuerca con una mano, sostuvo la placa con la otra, sus ojos iban de una a otra con la velocidad de alguien que está comparando dos cosas, encontrando la relación. El rubio del parche “POLVO” se sentó enfrente. No en el catre. En el piso. Cruzó las piernas y empezó a dibujar algo en el suelo con el dedo, líneas que no formaban nada reconocible pero que trazaba con la concentración de alguien que sabe exactamente qué está haciendo. Los dedos dejaban una marca en el polvo del piso. El polvo del piso era más fino que el polvo normal, las partículas eran más pequeñas, más uniformes, del tipo que produce la erosión lenta de materiales que se degradan a nivel molecular.

El rubio lamió el dedo índice, lo presionó contra el suelo, y se lo llevó a la boca. Saboreó. Hizo una mueca que no era de asco sino de información. Calcio dijo, a nadie en particular. Calcio y fósforo. Proporciones de hueso. Nadie contestó. El flaco del cabello rapado no entró al barracón. Se quedó afuera, de pie junto a la puerta, mirando la frontera. Los dedos en la sien. Presionando. Gallo se

acostó. El catre hundió su espalda contra el aluminio. El La bemol oxidado de los resortes se mezcló con el Do sostenido del generador que se filtraba por las paredes de polímero. Dos notas que no eran consonantes ni disonantes: eran de mundos distintos, frecuencias que no tenían relación armónica porque no pertenecían al mismo sistema. Cerró los ojos. La frecuencia sin color seguía ahí. Debajo de las dos notas. Debajo del ruido de diecinueve cuerpos acomodándose en catres de aluminio. Sin decir nada. Debajo del clic-clic-clic de la tuerca hexagonal. Casi sin pensarlo, debajo de todo. Pulsó una vez. Dos veces. Tres. Se detuvo. Gallo abrió los ojos. No se había detenido. Había cambiado.

Ahora era más baja. Más lenta. La clase de frecuencia que los mamíferos registran en la base del cráneo, donde el cerebro decide si algo es peligro antes de que la consciencia tenga tiempo de opinar. El rubio dejó de dibujar. Levantó la cabeza. Miró la pared norte, que daba a la frontera. El flaco entró al barracón. Caminó hasta el último catre. Se acostó sin quitarse las botas. Los ojos abiertos, fijos en el techo. La frecuencia volvió a cambiar. Subió. Bajó. Subió. El generador siguió en Do sostenido.

Las dos cosas no tenían nada que ver entre sí. Las dos cosas tenían todo que ver entre sí. Gallo lo supo porque lo oyó la manera en que el Do sostenido del generador se deformaba cuando la frecuencia de abajo subía. Un microajuste en la nota que un oído normal no registraría, pero que el oído de Gallo registraba con la claridad de un parpadeo en una habitación estable. El generador no cambiaba de nota. La nota cambiaba alrededor del generador. El espacio mismo alteraba la frecuencia. Cerró los ojos otra vez.

No iba a dormir. Iba a escuchar. ### CAPÍTULO 002 [S][O][H]

A las trece horas la instrucción consistió en caminar. No marchar implicaba ritmo impuesto, uniformidad, la ilusión de que cuarenta cuerpos podían moverse como uno solo. Caminar. El sargento Braga los formó en fila india a las trece horas frente al Barracón A y los hizo caminar por el perímetro interior del campamento. Caminan. Miran. No hablan. Si alguien habla, empieza desde el principio. Solo. El perímetro tenía seiscientos metros. Gallo lo calculó por los pasos. Su paso medía setenta y cuatro centímetros cuando caminaba sin prisa, y contó ochocientos once pasos para la primera vuelta, lo que daba quinientos noventa y nueve metros con catorce centímetros más el error de variación del paso que estimó en dos por ciento.

Seiscientos metros, más o menos cuatro. El recorrido incluía los tres barracones, el generador, el depósito de suministros, la letrina anclada con cadenas, y el poste de comunicaciones que apuntaba hacia la frontera. También incluía cosas que Gallo no había visto desde el camión: una zanja de drenaje que corría paralela al Barracón C y que estaba seca pero tenía marcas en las paredes laterales, líneas horizontales a diferentes alturas que indicaban niveles de agua en diferentes momentos. El agua más alta había llegado a treinta centímetros del borde de la zanja.

El agua más baja la marca más reciente, a juzgar por el color de la tierra, apenas había cubierto el fondo. La zanja se estaba secando. No por falta de lluvia, Braga había dicho que llovía regularmente. Se estaba secando porque el suelo debajo estaba absorbiendo el agua antes de que llegara al drenaje. La tierra del Plano Base, que se filtraba por abajo, se llevaba el agua hacia algún lugar que no estaba en este plano. También había un cuadrado de concreto de tres

metros por tres junto al depósito, pintado con líneas amarillas descoloridas que formaban una H, helipuerto.

Las líneas eran de pintura epóxica industrial, el tipo que dura veinte años bajo sol directo sin degradarse. Estas líneas tenían zonas donde la pintura había desaparecido, no descascarada, no erosionada, desaparecida, el concreto debajo tan limpio que la franja sin pintura no era un daño sino una sustracción. Una fuerza que se había llevado la pintura molecular a molecular sin tocar el concreto. Las franjas sin pintura seguían un patrón: irradiaban desde el centro de la H hacia el norte. Hacia la frontera.

Caminaron. El concreto agrietado del campamento tenía textura diferente en cada tramo. En la zona sur, la más alejada del borde, las grietas eran finas, superficiales, estrés térmico normal, expansión, contracción del material con los ciclos de temperatura. En la zona norte, las grietas eran más anchas, más profundas, y seguían un patrón radial que irradiaba desde el borde. Esos no parecían grietas de estrés. Eran grietas de tracción, el concreto estaba siendo tirado hacia la frontera, estirado lentamente por una fuerza que actuaba desde abajo, y las grietas eran las líneas donde el material se negaba a ceder.

Gallo caminaba con los ojos en el suelo. Registraba las grietas, los parches de asfalto, las manchas de humedad que no correspondían a lluvia reciente. Registraba con los oídos el cambio de resonancia del concreto bajo sus botas, más sólido en la zona sur, más hueco en la norte, con una transición gradual que indicaba que el subsuelo debajo del campamento no era uniforme. Había cavidades. Espacios vacíos debajo del concreto que el sonido de las botas delataba como una radiografía hecha con los pies.

Remache caminaba delante de Gallo. Sus botas eran más grandes de lo necesario, número cuarenta y cuatro en un pie que era cuarenta y dos. La suela era la más gruesa disponible en el depósito de suministros. Más distancia entre el pie y lo que hubiera debajo. Las botas no tenían cordones, los había reemplazado con alambre fino que pasaba por los ojales y se enrollaba en ganchos improvisados hechos de clavos doblados. Los clavos estaban oxidados excepto en la punta, donde el metal brillaba por el roce constante contra el cuero del ojal.

Remache ajustaba los ganchos cada cuatro o cinco pasos con un tirón del dedo índice, un gesto automático, habitual, el tipo de movimiento que hace alguien que ha aprendido que las cosas se sueltan si no las aprietas constantemente. Polvo caminaba descalzo. Los pies dejaban huellas más profundas que las botas de los demás. No por peso, Polvo pesaba sesenta kilos a lo sumo. Por intención. Cada paso era una pregunta que el pie le hacía al suelo: ¿qué eres? ¿De qué estás hecho? ¿Qué hay debajo? Los dedos se abrían al contacto con el concreto y se cerraban al levantarse, extrayendo información con la planta del pie de la manera en que otros la extraían con las manos o con los ojos.

Nadie le dijo que se pusiera botas. El sargento Braga lo miró una vez, los pies descalzos, los dedos cubiertos del polvo gris del campamento, la cara del rubio que no era desafío ni provocación sino la expresión de alguien que genuinamente no entiende por qué la gente se pone cosas entre los pies y el mundo. Sien caminaba último. Siempre último. La retaguardia donde se veía todo, todos los cuerpos delante, todos los movimientos visibles, todos los errores expuestos. Gallo lo sabía porque hacía lo mismo cuando podía.

Pero Sien no miraba a los demás. Miraba la frontera. Cada vez que la fila india pasaba por la zona norte del campamento, la más cercana al borde, los dedos de Sien iban a la sien. El pulgar detrás de la oreja. El índice y el medio sobre el hueso temporal. Presión. No dolor. Calibración. El gesto de alguien que ajusta un instrumento que lleva incorporado.

Dieron seis vueltas. El sargento no dijo cuántas. Cuando un recluta preguntó, dijo: “hasta que yo les diga”. La séptima vuelta fue diferente porque el sargento cambió la dirección, ahora caminaban contra el sentido anterior, y los pies encontraban las mismas grietas desde el otro ángulo. El ángulo cambiaba la textura bajo las suelas. Lo que en un sentido era el borde de bajada de una grieta, en el otro era el borde de subida. La diferencia era milimétrica pero el cuerpo la registraba, una ligera inestabilidad en el tobillo, un ajuste microscópico del centro de gravedad, la percepción subconsciente de que el mismo suelo no era el mismo suelo cuando lo caminabas en dirección contraria.

Gallo contó catorce vueltas. Ocho kilómetros y medio de concreto agrietado recorridos con cuarenta pares de pies a una velocidad promedio de cuatro kilómetros por hora. Tres horas y doce minutos caminando en círculos.

Braga los paró frente al Barracón A. ¿Qué vieron? Silencio. Cuarenta reclutas de pie bajo un sol que calentaba menos de lo que debería calentar para la hora y la latitud. Las sombras de los cuerpos eran cortas, no por el ángulo del sol, que era de unos cincuenta grados, sino porque las sombras aquí no se extendían como deberían. Se quedaban pegadas a los pies. Comprimidas. Reticentes. Nadie vio nada. No era reproche. Era verificación. Braga no esperaba

que vieran nada. Esperaba que sus cuerpos registraran lo que sus ojos no podían procesar. Tres horas caminando sobre concreto que vibraba diferente en cada zona, con temperatura que cambiaba según la distancia al borde, con sombras que se acortaban y se alargaban sin relación con el sol. Tres horas para que los músculos de los pies, los tobillos, las rodillas, las caderas memorizaran el mapa del campamento, no el mapa visual, sino el mapa cinestésico, el mapa que solo existe en el cuerpo de alguien que ha caminado un terreno suficientes veces para que sus piernas sepan dónde están sin que los ojos lo confirmen.

Mañana van a ver - dijo Braga. Lo que no vieron hoy, mañana lo van a ver. Y van a preferir no haberlo visto.

No - explicó qué. A las dieciséis horas les dieron de comer. Barras de proteína del mismo tipo que Gallo había comido toda su vida en Ciudad Esperanza, envoltorio plateado, sabor que no era sabor sino la ausencia calculada de sabor, textura que cedía bajo los dientes con la resistencia exacta para que el acto de masticar no fuera ni fácil ni difícil. Ingeniería alimentaria. El GM fabricaba las barras en plantas que procesaban proteína de fuentes que los ciudadanos no preguntaban y que los formularios de contenido nutricional describían como “origen animal variado”. Gallo las comía sin pensar. Había comido barras tres veces al día durante dieciocho años. El sabor, la ausencia de sabor era tan familiar que su lengua ya no lo registraba.

Agua en bidones de plástico opaco. El agua tenía un gusto metálico que no venía del bidón, el plástico era de grado alimentario, inerte, sin migración de partículas. El gusto venía del agua. El agua viene del pozo - dijo Braga. El pozo está a sesenta metros del borde.

El agua sabe así porque pasa por filtros de roca que están a quince metros de profundidad y a quince metros de profundidad la roca no es completamente roca. Tómenla o no tómenla. No hay otra. Polvo se bebió tres vasos. Después del tercero se quedó quieto un momento, la cabeza ladeada, los ojos cerrados. Procesando el sabor. Hierro dijo. Hierro, manganeso, y un mineral desconocido. Dulce. No azúcar. Diferente.

Nadie - preguntó qué. Remache olió el agua, la evaluó contra la luz del generador, la única fuente de luz constante del campamento además del sol y la bebió en sorbos controlados. Tres sorbos. Pausa. Tres sorbos. La mecánica de alguien que raciona por instinto porque ha aprendido que las cosas se acaban. Sien no bebió. Se sentó en el suelo del barracón con la espalda contra la pared norte, la que daba a la frontera, los ojos cerrados. No dormía. Los párpados se movían. Los dedos de la mano derecha estaban en la sien. Presionando, soltando con un ritmo que no era cardíaco ni respiratorio sino propio, un ritmo que venía de adentro y que no correspondía a ninguno de los ciclos biológicos que Gallo conocía.

A las veintiuna horas, el generador hizo algo. No se apagó. No falló. Cambió de nota. El Do sostenido bajó medio tono. No gradualmente, de golpe. Un salto de frecuencia que duró exactamente dos segundos antes de volver al Do sostenido original. Gallo estaba acostado en su catre con los ojos abiertos cuando pasó. El rojo oscuro del Do sostenido se volvió violeta, un violeta intenso, el color de las venas debajo de la piel del antebrazo, el color de la sangre que todavía no ha tocado el oxígeno. Dos segundos de violeta. Y después el rojo oscuro otra vez. Su cuerpo reaccionó antes que su mente: los músculos de la espalda se contrajeron, las manos se

cerraron, los dientes se apretaron. La reacción no era al sonido. Era a lo que el sonido significaba: que algo externo al generador había alterado la frecuencia del generador, que una fuerza que no era eléctrica ni mecánica había empujado la nota medio tono hacia abajo durante dos segundos exactos, y que la fuerza había venido de la dirección de la frontera.

Se incorporó. Miró. De los veinte del Barracón B, diecisiete dormían. Dos estaban despiertos pero no se habían movido, con la postura rígida de quien registra algo y decide que la respuesta correcta es la inmovilidad, la postura de la presa que escucha al depredador y calcula que moverse es peor que quedarse quieta. El tercero era Sien. Estaba de pie junto a la ventana que daba al norte. Miraba hacia la frontera. La mano en la sien, los dedos presionando el hueso temporal con más fuerza que de costumbre.

La piel alrededor de los dedos estaba blanca por la presión. Gallo se levantó. Caminó hasta la ventana. No dijo nada. Se paró al lado de Sien y miró. La frontera no se veía de noche. No había iluminación del campamento que llegara a doscientos metros, y las torres de vigilancia estaban apagadas, habían estado apagadas desde antes de que los reclutas llegaran. Los cables cortados al pie de la torre, no por vandalismo sino por decisión, alguien había decidido que iluminar la frontera era peor que dejarla a oscuras. Pero Gallo no necesitaba ver. Oía. Debajo del Do sostenido del generador, debajo del ruido de fondo de cuarenta cuerpos durmiendo, debajo del viento que venía del oeste con olor a ozono y tierra calcinada, debajo de todo eso estaba el hueco. El hueco que no era sonido. La ausencia de vibración donde debería haber vibración. No falta de sonido, esto no era falta.

Esto era presencia. Presencia de nada. El equivalente auditivo de un agujero en una tela, no lo que falta sino la forma de lo que falta.

El hueco tenía bordes. Tenía dimensión. Tenía la forma de algo que se acercaba y se alejaba con un ciclo que no correspondía a nada biológico ni mecánico. Sien quitó la mano de la sien. Tú también lo oyes. No era pregunta. Era el alivio comprimido de años escuchando en soledad, en frecuencias donde nadie más oía, culminando en el descubrimiento de que nunca estuvo solo. Sí. ¿Desde cuándo? Desde que llegamos. Pero cambió. Cuando el generador bajó medio tono, el hueco se hizo más grande. Sien lo miró. Los ojos no parpadearon. La luz del barracón, un fluorescente de emergencia que emitía en 4000 kelvins, blanco frío le daba a la cara de Sien el color de las cosas que no ven el sol. Pero los ojos no parecían de alguien que vive bajo tierra. Los ojos eran de alguien que ha visto cosas que existen en frecuencias que la mayoría de la gente no percibe.

Ojos calibrados para un espectro diferente. Sien dijo. Se tocó la sien. Me dicen Sien. Es lo que queda. Gallo. Sien no preguntó por qué. Gallo no preguntó por qué. El intercambio de nombres fue mecánico, la transacción mínima entre dos personas que comparten una percepción que los demás no tienen y que saben que esa percepción compartida vale más que cualquier conversación.

¿Qué es? - preguntó Gallo. Una sombra. Lo que queda cuando algo cruza de un plano a otro y deja un residuo. No tiene forma. No tiene cuerpo. Tiene frecuencia. Y la frecuencia atrae. Sien hizo una pausa. Atrae a los que oyen. ¿Cómo sabes eso? Sien no contestó. Se quedó mirando la frontera. La mano volvió a la sien. Los dedos presionaron. Se quedaron en la ventana hasta que el hueco se cerró.

Tardó treinta y nueve minutos. Gallo contó cada uno. ###
CAPÍTULO 003 [S][H][O]

La primera patrulla fue al tercer día. Los dos días previos fueron más caminatas. Catorce vueltas al perímetro por la mañana. Catorce por la tarde. La cena de barras de proteína y agua con sabor a hierro y a algo dulce que Polvo no podía identificar. El sueño interrumpido a las cuatro de la mañana cuando el generador bajaba medio tono durante dos segundos siempre dos segundos, a las cuatro, con una regularidad que sugería que el fenómeno no era fallo mecánico sino ciclo, una variación programada no por el generador sino por lo que actuaba sobre el generador.

Gallo dormía tres horas por noche. El resto lo pasaba escuchando. El mapa sonoro del campamento se había instalado en su cabeza con la solidez de un plano arquitectónico: sabía dónde estaba cada grieta del concreto por el cambio de resonancia bajo las botas. Sabía qué panel de cada barracón vibraba con el viento, cuál estaba sellado, sabía que la cadena de la letrina producía un Si natural cuando la brisa venía del oeste y un Si bemol cuando venía del noroeste. Y que la diferencia de medio tono indicaba el cambio de dirección del viento antes de que el cuerpo lo sintiera.

Braga los dividió en cuatro escuadras de diez. La división no fue aleatoria Braga había observado las caminatas. Había visto quién caminaba junto a quién, quién miraba dónde, quién reaccionaba a qué. Gallo quedó en la Escuadra Tres con Remache, Polvo, Sien, una mujer llamada Kova que no hablaba, y cinco reclutas cuyos nombres Gallo registró y memorizó pero que pertenecían a la categoría de personas que ocupan espacio sin modificarlo presentes pero no

definitorios. Escuadra Tres, perímetro este. Caminan paralelo al borde a veinte metros de distancia.

No se acercan más. Si ven algo, vuelven. Si algo los ve a ustedes, vuelven más rápido. Si algo les habla, no contestan y vuelven. ¿Preguntas? Nadie preguntó. Les dieron equipamiento: un detector de frecuencias del tamaño de un ladrillo, carcasa de plástico reforzado con una pantalla verde que mostraba una línea horizontal plana. El detector pesaba un kilo doscientos y tenía un manual de instrucciones pegado en la parte trasera con cinta adhesiva que se despegaba en las esquinas. El manual tenía tres páginas.

La primera explicaba los botones encendido, sensibilidad, rango. La segunda explicaba cómo leer la pantalla línea plana significaba ausencia de anomalía, oscilación significaba presencia de frecuencia anómala, amplitud indicaba intensidad. La tercera página estaba arrancada. Alguien la había arrancado limpiamente, desde la grapa, sin dejar bordes. Lo que estaba en la tercera página las instrucciones de qué hacer cuando el detector indicaba presencia no estaba disponible. También les dieron una radio portátil con alcance de cuatro kilómetros que funcionaba cuando quería.

La radio era militar, modelo estándar del GM, con un dial de frecuencia que iba del 87 al 108 MHz y un selector de canal que no respondía al tacto había que golpearlo con la palma de la mano para que cambiara de posición, un defecto que convertía cada intento de comunicación en un acto de percusión. Gallo la colgó del cuello. La radio producía un zumbido de fondo en La bemol que era primo hermano del La bemol de los resortes de su catre. La familiaridad del sonido lo calmó de una manera que no tenía explicación racional.

Y un arma estándar del GM pistola de pulso electromagnético, carga para doce disparos, efectiva contra materia orgánica a menos de veinticinco metros. El arma pesaba un kilo trescientos. Tenía un indicador de carga en la culata que mostraba una barra verde dividida en doce segmentos. Los doce segmentos estaban llenos. Gallo la sostuvo con la mano derecha. El arma vibró en una frecuencia tan alta que no era audible Gallo la sentía en los huesos de la mano, un cosquilleo constante que era el campo electromagnético de la carga esperando ser liberado.

Polvo sostuvo el arma con dos dedos el pulgar y el índice en la culata, el resto de los dedos abiertos, alejados del gatillo. La sostenía lejos del cuerpo, a la distancia del brazo extendido. No me gusta cómo vibra declaró. Remache la desarmó. No con herramientas con las manos. Los seguros cedieron bajo los dedos que habían girado la tuerca hexagonal durante seis horas de transporte. Separó la carcasa, examinó el circuito de disparo con la atención de alguien que lee un idioma familiar, volvió a ensamblar todo en veintitrés segundos.

Asintió. La asincia de Remache era un veredicto técnico: el arma funcionaba dentro de los parámetros de diseño. Los parámetros de diseño eran suficientes para materia orgánica a veinticinco metros. Lo que no decía la asincia era si los parámetros de diseño eran suficientes para lo que había al otro lado del borde. Si no tocó el arma. La enganchó en el cinturón y no volvió a mirarla. Sus manos estaban ocupadas con otra cosa los dedos de ambas manos se movían en un patrón repetitivo, tocándose las yemas unos a otros en una secuencia que iba del meñique al pulgar y del pulgar al meñique, diez toques por ciclo, tres ciclos por segundo.

No era nerviosismo. Era calibración. Sien estaba ajustando algo interno la sensibilidad de lo que fuera que vivía detrás de su sien y que le permitía percibir cosas que el detector de frecuencias necesitaba una pantalla verde para mostrar. Salieron del campamento por el flanco este. El concreto agrietado terminó a veinte metros de los barracones y después de eso fue tierra primero la tierra normal del PM, compactada, marrón, con gravilla suelta, raíces secas de los arbustos que crecían en la periferia del campamento.

Después, gradualmente, la otra tierra. La oscura. La blanda. La que olía a ozono, a mineral caliente y a algo dulce que no debería estar ahí. El borde este del campamento daba a una extensión de terreno que había sido bosque. Los troncos seguían ahí verticales, sin hojas, sin corteza, del color del hueso seco. Cientos de troncos, distribuidos con la irregularidad del crecimiento natural, separados por distancias que iban de dos a siete metros. Pero los troncos no estaban muertos. Los troncos muertos tienen textura grietas, nudos, la marca de los insectos que colonizaron la madera, la huella del tiempo sobre la materia orgánica.

Estos troncos eran lisos. Perfectamente lisos. La superficie era uniforme, sin rugosidad, sin poros, sin las fibras que definen la madera. Algo había pasado a través de ellos no sobre ellos, no alrededor, a través y se había llevado todo lo que los hacía ser madera sin molestarse en derribarlos. Lo que quedaba era la forma de un árbol sin la sustancia de un árbol. Un molde. Un recuerdo tridimensional de lo que ya no existía. Gallo tocó uno al pasar. La superficie era tibia. No por el sol el sol de la frontera no calentaba lo suficiente para calentar un tronco de veinte centímetros de diámetro.

La tibieza venía de dentro. El tronco producía calor propio. Un calor residual, mínimo, del tipo que produce la descomposición lenta de lo que todavía no termina de descomponerse. No toquen los troncos - declaró Gallo. No sabía por qué lo dijo. La instrucción salió antes que la razón. Después, cuando lo pensó, supo que la razón era el calor un tronco vacío no debería tener calor propio, y un tronco que emite calor contiene una fuente desconocida, y tú no quieres dejarle pistas de que lo tocaste.

Caminaron en fila india. El suelo cambió cada cien metros. La tierra compactada del campamento dio paso a la tierra oscura de la frontera, que dio paso a una sustancia amorfa una superficie que cedía bajo las botas con la consistencia de ceniza mojada pero que no dejaba marca. Las huellas se cerraban detrás de los pasos, la superficie recuperando su forma original con la velocidad de un líquido viscoso, borrando toda evidencia del paso. Polvo se agachó. Tocó el suelo con los dedos. Los olió. Frotó la sustancia entre el pulgar y el índice. Se la llevó a la lengua. No es ceniza contestó.

No hables - dijo Gallo. Es polvo de hueso. Calcio, fósforo, trazas de carbono. La misma proporción que en el suelo del barracón pero diez veces más concentrado. Aquí hay más hueso por metro cuadrado que en un cementerio. Polvo se levantó. Siguió caminando descalzo sobre el polvo de hueso con los pies planos, abiertos, los dedos separados, sin cambiar el ritmo. Los dedos de sus pies se hundieron en la superficie y salieron cubiertos de polvo blanco-gris que le subía hasta los tobillos. No le importaba. Caminaba sobre los restos de lo que había sido hueso con la naturalidad de un animal que acepta el terreno sin juzgarlo.

Gallo no preguntó de qué hueso. La respuesta no iba a hacer la patrulla más fácil. A los cuatrocientos metros del campamento, el detector hizo algo. La línea horizontal que había sido plana desde que salieron empezó a ondular. Oscilaciones de dos milímetros en la pantalla verde pequeñas, regulares, con una frecuencia que Gallo calculó en una oscilación cada uno punto dos segundos. La clase de fluctuación que podía ser interferencia ambiental, ruido del equipo, degradación de la señal por proximidad al borde. Gallo la observó durante treinta pasos. La oscilación no era aleatoria. Tenía patrón. Subía durante cuatro pasos, bajaba durante tres, se mantenía plana durante dos, y repetía. Cuatro-tres-dos. Cuatro-tres-dos. Inhalación exhalación pausa. Algo estaba respirando al otro lado del borde.

Gallo levantó la mano. La escuadra se detuvo. Diez personas de pie entre troncos vacíos sobre suelo de polvo de hueso a cuatrocientos metros del campamento. La luz plana de la frontera los iluminaba sin sombra o con sombras tan pegadas a los pies que parecían parte del suelo, no proyección de los cuerpos. Detector activo - contestó Gallo. Bajó la voz. No porque algo pudiera oírlo a distancia porque su cuerpo había decidido que bajar la voz era la respuesta correcta, la respuesta que los mamíferos dan cuando detectan presencia de algo más grande en el entorno. Señal rítmica. Cuatro-tres-dos. Respiración. Sien se acercó. No miró el detector. Miró la frontera. El borde estaba a quince metros a la derecha una cicatriz en el suelo donde la tierra del PM dejaba de ser y empezaba la otra cosa.

Desde aquí, el borde no era una línea sino una zona un metro de ancho donde los dos suelos se mezclaban en una franja irregular que cambiaba de forma lentamente, la frontera respirando con la misma

cadencia que marcaba el detector. Los ojos de Sien no parpadearon. Los dedos fueron a la sien. Presionaron. Está ahí respondió. ¿Qué está ahí? No sé qué es. Sé dónde está. A diez metros. Debajo del borde. No encima, debajo. Está debajo del suelo. El detector osciló más fuerte. Tres milímetros. Cuatro. La respiración se aceleraba. Lo que estaba debajo del borde sabía que ellos estaban ahí. Remache se posicionó entre la escuadra y el borde. No porque alguien se lo pidiera. Por instinto, el instinto de la masa que se pone entre la amenaza y el grupo. Las botas grandes se plantaron en el polvo de hueso con la solidez de alguien que confía en que su peso es su mejor argumento contra lo desconocido. El recluta que estaba detrás de Kova, con cabello castaño, cara genérica, la postura de alguien que llevaba tres días queriendo estar en cualquier otro lugar, dio un paso hacia la frontera. No un paso decidido. No un paso de curiosidad. Un paso del tipo que dan las piernas cuando la cabeza no las está controlando. Involuntario.

Gravitacional. El tipo de paso que se da hacia una puerta abierta en una casa caliente cuando estás afuera en el frío. El cuerpo moviéndose hacia lo que la mente no ha procesado todavía.

No te muevas - dijo Gallo. El recluta dio otro paso. Los ojos abiertos, las pupilas dilatadas, la boca entreabierta. No escuchó. No porque no quisiera, sino porque la instrucción de Gallo compitió con otra instrucción, una instrucción que venía del borde, del hueco debajo del borde, de la cosa que respiraba en patrón cuatro-tres-dos y que ahora respiraba más rápido, tres-dos-uno, tres-dos-uno, el ritmo de lo que se acerca. Tercer paso. El recluta estaba a ocho metros del borde. Sus pies se hundían en el polvo de hueso hasta los tobillos.

No miraba el suelo. No miraba a los demás. Miraba un punto del borde que no tenía nada visible, nada que los ojos pudieran captar, nada que la luz plana de la frontera revelara. Pero los ojos del recluta veían lo que los ojos de Gallo no veían, porque lo que estaba ahí no estaba en el espectro visual, sino en otro espectro, el espectro que Sien percibía con los dedos en la sien y que el detector mostraba en oscilaciones verdes sobre fondo negro. Gallo agarró la radio. Golpeó el selector de canal con la palma.

El canal cambió al tres, el de comunicación con la base. Base, Escuadra Tres. Tenemos una situación en el perímetro este, cuatrocientos metros. Estática. El ruido blanco de una frecuencia que busca señal, no la encuentra. Base, ¿copian? Estática con un fondo de Do sostenido que venía del generador, que significaba que la radio funcionaba, pero que entre la radio y el campamento se interponía una barrera desconocida. No distancia ni obstáculo físico. Una fuerza que absorbía la señal de la misma manera que absorbía el sonido, la luz y las sombras.

Remache se movió. Rápido para su tamaño, un metro ochenta y cinco de masa compacta, cruzando los tres metros que lo separaban del recluta en dos zancadas largas. Lo agarró del brazo izquierdo. Los dedos de Remache cerrándose sobre el bíceps del recluta con la presión de una tenaza de forja. El recluta no se resistió. No porque no quisiera, sino porque no registró que alguien lo estaba tocando. Su sistema nervioso estaba ocupado con otra entrada, una entrada que tenía prioridad sobre el tacto, sobre el dolor, sobre todas las señales que el cuerpo usa para orientarse en el mundo.

Remache tiró. El recluta no se movió. Remache pesaba treinta kilos más y tenía los pies plantados en suelo que por una vez no

cedía, porque el polvo de hueso se había compactado bajo sus botas grandes en una superficie firme. Pero el recluta no se movió. No por fuerza propia, el recluta pesaba sesenta y cinco kilos, no tenía musculatura notable. No se movió porque algo lo mantenía. Una fuerza que no necesitaba contacto físico. Que funcionaba sobre el cuerpo del recluta desde abajo, desde el borde, desde la cosa que respiraba debajo del suelo y que ahora había dejado de respirar.

El detector mostraba una línea plana. No la plana de la ausencia. La plana de la saturación. La señal era tan intensa que el detector no podía procesarla y mostraba una línea fija en la parte superior de la pantalla, pegada al borde, inmóvil. Polvo se acercó. No corrió, caminó. Con la calma de alguien que se acerca a un animal herido, los movimientos lentos, deliberados, sin amenaza. Le puso la mano en la cara al recluta. La palma abierta sobre la mejilla izquierda, los dedos extendidos sobre la frente, el pulgar debajo del pómulo.

El polvo de colores que siempre cubría las manos de Polvo dejó una marca en la piel del recluta, amarillo, rojo, azul, los colores mezclándose en una franja que fue del pómulo a la mandíbula. El recluta parpadeó. No un parpadeo normal. Un parpadeo largo, de tres segundos, los párpados cerrándose con lentitud, manteniéndose cerrados, abriéndose. Los ojos que se abrieron no fueron los mismos que se habían cerrado, las pupilas habían vuelto a su tamaño normal, la mirada había recuperado el foco, la dirección de los ojos había cambiado del borde al rostro de Polvo.

¿Qué - dijo el recluta.

Camina para atrás - dijo Polvo. No te des la vuelta. Mírame a mí. Camina para atrás. El recluta caminó para atrás. Remache lo sostuvo del brazo no porque lo necesitara ahora, sino porque soltar implicaba

confiar en que lo que había agarrado al recluta no iba a intentar agarrarlo otra vez. Retrocedieron diez pasos, veinte, treinta. A los treinta pasos el suelo dejó de ser polvo de hueso y volvió a ser tierra oscura de la frontera. El recluta se sentó en el suelo. Vomitó. Barra de proteína del desayuno, agua con gusto a hierro, ácido gástrico. El vómito era amarillo y olía a metal. El detector volvió a la línea plana normal.

Kova - expresó algo. La primera de sus dos intervenciones en seis meses de servicio. ¿Qué era eso? Sien quitó los dedos de la sien. La piel donde habían estado presionando estaba roja, la marca de una presión que habría sido dolorosa si Sien registrara el dolor de la misma manera que los demás. Sombra respondió. Lo que queda cuando algo cruza de un plano a otro y deja un residuo. No tiene cuerpo. Tiene campo. El campo engancha la atención y tira. Si le contestas, si miras donde te dice que mires, si caminas donde te dice que camines, te lleva. Y del otro lado no vuelves.

¿Cómo sabes eso? - preguntó Gallo.

Porque yo era del otro lado - dijo Sien. Y vine aquí. Y nunca me fui del todo.

No - explicó más. La escuadra volvió al campamento en silencio. Gallo contó los pasos. Ochocientos once hasta el perímetro de concreto. Los mismos que siempre. La distancia no había cambiado. Lo que había cambiado era la densidad de cada paso, más pesados, más conscientes, el cuerpo modificado por la información de que el suelo no se limitaba a ser suelo y que debajo del suelo algo respiraba y que la respiración tenía la capacidad de mover cuerpos humanos sin tocarlos. El recluta del cabello castaño no durmió esa noche. Gallo lo oyó la respiración irregular, el crujido del catre cuando se

daba vuelta cada tres minutos, el sonido de las manos contra la tela del colchón cuando se agarraba la cara. A la mañana siguiente pidió traslado. Braga le observó que no había transporte hasta dentro de dieciséis semanas. ¿No hay otra manera?

Hay una - dijo Braga. La misma que encontró el que se fue antes de que llegaran. ¿Qué le pasó? No lo sé. No lo encontramos. El recluta se sentó en su catre. No se levantó durante tres días. Comió lo que le acercaron, barras que masticaba con los ojos cerrados, agua que bebía sin oler. Al cuarto día se levantó, desayunó, formó con los demás, y cuando la Escuadra Tres estaba en el perímetro sur y la atención estaba en otra dirección, caminó hacia la frontera. Gallo lo oyó irse. Los pasos sobre concreto, después sobre tierra compactada, después sobre tierra oscura, después sobre polvo de hueso. Cada tipo de suelo producía un sonido diferente bajo las botas. Los últimos pasos los que fueron sobre polvo de hueso no produjeron sonido. No porque el recluta dejara de caminar. Porque el polvo de hueso dejó de registrar pisadas. No lo encontraron. Quedaron treinta y ocho.

CAPÍTULO 004 [S][O][A]

Anya llegó en la segunda semana. No con el transporte regular, el transporte regular era un camión civil que cobraba por cabeza y venía cada cuatro meses, si las grietas de la carretera no se lo tragaban primero. Anya llegó en un vehículo militar sin marcas, de noche, con los faros apagados, conduciendo sobre la carretera agrietada con la precisión de alguien que conoce cada grieta y cada curva porque ha hecho el recorrido suficientes veces para no necesitar la vista. El motor del vehículo era eléctrico, silencioso.

Un zumbido en Sol mayor que Gallo registró a las tres y catorce de la mañana cuando el sonido entró en su rango de percepción a

trescientos metros de distancia.

Se despertó. No porque el sonido lo despertara, sino porque la ausencia de los otros sonidos lo despertó. El generador seguía en Do sostenido. El viento seguía del oeste. Las respiraciones de los dieciocho reclutas del Barracón B seguían en sus ritmos respectivos. Pero la frecuencia de abajo, la del hueco, la de la sombra se había detenido. No apagado. Retirado. La diferencia entre lo que deja de hacer ruido y lo que se aleja era que lo primero dejaba vacío, lo segundo dejaba eco. El hueco se había alejado del campamento y el vacío que dejaba tenía la forma de su ausencia.

Algo había hecho que la sombra se retirara. Lo que se acercaba era más que la sombra. Gallo se puso las botas. Ató los cordones con los nudos dobles que le había enseñado su hermano cuando tenía ocho años, el último gesto útil que su hermano le había dado antes de dejar de darle cosas. Salió del barracón en pantalones y camiseta. La radio colgada del cuello por reflejo dormía con ella desde la primera noche.

El zumbido en La bemol menor contra la piel del pecho, una frecuencia que su cuerpo había adoptado como línea de base, el equivalente auditivo de un pulso externo.

El vehículo estaba estacionado junto al barracón de oficiales con el motor apagado. Un jeep ligero del GM con la carrocería modificada, las puertas removidas, la parte trasera reemplazada con una plataforma de carga, el parabrisas cubierto con una malla que Gallo reconoció: la misma malla que usaban los pilotos del GM en las zonas de interferencia electromagnética.

Un tejido de filamentos de cobre que bloqueaba frecuencias por debajo de los 0,5 Hz. Quien conducía ese vehículo sabía que en la

frontera había frecuencias que no debían entrar en la cabina.

El sargento Braga salió del contenedor de oficiales con la cara de alguien a quien despiertan a las tres de la mañana y que sabe que lo que lo despertó no va a dejarlo volver a dormir. Gallo lo vio cruzar los diez metros entre la puerta del contenedor y el jeep con la postura de un hombre que reconoce autoridad antes de reconocer al portador. Los hombros se le habían cuadrado, la espalda se había enderezado, los pasos se habían vuelto regulares. Braga no cuadraba hombros para cualquiera.

La persona que bajó del jeep era más baja que Braga. Más baja que Gallo. Metro sesenta y cuatro, la estatura que se pierde en cualquier formación de reclutas masculinos promedio. Pero la manera en que sus botas tocaron el suelo sin sonido, sin hundimiento, el peso distribuido en la totalidad de la planta del pie con la precisión de alguien que ha aprendido a pisar sin despertar al suelo, expresó más sobre ella que la estatura. Anya tenía la edad de Gallo. Dieciocho, quizá diecinueve. Esa edad se expresaba de manera distinta en su cara: los dieciocho años de Gallo eran dieciocho años de escuchar el mundo sin que el mundo se lo pidiera, y los dieciocho de Anya eran dieciocho años de entrenar el cuerpo para que hiciera lo que ella le pidiera sin cuestionar.

Hombros proporcionados, no anchos definidos, con la musculatura larga del movimiento repetido, no la musculatura corta del peso. Manos que no estaban quietas, no con la ansiedad de las manos de alguien nervioso, sino con la atención constante de alguien que ha aprendido que las manos quietas son un lujo. Los dedos tamborileaban contra el muslo a un ritmo que era cadencia de respiración, cada toque coincidía con una exhalación. Y Anya

exhalaba seis veces por minuto, la frecuencia respiratoria de un atleta en reposo o de un francotirador esperando.

Tenía una cicatriz en el antebrazo izquierdo. De codo a muñeca, una línea fina, limpia, recta. No era de combate, las cicatrices de combate son irregulares, siguen la trayectoria del impacto, tienen los bordes gruesos de la piel que cerró rápido bajo presión. Esta cicatriz era quirúrgica. Alguien había abierto el antebrazo de Anya con un instrumento afilado, había hecho algo dentro, y había cerrado. La cicatriz tenía al menos tres años, la piel estaba blanca, plana, integrada en el tejido circundante.

Lo que habían hecho dentro del antebrazo de Anya estaba ahí desde los quince años. Gallo lo vio todo en los cuatro segundos que tardó Anya en bajar del jeep, intercambiar tres palabras con Braga, palabras que Gallo no pudo oír porque Anya hablaba en un volumen diseñado para no viajar más de un metro y caminar hacia el patio de concreto agrietado. Formación. Una palabra. Dicha con un volumen que llegó exactamente a los tres barracones sin superar las paredes. No gritó. Proyectó. La diferencia era que gritar empujaba el aire, proyectar lo cabalgaba la voz de Anya usaba el Do sostenido del generador como portadora, viajaba montada sobre la frecuencia constante del campamento.

Los treinta y ocho reclutas salieron de los barracones con la velocidad del miedo que no es miedo sino reconocimiento, el cuerpo identificando en esa voz una autoridad que no toleraba desobediencia. Formaron en dos filas irregulares. Diecinueve y diecinueve. El hueco del recluta desaparecido no se había cerrado, nadie se había movido para cubrir su espacio en la fila, y el vacío

donde habían estado sus pies era un rectángulo de concreto más limpio que el resto, sin ser pisado en los días desde su desaparición.

Anya se paró frente a la formación. No en el centro, en el extremo izquierdo, desde donde podía ver las dos filas en perspectiva y evaluar cada cuerpo sin mover la cabeza. Mi nombre no importa. Mi rango es teniente de campo. Estoy aquí porque la frontera está activa y el sargento Braga no tiene entrenamiento de combate inter-planar. A partir de ahora, el entrenamiento cambia. Lo que han hecho hasta hoy fue aprender a caminar. Ahora van a aprender a caer. Braga estaba de pie junto al contenedor de oficiales con los brazos cruzados y la expresión de un hombre relevado de una responsabilidad indeseada pero celoso de su autoridad.

Sus ojos iban de Anya a los reclutas y de los reclutas a la frontera, tres variables, ninguna bajo control, los párpados entrecerrados por el cálculo que no terminaba de resolver. A las cuatro de la mañana, Anya los hizo correr. No alrededor del campamento, hacia la frontera. Quinientos metros hasta el borde y quinientos de vuelta. Once veces. Once kilómetros sobre suelo que cambiaba de consistencia cada cien metros, concreto, tierra compactada, tierra oscura, polvo de hueso, y vuelta. Cada tramo con su propia resistencia, su propia tracción, su propia manera de absorber la energía del paso.

Los tobillos se adaptaban, las rodillas protestaban, los pulmones quemaban el aire cargado de ozono y mineral caliente que subía del suelo de la frontera. La ceniza de hueso les llegaba a las pantorrillas en los tramos más cercanos al borde. El polvo se levantaba con cada paso y se pegaba al sudor de las piernas, formando una pasta grisácea que se secaba en costras. Polvo el recluta, no la sustancia

corría descalzo por delante del grupo. No el primero porque fuera el más rápido, el primero porque no se detenía.

Los demás reducían la velocidad al entrar en la zona de polvo de hueso, el instinto de pisar con cuidado donde el suelo no es suelo. Polvo no reducía nada, corría sobre el polvo de hueso con la misma cadencia que sobre el concreto, los pies desnudos absorbiendo la información del terreno sin filtrarla a través del miedo. Terminó primero, sin jadear, cubierto de ceniza de hueso hasta las rodillas. Se sentó en el concreto del campamento y se examinó los pies, la planta era gris, la piel cubierta de la sustancia que Polvo había identificado como calcio y fósforo en proporciones de hueso.

Se rascó entre los dedos, le olió la mano, asintió para sí mismo. Remache terminó segundo, las botas grandes le habían hecho ampollas en los talones. Gallo lo supo porque vio la mancha roja en el calcetín izquierdo cuando Remache se sentó y se quitó la bota para examinar el daño. La ampolla estaba reventada, una elipse de piel levantada del tamaño de una moneda de un coher con la carne expuesta debajo, rosada y húmeda. Remache la miró con la misma atención con la que examinaba componentes mecánicos.

Sacó un trozo de cinta adhesiva industrial del bolsillo de la chaqueta, llevaba cinta siempre, en los bolsillos, en las costuras de la mochila, enrollada alrededor de la correa del cinturón, y se cubrió la ampolla con tres capas. Volvió a ponerse la bota. No se quejó, la queja no era parte de su vocabulario operativo. Gallo terminó quinto, la rodilla izquierda palpitaba con un calor que no era inflamación sino fricción, los tendones rozando contra la articulación en un ángulo que no era el correcto, una desalineación menor que siempre

había estado ahí y que once kilómetros de terreno irregular habían convertido en dolor.

Dolor manejable, la clase de dolor que se integra al movimiento si no lo escuchas demasiado. Sien terminó penúltimo, su complexión flaca era engañosamente eficiente, los músculos largos y secos del corredor que gasta la energía mínima por zancada. Terminó penúltimo porque se detuvo tres veces, tres paradas de treinta segundos cada una, exactas, en puntos diferentes del recorrido pero todos en la zona de polvo de hueso, todos a la misma distancia del borde. Los dedos fueron a la sien cada vez, presión, calibración, escucha. ¿Qué oyes? le preguntó Gallo cuando terminó. MEJORA:

Están contando - comentó Sien. Las sombras. Nos están contando. Cada vez que pasamos, saben cuántos somos. Y cuántos menos somos que ayer. El último en terminar se derrumbó en el concreto con las piernas dobladas y la cara contra el suelo. Respiraba con la frecuencia del agotamiento total, corta e irregular, con silbido en la exhalación que indicaba broncoespasmo incipiente.

Anya se acercó. No se agachó, se puso en cuclillas junto a él, la espalda recta, el peso en las puntas de los pies, la posición de alguien que puede levantarse en medio segundo si lo necesita.

Le levantó la cabeza por la mandíbula. Los dedos de Anya en la mandíbula del recluta con la firmeza de alguien que manipula una herramienta, no una persona. Le miró los ojos. Las pupilas. La velocidad de respuesta pupilar a la luz. Estaba haciendo un diagnóstico de campo con los dedos y los ojos. Sí puedes. Es tu cuerpo el que no quiere. Tu cuerpo no decide. Le soltó la mandíbula. Dos minutos de descanso. Después, flexiones. Las flexiones fueron sobre polvo de hueso. Anya los llevó a los cien metros del borde de la

zona donde la tierra oscura daba paso a la ceniza blanca-gris y los hizo hacer flexiones.

Veinte series de diez. Doscientas flexiones con las palmas de las manos hundidas en el polvo de hueso hasta las muñecas. La sustancia se metía debajo de las uñas, entre los dedos, en las líneas de la palma. A la quinta serie, las manos eran blancas, ásperas, cubiertas de una capa de polvo que se resistía al sudor y que convertía el agarre en fricción pura. Los dedos contra el suelo sin la lubricación del sudor. La piel tirando con cada repetición, las capas superficiales de la epidermis erosionándose contra las partículas finas de calcio y fósforo.

Polvo hizo las flexiones con las manos planas, abiertas sobre el polvo de hueso. A la décima serie, levantó las manos y las examinó: las líneas de la palma estaban delineadas en blanco, la sustancia acumulada en cada surco de la piel, un mapa topográfico de su propia mano revelado por los restos de lo que había sido materia viva.

Después de las flexiones, los ejercicios de orientación. Cerrar los ojos. Señalar el norte. Anya corregía con un golpe seco en el antebrazo, no en la mano, en el antebrazo, el golpe transmitido a través del hueso hasta el hombro. Una corrección que el cuerpo entero registraba y que los músculos memorizaban más rápido que si hubiera sido verbal. Gallo falló la primera vez - señaló noroeste en vez de norte, el magnetismo de la frontera tirando de su percepción como tira de los postes de comunicaciones y de las escaleras de las torres.

Anya le golpeó el antebrazo. La segunda vez señaló norte. La tercera vez no necesitó pensar, el cuerpo sabía dónde estaba el norte

de la misma manera que sabía dónde estaba el suelo. A las ocho de la mañana, después de las carreras y las flexiones, Anya los hizo pelear. Dos contra uno. El uno soy yo. Sin reglas. Usen lo que quieran. El que me toca la espalda, gana. Los dos primeros fueron los más grandes del grupo, noventa kilos de masa combinada contra metro sesenta y cuatro.

Atacaron con la lógica del tamaño: ocupar espacio, cerrar distancia, aplastar. Anya los derribó en cuatro segundos. No con técnica marcial visible, no hubo golpes espectaculares, no hubo patadas aéreas, no hubo nada que un observador cinematográfico reconociera como combate. Hubo mecánica. Un paso lateral que puso al primero entre ella y el segundo. Un tirón del brazo que convirtió el impulso del primero en un obstáculo que el segundo no pudo esquivar. Un empujón con la palma abierta en el esternón del primero, no un golpe, un empujón, la transmisión de fuerza directa al centro de gravedad que lo sentó en el suelo antes de que su cerebro registrara que estaba cayendo.

El segundo tropezó con el primero. Anya no lo tocó. No hizo falta. La gravedad hizo el trabajo. Otra vez. Seis segundos la segunda vez. Siete la tercera. Cuatro la cuarta. Los tiempos variaban porque Anya variaba cada repetición, usaba una mecánica diferente, un ángulo diferente, una explotación diferente de la inercia de los atacantes. La lección no era cómo defender. La lección era que la defensa no existía, solo existía la transformación de la fuerza del atacante en la caída del atacante.

Gallo observó los primeros ocho intentos sin participar. Registraba el patrón. Anya no usaba fuerza, usaba timing. Cada movimiento empezaba antes de que el atacante decidiera atacar. No

predicción, no lectura visual. Los ojos de Anya no estaban en las manos de los atacantes. Estaban en los hombros. Los hombros deciden antes que las manos. Los hombros revelan la dirección antes que los pies, los hombros tensan las fibras musculares del torso medio segundo antes de que la orden consciente llegue a las extremidades. Anya leía ese medio segundo y lo usaba.

Cuando fue el turno de Gallo, duró once segundos. Tres más que el promedio. No porque fuera mejor peleador, porque escuchó. El sonido de las botas de Anya sobre el concreto le dijo dónde iba a pisar antes de que pisara. El crujido de la tela de la chaqueta le dijo qué brazo iba a usar antes de que lo usara. Once segundos de lectura auditiva contra la lectura visual de Anya. Dos sistemas de percepción compitiendo hasta que Anya encontró el punto ciego de Gallo, el costado izquierdo, el lado de la rodilla que dolía, el lado donde el cuerpo compensaba el dolor con una ligereza que Anya explotó con un empujón de dos dedos en la cadera que desequilibró todo el eje. Gallo cayó. Anya le ofreció la mano. Era la primera vez que le ofrecía la mano a alguien después de derribarlo. Gallo tomó la mano. La palma de Anya estaba seca, callosa en la base de los dedos, con la temperatura de alguien cuya circulación funciona a un nivel que no permite sudoración innecesaria.

Oyes bien - comentó Anya. No un cumplido, un diagnóstico. Remache duró catorce segundos. Anya tardó más en encontrar el punto de desequilibrio porque la masa de Remache no cedía a los tirones, los pies grandes, plantados en el concreto, creaban una base de sustentación que requería más que mecánica para mover. Anya usó la pierna. No una patada, un barrido bajo que sacó el pie izquierdo de Remache de su posición y que forzó a la masa a

redistribuirse. Remache cayó hacia adelante, sobre las manos, y se levantó antes de que el concreto terminara de absorber el impacto.

Polvo no atacó. Se quedó parado frente a Anya con las manos abiertas, los brazos a los costados, los pies descalzos separados a la distancia de los hombros. No posición de combate, no posición de defensa, posición de estar. La expresión en su cara no era miedo ni desafío ni ironía, era curiosidad. La misma curiosidad con la que había probado el polvo de hueso y el agua del pozo y el aire de la frontera. Polvo miraba a Anya con el interés de alguien que quiere entender cómo funciona algo. Anya lo miró. Tres segundos. Los tres segundos más largos del entrenamiento. Los ojos de Anya recorriendo al rubio descalzo cubierto de polvo de colores que tenía las manos abiertas, no iba a atacar. No porque no pudiera. Porque no quería. Y en la frontera, donde todo era supervivencia, la supervivencia era violencia y la violencia era la única conversación que el borde entendía, alguien que no quería atacar era una anomalía que merecía tres segundos de evaluación.

El que no ataca no sobrevive en la frontera - observó Anya.

El que no ataca no tiene por qué sobrevivir - dijo Polvo. La pausa tuvo la textura del polvo de hueso fino, denso, compuesto de cosas que habían sido algo y que ahora eran otra cosa.

Te voy a enseñar por qué sí - replicó Anya. Fue la frase más larga que le dirigió a un recluta individual en las primeras dos semanas. Después de decírla, se quedó mirando a Polvo un segundo más, un segundo de evaluación incomprensible, una observación que Anya no tenía categoría para clasificar, que por lo tanto descartó, pasó al siguiente.

Sien fue el último. Cuando se paró frente a Anya, no adoptó posición de combate. Se quedó de pie con los brazos a los costados y los ojos fijos en los de ella. No en los hombros, donde Anya leía a los demás, en los ojos. Los ojos de Sien eran negros, no marrones oscuros que parecen negros bajo cierta luz, negros, del negro que tiene color propio, el negro que Gallo había descrito al hablar de la frecuencia del hueco.

Anya atacó primero. La única vez que atacó primero en todo el entrenamiento. Un golpe directo al hombro izquierdo de Sien, el mismo empujón con la palma que había sentado al primer recluta en el concreto, la misma transmisión de fuerza al centro de gravedad. El golpe habría derribado a cualquiera de los otros. Sien se movió. No hacia atrás, no hacia un lado, hacia abajo. Las rodillas se doblaron. La espalda se curvó. El cuerpo entero se comprimió con fluidez antinatural, una contracción que lo llevó debajo del brazo de Anya con la velocidad de la caída libre y la precisión de un mecanismo calibrado. Pasó debajo del brazo extendido de Anya. Se levantó detrás de ella. Los dedos, los mismos dedos que presionaban la sien, fueron al punto exacto debajo de la oreja izquierda de Anya.

El punto donde la arteria carótida pasa más cerca de la superficie de la piel. Donde el pulso es visible si sabes dónde mirar. Donde la presión correcta con dos dedos apaga la consciencia en cuatro segundos. Sien no presionó. Tocó. Las yemas de los dedos sobre la piel de Anya con la ligereza de alguien que demuestra lo que podría hacer sin hacerlo. La distancia entre tocar y presionar era la de una advertencia y un acto. Sien eligió la advertencia. Anya no se movió. Los músculos del cuello se tensaron, la reacción involuntaria del cuerpo que sabe que los dedos sobre la carótida son dedos que

pueden matarlo, pero los pies no se movieron, las manos no se movieron, la cabeza no giró.

Anya se quedó quieta con los dedos de Sien en su cuello y la comprensión de que el recluta flaco de pelo rapado y ojos negros era más rápido que ella. ¿Dónde aprendiste eso? - dijo, sin girar la cabeza. La voz era la misma de siempre controlada, proyectada, sin vibración que indicara miedo ni sorpresa. Pero la frecuencia era diferente. Un tono más bajo. El mismo tono que el generador bajaba a las cuatro de la mañana. Sien quitó la mano. En un lugar que ya no existe. Se dio la vuelta y caminó hacia el barracón. Los pies sobre el concreto no producían sonido. No porque pisara suave. Porque el concreto no lo registraba. Los pies de Sien tocaban el suelo y el suelo no respondía sin eco. Sin resonancia, sin la vibración que cada paso humano transmite al material que pisa. Gallo lo oyó irse. Lo que oyó fue la ausencia del sonido que debería haber oído. La misma ausencia que producía el hueco en la frontera. La misma ausencia del tamaño de un cuerpo. ### CAPÍTULO 005 [S][H][O]

Faith llegó cuatro días después de Anya. La diferencia fue que nadie supo que había llegado hasta que llevaba dos días en el campamento. No porque fuera invisible. Porque era irrelevante. En los cuatro días desde la llegada de Anya, la rutina del campamento se había reestructurado alrededor de una sola variable: el cuerpo de Anya. A las cuatro de la mañana, once kilómetros sobre ceniza de hueso. A las ocho, combate cuerpo a cuerpo sobre concreto agrietado hasta que alguien sangraba. Detrás, a las doce, instrucción táctica formaciones de avance y retroceso en la zona de troncos vacíos, a cien metros del borde. Con el detector en la mano de Gallo oscilando

cada vez que la escuadra se acercaba demasiado, la respiración de abajo se aceleraba.

Despacio, a las dieciséis, barras de proteína, agua con gusto a hierro. A las dieciocho, otra sesión de combate. A las veintiuna, catre. A las cuatro, el generador bajaba medio tono y el ciclo empezaba otra vez. En esa rutina, una persona más en el campamento no fue un evento. Era un dato estadístico que el cerebro de los reclutas agotado, adolorido, enfocado exclusivamente en sobrevivir el siguiente bloque de instrucción sin que Anya los derribara o sin que el borde los tragara no tenía capacidad de procesar.

Gallo vio a Faith por primera vez en la mañana del sexto día desde la llegada de Anya. Fue por la oreja. Estaba saliendo del contenedor de oficiales, que tenía presión de 2.8 bares, puerta de metal con cerrojo. Gallo lo supo por el sonido del agua, que lo había oído a las cinco, cuarenta y siete de la mañana, treinta centímetros cúbicos por segundo a 2.8 bares. Un flujo diferente al de las duchas de los barracones, que venía de la dirección equivocada.

Había registrado el dato sin procesarlo. A las seis, doce, cruzando el patio de concreto hacia la formación de las carreras matutinas, vio a la persona que había producido el sonido. Mujer. Estatura media metro sesenta y ocho, cuatro centímetros más que Anya. Cabello oscuro, mojado, peinado hacia atrás sin secador ni toalla. El agua le bajaba por la nuca y le empapaba el cuello de la camiseta reglamentaria. Caminaba con una tableta de papel en la mano izquierda y un bolígrafo en la derecha. No una tableta electrónica, papel.

Escribía mientras caminaba. La letra era pequeña, regular, inclinada hacia la derecha en un ángulo que no variaba entre líneas.

No miraba el papel. Miraba la formación que se estaba armando en el patio. Escribía sin mirar lo que escribía, los dedos sabían dónde estaba el renglón, dónde empezaba la palabra anterior, dónde terminaba la página, sin necesidad de confirmación visual. Gallo la registró con el oído antes que con los ojos. Los pasos de Faith no fueron los pasos de Anya. Anya pisaba para no despertar al suelo, distribuía el peso, minimizaba el impacto.

Faith pisaba normal. Pero el sonido que producían sus pasos era incompleto. Faltaba algo. El rebote, el eco mínimo que cada paso produce cuando el pie golpea una superficie dura, la superficie devuelve una fracción de la energía en forma de temblor. Los pasos de Faith no rebotaban. Tocaban el concreto, se quedaban ahí. La energía entraba y no salía. No significaba que Faith pisara suave, era que el suelo absorbía sus pasos de la misma manera que la frontera absorbía el sonido. La oreja. Lo que Gallo vio fue la oreja izquierda de Faith, visible porque el cabello mojado estaba peinado hacia atrás.

Detrás de la oreja, en el hueso mastoideo, había una marca. No cicatriz, no tatuaje. Una marca del tamaño de la uña del meñique, circular, con bordes definidos que no parecían orgánicos, geométricos. Un círculo perfecto. La piel dentro del círculo era ligeramente más oscura que la piel de alrededor, y tenía una textura diferente: lisa, uniforme, sin los poros que caracterizan la piel humana. La marca era del tipo que deja un implante subcutáneo, algo insertado debajo de la piel que la piel ha cubierto pero no ha asimilado del todo.

Faith llevaba dos días en el campamento y nadie lo había notado porque Faith no hacía ruido. No producía los sonidos que producen las personas que ocupan un espacio, no arrastraba sillas, no cerraba

puertas, no tosía, no se aclaraba la garganta. No caminaba con los talones. Existía en el campamento con la discreción de una frecuencia por debajo del umbral auditivo, presente pero no percibida. Gallo la había percibido solo porque su umbral era más bajo que el de los demás. Anya la vio. Una mirada. Medio segundo.

Anya levantó la barbilla una fracción de milímetro, el gesto más pequeño posible que constituye un saludo entre personas que se conocen y que han acordado no demostrar que se conocen. Faith no devolvió el gesto. Siguió escribiendo mientras caminaba hacia el contenedor de oficiales. Gallo archivó el intercambio. Lo que acababa de ver era una cadena de mando que existía antes de que ambas llegaran al campamento. Anya había llegado primero. Faith había llegado después. Pero el saludo de Anya, la barbilla que subía, no era un saludo ascendente.

Se saluda así al superior. Faith era el mando de Anya. Una mujer de dieciocho o diecinueve años que escribía sin mirar el papel y que no producía eco cuando caminaba era el mando de la mujer que derribaba a dos reclutas en cuatro segundos. A las diez de la mañana, entre la sesión de combate y la instrucción táctica, el sargento Braga interceptó a Gallo. Te quieren en el contenedor. ¿Quién? Braga no contestó. No porque no pudiera, porque la pregunta revelaba la verdad que Braga rechazaba: que la persona en el contenedor era alguien cuyo nombre él no tenía autorización para mencionar.

En catorce meses en la frontera, Braga no había recibido esa orden. La primera vez que llegaba, la transmitía con la cara de un hombre que descubre que su campamento ya no le pertenece. Gallo caminó los treinta metros del patio al contenedor. El concreto estaba caliente, el sol de mediodía de la frontera no calentaba mucho, pero

el suelo acumulaba calor de manera diferente según la distancia al borde, y la zona del contenedor estaba lo suficientemente al sur para que el concreto se comportara como concreto normal y reteniera temperatura.

La puerta del contenedor estaba entreabierta. No abierta, entreabierta. Tres centímetros. Lo suficiente para que el aire circulara y para que quien estuviera dentro pudiera ver el patio sin ser vista. Gallo empujó la puerta. El metal se movió sin hacer ruido, las bisagras estaban lubricadas, recién lubricadas, con un aceite que olía a silicona y no a grasa mecánica. Alguien se había tomado el trabajo de lubricar las bisagras de una puerta de contenedor en un campamento de la frontera. Las bisagras lubricadas significaban que quien estuviera dentro quería abrir y cerrar la puerta sin que el sonido anunciara la apertura.

Faith estaba sentada en una silla plegable detrás de un escritorio que era una puerta de barracón apoyada sobre dos cajas de suministros. La tableta de papel estaba abierta. El bolígrafo era negro. La habitación olía a papel, a aceite de silicona, a metal de contenedor, y al silencio aromático de un cuerpo que no generaba los compuestos orgánicos normales. Faith olía a ningún lugar. Como si no sudara, no segregara sebo, como si su piel no albergara las bacterias que generan identidad olfativa. Un organismo químicamente inerte.

Pasa. Siéntate. La voz era media, ni grave ni aguda, en la zona de 200 Hz que los estudios del GM clasificaban como “frecuencia de máxima inteligibilidad con mínima atención.” La frecuencia que usan las grabaciones automáticas, los sistemas de anuncio, los instructores que quieren ser oídos sin ser notados. Pero Faith no era

una grabación. La voz tenía variación mínima, controlada, un rango dinámico de quizá cuatro semitonos entre la nota más baja y la más alta.

Gallo se sentó en la otra silla plegable. La silla protestó con un Re menor, bisagras del metal de las patas contra el suelo del contenedor, la resonancia viajando por el marco de acero y perdiéndose en la pared. El Re menor de la silla era familiar. Gallo había oído esa nota en los catres del barracón, en la puerta del depósito, en las cadenas de la letrina. Los metales del campamento resonaban todos en la familia del Re, la frecuencia natural de las aleaciones de acero de bajo carbono que el GM usaba en sus instalaciones temporales.

Gallo. Dieciocho años. Ciudad Esperanza. Servicio voluntario. Sin antecedentes. Sin familia declarada. No leía de la tableta. Recitaba. Los datos estaban en su cabeza, no en el papel. El papel era para otra cosa. ¿Correcto? Tengo un hermano. Tu hermano no aparece en tu registro. Te registraste como huérfano. Mi hermano se casó. Me dejó de hablar. Es lo mismo. Faith levantó los ojos. Gallo los registró antes que la cara. Grises. El tono neutro que no es claro ni oscuro, el iris que se pierde en una multitud porque no tiene el rasgo distintivo que los ojos usan para ser recordados.

Lo que no era normal era la frecuencia de parpadeo. Faith parpadeó tres veces en los cuarenta y cinco segundos que llevaba Gallo sentado. El promedio humano parecía quince a veinte veces por minuto. Tres en cuarenta y cinco segundos era la frecuencia de parpadeo de alguien que procesa información visual a una velocidad que no deja tiempo para el mantenimiento involuntario del ojo. O la frecuencia de alguien que no necesita parpadear con la misma regularidad que los demás porque las membranas de sus ojos se

humedecen de otra manera, o porque la composición del líquido lagrimal es diferente, o porque lo que había detrás de la oreja izquierda de Faith no se limitaba a ser un implante sino un modificador.

¿Qué escuchas en la frontera? No “qué has escuchado.” Qué escuchas. Presente continuo. Una pregunta sobre procesos en curso, mientras Gallo estaba sentado en la silla de Re menor a un metro y medio de la mujer que no producía eco cuando caminaba. El generador. Las sombras. Una frecuencia debajo de las otras que no es mecánica ni orgánica. ¿Puedes describirla? Es un hueco. No un sonido. La ausencia de un sonido. Algo absorbe la sacudida antes de que llegue. No es silencio. Es sustracción. Tiene bordes. Tiene forma. Y la forma cambia se acerca y se aleja con un ciclo que no corresponde a nada biológico ni mecánico. Faith escribió. Siete centímetros de tinta sobre papel. La presión de la pluma era mayor al final de cada palabra que al principio el patrón de alguien que termina las cosas con más certeza de la que tiene al empezarlas. Gallo no podía leer lo que escribía el ángulo y la distancia lo impedían.

y la letra era pequeña, del tamaño que se usa cuando lo que se escribe no está destinado a ser leído por otros.

El recluta que desapareció. El segundo. ¿Qué percibiste? No “qué viste.” Qué percibiste. Faith usaba verbos que no asumían el canal sensorial. No asumía que Gallo había visto. Asumía que Gallo había percibido por cualquier vía, auditiva, táctil, olfativa, o por una vía que no tenía nombre en el vocabulario del GM. Oí que dejó de pisar la ceniza de hueso a las cuatro y doce de la mañana. Sé la hora por la frecuencia del generador cambia de tono a las cuatro cada noche.

es un reloj. Doce minutos después del cambio, los pasos dejaron de sonar. No dejaron de caminar dejaron de sonar. La diferencia es que caminar y dejar de sonar significa que el medio cambió. El aire dejó de transmitir la frecuencia de los pasos. El aire se convirtió en lo mismo que el hueco. Faith no reaccionó a la precisión. No anotó. No levantó las cejas. No movió los ojos. La ausencia de reacción era más información que cualquier reacción posible significaba que Faith ya sabía la hora exacta de la desaparición.

Lo que estaba haciendo no era recopilar datos. Estaba verificando si los datos de Gallo coincidían con los suyos. Estaba midiendo la precisión de su instrumento. Y Gallo era el instrumento. ¿Qué crees que le pasó? No creo cosas. Oigo cosas. Oí los pasos yendo hacia la frontera. Los pasos cambiaron de frecuencia a medida que el suelo cambiaba concreto. tierra compactada, tierra oscura, ceniza de hueso. Cada superficie tiene su sonido. Los últimos pasos fueron sobre ceniza de hueso, sonaban normales. Después dejaron de sonar. No gradualmente. De golpe.

El paso treinta, cuatro sonó, el treinta y cinco no. Y lo que vino después no era ausencia. Era el hueco. La misma ausencia que percibo en la frontera, pero comprimida. Del tamaño de un cuerpo. El hueco se tragó los pasos. después se cerró, después el silencio normal volvió. Pero el silencio normal tenía un cuerpo menos. Faith escribió. La pluma presionó uniforme esta vez sin variación entre principio y final de palabra. Lo que significaba que Gallo la había sorprendido. No por la información.

Por la manera de articularla. La información era verificable. La manera de articularla revelaba un tipo de percepción que Faith estaba buscando. Y Faith estaba buscando. Gallo lo supo con la

certeza de las cosas que se saben con el oído y no con la razón. El patrón de preguntas de Faith qué escuchas. qué percibiste, nunca qué viste o qué crees revelaba a alguien buscando una percepción específica en personas que ignoraban poseerla. Faith no evaluaba soldados. No había preguntado sobre capacidad física, resistencia al estrés, habilidades de combate, competencias técnicas, ni ninguna categoría del formulario estándar del GM.

Faith buscaba lo inmensurable en el formulario. Lo que solo encontraba preguntando qué oyes y qué color reside en lo que oyes. ¿Desde cuándo oyes así? Desde siempre. Mi hermano decía que era un defecto. Los médicos del sistema me hicieron pruebas a los doce. Dijeron que era percepción cruzada no patológica. Que no afectaba la funcionalidad operativa. Me dieron de alta. ¿Ves colores cuando oyes sonidos? Gallo la miró. Nadie le había preguntado eso. Nadie. Ni su hermano.

que había vivido con él dieciocho años, que se había limitado a decir “eso no es normal” cada vez que Gallo mencionaba que los sonidos tenían colores, que los colores tenían temperatura. Ni los médicos del sistema, que habían registrado “sinestesia audio-visual” en su expediente con la indiferencia de quien llena una casilla en un formulario y pasa a la siguiente. Nadie había preguntado “¿ves colores cuando oyes sonidos?” con la cadencia de alguien que sabe que la respuesta es sí y que necesita que Gallo la confirme en voz alta para que el dato pase de interno a registrado. A veces. ¿Qué color es el generador? Rojo oscuro. Casi marrón. El color de la sangre seca sobre metal oxidado.

Pero cuando cambia de tono a las cuatro de la mañana, se pone violeta durante dos segundos. El violeta es intenso el color de la

sangre venosa, la que todavía no ha tocado el oxígeno. Después vuelve al rojo oscuro. Faith dejó de escribir. La pluma se quedó sobre el papel. La mano no se movió. Los ojos grises se fijaron en Gallo con una atención que hasta ahora había sido distribuida parte para Gallo. parte para la tableta, parte para el proceso de registro. Ahora la atención era total. Toda para Gallo.

La presión de esa atención era física Gallo la cargaba en los hombros, en la nuca, en la parte del cerebro que registra cuando otro ser humano te mira con la intensidad de quien ha encontrado lo que buscaba. La frecuencia que describes como un hueco. La que absorbe el pulso. ¿Tiene color? Gallo lo pensó. No porque no lo supiera. Lo sabía. Lo había sabido desde la primera noche en la frontera.

cuando se quedó en la ventana con Sien mirando la oscuridad y escuchando la ausencia. Lo sabía pero no lo había dicho en voz alta porque decirlo en voz alta era diferente a saberlo decirlo lo convertía en dato, en registro. en alguien podía apuntar en una tableta de papel con un bolígrafo negro y archivar en un lugar donde las cosas archivadas tienen consecuencias. Negro. Pausa. Pero no el negro de la ausencia de luz. No el negro que ves cuando cierras los ojos. Otro negro. Un negro que es un color. Que tiene saturación. Que tiene temperatura es frío, pero no el frío del agua ni del metal. El frío de algo que extrae calor del aire sin tocarlo. El negro de la frontera tiene forma propia. Es denso. Pesa. Cuando el hueco se acerca. el negro se espesa. Cuando se aleja, el negro se aclara pero no desaparece. Siempre está ahí. Debajo de todo. Faith asintió. Una vez.

El gesto más pequeño posible que todavía constituye un gesto. Un milímetro de movimiento del mentón. El equivalente facial de un punto final en una oración que ha tardado seis días en formularse

desde que Faith llegó al campamento, desde que se instaló en el contenedor sin que nadie la notara. desde que empezó a observar a los reclutas a través de los tres centímetros de puerta entreabierta, evaluando quién oía lo que los demás no oían, quién miraba la frontera con los ojos de alguien que ve más de lo que la luz permite.

Gracias, Gallo. Puedes irte. Gallo se levantó. La silla produjo el Remenor. Caminó hasta la puerta. La puerta de bisagras lubricadas que se abría sin sonido. Una cosa más. Se detuvo. La mano en el marco de metal del contenedor. El metal la frecuencia en una frecuencia tan baja que solo la palma de la mano la detectaba no el oído. la piel. El contenedor estaba temblando. No por el generador ni por el viento ni por la actividad del campamento. El metal del contenedor respondía a algo que venía de abajo.

La misma dirección de la que venía el hueco. ¿Sí? El otro recluta. El flaco. El que se toca la sien. ¿Qué sabes de él? Gallo pensó en Sien. En los dedos sobre el hueso temporal. En el movimiento de las manos que no era nerviosismo sino calibración. Sin decir nada. en la velocidad con la que se había movido debajo del brazo de Anya. Entonces, en la afirmación sin contexto: “yo era del otro lado.”

Oye lo que yo oigo. Pero más. ¿Más cómo? Yo oigo la frontera. Él la siente. No con los oídos. Con tiene detrás de la sien. Cuando el hueco se acerca, Sien presiona la sien. No por dolor. Para contener lo que siente. Para que lo que siente no se desborde. Faith escribió tres palabras. La pluma presionó duro más duro que en cualquier otro momento del interrogatorio. La superficie del papel se hundió bajo la presión. Lo que escribió era importante. Lo que escribió era lo que había venido a buscar. Puedes irte.

Gallo salió. La puerta se cerró detrás de él con un clic de bisagra lubricada que fue el sonido más limpio del campamento sin fricción, sin la frecuencia residual, sin eco. El sonido de algo diseñado para no ser oído. Afuera. el sol plano de la frontera calentaba el concreto sin producir sombras definidas. Anya estaba entrenando a un grupo de diez en la zona de tierra compactada derribos repetidos, siete segundos por intento, el sonido de cuerpos cayendo sobre suelo duro con la regularidad de un metrónomo.

Los que caían gruñían. Los que no caían esperaban. El ritmo de la instrucción caída, pausa, caída, pausa era el ritmo de un corazón grande, lento que bombeaba disciplina en vez de sangre. Gallo se quedó de pie entre el barracón. el contenedor. El espacio entre ambas estructuras medía cuatro metros y recibía sombra del Barracón A durante las horas centrales del día la única sombra real del campamento, la única que se comportaba según las leyes que las sombras debían obedecer. Cuatro metros de sombra normal en un campamento donde nada era completamente normal.

Faith lo había interrogado durante nueve minutos. En nueve minutos, no había preguntado nada que el GM considerara relevante para un recluta de servicio. No había preguntado sobre obediencia, disciplina, capacidad de seguir órdenes, resistencia a la autoridad. Había preguntado sobre colores que no existían para la mayoría de la gente. Sobre temperaturas del sonido. Sobre la forma de la ausencia. Faith no evaluaba soldados. Faith buscaba algo que vivía dentro de los oídos de Gallo. detrás de la sien de Sien. Algo que tenía que ver con frecuencias, con colores que los colores no deberían tener y con la capacidad de percibir un hueco donde los demás percibían silencio. Gallo no sabía qué estaba buscando. Pero la rodilla

izquierda le dolía con un calor nuevo, no el calor de la fricción del tendón contra la articulación ni el calor de la fatiga muscular. Un calor más profundo. El calor del cuerpo que reconoce que ha sido seleccionado para algo que no ha elegido.

Que no puede rechazar porque rechazar implicaría dejar de oír, dejar de oír sería dejar de ser Gallo, Gallo no era muchas cosas, no fue valiente ni fuerte ni particularmente útil, pero era alguien que oía. Eso era suficiente para que Faith lo apuntara en su tableta de papel con tinta negra y letra inclinada a quince grados.

El generador zumbó en Do sostenido. Rojo oscuro, casi marrón. Gallo lo escuchó y por primera vez desde que llegó a la frontera, el Do sostenido tenía forma. No solo color. Forma. Era un círculo que no cerraba. Y en el espacio donde el círculo no cerraba, en esa fracción de arco que faltaba para completarse, estaba el negro. El negro frío. El negro denso. El negro que era un color y no una ausencia. Gallo se tocó la rodilla. La rodilla estaba caliente. El negro estaba frío. Las dos cosas existían al mismo tiempo en el mismo cuerpo.

La frontera no estaba a doscientos metros del campamento. La frontera estaba en él. ### CAPÍTULO 006 [S][O][H]

La orden de entrar al bosque llegó en la cuarta semana.

No como orden verbal, Braga no comentó “mañana entran al bosque” porque Braga no mandaba. Braga administraba. La diferencia era que un administrador te daba barras de proteína, te asignaba un catre, llenaba formularios de desaparición cuando alguien no volvía. Un mando te decía dónde ir y te daba razones para ir. Braga no tenía razones. Tenía instrucciones que llegaban por la radio en forma de comunicados cifrados que descifraba con una

tablilla de códigos que guardaba en un cajón del contenedor de oficiales. Un cajón que cerraba con llave y cuya llave llevaba atada a la muñeca con un cordón de paracaídas que tenía tres nudos, uno por cada año que Braga esperaba no tener que pasar en la frontera. La instrucción decía: “Reconocimiento profundo. Sector Delta-7. Cuadrante Este-Noreste. Profundidad: sin límite. Duración: lo que tome.”

“Lo que tome” era el lenguaje del GM para “no nos importa cuánto tarden porque no esperamos que vuelvan, si vuelven será un beneficio estadístico que mejorará los números del informe trimestral de contención perimetral.”

Anya recibió la orden a las cinco de la mañana. Faith la leyó a las cinco, cuatro. Braga la leyó a las cinco, siete. A las cinco y diez, Anya estaba formando a los treinta y ocho reclutas en el patio. Treinta y ocho. Dos menos que los cuarenta originales. El primero se había ido antes de que llegara la cama vacía en el Barracón A que nadie ocupó porque las camas de los que desaparecen adquieren una propiedad que no es superstición sino higiene emocional: nadie quiere dormir donde durmió alguien que ya no existe. El segundo era el recluta castaño que caminó hacia la frontera al cuarto día. Treinta y ocho.

Hoy entran al bosque expresó Anya. Nadie habló. La frase que todos esperaban, que nadie quería oír. El bosque era visible desde el campamento, la extensión de troncos vacíos que empezaba a trescientos metros del borde y que se extendía hacia el noreste hasta donde la vista alcanzaba. La frontera no era mucho porque la luz plana no dejaba ver más allá de un kilómetro antes de que los contornos se fundieran en la uniformidad gris del horizonte. Los reclutas habían caminado al borde del bosque durante las patrullas.

Habían visto los troncos lisos. Habían pisado el polvo de hueso. Habían sentido la tibieza de la madera que no era madera. Pero entrar era diferente a bordear. Borear era mantener los veinte metros de distancia que Braga había establecido. Entrar era cruzar esos veinte metros y seguir. Cuatro escuadras. Diez cada una. Equipamiento estándar más tres días de raciones. Cantimploras llenas. El agua del bosque no se bebe. No hay agua en el bosque. Lo que parece agua no es agua.

Anya no explicó qué era lo que parecía agua, no lo era. La explicación no habría ayudado. Las cosas que parecen agua, no lo son, no se comprenden con palabras, se comprenden cuando tu cuerpo se acerca a la superficie. Tu lengua la toca, lo que pruebas no es H₂O sino otra cosa, una cosa que tiene la consistencia y la transparencia del agua pero que no apaga la sed porque no fue diseñada para apagar la sed sino para otra función que el Plano Base necesita y que el Plano Medio no tiene nombre para describir.

Armas cargadas. Doce disparos cada uno. No disparen a lo que no vean. Si ven algo, no disparen tampoco. Disparen solo si algo los toca. Y si algo los toca, el disparo probablemente no funcione. Pero el gesto de disparar les va a dar dos segundos de claridad mental. Usen esos dos segundos para correr. La instrucción de Anya era técnica. Sin emoción. Sin motivación. Sin el discurso de “vamos a salir de esta” que los mandos del GM daban en las campañas de reclutamiento que Gallo había visto en las pantallas de Ciudad Esperanza. Soldados sonrientes con uniformes limpios prometiendo aventura. Propósito.

Anya no prometía nada. Anya describía parámetros. La distancia entre lo que Anya decía, lo que los vídeos de reclutamiento decían

era la distancia entre la frontera y Ciudad Esperanza, medible en kilómetros, inconmensurable en experiencia. Faith no estaba en la formación. Faith estaba en el contenedor, detrás de la puerta entreabierta. Gallo lo supo porque oyó el bolígrafo sobre el papel, el sonido diminuto de la punta de tinta presionando fibra de celulosa a un metro y medio de una puerta de metal que no amortiguaba las frecuencias por encima de 800 Hz.

Faith escribía mientras Anya instruía. Lo que Faith anotaba no era lo que Anya decía, sino cómo reaccionaban los reclutas a lo que Anya decía. Quién tragaba saliva. Quién apretaba los puños. Quién miraba la frontera. Sin decir nada. Quién miraba el suelo.

A las seis de la mañana les dieron las raciones. Barras de proteína empaquetadas en bloques de doce, treinta y seis barras por recluta, tres días de alimento a doce barras diarias, cuatro barras por comida, tres comidas al día. La matemática del GM era eficiente: cada barra contenía cuatrocientas calorías y los macronutrientes mínimos para mantener un cuerpo humano funcional durante veinticuatro horas sin degradación cognitiva significativa.

Lo que la matemática no calculaba era el gasto energético adicional de caminar sobre suelo que se movía, de respirar aire que tenía componentes no estándar, de procesar con el sistema nervioso estímulos que el sistema nervioso no estaba diseñado para procesar. En el bosque. Las cuatrocientas calorías por barra iban a ser insuficientes. Cantimploras: dos litros por recluta. Setenta y seis litros de agua con gusto a hierro y a lo dulce desconocido para treinta y ocho personas durante tres días. Dos litros era el mínimo de supervivencia para actividad moderada en clima templado.

La actividad en el bosque no iba a ser moderada y el clima del bosque no iba a ser templado.

Gallo llenó su cantimplora en el grifo del depósito. El agua salió marrón durante los primeros tres segundos, sedimento acumulado en las tuberías que se soltaba con la presión, y después se aclaró a un tono que no era transparente sino translúcido, con una opacidad mínima que venía de las partículas en suspensión. Las partículas eran minerales: hierro, manganeso, y lo que Polvo había identificado como “algo dulce”. Gallo bebió un trago largo. El gusto metálico le cubrió la lengua y bajó por la garganta con una temperatura que no era la del agua más fría de lo que la tubería justificaba, con un frescor que no venía de la temperatura ambiente sino de la composición del agua.

A las siete, las cuatro escuadras salieron del campamento. Escuadra Uno por el flanco norte. Escuadra Dos por el noroeste. Antes de que pudiera reaccionar, Escuadra Tres, la de Gallo, por el este. Arriba, Escuadra Cuatro por el noreste. Cuatro líneas de diez personas divergiendo desde el campamento hacia el bosque de troncos vacíos. Anya caminaba con la Escuadra Uno. No por preferencia, porque la Escuadra Uno tenía a los más débiles y los más débiles necesitaban al mando más fuerte para no disolverse en las primeras tres horas.

Faith se quedó en el campamento. Braga se quedó en el campamento. El generador siguió en Do sostenido. La frontera siguió produciendo el hueco. Y las cuatro escuadras caminaron hacia el bosque con treinta y seis barras de proteína, dos litros de agua, y un arma que probablemente no iba a funcionar. La Escuadra Tres entró al bosque a los cuarenta minutos de marcha. El cambio no fue

gradual. Fue un paso. El paso número cuatrocientos doce desde la salida del campamento. Gallo los contó. Los contaba todos, contaba porque contar era su manera de medir la realidad y la realidad necesitaba ser medida más que nunca.

El paso cuatrocientos once fue sobre tierra oscura de la frontera, blanda, con la temperatura dual de siempre: fresca por encima, cálida por debajo. El paso cuatrocientos doce fue sobre polvo de hueso entre dos troncos vacíos, y cuando el pie de Gallo tocó el suelo, cuatro cosas cambiaron simultáneamente. El sonido. No desapareció, cambió de medio. El aire del bosque no transmitía el sonido de la misma manera que el aire del campamento. Las ondas viajaban más despacio. Los ecos no existían. La voz de Gallo, si hubiera hablado, habría salido de su boca y se habría detenido a un metro de distancia, absorbida por un aire que era más denso de lo que el aire debería ser.

No se oía el viento porque el viento entraba al bosque y se detenía. Las copas inexistentes de los troncos vacíos no lo bloqueaban, lo absorbían. El viento entraba y no salía. La temperatura. Subió cinco grados en el espacio de un paso. La tierra oscura de la frontera estaba a dieciocho grados, Gallo lo estimaba por la sensación en las plantas de los pies a través de la suela de las botas, un cálculo impreciso pero consistente después de cuatro semanas de caminar sobre la misma tierra. El polvo de hueso del bosque estaba a veintitrés.

El calor venía de abajo, el calor residual de la radiación del Plano Base que se filtraba a través de la costura interplanar y que encontraba en el polvo de hueso un conductor eficiente. El polvo de hueso era calcio y fósforo. Los huesos conducen calor. El suelo del

bosque era un radiador de baja temperatura alimentado por la radiación de otro mundo. La luz. No oscureció, se aplanó más. La frontera ya tenía luz plana, pero el bosque la llevaba a un extremo: las sombras no existían. No las sombras pegadas a los pies del campamento, sombras inexistentes.

El sol estaba arriba, el cielo estaba despejado, los troncos estaban de pie, y no había una sola sombra en ninguna superficie. La luz llegaba desde todas las direcciones con la misma intensidad. Cada tronco estaba iluminado por igual en todos sus lados. Cada cuerpo humano que caminaba entre los troncos no producía sombra. Sin sombra, la percepción de profundidad se degradaba. La distancia entre un tronco y otro se volvía ambigua. Gallo miraba un tronco a diez metros, no podía confirmar que estuviera a diez metros, no a ocho o a doce, porque la sombra era la herramienta que el cerebro usaba para triangular distancias y la herramienta no estaba. El bosque era un espacio sin profundidad. Un espacio plano habitado por formas verticales cuya distancia relativa era incalculable. El detector de frecuencias. La línea verde que había oscilado durante las patrullas cuatro-tres-dos, la respiración del borde dejó de oscilar. No volvió a la línea plana de la ausencia. Se quedó en un punto fijo a tres cuartos de la pantalla. Señal constante. Intensa. Sin variación. El detector ya no medía una anomalía intermitente, medía un campo. Estaban dentro del campo.

La señal era el campo, y el campo era el bosque, y el bosque era la frontera pero sin la separación que el borde proporcionaba en el campamento. Aquí no había borde. Aquí era el borde. Gallo miró a su escuadra. Diez personas entre troncos vacíos bajo luz sin sombra. Remache tenía la mandíbula apretada, los músculos maseteros

visibles debajo de la piel. La tuerca hexagonal en el bolsillo del pantalón donde la había guardado al salir del campamento. Las botas grandes se hundían tres centímetros en el polvo de hueso.

Polvo caminaba descalzo por supuesto y tenía los ojos cerrados. No tropezaba. Los pies encontraban las superficies sin ayuda de la vista, leyendo el terreno con la planta como un ciego lee con los dedos. Sien estaba al final de la fila con ambas manos en las sienes, no una. Ambas y los ojos fijos hacia delante con una mirada que no era mirada sino escaneo, los iris moviéndose en barridos horizontales que cubrían ciento ochenta grados cada dos segundos. Kova caminaba sin hablar. Los cinco olvidables igual.

No el de las patrullas, no disciplina, incapacidad. El bosque no dejaba hablar. No prohibía hablar, absorbía la voluntad de hablar. El aire denso que se tragaba el viento y el eco también se tragaba el impulso de la comunicación. Hablar requería un esfuerzo que el cuerpo prefería invertir en caminar. Cada paso era un gasto. Cada palabra era un gasto adicional que el cuerpo no podía justificar. Caminaron dos horas. En dos horas, el campamento desapareció. No detrás de ellos desapareció. Gallo se giró a la hora cuarenta, cinco, el campamento todavía era visible, una mancha de polímero gris entre los troncos, con el generador zumbando en Do sostenido que llegaba atenuado por la distancia.

La densidad del aire.

Se giró a las dos horas y el campamento no estaba. No tapado por los troncos, no había suficientes troncos para bloquear la vista. No oculto por la distancia, a cuatro kilómetros de marcha, un campamento con barracones de polímero debería ser visible en terreno abierto. El campamento había dejado de existir en el campo

visual. El bosque lo había borrado. No como ilusión óptica, como sustracción. El bosque había extraído el campamento de la línea visual de la misma manera que extraía las sombras.

El eco, el viento.

El campamento no se veía - dijo uno de los olvidables. Era el primero en hablar en dos horas, y la voz sonó rota, no por emoción sino por desuso y por la densidad del aire que comprimía las palabras antes de que salieran de la boca.

Lo sé - dijo Gallo. ¿Cómo volvemos? Gallo miró al recluta. La cara genérica del servicio militar, dieciocho años, sin rasgos que sobrevivieran en la memoria. Ojos redondos, húmedos, las pupilas contraídas a pesar de la falta de luz directa. El miedo estaba ahí. No en la voz, en los hombros. Los hombros se habían subido hasta las orejas y los codos se habían pegado al cuerpo. La postura de alguien que intenta reducir su tamaño. La postura de alguien que no quiere que el bosque sepa que está ahí.

Volvemos por donde vinimos - contestó Gallo. Los pasos dejan marca en el polvo de hueso durante veinte minutos antes de que se cierre. Tenemos veinte minutos de rastro detrás de nosotros en cada momento. Si nos damos vuelta ahora, seguimos las huellas. ¿Y si paramos más de veinte minutos? No paramos más de veinte minutos. Caminaron. El polvo de hueso se espesaba. A las tres horas de marcha, la capa era de quince centímetros de profundidad, les llegaba a media pantorrilla con botas.

A las rodillas de Polvo que iba descalzo. Los pies de Polvo no se hundían tanto como las botas. Los dedos se abrían con cada paso y distribuían el peso sobre una superficie mayor, reduciendo la presión por centímetro cuadrado.

Polvo flotaba sobre el polvo de hueso. El resto se hundía. El arma de Gallo dejó de funcionar a las tres horas y diecisiete minutos. El cosquilleo constante del campo electromagnético que había sentido en los huesos de la mano desde que la tomó en el campamento se apagó. No gradualmente. De golpe. Un segundo la mano la pulsación. Al siguiente no. Gallo miró el indicador de carga en la culata. Los doce segmentos verdes estaban oscuros. Carga vacía. Doce disparos que no se habían disparado y que ya no estaban.

Las armas - comentó Gallo. Remache sacó la suya. Verificó la culata. Oscura. Los cinco olvidables verificaron. Todas oscuras. Polvo sacó la suya de entre los pliegues de su morral, la había guardado ahí porque sostenerla le molestaba. La pantalla de la culata parpadeaba. No oscura parpadeando. Un segmento. Dos segmentos. Uno. Tres. Dos. La carga fluctuaba. El campo electromagnético del arma de Polvo no se había vaciado, estaba interfiriendo con el campo del bosque. Las dos frecuencias, la del arma y la del bosque, competían.

Y la competencia producía un parpadeo.

La mía hace cosas - dijo Polvo.

Guárdala - declaró Gallo. No la uses. No iba a usarla. Le tenía más miedo a ella que al bosque. Sien no verificó su arma. Sien no había tocado su arma desde que salieron del campamento. Seguía enganchada en el cinturón. Lo que Sien tenía en las manos era más útil que un arma de pulso electromagnético en un bosque que vaciaba las cargas. Tenía sus dedos en las sienes y los dedos le decían cosas que el detector de frecuencias no podía mostrar porque el detector también estaba saturado.

La pantalla verde fija en el tope sin variación.

Hay algo delante - dijo Sien. A doscientos metros. No se mueve. No respira. Está ahí. ¿Qué es? No sé qué es. Sé que tiene campo. Sé que el campo es más fuerte que lo que hemos encontrado hasta ahora. El campo de las sombras del borde era gravitacional, tiraba. Este campo es diferente. Empuja. Empuja el aire. Arriba, empuja la luz. Por eso no hay eco. La radio de Gallo no funcionaba. No producía estática, no producía nada. El dial estaba muerto. La pantalla del selector de canal estaba apagada. La radio era un kilo de plástico y metal colgado del cuello que ya no servía para comunicar. Servía para pesar. Para recordarle al cuerpo que cargaba cosas que ya no funcionaban en un lugar donde las cosas dejaban de funcionar una por una.

Seguimos - replicó Gallo. La orden era reconocimiento profundo sin límite de profundidad, volver sin reconocer nada era volver a un campamento donde Braga llenaría un formulario de “misión incompleta” y Faith lo anotaría en su tableta de papel. Anya los miraría con la expresión de quien mide la distancia entre lo que pide y lo que recibe. Siguieron. ### CAPÍTULO 007 [S][A][H]

Lo que Sien había detectado a doscientos metros era un claro. No un claro natural, los bosques naturales producen claros donde los árboles mueren y la luz llega al suelo y el suelo produce otra cosa. Este claro era un círculo perfecto de cuarenta metros de diámetro donde no había troncos. Donde debería haber troncos, los espacios entre los troncos circundantes sugerían una distribución continua que el claro interrumpía, había polvo de hueso más profundo. Treinta centímetros. La diferencia con el polvo del resto del bosque no se limitaba a ser de profundidad.

Era de textura. El polvo del claro era más fino. Más uniforme. Del blanco absoluto que tiene el calcio puro cuando no está contaminado por otros minerales. Los troncos que habían estado ahí no habían sido vaciados, habían sido pulverizados. Convertidos en el polvo que ahora cubría el claro. La Escuadra Tres se detuvo en el borde del círculo. Gallo miró el claro. Sin sombras, sin eco, sin profundidad de campo, el claro era un disco blanco rodeado de verticales grises, los troncos vacíos formaban un perímetro circular que podría haber sido un anfiteatro o un cráter o el interior de un reloj sin manecillas.

La simetría era demasiado perfecta para ser accidental. La naturaleza no produce círculos de cuarenta metros de diámetro con bordes definidos. Algo había hecho ese claro. Algo que operaba con geometría. El campo que Sien detectaba empujaba desde el centro del círculo. Gallo no lo sentía con los oídos, lo sentía con la piel. Una presión constante que venía del frente, leve, del orden de la presión que produce un ventilador a tres metros de distancia. Pero no había viento. La presión no fue aerodinámica.

Era otra cosa. La clase de presión que producen los campos magnéticos cuando son lo suficientemente intensos para afectar la materia no ferrosa, el cuerpo humano es diamagnético, repelido por campos magnéticos fuertes, y lo que Gallo percibía en la piel era la versión extremadamente débil de esa repulsión. El claro los empujaba. No fuerte. Lo suficiente para que el cuerpo lo registrara. Lo suficiente para que los pies, que durante cuatro horas habían estado caminando hacia adelante, encontraran resistencia.

No entren - expresó Sien. Sien tenía las manos en las sienes con tanta fuerza que los nudillos estaban blancos. Las venas de las muñecas sobresalían. La mandíbula apretada con la presión de quien

contiene algo que no es dolor sino volumen, demasiada información entrando por un canal que no se diseñó para esa carga. El campo es más fuerte en el centro. Si entran, el arma no va a ser lo único que deje de funcionar. El detector ya está saturado. La radio está muerta. Las armas están vacías. Lo siguiente que el campo va a vaciar son los equipos biológicos. Los nuestros. El sistema nervioso funciona con impulsos eléctricos. El campo interfiere con impulsos eléctricos. Si entran al claro, van a perder coordinación motora, después orientación, después consciencia. En ese orden.

Gallo miró a Sien. La información que Sien acababa de dar no era especulación. Era conocimiento. La clase de conocimiento que viene de la experiencia directa o de la formación específica. Sien sabía qué hacía un campo electromagnético al sistema nervioso humano porque Sien había experimentado un campo electromagnético en su sistema nervioso. “En un lugar que ya no existe.”

¿Rodeamos? - preguntó Gallo. Sí. Por la izquierda. La izquierda está a más distancia del centro. Rodearon el claro por la izquierda. Veinte metros de distancia del borde del círculo. El polvo de hueso era más profundo en las cercanías del claro, veinticinco centímetros, treinta y los troncos vacíos estaban más separados, con espacios de diez a quince metros entre ellos que daban al terreno una apertura incómoda. En el bosque cerrado, los troncos proporcionaban referencias visuales, puntos fijos en un espacio sin profundidad que el cerebro usaba para orientarse. En la zona abierta alrededor del claro, los troncos eran pocos y la desorientación aumentaba.

Gallo caminaba con los ojos en sus propias huellas, las botas dejaban marca en el polvo que se cerraba en veinte minutos y contaba los pasos para mantener una línea recta que sus ojos no

podían confirmar. A los veinte minutos de rodear el claro, el primer olvidable se sentó. No se cayó. Se sentó. Un movimiento controlado, las rodillas se doblaron, el torso bajó, las nalgas tocaron el polvo de hueso. La mochila quedó sobre los hombros. Las manos quedaron sobre los muslos. La cabeza quedó inclinada hacia adelante. Los ojos abiertos. La respiración normal.

Levántate - dijo Gallo. El recluta no se levantó. No porque no pudiera. Porque no quería. La diferencia era visible en la postura, un cuerpo que no puede levantarse tiene tensión, tiene el temblor del esfuerzo fallido, tiene la marca del deseo frustrado. Un cuerpo que no quiere levantarse tiene relajación. Los hombros del recluta estaban caídos. Las manos estaban abiertas. La expresión de la cara era la de alguien que ha decidido que quedarse sentado es la mejor opción disponible y que las consecuencias de quedarse sentado son aceptables porque las consecuencias de levantarse son peores.

El campo del claro. Sien lo había dicho: coordinación motora, después orientación, después consciencia. El recluta no había perdido la coordinación se había sentado con precisión. No había perdido la orientación sabía dónde estaba. Había perdido la motivación. El campo había interferido con algo más sutil que los impulsos motores había interferido con los impulsos que convertían la intención en acción. La señal que va del “quiero levantarme” al “me levanto.” El puente entre la voluntad y el acto. El campo había cortado el puente.

Remache lo agarró del brazo. Lo levantó. No con delicadeza, con la mecánica de quien levanta un saco de suministros del suelo: agarre, tracción, posición vertical. El recluta quedó de pie. Sus

piernas sostenían el peso. Su cuerpo funcionaba. Lo que no funcionaba era lo que conectaba el cuerpo con la decisión de usarlo.

Camina - dijo Remache. El recluta caminó. Remache lo soltó. El recluta siguió caminando. Los pasos eran normales, longitud, frecuencia, apoyo. Pero la dirección no era la de la escuadra. El recluta caminaba hacia el claro. Remache lo agarró otra vez. Lo giró. Lo empujó en la dirección correcta. El recluta caminó en la dirección correcta durante diez pasos y después giró otra vez hacia el claro. No bruscamente. Gradualmente. Un grado por paso. Una desviación que al paso veinte lo llevaba de vuelta al borde del círculo blanco.

Polvo - añadió Gallo. Polvo se acercó. Le puso la mano en la cara al recluta. La palma abierta, los dedos extendidos, el polvo de colores dejando la marca amarilla y roja sobre la piel. El recluta parpadeó. El parpadeo largo, de tres segundos, que había funcionado en la frontera con el otro recluta. No funcionó. El recluta parpadeó y después siguió caminando hacia el claro. Los ojos abiertos. La cara manchada de colores. Los pies moviéndose con la automaticidad de un mecanismo que ha recibido una instrucción y la ejecuta sin consultar al operador.

No puedo - expresó Polvo. La voz era diferente a la de siempre, no había curiosidad, no había ligereza. Había algo que Gallo identificó como la versión de Polvo del miedo: la voz bajó medio tono y se volvió nasal. Lo que lo tiene no es una sombra. Las sombras tiran. Esto empuja. Empuja la voluntad hacia afuera, deja el cuerpo vacío. No hay nada que yo pueda tocar. Segundo olvidable. Se sentó. Misma postura. Misma relajación. Misma expresión de alguien que ha dejado de querer.

Kova lo miró, apretó los labios, la segunda y última expresión facial que Gallo le vio en todo el servicio. Tercer olidable. No se sentó. Se detuvo. Quedó de pie, inmóvil, los ojos abiertos, mirando el claro. Los pies dejaron de moverse. Las manos colgaron. La respiración se mantuvo pero el pecho se movía con la mecánica del reflejo, no de la voluntad. Un cuerpo respirando porque el tronco cerebral no necesita permiso de la corteza para mantener las funciones básicas. Todo lo demás, el movimiento, la intención, la respuesta a estímulos externos se había apagado.

Nos vamos - dijo Gallo. Ahora. Los que puedan caminar, caminan. Los que no puedan, los cargamos. Remache cargó a uno. Sobre el hombro, las piernas colgaban por delante, la cabeza por detrás. El peso extra hundía las botas grandes cinco centímetros más en el polvo de hueso. Gallo agarró al segundo, lo agarró de la cintura y lo arrastró, los pies del recluta dejando dos surcos paralelos en el polvo blanco. El tercero, el que estaba de pie e inmóvil, no podía ser cargado porque no cedía. Los músculos estaban rígidos. No la rigidez del rigor mortis, la rigidez de un cuerpo que ha recibido la instrucción de quedarse quieto y la ejecuta con la totalidad de su sistema muscular.

Gallo tiró del brazo. El brazo no se movió. Empujó el hombro. El cuerpo se balanceó y volvió a la posición original. Déjalo - contestó Sien. Gallo lo miró. No puedes moverlo sin romperle algo. El campo tiene control muscular. Si lo fuerzas, le vas a dislocar el hombro o le vas a fracturar el brazo. Y cuando le fractures el brazo, el campo va a seguir manteniéndolo de pie con el brazo roto. No va a sentir dolor. Ya no siente nada.

Gallo miró al recluta. De pie entre troncos vacíos, bajo luz sin sombra, sobre polvo de hueso. Los ojos abiertos mirando nada. La boca cerrada. Las manos a los costados. Un tronco más. Vacío por dentro. De pie porque la forma se mantenía aunque la sustancia se hubiera ido. Seguimos - dijo Gallo. No miró atrás. Siete personas caminando. Dos cargadas. Una abandonada. La aritmética del bosque: diez menos tres en cuarenta minutos. Caminaron cuatro horas más. El bosque se espesaba no en troncos, que seguían igual de dispersos, sino en campo. La presión que Gallo sentía en la piel aumentaba. Los pies encontraban más resistencia. No la resistencia física del polvo de hueso sino otra resistencia, la del aire que se volvía más denso, la del espacio que se comprimía alrededor de los cuerpos.

Respirar requería más esfuerzo. El aire tenía oxígeno, Gallo lo verificaba con cada inhalación, el sabor del aire era el del ozono y el mineral y lo dulce desconocido pero también el del oxígeno, los 21% estándar que un pulmón necesita para funcionar. Respirar requería más esfuerzo porque el aire no quería ser respirado. El aire del bosque tenía una tendencia a quedarse donde estaba, fuera del cuerpo, entre los troncos, en el espacio que no pertenecía a los pulmones de nadie. Inhalarlo era un acto de conquista. Cada respiración era un volumen de aire arrancado al bosque que el bosque no quería ceder. El cuarto olvidable cayó a las seis horas de marcha. No se sentó. Cayó. La diferencia era la conciencia de sentarse, caer es un fallo. Las piernas dejaron de funcionar en medio de un paso. El pie izquierdo se posó sobre el polvo de hueso y la rodilla no sostuvo el peso y el cuerpo fue al suelo con la inercia del cuerpo que pierde la estructura que lo mantiene vertical. El recluta quedó boca abajo sobre el polvo blanco.

Respiraba. Los dedos se movían. Pero las piernas no respondían. Kova se agachó junto a él. Le tocó la pierna. Los músculos estaban flácidos, no rígidos, no paralizados, flácidos. Sin tono. La señal que mantiene los músculos en estado de alerta mínima, el tono muscular basal que permite estar de pie, sentarse, caminar, se había interrumpido. Los músculos de las piernas del recluta estaban en el estado en que se ponen cuando una persona duerme. Relajación total. Pero el recluta estaba despierto. Los ojos abiertos.

La boca abierta. Consciente de que sus piernas habían dejado de funcionar y sin capacidad de hacer nada sobre eso. Gallo lo cargó. Ciento cinco kilos entre el cuerpo del recluta y el propio equipo de Gallo. La rodilla izquierda protestó. El calor de la fricción del tendón se convirtió en un pulso agudo que subía del menisco a la cadera con cada paso. Gallo caminó. El dolor era una frecuencia, un La sostenido, brillante, metálico, el color del cobre nuevo. Podía escuchar su propia rodilla protestando con la misma claridad con la que escuchaba el generador del campamento.

El generador del campamento. Gallo se concentró. El Do sostenido del generador debería estar ahí a diez kilómetros de distancia, atenuado, casi inaudible, pero ahí. El sonido viaja. Incluso en el aire denso del bosque, el Do sostenido tenía la energía suficiente para llegar. No estaba. El generador había desaparecido del rango de percepción de Gallo de la misma manera que el campamento había desaparecido del rango visual. El bosque lo había borrado. No bloqueado, borrado. La diferencia era que un bloqueo deja un hueco, una ausencia que tiene forma, y un borrado no deja nada.

Donde antes estaba el Do sostenido, rojo oscuro, ahora no había hueco ni ausencia ni nada. El espectro auditivo de Gallo tenía un espacio donde debería estar el campamento y el espacio no estaba vacío, no existía. El bosque había eliminado la frecuencia del mapa perceptual de Gallo.

Nos hemos perdido - contestó el quinto olvidable.

Gallo no contestó porque no tenía respuesta que no fuera sí. No tenía las huellas que se cerraban en veinte minutos y llevaban siete horas caminando. No tenía la radio. Antes de que pudiera reaccionar, no tenía el generador. Con cuidado, no tenía dirección porque la luz sin sombra no permitía determinar dónde estaba el sol y sin el sol no había este ni oeste ni norte ni sur. No tenía el detector porque el detector mostraba una línea fija de saturación que no daba información nueva. Lo único que tenía era a Sien. Sien. ¿Hacia dónde? Sien caminaba con las manos en las sienes y los ojos en barrido. Cuando Gallo le habló, los ojos se detuvieron. Miraron a Gallo. Por primera vez en siete horas, Sien parecía cansado. La piel alrededor de los ojos estaba oscura. Los labios secos. Los dedos en las sienes temblaban, no de frío, de carga. Los nervios que conectaban lo que Sien tenía detrás de las sienes con el resto de su cuerpo estaban al límite de su capacidad de transmisión.

El campo tiene gradiente - admitió Sien. Más fuerte hacia el centro del bosque. Más débil hacia los bordes. Si caminamos en la dirección donde el campo debilita, salimos. Si caminamos en la dirección donde el campo fortalece, nos adentramos. Yo siento el gradiente. Puedo guiarnos. ¿Cuánto falta para salir? No sé. El gradiente es suave. Puede ser una hora. Pueden ser diez. Guíanos. Sien los guió. ### CAPÍTULO 008 [S][O][H]

Sien los guió durante once horas. La primera hora fue caminando. La segunda hora fue arrastrando. La tercera fue cargando al quinto olvidable que dejó de caminar cuando sus piernas se rindieron de la misma manera que las del cuarto tono muscular a cero.

Músculos de dormir en un cuerpo despierto, ojos abiertos mirando un cielo que no era cielo sino la ausencia de copa en los troncos vacíos que dejaba ver un firmamento blanco, sin nubes, sin color, sin la profundidad que da el azul de la atmósfera dispersando la luz solar.

El cielo del bosque era un techo plano a una distancia imposible de calcular. Remache cargaba a dos. Uno en cada hombro. Ciento ochenta kilos de masa humana inerte sobre un metro ochenta y cinco de masa humana que se negaba a ser inerte. Las botas grandes se hundían hasta los tobillos en el polvo de hueso con cada paso. Los ganchos de clavo que reemplazaban los cordones se habían aflojado con el movimiento y la bota izquierda se soltaba cada veinte pasos. Remache la ajustaba sin detenerse.

Una sacudida del pie que reposicionaba el cuero sobre el tobillo, los dedos de la mano derecha tirando del gancho al pasar, sin perder el ritmo ni modificar la postura.

El cuerpo de Remache no se quejaba. No porque no doliera. Porque Remache había aprendido en las calles de Entreternia que el dolor era una frecuencia constante de fondo que no merecía atención, sino gestión. Se gestionaba el dolor del mismo modo que se gestionaba el hambre y el frío y la falta de techo: no eliminándolo sino incorporándolo al cálculo del siguiente paso.

Gallo cargaba a uno. La rodilla izquierda había dejado de doler. No porque el dolor hubiera cedido porque el nervio se había

saturado. El dolor sostenido del dolor se había mantenido constante durante cuatro horas y el cerebro había dejado de procesarlo como señal de alerta y lo había reclasificado como ruido de fondo.

Gallo sabía que la rodilla estaba dañada. No sabía cuánto. La información vendría cuando parara. Cuando el cuerpo dejara de moverse y el sistema nervioso tuviera tiempo de hacer inventario de lo que se había roto durante la marcha.

Polvo caminaba. No cargaba a nadie. Sesenta kilos de peso corporal no podían sostener sesenta, cinco kilos adicionales de recluta inconsciente.

Pero Polvo hacía otra cosa. Caminaba delante de Sien, diez metros por delante. Cada treinta pasos se detenía, se agachaba, tocaba el suelo con las dos manos, cerraba los ojos, se quedaba inmóvil tres segundos. Después se levantaba y ajustaba la dirección. A la derecha. A la izquierda. Recto.

¿Qué haces? - preguntó Gallo la tercera vez que lo vio.

Le pregunto al suelo - dijo Polvo. ¿Qué le preguntas? Dónde duele menos.

No explicó. Gallo no preguntó más. Lo que Polvo percibía con las manos desnudas y los pies descalzos sobre el polvo de hueso era una versión táctil de lo que Sien percibía con los dedos en las sienes. El gradiente del campo.

Polvo lo percibía como presión en la piel más presión en una dirección, menos en otra. Las manos sobre el suelo le daban una lectura más precisa que los pies porque las manos tienen más terminaciones nerviosas, porque el contacto con la superficie era directo, sin la intermediación de las suelas.

Polvo, Sien estaban navegando el bosque con dos instrumentos que no necesitaban batería: el sistema nervioso de un hemacrono y las manos de un rubio descalzo que hablaba con ratas. Kova caminaba detrás de todos. Silencio. Los ojos en el suelo. Los pasos regulares. Kova no había perdido coordinación ni orientación ni motivación. Kova caminaba con la eficiencia de alguien que ha decidido que caminar es la única opción y que las otras opciones sentarse, detenerse, rendirse no existen en su vocabulario corporal.

No por valentía. Por ausencia de alternativa. Kova era la persona que no le daba al bosque nada que agarrar ni miedo ni curiosidad ni voluntad de explorar. Kova daba pasos. Solo pasos. Y los pasos no tenían suficiente contenido emocional para que el campo los interfiriera.

A las nueve horas de marcha, dieciséis horas desde que salieron del campamento, el cielo oscureció. No como un atardecer sin gradiente de naranja a rojo a púrpura, sin el espectáculo que el sol regala cuando se va. El cielo pasó de blanco a gris en veinte minutos.

Del gris pasó a un negro que no era la noche del PM. Era el negro del bosque. El negro que Gallo había descrito a Faith: un color, no una ausencia. Saturado. Denso. Con temperatura propia, frío. El negro del bosque bajaba del cielo con la consistencia de un líquido que llena un recipiente desde arriba.

Primero cubrió las copas inexistentes de los troncos, la zona más alta del campo visual. Después bajó a los troncos mismos, que dejaron de ser visibles uno por uno, empezando por la parte superior, terminando por la base.

Después llegó al suelo. Cuando el negro llegó al suelo, la oscuridad fue total. No la oscuridad de la noche, que tiene

gradientes, zonas más oscuras, menos oscuras, sombra y penumbra, la adaptación de las pupilas que convierte la oscuridad en gris. Esta oscuridad no tenía gradiente. Era uniforme. Total.

Gallo abrió los ojos lo más que pudo. Las pupilas se dilataron al máximo, siete milímetros de apertura, captando la totalidad de la luz disponible. No había luz disponible. El negro del bosque no dejaba fotones sueltos. Absorbía la totalidad del espectro visible con la eficiencia de un agujero negro a escala local.

Paren - dijo Gallo. Pararon. El bosque que durante el día era ausencia de eco y de viento se convirtió de noche en otra cosa. Se convirtió en presencia. Gallo escuchaba la oscuridad. No en metáfora. La oscuridad del bosque tenía sonido. Un sonido que no era frecuencia ni la sacudida, sino presión auditiva, la misma presión que sentía en la piel pero aplicada al tímpano.

Los oídos de Gallo estaban bajo compresión. El aire denso del bosque, que durante el día empujaba el cuerpo desde afuera, de noche empujaba los tímpanos desde afuera. La presión no era dolorosa. Era constante. Era la sensación de estar sumergido en algo no agua, no aire, algo más denso que ambos que llenaba el espacio entre los troncos invisibles y que presionaba cada superficie del cuerpo con la uniformidad de un fluido.

Nos sentamos - indicó Gallo. Espalda con espalda. No se separen. No se duerman. Si alguien siente que algo lo toca, dice mi nombre. Se sentaron. Gallo, Remache, Polvo, Sien, Kova. Los cinco formaron un círculo con las espaldas en contacto, la columna de Gallo contra el omóplato izquierdo de Remache.

El hombro de Remache contra la espalda de Polvo, Polvo contra Sien, Sien contra Kova, Kova contra Gallo. Cinco puntos de contacto.

Cinco confirmaciones continuas de que los otros existían. En la oscuridad total, sin vista, sin eco, sin referencia auditiva, el tacto era el único sentido que confirmaba que no estabas solo.

Los tres reclutas que cargaban los dos de Remache y el de Gallo quedaron en el centro del círculo. Acostados sobre el polvo de hueso. Respiraban. No se movían. Los cuerpos producían calor, treinta y seis punto cinco grados de calor humano, que se disipaba en el aire denso del bosque con la velocidad de un radiador en una habitación sin aislamiento.

En una hora, los cuerpos iban a estar fríos. No muertos fríos. La hipotermia era una posibilidad real. El bosque tenía veintitrés grados durante el día. De noche, sin sol que alimentara la radiación del PB, la temperatura bajaba. Gallo lo sentía en los dedos de las manos. El frío entraba por las extremidades primero, porque los capilares se contraen para conservar calor en el torso y las extremidades pagan el precio.

Sien. ¿El campo cambia de noche? Sí. Más fuerte. El gradiente se empina. Lo que de día era una colina ahora es un muro. La dirección de salida sigue siendo la misma, pero el esfuerzo para avanzar en esa dirección va a ser mayor.

¿Podemos movernos de noche? No. Sin vista, el campo nos desvía. De día puedo corregir la desviación porque veo los troncos y calculo el ángulo. De noche no puedo ver nada. Si caminamos de noche, el campo nos lleva al centro. Al claro. O a otro lugar que sea peor que el claro. ¿Hay algo peor que el claro? Sien no contestó. Gallo interpretó la ausencia de respuesta como sí.

Nos quedamos hasta que amanezca. La noche duró nueve horas. Gallo las contó. No tenía reloj. Los relojes digitales habían dejado de

funcionar al entrar al bosque. La circuitería muerta por el campo.

Contó los segundos. Los agrupó en minutos. Los minutos en horas. Contar era lo que hacía. Contar era lo único que el bosque no le podía quitar porque contar no requería electricidad ni campo magnético ni impulso nervioso más allá del mínimo necesario para que una consciencia mantuviera una secuencia.

Uno. Dos. Tres. Hasta sesenta. Uno. Hasta sesenta. Nueve veces hasta tres mil seiscientos. En la hora dos, algo tocó a Polvo.

Polvo no declaró el nombre de Gallo. Polvo hizo un ruido, un sonido gutural, bajo, del fondo de la garganta, que no era palabra ni grito sino el sonido que hacen los mamíferos cuando algo los toca en la oscuridad y el sistema nervioso reacciona antes que el lenguaje. Un sonido de 18 Hz por debajo del umbral auditivo consciente para la mayoría.

Gallo lo oyó. El sonido vibró en la base del cráneo con la urgencia de una alarma que no necesita volumen para ser efectiva. ¿Polvo? Algo me tocó el pie. ¿Qué? No sé. Frío. No una mano. No un animal. Frío que se mueve. Pasó por encima de mi pie izquierdo y siguió. ¿Hacia dónde? Hacia el centro.

Hacia donde están los tres acostados. Gallo extendió el brazo hacia el centro del círculo. Sus dedos encontraron la tela del uniforme de uno de los reclutas inconscientes. La tela estaba fría. Más fría que el aire. Más fría que el suelo. La tela tenía la temperatura de lo que ha estado en contacto con una fuerza que extrae calor.

Gallo tocó la piel del recluta, el antebrazo, donde la piel está expuesta. Frío. Demasiado frío. No hipotermia algo más rápido que la hipotermia. La piel del recluta estaba a diez. Cinco grados por

debajo de lo que el ambiente justificaba. Algo les estaba quitando el calor - dijo Gallo. Sien se movió. Las manos fueron a las sienes. Presionaron. Los ojos invisibles en la sombra total hicieron el barrido horizontal que Gallo no podía ver pero que imaginaba por el sonido de los párpados moviéndose. El roce mínimo de la conjuntiva contra la córnea producía un clic húmedo cada vez que la dirección de la mirada cambiaba.

Son tres - respondió Sien. Tres campos pequeños. Alrededor de los reclutas del centro. No son sombras. Son... residuos. Partes del campo grande que se han separado. Funcionan de manera autónoma. Buscan calor. Buscan energía bioeléctrica. Los reclutas del centro no tienen voluntad, el campo se la quitó. Son recipientes abiertos. Los residuos entran y extraen. ¿Nos van a atacar a nosotros? No. Nosotros estamos despiertos. Tenemos voluntad. El campo no puede extraer de un sistema activo, necesita sistemas pasivos. Los reclutas del centro son pasivos. Nosotros no. Entonces se quedan con los del centro. Sí. ¿Los del centro van a sobrevivir la noche? Sien no contestó. El silencio de Sien duró cuatro segundos. Los cuatro segundos más largos de la noche.

En esos cuatro segundos, Gallo entendió lo que Sien no decía: los reclutas del centro no iban a sobrevivir la noche. Los residuos del campo iban a extraer calor y energía bioeléctrica hasta que los cuerpos dejaran de producirlos. Y los cuerpos dejarían de producirlos cuando los procesos celulares se detuvieran. Y los procesos celulares se detendrían cuando la temperatura interna bajara del umbral de funcionamiento enzimático treinta y dos grados. Después de veintiocho, después de veinticuatro. Debajo de veinticuatro, las enzimas se desnaturalizan. Debajo de veinticuatro, los órganos dejan

de funcionar. Debajo de veinticuatro, el cuerpo es materia orgánica a temperatura ambiente.

No podemos hacer nada - dijo Sien. No era pregunta. Tampoco era resignación. Era el diagnóstico clínico de alguien que conoce los parámetros del sistema y sabe que los parámetros no dejan margen. Gallo extendió la mano otra vez. Tocó la piel del recluta. Nueve grados. Dos horas y quince minutos en la negrura del bosque. Nueve grados.

No expresó Gallo. No podemos.

Remache no respondió. Su espalda se tensó contra el costado de Gallo - los músculos se contrajeron, los hombros se levantaron, la respiración se acortó. Once horas cargando a dos reclutas que iban a morir en el suelo del bosque a tres metros de distancia. Once horas que no habían servido para nada excepto para retrasar el momento.

Polvo lloró.

No en voz alta. No con sollozos. Con un temblor que salió de su pecho y viajó por la espalda de Sien, por la de Kova, por la de Gallo, a través del contacto de las columnas vertebrales. Una sacudida por debajo de lo audible, por encima de lo imperceptible.

Las lágrimas de Polvo le mojaron la espalda a Gallo.

A las cinco horas, los tres reclutas del centro dejaron de respirar. No al mismo tiempo, con intervalos de quince a veinte minutos. El primero dejó de respirar a las cinco horas, dos minutos. El segundo a las cinco, diecisiete. El tercero a las cinco, treinta y cuatro. Gallo contó las respiraciones de cada uno, la frecuencia descendente, de doce por minuto a ocho a cuatro a dos a una a ninguna. Cada respiración más lenta que la anterior. Cada intervalo más largo. Hasta que el intervalo se volvió infinito.

Cinco personas en un círculo con tres cuerpos en el centro. De treinta y ocho, la Escuadra Tres tenía cinco más tres muertos más uno de pie en algún lugar del bosque que seguía vivo o seguía de pie o las dos cosas o ninguna. Gallo siguió contando. La noche duró nueve horas. El cielo no amaneció, se aclaró. El negro se convirtió en gris que se convirtió en blanco con la misma uniformidad con la que había oscurecido. Sin gradiente. Sin aurora. Sin la transición de colores que el amanecer produce cuando la luz del sol atraviesa la atmósfera en ángulo bajo.

El cielo del bosque pasó de negro a blanco en veinte minutos. Cuando la luz plana, sin sombra, sin dirección volvió, los cinco se levantaron. Los tres del centro no se habían movido. La piel era gris. No el gris de la muerte que Gallo conocía por las pantallas del GM, el gris azulado de la falta de oxígeno. El gris verdoso de la descomposición temprana. Un gris blanco. El gris del polvo de hueso. Los cuerpos se estaban convirtiendo en la superficie sobre la que descansaban. El proceso era visible, la ropa se había hundido en el polvo, los bordes del cuerpo se habían difuminado. La línea que separaba el cuerpo del suelo estaba borrosa.

En unas horas, quizá un día, quizá menos, los cuerpos serían indistinguibles del polvo. Los huesos se convertirían en polvo de hueso. La carne se convertiría en los minerales que Polvo había identificado: calcio, fósforo, trazas de carbono. El bosque reciclaba. Los troncos vacíos. Los cuerpos vacíos. Todo volvía al polvo. Todo alimentaba el suelo. Todo se quedaba.

Nos vamos - dijo Gallo. Nadie contestó. No por falta de voluntad, no por falta de necesidad. El acuerdo era tácito. Irse era la única opción. Quedarse era convertirse en polvo.

Sien - señaló la dirección. Polvo se agachó, tocó el suelo, confirmó. Caminaron. ### CAPÍTULO 009 [S][H][O]

Salieron del bosque a las catorce horas del segundo día. El momento exacto fue el paso número mil doscientos cuarenta y tres desde que reanudaron la marcha al amanecer. Gallo lo supo porque lo contó, porque el paso mil doscientos cuarenta y tres fue el paso en el que el sonido volvió. No gradualmente. No con la transición lenta de un volumen que sube. De golpe. Un paso en el que el mundo era mudo. El siguiente en el que el mundo tenía eco. El pie de Gallo tocó el polvo de hueso, el polvo de hueso devolvió eco, el eco rebotó en el tronco más cercano, el tronco lo devolvió y el eco volvió al oído de Gallo con un retraso de una décima de segundo que significaba que el tronco estaba a diecisiete metros.

Diecisiete metros medidos por eco. El eco había vuelto. Gallo se detuvo. El aire era diferente. Menos denso. Respirar requería menos esfuerzo, los pulmones se llenaban con la facilidad que habían olvidado, el oxígeno entraba sin la resistencia del aire del bosque profundo. La temperatura había bajado de los veintitrés grados del suelo irradiado del bosque a los dieciocho del campamento. El frío relativo era un alivio. El cuerpo de Gallo, que había estado caminando durante veintidós horas en un ambiente cinco grados más caliente de lo que el aire debería estar, registró los dieciocho grados con la gratitud de un sistema de refrigeración que vuelve a funcionar.

Las sombras - dijo Polvo. Las sombras estaban ahí. Cortas, pegadas a los pies, comprimidas las mismas sombras insuficientes de la frontera. Pero eran sombras. Proyecciones de los cuerpos sobre el suelo que indicaban dirección de la luz, ángulo del sol, profundidad

del espacio. El cerebro de Gallo recibió la información de las sombras con la voracidad de un sistema que ha estado ciego durante un día y medio y que de pronto puede triangular distancias otra vez. El detector de frecuencias parpadeó. La pantalla verde que había estado fija en saturación desde que entraron al bosque bajó. Tres cuartos de pantalla. Dos cuartos. La línea empezó a oscilar. Cuatro-tres-dos. La respiración del borde. La señal familiar del campamento. Estaban cerca.

El generador - contestó Gallo. Do sostenido. Rojo oscuro. Casi marrón. A la distancia, atenuado por tres kilómetros de aire de frontera que era menos denso que el aire del bosque pero más denso que el aire normal. El Do sostenido le llegó a los oídos con el peso de una palabra que has esperado oír durante demasiado tiempo. No significaba nada. Significaba todo. Significaba que el campamento existía. Que la realidad fuera del bosque seguía funcionando según las reglas que Gallo conocía. Que el sonido viajaba, rebotaba, volvía y que el mundo no era mudo.

Caminaron los tres kilómetros hasta el campamento en una hora y cuarto. El suelo cambió de polvo de hueso a tierra oscura de la frontera a tierra compactada. Cada cambio de superficie fue un paso hacia el orden hacia el mundo donde las botas crujían sobre grava. El viento soplaba, las cosas proyectaban sombra, los relojes medían el tiempo, el tiempo era lineal, no circular, no elástico y no la masa deforme que había sido en el bosque. El campamento apareció a las quince y doce. Los barracones de polímero gris.

El generador. Las torres con las escaleras combadas. El contenedor de oficiales. El patio de concreto agrietado. Todo igual. Todo en su lugar. El generador en Do sostenido. La letrina anclada

con cadenas. El helipuerto con la H descolorida. Braga los vio primero. Estaba de pie junto al depósito de suministros con un bloc de formularios en la mano. Formularios de desaparición. Gallo lo supo por el color del papel, amarillo pálido, el color que el GM usaba para la documentación de bajas no confirmadas.

Braga tenía la cara de un hombre que lleva veinticuatro horas llenando formularios, que no ha terminado. Cuando vio a los cinco caminando por el flanco este, cinco figuras cubiertas de polvo de hueso blanco sobre ropa que había sido verde oliva, botas que habían sido negras y piel que había sido del color de la piel. Braga dejó de escribir. Cinco. De los diez de la Escuadra Tres, cinco. Gallo miró el patio. Las otras escuadras habían vuelto. No todas. No completas. En el patio de concreto agrietado había personas sentadas, no en formación, no en orden, sentadas con la disposición aleatoria de gente que ha llegado a un lugar, se ha detenido donde las piernas dejaron de funcionar.

Gallo las contó. Cuatro. Cuatro personas de las otras tres escuadras. Treinta reclutas habían salido en las Escuadras Uno, Dos, Cuatro. Cuatro habían vuelto. Cuatro más cinco. Nueve. De treinta y ocho, nueve. Anya estaba de pie junto al barracón central. Tenía sangre en el antebrazo derecho, no la cicatriz quirúrgica del izquierdo. Sangre fresca del derecho, una herida que empezaba debajo del codo y terminaba en la muñeca. No la trataba. No la miraba. La sangre le bajaba por la mano y goteaba en el concreto, donde formaba manchas del tamaño de monedas que se secaban en segundos bajo el sol plano de la frontera.

Anya había entrado al bosque con la Escuadra Uno, diez reclutas, los más débiles, había vuelto sola. Sola con sangre en el brazo, la

expresión de alguien que ha hecho algo que necesitaba hacer y que el costo de hacerlo no se mide en heridas externas. Faith estaba en la puerta del contenedor. Abierta, no entreabierta. La tableta de papel en la mano. El bolígrafo inmóvil. No escribía. Miraba. Los ojos grises recorrían a los nueve supervivientes con la velocidad de lectura de un sistema que procesa datos en tiempo real: estatura, peso estimado, postura, nivel de agotamiento, patrón respiratorio, dirección de la mirada, presencia o ausencia de heridas visibles, estado de la ropa, estado del equipo, estado de los ojos.

Los ojos de Faith se detuvieron en Gallo. Gallo sostuvo la mirada. No tenía energía para bajar los ojos. El cuerpo de Gallo estaba en el estado en que se ponen los cuerpos que han caminado veintidós horas sin dormir, que han cargado peso durante once de esas horas, que han pasado la noche sentados en la oscuridad total escuchando morir a tres personas. El estado que los manuales del GM describen como “agotamiento operativo fase tres” y que los soldados describen como “cuando las rodillas doblan solas.” Gallo estaba de pie porque las rodillas todavía sostenían.

La izquierda no iba a sostener mucho más. El La sostenido del dolor había vuelto más agudo, más insistente, con armónicos nuevos que indicaban daño estructural. No solo fricción del tendón. Algo se había desgarrado. Algo que no se repara caminando. Faith asintió. El mismo gesto mínimo del interrogatorio, un milímetro de movimiento del mentón. Pero este asentimiento era diferente. No era verificación de datos. Era reconocimiento. Faith reconocía que Gallo había entrado al bosque con diez, había vuelto con cinco, que los cinco que volvieron eran los cinco que tenían algo que los otros no tenían. No fuerza, no resistencia, no coraje.

Percepción. La capacidad de sentir el campo del bosque y navegar por sus gradientes, no dejarse vaciar por sus residuos. El bosque era un filtro. Y el filtro había dejado pasar a los que tenían la frecuencia correcta. Gallo se sentó en el concreto. Las rodillas cedieron con un chasquido que fue del menisco al fémur, del fémur al patio y del patio al oído de Gallo con la claridad de una nota tocada en un piano que hace tiempo que nadie afina. Se sentó y la rodilla izquierda dejó de doler porque la rodilla izquierda dejó de soportar peso y el sistema nervioso interpretó la ausencia de carga como permiso para dejar de enviar señales de alarma.

El silencio. El generador en Do sostenido. El viento del oeste. Las cadenas de la letrina en Si natural. Los sonidos del campamento, los sonidos honestos de las cosas que funcionan como deberían funcionar, le llenaron los oídos con la densidad de un concierto después de una sala sorda. Remache se sentó a su lado. Las botas grandes tocaron el concreto con un golpe sordo que fue de la suela al suelo, del suelo al cuerpo de Gallo a través de las nalgas, la columna. Remache sacó la tuerca hexagonal del bolsillo.

La giró. Clic. Clic. Clic. El sonido más pequeño y más constante del campamento. El sonido que no había dejado de existir en ningún momento ni en el camión, ni en el barracón, ni en el bosque. Remache había girado la tuerca durante veintidós horas de marcha, durante la noche en el bosque, durante la muerte de los tres reclutas. Clic. Clic. Clic. El metálico del acero inoxidable contra la piel callosa de los dedos. El sonido de alguien que mantiene un ritual porque el ritual es lo único que el mundo no puede quitarte si lo haces con las manos.

Polvo se acostó boca arriba en el concreto. Los brazos abiertos. Los pies descalzos cubiertos de polvo de hueso blanco hasta las rodillas. Miraba el cielo. El cielo sobre el campamento era azul, un azul pálido, desaturado por la proximidad de la frontera, pero azul. Un azul que tenía profundidad, gradiente, el tipo de distancia que el cielo blanco del bosque no tenía. Polvo miró el azul, las lágrimas le salieron de los ojos sin sonido, no el infrasonido de la noche, sino lágrimas silenciosas que le bajaron por las sienes. Se mezclaron con el polvo de colores que todavía cubría sus mejillas, formaron riachuelos de colores sobre la piel, amarillo, rojo y azul diluidos en agua salada.

Sien se quedó de pie. Miraba la frontera. Las manos habían bajado de las sienes por primera vez en veintidós horas. Colgaban a los costados. Los dedos temblaban, no del frío del bosque, sino de la descarga de un sistema nervioso que ha estado en sobreexcitación durante un día y medio y que de pronto no tiene campo contra qué luchar. Los dedos de Sien temblaban con el temblor de los cables de alta tensión cuando se corta la corriente, la energía residual buscando salida. Kova se sentó. No añadió nada. No iba a decir nada. Kova había gastado sus dos intervenciones la primera en el borde del bosque, la segunda en silencio durante la noche del bosque. Una palabra que Gallo no oyó, pero que el cuerpo de Kova transmitió a través del contacto de las espaldas: no. Kova había dicho no al bosque con el cuerpo. Y el bosque la había escuchado.

Nueve. Gallo miró a los cuatro de las otras escuadras. Tres hombres, una mujer. Ninguno que reconociera la postura de no parecían de los que Gallo había registrado durante las primeras semanas. No eran de los que caminaban con las posturas

reconocibles. Eran otros. Otros que habían sobrevivido al bosque por razones propias, quizá percepción, quizá suerte, quizá una combinación de ambas que el bosque no había logrado separar.

Braga se acercó. Se puso en cuclillas frente a Gallo. Los formularios amarillos en la mano. Veintinueve formularios por llenar. Veintinueve nombres. Veintinueve casillas de “circunstancia de la baja: desconocida.” Veintinueve familias en Ciudad Esperanza que iban a recibir una carta estándar del GM que decía “su hijo/a prestó servicio en zona de contención perimetral y no completó el período asignado” sin explicar qué significaba “no completó” porque el GM no tenía vocabulario para lo que el bosque hacía con los cuerpos.

¿Cuántos entraron con tu escuadra? - dijo Braga. Diez. ¿Cuántos vuelven? Cinco. Braga miró a los cinco. Gallo, Remache, Polvo, Sien, Kova. Miró la cobertura de polvo de hueso. Las botas de Gallo, la izquierda tenía la suela parcialmente despegada. La derecha tenía la puntera abierta donde el polímero se había desintegrado por el contacto prolongado con la ceniza de hueso, que era ácida, corrosiva, que disolvía los materiales sintéticos con la paciencia del ácido que tiene cien años para trabajar. Los pies de Polvo descalzos, cubiertos de blanco, con las plantas enrojecidas por el roce con superficies que no estaban diseñadas para pies humanos. Miró las manos de Sien temblando. Miró a Remache sentado, girando la tuerca, con la postura de alguien que puede levantarse cuando quiera pero que ha decidido no querer todavía.

Braga no preguntó qué les había pasado. Braga llevaba catorce meses en la frontera. Sabía qué les había pasado. Lo sabía porque había visto volver a otros grupos antes. Grupos más grandes, de

veinte que entraban, siete que volvían. De quince que entraban, tres que volvían. De diez que entraban, ninguno que volviera. Lo sabía y no preguntaba porque la respuesta no cabía en un formulario amarillo. Descansen. Agua y barras en el depósito. La ducha funciona. Se fue. Volvió al contenedor con los formularios. El sonido de la puerta de metal cerrándose fue un Re menor que viajó por el patio.

Que Gallo recibió con el alivio de escuchar una nota familiar en un mundo que durante un día, medio no había tenido notas. ###
CAPÍTULO 010 [S][O][A]

Los cinco durmieron diecisiete horas. No había camas contiguas en el Barracón B, y la logística de los catres de aluminio no permitía reorganizar veinte catres para poner cinco juntos. Pero los cinco eligieron el mismo rincón. El rincón oeste del Barracón B, contra la pared que daba al sur, la más lejos de la frontera, la que oía los sonidos más honestos, la que tenía la decoloración menos pronunciada en los paneles de polímero. Gallo en su catre habitual contra la pared. Remache al lado.

Polvo enfrente, en el suelo entre los dos catres, porque el piso era más estable que el colchón de espuma de medio centímetro, y porque los pies de Polvo necesitaban contacto con una superficie sólida después de veinticuatro horas sobre polvo que cedía. Sien al final de la fila, contra la pared norte, el único que eligió la pared de la frontera, no por preferencia, sino por vigilancia: si algo venía de esa dirección, Sien iba a sentirlo primero. Kova eligió el catre al otro lado de Gallo. Se acostó. Cerró los ojos.

Durmió sin moverse durante diecisiete horas sin girar, sin ajustar la posición, sin la inquietud del sueño que procesa trauma. Kova

durmió con la eficiencia de un sistema que se apaga, ejecuta mantenimiento, y se enciende. El sueño de Kova no produjo sonido. Ni ronquido ni respiración audible ni el crujido del catre cuando el cuerpo se acomoda. Kova era la persona más silenciosa del campamento, más silenciosa que Faith, que no producía eco. Los otros cuatro supervivientes, los de las otras escuadras, eligieron el Barracón A.

No por decisión grupal, sino por gravedad, caminaron hacia el barracón más cercano a donde estaban sentados en el patio, se dejaron caer en los catres que encontraron. No se acercaron al Barracón B. La separación fue espontánea, natural: los cinco de la Escuadra Tres se fueron juntos, los cuatro de las demás se fueron juntos, y entre ambos grupos había una distancia que no era geográfica, sino experiencial. Gallo se despertó a las ocho de la mañana del tercer día desde la entrada al bosque. La rodilla izquierda estaba hinchada.

La hinchazón era interna, en la cápsula articular, donde el líquido sinovial se había acumulado en respuesta al daño que once horas de marcha con carga habían producido. La rodilla no se doblaba más allá de noventa grados. El dolor era un La sostenido constante con nuevos armónicos en la zona aguda, notas que indicaban inflamación del ligamento lateral, posible desgarro parcial del menisco medial, distensión del tendón rotuliano. El mapa del dolor de su rodilla era una composición compleja que un músico habría descrito como un acorde disonante con resolución pendiente.

Se levantó. Caminó hasta las duchas. El agua salió a 2.8 bares, no la presión de las duchas del barracón, sino la del contenedor de oficiales. Alguien había redirigido la tubería. Alguien había

conectado la línea de alta presión del contenedor al sistema del Barracón B. Gallo miró la tubería nueva, de PVC blanco, uniones de presión, instalación reciente. La instalación era limpia, eficiente, con las uniones selladas con cemento de PVC aplicado en cantidad exacta, sin exceso ni defecto. Remache. Remache había instalado la tubería mientras Gallo dormía.

En algún momento de las diecisiete horas, Remache se había despertado, había encontrado los materiales en el depósito, había cortado las longitudes necesarias, había conectado las líneas, y se había vuelto a acostar. Sin decir nada. Sin pedir permiso. Sin explicar por qué los cinco del Barracón B merecían la misma presión de agua que Faith. El agua caliente le cayó en la nuca, bajó por la espalda arrastrando el polvo de hueso. El polvo se disolvió en el agua, formó un líquido blanco que se fue por el drenaje, calcio, fósforo, trazas de carbono de personas que habían tenido nombre y que ahora eran residuo en la tubería de un barracón de la frontera.

Gallo se quedó bajo el agua doce minutos. La temperatura del agua era de treinta y ocho grados. La temperatura de su cuerpo era de treinta y seis punto cinco. La diferencia de grado, medio, era suficiente para que los músculos se relajaran y el sistema nervioso bajara la guardia, el cuerpo dejara de estar en modo supervivencia y entrara en modo mantenimiento. La rodilla no mejoró con el agua caliente. No iba a mejorar sin atención médica, la atención médica estaba en Ciudad Esperanza, a seis horas de camión, el camión venía cada cuatro meses, faltaban catorce semanas para el próximo.

Salió de las duchas. Se vistió con ropa limpia del depósito, uniforme estándar del GM, verde oliva, talla M, que le quedaba ajustada en los hombros y suelta en la cintura. Caminó hacia el patio.

El campamento había cambiado. No físicamente, los barracones seguían ahí, el generador seguía en Do sostenido, las torres seguían combadas. Lo que había cambiado era la densidad del espacio. Treinta y ocho personas generan un nivel de ruido ambiental, pasos, voces, respiraciones, puertas, casilleros, que llena el campamento con la textura del hábitat humano.

Nueve personas generan un nivel diferente. El campamento con nueve personas era más silencioso de lo que debería ser un lugar habitado. Los sonidos que quedaban, el generador, el viento, las cadenas de la letrina, resaltaban con la claridad de instrumentos solistas en una orquesta que ha perdido al resto de la sección. Anya estaba en el patio. El brazo derecho vendado con una tira de tela del uniforme, no con material médico, con tela arrancada de la manga de alguien que no necesitaba manga. Hacía flexiones con un solo brazo.

El izquierdo. El de la cicatriz quirúrgica. Cincuenta flexiones en el tiempo que Gallo tardó en cruzar el patio. El ritmo era de una cada dos segundos, bajada controlada, subida explosiva, pausa de medio segundo en la posición superior. No entrenaba el brazo. Entrenaba la mente. Anya procesaba la pérdida de su escuadra con el cuerpo de la misma manera que Remache procesaba con la tuerca hexagonal: repitiendo un movimiento hasta que el movimiento vaciaba la cabeza de todo lo que no fuera el movimiento.

Los cinco del bosque comentó Anya cuando Gallo se acercó. No levantó la vista. Siguió con las flexiones. Tú, el grande, el rubio, el flaco, la callada. Sí. ¿Cómo sobrevivieron? Sien guió con el campo. Polvo confirmó con el suelo. Remache cargó a los que caían. Kova caminó. Yo conté. ¿Contaste? Pasos. Segundos. Minutos. Respiraciones. Lo que pudiera contar. Anya hizo la flexión número

sesenta y cuatro y se detuvo. Se quedó en la posición de plancha, el cuerpo recto, el brazo izquierdo extendido, la cara a cuarenta centímetros del concreto agrietado.

Miró a Gallo desde abajo. Los ojos de Anya eran marrones oscuros, sin la particularidad de los ojos de Faith, sin la frecuencia de parpadeo reducida, sin el gris neutro que no se recuerda. Los ojos de Anya se recordaban porque miraban con una intensidad que dejaba marca. La mirada de Anya era física, tocaba. Los cuatro del otro barracón van a pedir traslado en cuanto llegue el transporte dijo. No les va a llegar el transporte porque el GM no envía transporte de emergencia a zona de contención pasiva.

Van a esperar catorce semanas y se van a ir y no van a volver al servicio activo. El trauma del bosque los va a sacar del sistema. Van a terminar en trabajo administrativo en Ciudad Esperanza o en alguna planta de procesamiento donde los sonidos más fuertes sean los de las máquinas empaquetando barras de proteína. Se levantó. La transición de plancha a posición vertical fue un movimiento continuo que pasó por cuclillas sin detenerse, las piernas absorbiendo el peso del torso, la espalda recta, la cabeza la última en llegar a la vertical.

Ustedes cinco no van a pedir traslado. No era pregunta. No era orden. Era diagnóstico. Anya había visto a los cinco llegar del bosque cubiertos de polvo de hueso, cargando a nadie porque los que cargaban habían muerto, los cinco seguían de pie, los cinco se habían sentado juntos, habían dormido juntos y habían elegido el mismo rincón del mismo barracón sin discutirlo porque no había nada que discutir. Lo que el bosque les había hecho era irreversible, pero no era destrucción, era forja.

El bosque los había sometido a presión, temperatura y campo, sombras, y los cinco que salieron eran más densos que los diez que entraron. Más densos de la manera en que el acero es más denso que el hierro, no más pesado, más resistente. La forja no agrega material. Elimina impurezas.

No contestó Gallo. Bien. A las dieciséis horas, instrucción. Solo ustedes cinco. Lo que les voy a enseñar no es lo que enseño al resto. No hay resto. Va a haberlo. En cuatro meses llega otro transporte con cuarenta reclutas que no saben nada. Van a caminar catorce vueltas alrededor del campamento, van a comer barras de proteína, van a dormir en catres de aluminio, van a pensar que saben lo que es la frontera porque han visto los troncos desde veinte metros de distancia. Ustedes cinco van a ser los que saben.

Los que ya entraron y volvieron. Los que navegan el campo. Gallo miró a Anya. Dieciocho años. Metro sesenta y cuatro. Cicatriz quirúrgica en un brazo, herida abierta en el otro. Había entrado al bosque con diez, había vuelto sola y no había explicado cómo ni por qué. Nadie le iba a preguntar porque la respuesta estaba en la sangre del brazo derecho, la sangre de alguien que hizo lo que tenía que hacer para volver y que lo que hizo no fue salvar a nadie sino sobrevivir. ¿Cuál es la diferencia entre lo que nos enseñas y lo que enseñas al resto?

Al resto les enseño a pelear. A ustedes les voy a enseñar a operar. Pelear es lo que haces cuando todo funciona, armas, comunicaciones, cadena de mando, logística. Operar es lo que haces cuando nada funciona. En el bosque no funciona nada. En la frontera no funciona casi nada. Lo que queda cuando le quitas la tecnología, las armas, la cadena de mando a un grupo de personas es lo que esas personas

son. Ustedes cinco son lo que queda. Gallo asintió. La rodilla izquierda dolió con un pulso de La sostenido que subió por la columna y se instaló en la base del cráneo. El dolor tenía un color nuevo, no el cobre brillante de las primeras horas, sino un cobre oscurecido, oxidado, el color del metal que ha pasado tiempo a la intemperie. La rodilla se estaba convirtiendo en algo permanente. No una lesión que sana. Una condición que se gestiona. Gallo iba a caminar con esa rodilla el resto de su vida. El bosque le había dejado un recuerdo en la articulación. A las dieciséis horas.

Los cinco estaban en el patio. Anya los miró. Los evaluó. Cinco cuerpos. Cinco capacidades.

Cinco maneras de sobrevivir al bosque que eran cinco maneras de sobrevivir a cualquier cosa. Nombres. Gallo. Oigo lo que otros no oyen. Cuento lo que otros no cuentan. Remache. Construyo con lo que hay. Polvo. Los animales me hacen caso. Las personas también, a veces. Sien. Percibo campos. Sé dónde están las cosas que no se ven.

Kova miró a Anya. Anya miró a Kova. El intercambio duró tres segundos. Kova no comentó su nombre. Kova no dijo su capacidad. Kova dijo lo que añadió con la postura de pie, erguida, los pies plantados a la distancia de los hombros.

Las manos a los costados, la mandíbula firme. La postura decía: estoy aquí. No me fui. No me voy a ir. Eso es lo que soy.

Kova - admitió Anya, completando lo que Kova no decía. No cede. Kova no asintió. No negó. Existió. Anya los entrenó esa tarde. No combate eso ya lo sabían. Formaciones sin comunicación verbal. Movimiento coordinado sin señales visibles. Desplazamiento en campo hostil sin equipamiento electrónico. Navegación por percepción sensorial Sien guiaba.

Polvo confirmaba, Gallo medía distancias por eco y frecuencia, Remache cargaba lo que había que cargar, Kova cubría lo que había que cubrir. A las dieciocho horas, Faith salió del contenedor. Caminó hasta el patio. Los pasos sin eco sobre el concreto. La tableta en la mano. El bolígrafo negro. Los ojos grises recorriendo a los cinco con la velocidad de lectura que Gallo ya conocía el escaneo que procesaba datos biométricos en tiempo real.

Faith se paró a tres metros de la formación de los cinco. No dijo nada durante treinta segundos. Los treinta segundos que Faith necesitaba para completar su evaluación. Después habló. Lo que sobrevive al bosque es lo que funciona en el bosque. Lo que funciona en el bosque funciona en cualquier lugar donde la tecnología falle y las armas se apaguen y la cadena de mando no exista. Ustedes cinco funcionan sin nada de eso. Funcionan con lo que tienen incorporado. Lo que tienen incorporado es lo que vine a buscar.

Gallo la miró. Faith había dicho en voz alta lo que Gallo había sospechado desde el interrogatorio en el contenedor que Faith había venido al campamento buscando un tipo específico de percepción. Que el bosque era la prueba que separaba a los que tenían esa percepción de los que no, y que los cinco eran el resultado de la prueba.

¿Qué viniste a buscar? - preguntó Gallo. Faith lo miró. Tres segundos. La frecuencia de parpadeo reducida. Los ojos grises sin rasgo memorable. La marca detrás de la oreja izquierda invisible desde este ángulo pero presente el implante subcutáneo que hacía que Faith fuera lo que Faith era.

Gente que funcione donde nada funciona - admitió Faith. El servicio militar los trajo aquí. El bosque los filtró. Lo que viene

después no es servicio militar. Lo que viene después es otra cosa.

No dijo qué. Faith volvió al contenedor. La puerta se cerró con el clic de bisagra lubricada. Los cinco se quedaron en el patio bajo el sol plano de la frontera. El sol que calentaba menos de lo que debería. Que proyectaba sombras que se pegaban a los pies, que iluminaba un campamento donde treinta y ocho habían sido cuarenta y cuarenta habían sido el número que el GM consideraba aceptable para la contención perimetral de una zona que no se podía contener. El generador zumbó en Do sostenido. Rojo oscuro.

Casi marrón. El círculo que no cerraba. Gallo se tocó la rodilla. La rodilla estaba caliente. El La sostenido del dolor era constante. El color del cobre oxidado. A su lado, Remache giró la tuerca. Clic. Clic. Clic. A su otro lado, Polvo se sentó en el suelo, apoyó las palmas en el concreto y cerró los ojos. La tierra de la frontera moverse debajo del campamento con la lentitud de las cosas que no tienen prisa porque tienen todo el tiempo que los humanos no tienen. Sien estaba de pie mirando la frontera.

Los dedos en la sien. Presionando. No con urgencia, con la costumbre del que sabe que lo que siente detrás de la sien no se va a ir nunca y que la presión no lo apaga sino que lo afina. Kova estaba de pie. Existiendo. Sin ceder. Cinco. No una escuadra. No un equipo. No un grupo asignado por un formulario del GM. Lo que no tenía nombre todavía pero sí tenía forma, la forma de cinco cuerpos que habían entrado al bosque. Que habían salido del bosque y que no iban a separarse porque separarse era volver a ser lo que eran antes del bosque, lo que eran antes del bosque ya no existía.

El generador zumbó. El viento sopló del oeste. Las cadenas de la letrina sonaron en Si natural. Y debajo de todo, debajo del Do

sostenido, del viento, del Si natural, del clic de la tuerca y del La sostenido de la rodilla, la frecuencia de la frontera pulsó. El hueco. El negro que era un color. La ausencia que tenía forma. Gallo lo escuchó. Los cinco lo escucharon. Cada uno a su manera. Cada uno con su instrumento. Pero los cinco escuchaban lo mismo, el sonido de un lugar donde nada funciona excepto lo que llevas dentro.

Y lo que llevaban dentro era suficiente. ## TEMPORADA 2:
CALLES (EXPANDIDA)

- ○

CAPÍTULO 011 [S][O][H]

Remache vivía dentro de su armadura. No en sentido figurado. Remache dormía, comía, caminaba, orinaba, negociaba, peleaba dentro de una estructura de ciento sesenta y dos piezas de metal de desecho remachadas sin soldadura que le cubría el torso, los hombros, los brazos hasta el codo. Las piernas hasta la rodilla. La armadura pesaba veintitrés kilos. Remache pesaba setenta y ocho. Combinados, ciento un kilos de carne y metal caminando por los niveles bajos de Entreternia con el sonido de un cajón de herramientas bajando una escalera.

El ruido lo delataba. Lo sabía. Le daba igual. En los niveles bajos de Entreternia los pisos del uno al quince de los bloques habitacionales que el Gobierno Municipal había construido como “vivienda temporal de reubicación” cuarenta años atrás y que seguían siendo temporales de la misma manera que la frontera seguía siendo “contención pasiva”: por decreto. No por realidad el

ruido era moneda. Si hacías ruido, existías. Si existías, los otros sabían dónde estabas. Y si los otros sabían dónde estabas, no te atacaban por la espalda porque no hacía falta.

Remache salió del hueco que usaba como dormitorio a las seis de la mañana. El hueco era un espacio entre dos muros de carga del Bloque 14 que algún constructor había dejado sin rellenar setenta centímetros de ancho por dos metros de largo por dos de alto. Suficiente para que un cuerpo con armadura se acostara en posición fetal. No suficiente para darse la vuelta. Remache dormía de costado. Siempre del derecho, con la espalda contra el muro que daba al exterior y la cara contra el muro que daba al pasillo.

La razón era acústica: el muro del pasillo transmitía los pasos de quien se acercara. Remache se despertaba cuando alguien pasaba dentro de un radio de diez metros. Por hábito. El pasillo del Bloque 14, nivel tres, olía a orina concentrada y a grasa de cocina rancia y al compuesto químico que el GM rociaba una vez al mes para controlar las cucarachas pero que no controlaba nada porque las cucarachas del nivel tres llevaban generaciones desarrollando resistencia a todo lo que el GM les tiraba. Las cucarachas del nivel tres eran más grandes que las del nivel diez.

Las del nivel uno eran más grandes que las del tres. A mayor profundidad, mayor adaptación. Mayor supervivencia. Las cucarachas eran la aristocracia de los niveles bajos. Remache caminó por el pasillo. Las piezas de la armadura se golpeaban entre sí con cada paso un ritmo irregular que dependía de la velocidad y la inclinación del cuerpo y que los vecinos del Bloque 14 habían aprendido a reconocer. Remache no tenía nombre en los niveles bajos. Tenía sonido. “Ahí viene el que suena” era la frase que los

niños usaban cuando las placas de metal repiqueteaban escalera abajo.

Los adultos no usaban frase se apartaban. La escalera del Bloque 14 tenía cuarenta y dos escalones del nivel tres al nivel cinco. Remache los contó una vez, los retuvo porque Remache retenía cantidades. Cuarenta y dos escalones de concreto con los bordes desgastados por cuarenta años de pisadas y con una capa de humedad condensada que hacía cada escalón una superficie de riesgo. La armadura cambiaba el centro de gravedad veintitrés kilos de metal distribuidos en la parte superior del cuerpo hacían que bajar escaleras fuera un ejercicio de equilibrio que requería atención constante.

Remache había caído en las escaleras tres veces en los dos años que llevaba viviendo en el Bloque 14. Las tres veces la armadura había absorbido el impacto. Las tres veces Remache se había levantado con la dignidad del que se cae. No mira si alguien lo vio. El nivel cinco era el mercado. No el mercado oficial del GM, ese estaba en el nivel quince, con licencias, estándares de higiene y cámaras de vigilancia que grababan cada transacción para un sistema de monitoreo que producía informes mensuales que nadie leía.

El mercado del nivel cinco era el otro. Puestos improvisados sobre cajas de plástico. Mercancía sin etiqueta. Transacciones en efectivo que el GM no registraba porque el GM no bajaba del nivel diez. El mercado del nivel cinco existía en el espacio legal entre lo permitido. Lo prohibido no estaba autorizado pero tampoco estaba perseguido porque perseguirlo requería bajar al nivel cinco y bajar al nivel cinco requería que alguien del GM aceptara caminar por los pasillos donde las cucarachas eran más grandes que las del nivel diez. Donde el olor

de la orina concentrada se mezclaba con el olor de la comida recalentada, con el olor del sudor de doscientas personas haciendo negocios en un espacio sin ventilación a treinta y un grados.

Remache tenía un puesto. No un puesto fijo, un espacio entre dos pilares de carga donde extendía un trapo y ponía encima lo que hubiera construido esa semana. La semana anterior había sido un regulador de voltaje armado con componentes de tres detectores de humo desechados. La semana antes, un calentador de agua portátil que funcionaba con una resistencia extraída de una plancha industrial. Esta semana era un transmisor de corto alcance montado en la carcasa de un detector de humo, con la antena hecha de alambre de cortina y la fuente de alimentación extraída de una linterna militar que alguien había tirado en el nivel dos porque la lente estaba rota.

El transmisor funcionaba. Alcance: doscientos metros. Frecuencia: ajustable entre 88 y 108 MHz. Precio: lo que alguien quisiera pagar. Remache puso el transmisor en el trapo. Se sentó en el suelo con la espalda contra el pilar. Sacó la tuerca hexagonal del bolsillo de la armadura. El bolsillo era un espacio entre la placa pectoral y la placa lateral izquierda donde Remache guardaba la tuerca y los cohers del día, una foto que no miraba pero que estaba ahí con la insistencia de las cosas que uno guarda sin motivo y que el motivo es que no puede tirarlas.

Clic. Clic. Clic. La tuerca giraba entre los dedos con el ritmo del pensamiento cuando Remache pensaba rápido, la tuerca giraba rápido; cuando procesaba algo lento, la tuerca se detenía. La tuerca era el pulso de Remache expresado en metal. El mercado del nivel cinco se llenó lento. Los vendedores de comida llegaron primero, con

barras de proteína robadas del suministro oficial que se vendían a mitad de precio porque las fechas de caducidad estaban vencidas. Lo cual no importaba porque las barras estaban diseñadas para durar quince años y la fecha de caducidad era un formalismo burocrático.

Después los vendedores de ropa uniformes del GM modificados, botas remendadas, impermeables hechos de bolsas de plástico soldadas con calor. Después los vendedores de electrónica, cables, baterías, pantallas rotas que alguien con las manos de Remache podía hacer funcionar. A las nueve llegó la clientela habitual. La mujer del nivel cuatro que compraba baterías para el audífono de su madre, el GM no proporcionaba baterías de repuesto para audífonos después de los tres años de garantía y la garantía del audífono de la madre había vencido hacía siete.

El hombre del nivel dos que compraba cable de cobre para las conexiones eléctricas ilegales que mantenían funcionando las luces de los pasillos que el GM había dejado de iluminar hacía dos años. Los tres adolescentes del nivel uno que compraban componentes para los receptores de radio que construían en el sótano de un bloque donde nadie vivía, receptores que sintonizaban frecuencias que el GM no asignaba y que captaban transmisiones que no deberían existir. Un hombre se detuvo frente al puesto a las diez.

Cincuenta años, barba recortada, un abrigo que había sido de un oficial del GM, que ahora tenía los parches arrancados, las mangas acortadas. Miró el transmisor. Miró a Remache. Los ojos evaluaron la armadura, las ciento treinta y nueve piezas, los remaches sin soldadura, la superficie irregular del metal de desecho que daba la impresión de lo construido con lo que se tenía y no con lo que se

quería. ¿Funciona? Sí. ¿Qué alcance? Doscientos metros. ¿Frecuencia? Ajustable. FM completo. El hombre se agachó.

Examinó el transmisor con los dedos de alguien que ha tocado electrónica antes, los dedos fueron a los contactos, a la soldadura, a la junta entre la carcasa y la placa de circuito. La soldadura era limpia, uniforme, hecha con la precisión de alguien que suelda con estaño derretido sobre la punta de un destornillador calentado con un encendedor porque no tiene estación de soldadura. El hombre reconoció la calidad. Levantó las cejas. ¿Cuánto? Setenta cohers. Cincuenta. Sesenta y cinco. La antena es de cobre puro, no de aluminio.

Y la carcasa del detector de humo es ignífuga. Lo puedes dejar encendido toda la noche sin que se caliente. Sesenta y cinco. El hombre pagó sesenta y cinco cohers en billetes que olían a humedad, a las manos de veinte personas que los habían tocado antes. Remache guardó los billetes dentro de la armadura en el espacio entre la placa pectoral y la placa dorsal, donde el calor del cuerpo los secaba y donde nadie iba a meterle la mano sin perder los dedos. A las once vendió un adaptador de corriente a una mujer que lo necesitaba para cargar un equipo médico portátil que el GM no serviciaba por debajo del nivel quince.

A las doce, cuando el mercado vaciaba porque el calor del nivel cinco sin ventilación subía a treinta y dos grados y la gente se refugiaba en los niveles más profundos donde la temperatura se mantenía a veintidós grados constantes por la masa térmica del concreto, Remache recogió el trapo, lo dobló, se lo metió en el espacio que quedaba entre la placa del muslo izquierdo y la rodillera, y caminó. No tenía destino. Caminaba porque en Entreternia

caminar era la forma de estar al día, las noticias viajaban por los pasillos, los rumores bajaban por las escaleras, la información se depositaba en las esquinas donde la gente se juntaba a esperar que pasara algo que nunca pasaba.

Remache escuchaba mientras caminaba. Las placas de la armadura hacían ruido pero los oídos dentro de la armadura funcionaban, los sonidos del exterior se filtraban por las juntas entre las piezas, llegaban a los tímpanos con una cualidad particular, atenuados en las frecuencias altas y amplificados en las bajas. Lo que significaba que Remache oía mejor las voces graves, los pasos pesados que las voces agudas y los susurros. Bajó al nivel cuatro. El pasillo del nivel cuatro era más estrecho que el del cinco, los muros de carga estaban más juntos porque el diseño original del bloque preveía habitaciones más pequeñas en los niveles inferiores. La lógica del GM era que los niveles bajos eran temporales y que lo temporal no necesitaba espacio. La lógica de los que vivían en los niveles bajos era que la temporalidad del GM duraba cuarenta años y que cuarenta años de temporalidad eran permanencia para cualquier cuerpo que las habitara. El nivel cuatro del Bloque 14 tenía una particularidad que Remache había descubierto en el primer mes: las tuberías de agua del nivel cuatro transmitían sonido. No cualquier sonido, sino frecuencias bajas. Las tuberías eran de hierro fundido, ochenta milímetros de diámetro, y corrían por la pared medianera entre las habitaciones con la continuidad de un sistema que conectaba todo el bloque de arriba a abajo.

Un golpe en una tubería del nivel quince se oía en el nivel uno. Una sacudida en el nivel uno llegaba al quince. Las tuberías eran el sistema nervioso acústico del Bloque 14. Remache las usaba para

escuchar lo que pasaba en los niveles que no visitaba. A las catorce horas, en el nivel cuatro del Bloque 14, con la mano izquierda sobre la tubería de hierro que corría por la pared, la mano de Remache se detuvo. Un pulso. No el del agua corriendo ni el de un golpe ni el de alguien usando la tubería como percutor.

Un pulso constante, de baja frecuencia, que entraba por la tubería y que viajaba por el metal con la velocidad del sonido en hierro fundido, cuatro mil novecientos metros por segundo. La sacudida no venía de arriba. Venía de abajo. Del nivel tres. Del nivel dos. Del nivel uno. De debajo del nivel uno. Remache quitó la mano. El temblor se detuvo no porque dejara de existir sino porque la mano de Remache era el receptor y sin el receptor la señal era invisible. Puso la mano de nuevo. El temblor estaba ahí.

Constante. Grave. Con la cualidad de lo que no es mecánico no tenía la regularidad de una máquina ni la intermitencia de un proceso humano. Tenía la constancia de lo vivo. Frecuencia que salía desde debajo del bloque con la naturalidad de un cuerpo que produce calor. Remache conocía esa frecuencia. La había sentido en la frontera. En el bosque. En el borde de la zona donde la tierra dejaba de ser tierra y se convertía en otra cosa. El bosque estaba a trescientos kilómetros. Lo que Remache sentía en la tubería del Bloque 14 estaba debajo de sus pies.

Bajó. Nivel tres, su hueco, su pasillo, su territorio. Nivel dos más estrecho, más caliente, las cucarachas más grandes. Nivel uno, el nivel más profundo del Bloque 14, donde las luces del GM no funcionaban desde hacía tres años, donde la gente vivía con lámparas de queroseno y con la luz de los teléfonos del GM que tenían una autonomía de ocho horas y que se recargaban en los

puntos de carga del nivel quince. Lo que significaba catorce pisos de escaleras para cada recarga. En el nivel uno, la frecuencia de la tubería era más fuerte.

Remache puso las dos manos sobre el hierro. La frecuencia le subió por los brazos, por los hombros, por las placas de la armadura que amplificaban la sacudida como un diapasón de acero. El cuerpo entero de Remache vibró con la frecuencia de lo que estaba debajo del Bloque 14. Siguió el pulso. Las tuberías del nivel uno corrían por el pasillo norte hasta el muro del fondo, el muro que separaba el Bloque 14 del espacio subterráneo donde los cimientos se hundían en la tierra de Entreternia. El muro tenía una grieta.

No una grieta de asentamiento ni de fatiga estructural, sino una grieta deliberada, cortada, con bordes que mostraban las marcas de una herramienta de percusión. Alguien había abierto esa grieta. Alguien que sabía que detrás del muro había algo. Remache se asomó. La grieta era lo suficientemente ancha para ver pero no para pasar con la armadura. Lo que vio fue un espacio. No un sótano del bloque, sino un espacio diferente. Paredes grises. Lisas. Sin las marcas de humedad del concreto del GM. Aire seco que salía por la grieta con una temperatura de dieciséis grados, diez grados menos que el nivel uno del Bloque 14.

Y la pulsación. Más fuerte. Más presente. Saliendo del espacio gris con la insistencia de lo que lleva mucho tiempo esperando. Remache miró la grieta. La grieta lo miró. El espacio entre los dos, los setenta centímetros de concreto del GM que separaban el Bloque 14 de lo que fuera que estuviera debajo, era una frontera. No la frontera del campamento militar ni la del bosque ni la de las zonas de contención.

Una frontera más pequeña. Más íntima. La frontera entre lo que Remache conocía y lo que Remache iba a conocer.

La tuerca giró. Clic. Clic. Clic. Más rápido. Remache sacó el destornillador plano del carrito de herramientas improvisado que cargaba en la parte posterior de la armadura, un estuche de lona con seis herramientas básicas que Remache llevaba siempre porque un constructor sin herramientas es un cuerpo con manos inútiles. Insertó el destornillador en la grieta. Hizo palanca. El concreto del GM cedió tres milímetros. Polvo de cemento cayó al suelo con un sonido fino, granulado, que la armadura amplificó hasta convertirlo en el sonido de una junta que cede.

Tres milímetros. Iba a necesitar más que un destornillador. Iba a necesitar tiempo. Y las herramientas que tenía en el hueco del nivel tres: la sierra de arco, el cincel, el martillo con cabeza de caucho. Y la paciencia de alguien que construye con las manos lo que otros planean con la cabeza. Remache miró el reloj, un reloj mecánico sin batería que funcionaba con cuerda, que daba la hora con una precisión de más o menos dos minutos, lo cual era suficiente para alguien que medía el tiempo en proyectos, no en minutos.

Las quince y veintidós. Le quedaban seis horas de luz en los niveles donde había luz. Debajo del nivel uno no había luz. Debajo del nivel uno iba a necesitar la linterna que había vendido hacía dos semanas y que iba a tener que volver a construir. Subió al nivel tres. Recogió las herramientas. Bajó al nivel uno. Empezó a abrir el muro.

CAPÍTULO 012 [S][H][A]

Sien no había dormido en tres días. No por elección. El cuerpo de Sien quería dormir, los ojos se cerraban solos cada cuarenta minutos, las manos perdían fuerza, las piernas se doblaban en las rodillas con

la inconsistencia del cuerpo que ha olvidado cómo mantenerse recto. El cuerpo quería dormir y Sien no lo dejaba porque lo que Sien percibía con los dedos en la sien no permitía el lujo del descanso. El cuarto de Sien estaba en el Bloque 9, nivel cinco de Entreternia. Un cuarto de tres por tres que Sien alquilaba a una mujer del nivel seis por veinte cohers al mes, la mitad de lo que el GM cobraba por un cuarto del nivel quince y el doble de lo que valía un espacio sin ventana.

Sin agua corriente y con una puerta que no cerraba con llave sino con un alambre torcido que cualquier niño del nivel cinco podía abrir en tres segundos. Sien no necesitaba cerradura. Sien sabía quién se acercaba al cuarto antes de que llegara a la puerta, los dedos en la sien funcionaban como un sonar biológico que detectaba campos electromagnéticos en un radio de veinte metros. Cada cuerpo humano producía un campo electromagnético de entre 0.01 y 0.1 microteslas. Sien los sentía. Cada cuerpo era una firma. Cada firma era un nombre.

El detector civil estaba en la mesa. No la mesa del GM, una tabla de aglomerado apoyada sobre dos cajas de plástico que hacían de patas. El detector era un analizador de espectro modelo AE-400 que Sien había comprado por ciento veinte cohers en el mercado del nivel cinco tres meses después de la desmovilización. El AE-400 era un modelo diseñado para técnicos de telecomunicaciones, mostraba un espectrograma en tiempo real de las frecuencias electromagnéticas del entorno en un rango de 0 a 200 MHz. La pantalla era de cristal líquido, siete centímetros de diagonal, con una resolución que permitía distinguir frecuencias separadas por 0.5 Hz.

El AE-400 no era un instrumento militar. No tenía la precisión del detector del campamento de la frontera ni el alcance del equipo del GM. Pero hacía lo que Sien necesitaba que hiciera: ver lo que los dedos en la sien sentían. Lo que la pantalla mostraba a las tres de la mañana del tercer día sin dormir era lo que había mostrado las tres noches anteriores: siete puntos de emisión en la banda de 40-60 Hz distribuidos en los niveles bajos de tres bloques habitacionales de Entreternia. Bloques 9, 14 y 22.

Los siete puntos pulsaban con una frecuencia de repetición de 1.2 segundos, un pulso cada 1.2 segundos, regular, constante, con la disciplina del entrenamiento. Hemacronos oscuros. Sien conocía esa frecuencia. La conocía con el cuerpo, no con la parte del cuerpo que piensa, sino con la parte que recuerda. La parte que se despierta a las cuatro de la mañana con el sudor frío de algo que pasó a los catorce años y que no va a dejar de pasar. Ahí, la frecuencia de los hemacronos oscuros era el sonido de la mano de Ren sobre su hombro diciéndole “corre”. La frecuencia era el sonido de los nueve cuerpos sentados en el suelo con los ojos abiertos.

Por instinto, la frecuencia era el espacio vacío donde había estado el nombre de Sien antes de que Sien lo borrara. Sien se levantó del catre. El catre era una estructura de aluminio con una lona tensada que el GM proporcionaba como parte del “kit de habitabilidad básica” de los niveles bajos. Un catre, una manta, un recipiente de plástico para agua, una barra de proteína al día. El kit de habitabilidad básica era lo que el GM consideraba suficiente para que un ser humano existiera en un espacio de tres por tres sin ventana ni agua corriente.

Sien había añadido al kit: el detector AE-400, un cuaderno donde anotaba las frecuencias, un lápiz que necesitaba ser afilado con los dientes porque Sien no tenía sacapuntas, y una botella de agua que rellenaba en el grifo comunitario del nivel seis cada doce horas. El cuaderno tenía veintitrés páginas usadas. En cada página, Sien había registrado las posiciones de las siete fuentes hemocrone a diferentes horas del día y de la noche. Los registros mostraban un patrón. Los siete puntos no se movían durante el día, de las seis de la mañana a las ocho de la noche, las siete fuentes permanecían estáticas en posiciones fijas dentro de los tres bloques.

A las ocho de la noche empezaban a moverse. El movimiento era descendente, las fuentes bajaban de sus posiciones diurnas hacia los niveles más bajos. Del nivel cinco al cuatro, del cuatro al tres, un segundo después, del tres al dos. Antes de que pudiera reaccionar, del dos al uno. A las once de la noche, las siete fuentes estaban en los niveles uno y dos de los tres bloques. A las tres de la mañana, las fuentes volvían a subir, del nivel uno al dos, del dos al tres. A las cinco estaban de vuelta en sus posiciones diurnas.

A las seis dejaban de moverse. El patrón era de recolección. Sien lo conocía. Los hemacronos oscuros recolectaban de noche, bajaban a los niveles donde los niños dormían, detectaban frecuencia hemocrone dormida en los cuerpos de los niños que la tenían, se los llevaban. El movimiento descendente era la búsqueda, el movimiento ascendente era el retorno. Lo que pasaba en los niveles uno, dos, entre las once y las tres, las cuatro horas de fondo, era la extracción. Las manos de Sien temblaban. No el temblor habitual de la descarga nerviosa post-campo, sino el temblor fino, rápido, de setenta, dos horas sin sueño REM.

Las yemas de los dedos estaban grises por la falta de circulación, el cuerpo priorizaba el flujo sanguíneo al cerebro, al sistema nervioso central, y dejaba las extremidades con lo mínimo. Los labios agrietados. Los ojos inyectados, no de llanto, sino de los capilares que se rompen cuando el cuerpo está despierto más tiempo del que el cuerpo está diseñado para estar despierto. Las uñas de la mano izquierda tenían sangre seca en los bordes, se las había mordido sin registrarlo, la ansiedad expresándose en las extremidades mientras la mente estaba ocupada con la pantalla del detector.

A las cuatro de la mañana, Sien oyó algo en el pasillo. No con los oídos, con los dedos. Los dedos en la sien registraron un campo electromagnético a quince metros de distancia que no era uno de los siete puntos del detector ni uno de los vecinos del nivel cinco que Sien conocía por firma. El campo era diferente, más denso, con una composición que los dedos de Sien leyeron de la manera en que un músico lee una partitura nota por nota, armónico por armónico. El campo tenía masa, el campo tenía metal.

El campo tenía la firma electromagnética del hierro, del cobre y del aluminio, del acero de desecho combinados en una estructura que pesaba veintitrés kilos y que cubría un cuerpo humano desde los hombros hasta las rodillas. Remache. Sien no se movió. Los dedos siguieron en la sien. El campo se acercaba, diez metros, ocho, cinco. Los pasos no hacían ruido. Eso fue lo que confirmó que era Remache, solo Remache sabía caminar sin que la armadura sonara. Tensaba los músculos del torso y los hombros de manera que las piezas quedaran presionadas unas contra otras.

Silencio de metal. La puerta se abrió. El alambre torcido no ofreció resistencia, Remache lo abrió con dos dedos y la destreza de

alguien que manipula mecanismos finos sin herramientas. La puerta se movió veinte centímetros. Un ojo entre la puerta y el marco. Un ojo que pertenecía a una cara que Sien no había visto en cuatro años, pero que reconoció con la parte del cuerpo que recuerda, la parte que guardaba el bosque, el campamento, la noche con las espaldas juntas sobre polvo de hueso. Cuatro años después del servicio.

Remache estaba más grande. No más gordo, más denso. Los hombros debajo de la armadura habían crecido con el peso de llevar veintitrés kilos todo el día, todos los días, durante cuatro años. La mandíbula se había cuadrado. Los ojos seguían siendo los mismos, los ojos de alguien que mira las cosas con la evaluación de un constructor: peso, densidad, resistencia. Los ojos de Remache miraron a Sien y evaluaron: sesenta kilos, estructura degradada, no ha dormido en días, los dedos tiemblan, los ojos están inyectados.

Pero vivo. Funcional. De pie.

Pasá - indicó Sien. Rápido. Remache pasó. La puerta se cerró. El cuarto de tres por tres se hizo más pequeño con dos personas, más pequeño todavía con una de las dos personas cubierta de metal. Remache se quedó de pie porque sentarse con la armadura en un espacio de tres por tres requería una maniobra de rotación que iba a golpear la mesa con el detector y Remache no golpeaba equipos electrónicos.

Sien - respondió Remache. Remache. No dijeron más durante cinco segundos. Los cinco segundos de dos personas que comparten una experiencia que no cabe en palabras y que no necesita palabras porque los cuerpos la dicen, los cuerpos que estuvieron juntos en el bosque, en la noche, en el polvo de hueso. Los cuerpos se reconocieron antes de que las bocas hablaran.

Encontré algo debajo del Bloque 14 - dijo Remache. Una estructura. No del GM. Gris. Seca. Dieciséis grados. Los dedos de Sien dejaron de temblar. No porque el temblor cesara, porque la atención lo canceló. La información “estructura no del GM debajo de un bloque habitacional” activó la parte de Sien que procesaba datos de campo con la velocidad de un sistema diseñado para la supervivencia. ¿Frecuencia? La pulsación constante. Grave. La sentí en las tuberías. No es mecánica. Se siente viva. Sien miró el detector. Las siete fuentes pulsaban en verde. Las siete fuentes estaban en sus posiciones diurnas, estáticas, inmóviles, esperando la noche para bajar. Debajo de las siete fuentes, debajo de los niveles bajos de los tres bloques, debajo de los cimientos de Entreternia, algo emitía una frecuencia que Remache había sentido con las manos y que el detector del AE-400 no mostraba porque el AE-400 no tenía el rango para captar frecuencias por debajo de 1 Hz.

Los hemacronos oscuros - dijo Sien. ¿Qué? Los hemacronos oscuros. Están aquí. Están en Entreternia.

Remache no añadió nada. La tuerca giró. Clic. Clic. El ritmo bajó de tres por segundo a uno. Procesamiento lento. Remache procesaba la información de los hemacronos oscuros de la misma manera que procesaba un circuito nuevo, terminal por terminal, conexión por conexión, hasta que el mapa del circuito estaba completo. Cuéntame respondió Remache. Sien le contó. Le contó los siete puntos en los tres bloques. Le contó el patrón de recolección. Sin decir nada, le contó las cuatro horas de fondo entre las once y las tres. Detrás, le contó lo que los hemacronos oscuros hacían con los niños que recolectaban los llevaban a la frontera, los procesaban, les extraían sueros. Le contó lo que los hemacronos oscuros habían hecho en el

campamento de desplazados cuando Sien tenía catorce años el pulso, la parálisis, el borrado, los nueve cuerpos sentados con los ojos abiertos. Le contó lo que Ren era antes de que los oscuros le quitaran lo que Ren era. Detrás, le contó que el nombre que usaba Sien no era su nombre sino el hueso detrás del cual vivía lo que lo hacía diferente.

Afuera, le contó que los tres días sin dormir no parecían insomnio sino vigilancia que cada noche que Sien dormía era una noche en la que no monitoreaba los siete puntos y una noche sin monitoreo era una noche en la que un niño podía desaparecer. Le contó todo. Tardó veintidós minutos. Remache escuchó los veintidós minutos sin interrumpir. La tuerca no giró durante los veintidós minutos. Remache la sostuvo entre el índice y el pulgar sin moverla. La presión de los dedos sobre el metal hexagonal suficiente para mantener la tuerca quieta pero no suficiente para deformarla. Cuando Sien terminó, Remache guardó la tuerca en el bolsillo de la armadura. Cuando Remache guardaba la tuerca, significaba que las manos estaban a punto de hacer otra cosa.

La estructura debajo del Bloque 14 - dijo Remache. El temblor. La frecuencia que sentí en las tuberías. Puede estar conectada con lo que describes. ¿Conectada cómo? La frecuencia venía de abajo. De debajo del nivel uno. De debajo de los cimientos. Si hay una estructura debajo de los bloques una estructura que no es del GM, que emite frecuencia, que tiene paredes grises y aire seco a dieciséis grados, esa estructura puede ser el camino que los oscuros usan para sacar a los niños de Entreternia sin pasar por la superficie.

Sien procesó. La posibilidad de una infraestructura subterránea conectando los bloques de Entreternia con la frontera. La posibilidad

de que los hemacronos oscuros usaran esa infraestructura para transportar niños sin que el GM lo supiera, el GM que no bajaba del nivel diez.

¿Puedes abrir el muro? - comentó Sien. Puedo abrir lo que sea. Necesito tiempo. No hay tiempo. Los oscuros recolectan todas las noches.

Entonces necesitamos más gente - dijo Remache. Necesitamos a los que perciben. A Gallo. A Polvo. Si los oscuros operan con frecuencia, necesitamos a los que escuchan frecuencia y a los que hablan con lo que no es humano. No sé dónde están. Yo tampoco. Pero puedo buscarlos. Remache miró el cuarto. El catre del GM. El detector AE-400 con los siete puntos verdes pulsando. El cuaderno con veintitrés páginas de registros. La botella de agua medio vacía. Las paredes de un cuarto de tres por tres donde un hemacrono que no dormía vigilaba a otros hemacronos que no debían estar ahí.

No te duermas - respondió Remache. No me duermo. No quiero decir ahora. Quiero decir nunca. No dejes de vigilar. Lo que pase en los próximos días depende de que esos siete puntos no se muevan sin que lo sepas. No se mueven sin que lo sepa. Remache asintió. El asentimiento de Remache era un movimiento de medio centímetro del mentón, la versión mínima de la confirmación.

el ahorro de energía de alguien que no gasta en gestos lo que puede gastar en trabajo. Abrió la puerta. Salió al pasillo. Las placas de la armadura empezaron a sonar. Remache había dejado de tensar los músculos. El repiqueteo familiar del cajón de herramientas bajando la escalera se alejó por el pasillo del nivel cinco del Bloque 9 con la constancia de lo que no se detiene.

Sien cerró la puerta. Volvió al catre. Los dedos en las sienes. Los siete puntos en la pantalla. Afuera, en los pasillos de Entreternia, la armadura de Remache sonaba escalera abajo. Remache iba a buscar a los demás. Remache iba a encontrarlos porque Remache encontraba lo que buscaba de la misma manera que construía lo que necesitaba con las manos, con paciencia, con la obstinación del metal que no se dobla.

Sien esperó. Los siete puntos pulsaban. Las cuatro y catorce de la mañana. Faltaban dos horas para que los oscuros se quietaran. Faltaban dieciocho para que volvieran a bajar. Sien no se durmió.

CAPÍTULO 013 [S][O][H]

Sien tenía catorce años cuando los hemacronos oscuros mataron a todos los que conocía. No recordaba el día exacto. Los días en el campamento de desplazados de la zona sur de la frontera PM/PB no tenían nombre, no tenían lunes ni martes, ni la estructura semanal que el GM imponía en Ciudad Esperanza con sus horarios de distribución de barras de proteína, sus ciclos de recolección de basura. Los días en el campamento tenían mañana, noche y el espacio gris entre los dos, donde la luz de la frontera hacía cosas que la luz no debería hacer.

Lo que Sien recordaba era la hora. Las cuatro de la mañana. La hora en que el generador del campamento bajaba medio tono de un Do sostenido a un Do natural, una caída que los oídos normales no percibían pero que los dedos de Sien, presionados contra la sien desde los once años, registraban con la nitidez de un instrumento que no sabe apagarse. A las cuatro de la mañana, la supresión de las Torres TAAT alcanzaba su punto más bajo del ciclo diurno. La frecuencia de 0,12 Hz que las torres emitían veinticuatro horas al día

no era perfectamente constante: tenía una variación cíclica de 0,003 Hz que hacía que la supresión fuera más fuerte al mediodía y más débil a las cuatro de la mañana.

La diferencia era insignificante para los sistemas electrónicos del GM. No era insignificante para los hemacronos. A las cuatro de la mañana, un hemacrono podía emitir con un quince por ciento menos de interferencia de las torres. Un quince por ciento que era la diferencia entre una emisión que funciona y una que no. Los oscuros operaban a esa hora. Sien vivía con un grupo de doce en el campamento de desplazados. No eran familia, eran el residuo de lo que había dejado de funcionar. Siete adultos, cinco niños que se habían juntado por la lógica de la frontera: si estás vivo y estás solo, te unes a los que están vivos y están solos.

La unión no era por afecto ni por proyecto. Era por temperatura. Los cuerpos juntos conservan calor. Los cuerpos separados se enfrían. Los siete adultos eran hemacronos de la variante que percibe sin emitir, la variante que siente las frecuencias del entorno con los dedos en las sienes pero que no puede empujar frecuencia hacia afuera. Hemacronos de recepción. La variante que el GM no clasificaba como amenaza y que los oscuros no clasificaban como útil. La variante que servía para detectar lo que venía pero no para detenerlo.

Ren era la mayor. Cuarenta años. Cabello gris en las sienes no por la edad sino por la exposición crónica al campo de la frontera, que degradaba la melanina de los folículos más cercanos al hueso temporal donde la frecuencia hemocrone era más accesible. Ren tenía el cabello gris en las sienes desde los treinta. Lo usaba como identificador: “soy la de las sienes grises” era su presentación en los

campamentos y en los puestos de intercambio de la zona sur. Ren le había enseñado a Sien lo que Sien sabía: que los dedos en la sien no eran un tic nervioso sino un instrumento de percepción, que la frecuencia que Sien sentía detrás del hueso temporal era un sentido tan real como la vista o el oído, que lo que los hemacronos percibían no eran alucinaciones sino campos electromagnéticos que la biología humana estándar no tenía receptor para detectar.

Ren le enseñó a calibrar. Calibrar significaba aprender a distinguir las frecuencias por cualidad, no solo por intensidad sino por textura, por temperatura, por lo que Ren llamaba “el sabor del campo.” El campo de la frontera tenía un sabor metálico, frío, con la densidad de algo que presiona desde todos los ángulos. El campo de las Torres TAAT tenía un sabor acuoso, más ligero, con la constancia de algo artificial que no varía. El campo de un hemacrono oscuro tenía un sabor que Ren describió una vez: “Es como morder papel de aluminio.” Agudo, invasivo, con una frecuencia que irritaba los nervios dentales, que producía la necesidad instintiva de alejarse.

Sien tenía catorce años, sabía distinguir treinta y dos sabores de campo diferentes. Treinta y dos frecuencias catalogadas con los dedos en las sienes y con la paciencia de una mujer de cabello gris que se sentaba con él todas las mañanas, le hacía cerrar los ojos y nombrar lo que percibía. Los oscuros vinieron por los niños. Tres de los cinco niños del campamento tenían frecuencia hemocrone dormida, la frecuencia existía en sus cuerpos pero no estaba activa. No percibían campos. No sentían la sien.

La frecuencia estaba ahí como una semilla que no ha germinado. Los oscuros sabían detectar semillas. Los oscuros cultivaban semillas. Sien los sintió a doscientos metros. Tres campos

hemocrone adultos, entrenados, con la densidad de frecuencia que solo producen los hemacronos que han practicado el uso ofensivo de sus capacidades durante años. Los tres campos tenían el sabor del papel de aluminio, agudo, invasivo. Pero más concentrado que cualquier oscuro que Sien hubiera percibido en las patrullas de la frontera.

Estos oscuros eran diferentes a los que merodeaban la periferia del campamento como lobos alrededor de ganado. Estos oscuros venían con propósito. Sien despertó a Ren. La mano sobre el hombro de Ren, los huesos del hombro más pronunciados cada mes porque la ración de proteína del campamento no cubría las necesidades calóricas de una mujer de cuarenta años que vivía a la intemperie en una zona donde la temperatura nocturna bajaba a siete grados. Ren se despertó con la velocidad de alguien que no duerme profundo desde hace años.

Los ojos abiertos. Los dedos a la sien. La percepción tardó un segundo. Corre - expresó Ren. No gritó. No alertó a los demás. No se levantó. Dijo “corre” con la voz de alguien que ha evaluado la amenaza en un segundo, que ha decidido que la evaluación no deja margen para otra cosa. “Corre” era la instrucción completa. No “corre, avisa a los demás.” No “corre, busca ayuda.” “Corre.” Lo que Ren no dijo lo que Sien entendió después, en las horas, los días y los años que siguieron era que Ren sabía que alertar a los demás no iba a servir. Ren sabía que los siete adultos de recepción no podían detener a tres oscuros de emisión.

Ren sabía que los diez segundos que los oscuros necesitaban para paralizar al campamento eran menos de lo que les tomaba a los doce despertar y orientarse. Ren sabía que la única acción que producía

un resultado era sacar a Sien de ahí. A Sien, que era el único con frecuencia activa. Cerca de ahí, a Sien, que era el único que podía hacer algo con lo que tenía. Con cuidado, a Sien, que era lo que Ren había estado preparando durante tres años de calibración matutina. Sien corrió.

Los pies descalzos sobre la tierra de la frontera, tierra oscura, casi negra, con la textura granulada del polvo mineral que el campo del PB degradaba hasta convertir en polvo. Los pies ardían con el frío de las cuatro de la mañana. Sien corrió sin mirar atrás. Sesenta metros, setenta, a los ochenta, los oscuros emitieron. El pulso simultáneo de tres hemacronos entrenados a trescientos metros de distancia fue lo que Sien sintió en los dedos como una explosión no sonora, no lumínica, electromagnética.

El pulso paralizó a los siete adultos y a los cuatro niños que no habían corrido. Diez segundos de desconexión entre la corteza motora, los músculos. Diez segundos en los que los cuerpos seguían de pie o acostados o en la posición que tuvieran cuando el pulso los alcanzó, con los ojos abiertos, los músculos bloqueados y la consciencia intacta dentro de un cuerpo que no obedecía. El pulso. A sesenta metros, la intensidad fue menor, suficiente para que las piernas se debilitaran y los brazos se entumecieran pero no suficiente para detenerlo.

Sien siguió corriendo con la mitad de la fuerza muscular que tenía. Corrió como corren los animales heridos mal, torcido, con la compensación de los músculos que funcionan por los que no. Se detuvo a ciento veinte metros. No por cansancio. Porque lo que advirtió detrás de la sien no fue otro pulso sino otra cosa. Los oscuros habían paralizado primero los diez segundos de

inmovilización. Y después, todavía dentro de los diez segundos, mientras los cuerpos estaban atrapados y las consciencias miraban desde adentro sin poder moverse, los oscuros emitieron la segunda frecuencia.

El borrado. Sien lo sintió como un desgarró. No en su cuerpo, en el campo. El campo del campamento, la suma de las firmas electromagnéticas de doce personas que habían dormido y comido y existido juntas durante meses, la huella colectiva que un grupo de cuerpos deja en el espectro electromagnético de un lugar, se apagó. No gradualmente. De golpe. Como si alguien hubiera arrancado un enchufe. Un segundo había doce firmas. El siguiente había tres, los tres oscuros. Los otros nueve campos, los siete adultos, los dos niños sin frecuencia hemocrone, dejaron de existir.

Los cuerpos seguían vivos. Sien lo supo después. Los cuerpos seguían respirando, con pulso, con funciones autónomas. Pero las personas dentro de los cuerpos no estaban. Lo que los oscuros habían hecho era desconectar permanentemente la señalización neuronal que conecta la identidad con el cuerpo, la red de conexiones que hace que un cerebro produzca no solo reflejos y respiración y digestión sino pensamiento, memoria, personalidad, nombre. Los oscuros habían cortado esa red. Lo que quedaba era biología sin biografía.

Los tres niños hemocrone, los que los oscuros habían venido a buscar, no fueron borrados. Los oscuros se los llevaron. Semillas para cultivar. Frecuencias dormidas para despertar, entrenar, usar. Sien volvió al campamento al amanecer. Encontró nueve cuerpos sentados en el suelo con los ojos abiertos. Sentados porque el cuerpo humano, cuando se desconecta de la voluntad pero mantiene las

funciones básicas, adopta la posición de menor gasto energético sentado, con las piernas extendidas, la espalda recta por la tensión residual de los músculos paravertebrales, las manos sobre los muslos.

Los nueve estaban en la misma posición. Los nueve miraban al frente. Los nueve respiraban con el ritmo de 14 respiraciones por minuto que el tronco cerebral mantiene sin necesidad de corteza. Ren estaba entre ellos. Sentada. Los ojos abiertos. El cabello gris en las sienes. Las manos sobre los muslos. La boca cerrada. Respirando. Mirando nada. Sien se sentó frente a Ren. Tres horas. Le habló. Le declaró las frecuencias que habían practicado esa mañana: la de los 14 Hz del campo de fondo de la frontera, la de los 22 Hz de la tubería de agua del campamento y la de los 35 Hz de la linterna militar que Ren usaba para leer de noche. Le tocó la cara. Los dedos de Sien en los pómulos de Ren, en las sienes de Ren, buscando la frecuencia de Ren detrás del hueso temporal. No encontró nada. Donde antes había una firma electromagnética que Sien conocía con la intimidad de tres años de calibración diaria, ahora había vacío. El de una habitación donde alguien vivió y donde ya no vive la forma de lo que falta.

Le gritó. Le gritó el nombre. Le gritó los números de las frecuencias. Le gritó que se despertara, que volviera, que los dedos en la sien podían encontrar lo que fuera si presionaban lo suficiente. Ren no respondió. Ren no iba a responder. Lo que Ren era se había ido con la segunda emisión a las cuatro y un minuto de la mañana. Sien se fue del campamento al mediodía. Caminó hacia el norte. Sin destino. Sin plan. Con los zapatos de Ren que le quedaban grandes, con la botella de agua de Ren que pesaba ochocientos gramos, que

contenía agua que Ren había recogido del arroyo del campamento la tarde anterior, agua que Ren había tocado, que Ren había cargado, que Ren había guardado para beber a la mañana siguiente, que Ren no iba a beber nunca más.

Sien bebió el agua de Ren. El agua sabía a plástico y a la frontera, a las manos de alguien que ya no existía. Caminó hasta que llegó al punto de reclutamiento del servicio militar de la frontera PM. Un módulo del GM con una mesa, un oficial y un formulario. El formulario pedía nombre, edad, lugar de nacimiento, estado de salud, historial familiar. Sien llenó el formulario con un lápiz que el oficial le dio. En el campo de nombre escribió “Sien”. El oficial miró la palabra. ¿Nombre completo? Sien. ¿Apellido? Sien. ¿Eso es nombre o apellido? Es lo que hay.

El oficial miró a Sien. Un adolescente de catorce años con zapatos que le quedaban grandes y una botella de agua vacía y los dedos de la mano izquierda en la sien con la presión de alguien que sujeta algo que no quiere perder. El oficial no preguntó más. El oficial había visto suficientes adolescentes de la frontera con nombres que no eran nombres para saber que la insistencia producía menos resultados que la aceptación. Edad. Catorce. El servicio empieza a los dieciséis. Dieciséis. El oficial miró a Sien.

Sien no parecía de dieciséis. Sien lucía como de catorce, flaco, con la cara sin terminar de los que están entre la niñez y lo que viene después, con las manos pequeñas que todavía no habían alcanzado el tamaño que iban a tener. Pero el oficial tenía una cuota de reclutamiento que no estaba cumpliendo. La diferencia entre un catorce y un dieciséis era un dato en un formulario que nadie iba a verificar porque nadie verificaba los formularios de los reclutas de la

frontera. Dieciséis escribió el oficial. Sien entró al servicio con un nombre que no era nombre, una edad que no era edad, con el vacío de todo lo que había sido antes de las cuatro de la mañana de un día sin nombre en un campamento que ya no existía.

Cuatro años después, sentado en un cuarto de tres por tres en el Bloque 9 de Entreternia con un detector civil mostrando siete fuentes hemocrone en los niveles bajos, Sien miraba la pantalla y lo que veía no parecían puntos verdes. Lo que veía era Ren sentada con los ojos abiertos. Lo que veía era la segunda emisión apagando nueve campos al mismo tiempo. Lo que veía era que lo que había pasado en la frontera estaba pasando en Entreternia. Debajo de los bloques, en los niveles donde los niños dormían mientras lo que dormía dentro de ellos era exactamente lo que los oscuros venían a buscar.

La puerta del cuarto se abrió. Remache con la armadura puesta y un hombre detrás. El hombre era flaco, cabello oscuro, barba de una semana. Las manos tenían callos en las yemas no de trabajo manual sino de algo más específico. Los callos de alguien que manipula mecanismos finos con los dedos: cerraduras, engranajes, bisagras de escotillas selladas. Los dedos largos con la movilidad excesiva de las articulaciones que se habían ejercitado para la precisión, no para la fuerza. Las manos de alguien que abre cosas que están cerradas.

Gancho - contestó Remache. Gancho entró. No ocupaba espacio se acomodó entre la pared y la mesa con la economía de alguien acostumbrado a estar en lugares estrechos. Miró el cuarto. Miró a Sien. Miró el detector. Los ojos se quedaron en la pantalla del AE-400 tres segundos más de lo que se quedaron en todo lo demás los ojos de un especialista reconociendo datos que tenían que ver con su especialidad.

Me dijeron que hay túneles - dijo Gancho. Túneles desde los niveles bajos hasta la frontera. ¿Sabes cuáles? Sé por dónde salen. No sé por dónde entran. Yo sí. Llevo dos años mapeando los accesos subterráneos de los bloques. Los bunkers del PB tienen ramificaciones que llegan hasta los cimientos de Entreternia. La mayoría están colapsados. Tres no. Y de esos tres, uno tiene tráfico reciente. ¿Cómo sabes que es reciente? Porque la grasa de las bisagras está fresca. La grasa de bisagra se oxida en contacto con el aire, la velocidad de oxidación depende de la humedad, de la temperatura. A dieciséis grados y cuarenta por ciento de humedad las condiciones de los bunkers, la grasa fresca tiene un color ámbar claro que se oscurece a marrón en diez días.

La grasa de la escotilla del Bloque 22 es ámbar claro. Alguien la engrasó esta semana. Y el polvo del suelo del túnel tiene pisadas. Pisadas que no son de bota militar ni de zapato civil. Pisadas de pie descalzo. Adulto. Cuarenta, dos de talla. Sien miró a Gancho. Gancho era el tipo de persona que mide el color de la grasa de una bisagra, la talla de una pisada descalza en el polvo de un bunker y que retiene los dos datos con la misma naturalidad con que retiene su propio nombre. Gancho era un archivista del mundo subterráneo, un catalogador de cosas que están debajo de las cosas.

¿Puedes llevarnos? - expresó Sien. Puedo llevarte a la entrada. Después de la entrada no sé qué hay. Yo sé qué hay. Hemacronos oscuros. Niños. Y un camino hacia la frontera que el GM no sabe que existe. Gancho miró a Remache. Remache asintió medio centímetro de mentón. Gancho miró a Sien. Sien no asintió. Sien existía con la intensidad de alguien que ha decidido lo que va a hacer y que la

decisión no admite variaciones porque la decisión es lo que queda cuando se quita todo lo que no es necesario.

Tres no es suficiente - dijo Gancho. Para lo que describes necesitamos más.

Hay más - comentó Remache. Hay un tipo que oye todo y un tipo que habla con ratas. Gancho no preguntó qué significaba hablar con ratas. La expresión de su cara añadió que en los bunkers había visto cosas que hacían que la comunicación interespecies fuera un dato menor. ### CAPÍTULO 014 [S][H][O]

Gallo transmitía todas las noches desde las once. La radio era una modificación del modelo militar que había cargado en la frontera la misma radio de alcance de cuatro kilómetros que funcionaba cuando quería, desarmada y reconstruida con componentes que Remache le había dado antes de que se separaran al terminar el servicio. Remache le había dado un amplificador de señal hecho con la bobina de un motor eléctrico y un condensador cerámico extraído de un detector de humo. Los componentes le habían triplicado el alcance de cuatro a doce kilómetros.

La frecuencia de transmisión era 102.01 FM. Nadie la escuchaba. Nadie tenía por qué escucharla. 102.01 estaba asignada a “uso futuro no determinado” en el espectro del GM, lo que significaba que nadie la usaba, nadie la monitoreaba, y nadie sabía que un hombre con una rodilla rota transmitía desde un techo a las once de la noche con un vatio de potencia y la convicción de que emitir era mejor que la nada aunque la nada fuera lo único que respondiera. El techo del Bloque 30 de Ciudad Esperanza era el punto más alto de la zona este.

Gallo subía todas las noches por la escalera de servicio cuarenta y ocho escalones del nivel veinticinco al techo, cada escalón

acompañado por el La sostenido de la rodilla izquierda que no había sanado en cuatro años, que no iba a sanar nunca. La rodilla era el regalo del bosque. El bosque le había dado la rodilla.

Le había dado el Do sostenido del generador, el La bemol de la radio militar, el Si natural de las cadenas de la letrina y los doscientos catorce sonidos que Gallo había catalogado durante los catorce meses de servicio y que vivían en su memoria auditiva con la permanencia de las cosas que no se olvidan porque el cuerpo no sabe olvidarlas.

Desde el techo, de noche, se veían las Torres TAAT. Cuatro torres iluminadas en los puntos cardinales de Ciudad Esperanza que emitían la frecuencia de supresión de 0.12 Hz. Gallo no podía oírla directamente estaba por debajo de su rango, que empezaba a los 8 Hz en condiciones óptimas. Pero los armónicos subían. Las torres emitían un paquete de frecuencias centrado en 0.12 Hz con armónicos que alcanzaban los 50 Hz, los armónicos de 20 Hz arriba entraban en el territorio de Gallo. Los percibía como una presión constante en los tímpanos un peso que no era dolor sino presencia, un zumbido que estaba ahí de día y de noche, que dos millones de personas cargaban sin saberlo.

Gallo lo sabía porque Gallo oía lo que los demás registraban como malestar indefinido. Los dolores de cabeza crónicos de Ciudad Esperanza. La irritabilidad de fondo. La dificultad para concentrarse que el GM atribuía a “estrés urbano” y que era en realidad el efecto acumulativo de 0.12 Hz de supresión presionando los cerebros veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año. Gallo veía los armónicos como colores. El 20 Hz era un verde oscuro

que se extendía por el cielo nocturno de Ciudad Esperanza con la uniformidad de una capa de pintura aplicada con rodillo.

El 30 Hz era un azul profundo que se superponía al verde en los bordes, donde las frecuencias de las cuatro torres se solapaban. Cerca de ahí, el 40 Hz era un amarillo tenue que solo aparecía directamente encima de las torres. Justo entonces, el 50 Hz era un blanco perlado, casi invisible, que coronaba las torres con halos que se desvanecían a los cien metros de altura. El cielo de Ciudad Esperanza de noche, para Gallo, era un tapiz de frecuencias pintadas verde, azul, amarillo, blanco superpuestos en capas que se movían con las variaciones cíclicas de la emisión.

Nadie más veía los colores. Los colores existían solo en la percepción de Gallo, en el punto donde el oído cruzaba la línea hacia la vista, donde las frecuencias dejaban de ser sonido y se convertían en imagen. Lo que Gallo tenía desde los seis años, cuando la primera vez que escuchó una sirena de emergencia del GM la sirena fue roja en el aire, una línea roja que cruzaba la habitación de punta a punta, que Gallo señaló con el dedo, que nadie más vio. Sonido a color. Sonido a tacto.

Las frecuencias bajas eran colores fríos (verde, azul), texturas suaves (terciopelo, agua). Las frecuencias medias eran colores cálidos (amarillo, naranja), texturas rugosas (madera, tela). Las frecuencias altas eran colores brillantes (blanco, plata), texturas afiladas (metal, vidrio). La voz humana entre 85 Hz y 255 Hz era un espectro de naranjas y rojos que variaba con el tono emocional: la ira era rojo sangre, la calma era naranja suave, la mentira era un amarillo sucio con bordes irregulares.

Gallo transmitía música. No música compuesta, música encontrada. Las frecuencias del campamento que se habían instalado en su memoria auditiva y que salían por su garganta como el eco de algo que no había terminado de sonar. El cuatro-tres-dos de la respiración del borde del bosque. El Do sostenido del generador diesel que mantenía vivo el campamento. Sin decir nada, el La bemol de la radio militar que conectaba al campamento con algo que no era el campamento. Con cuidado, el Si natural de las cadenas de la letrina que tintineaban con el viento de la frontera.

Gallo tarareaba las frecuencias en el micrófono de la radio modificada. Las frecuencias viajaban doce kilómetros en 102.01 FM. Nadie las escuchaba. Eso creía Gallo. La noche del 14 de marzo Gallo llevaba las fechas porque contar era lo que hacía, contar era su manera de imponer orden al ruido del mundo, contar pasos, escalones y días y frecuencias era la estructura que le permitía funcionar sin que la percepción se convirtiera en caos, la radio recibió algo. Un pulso. Un tono corto en 102.01 FM que no venía de Gallo sino de alguien que había encontrado su frecuencia.

Medio segundo de transmisión. Un clic. El equivalente radiofónico de alguien golpeando una puerta con un nudillo. Un golpe, no dos. Un golpe que dice “estoy aquí” sin decir quién es “estoy.” Gallo dejó de tararear. La boca se cerró. Los oídos se abrieron los oídos de Gallo estaban siempre abiertos pero había grados de apertura, y el grado máximo era el que activaba cuando algo inesperado entraba en la frecuencia. El aire nocturno de Ciudad Esperanza le llegaba con los sonidos habituales: el zumbido continuo de las Torres TAAT en verde oscuro, el tráfico aéreo de drones del

GM en naranja intermitente, los motores de los vehículos en las calles en un marrón pulsante que se desvanecía con la distancia.

La rodilla izquierda dolía. La sostenido permanente, color rojo borgoña, textura de lija gruesa. El dolor de la rodilla era el sonido más constante del cuerpo de Gallo. Un ancla. Un metrónomo de malestar que le recordaba que estaba vivo. Segundo pulso. Medio segundo. 102.01 FM. El mismo nudillo en la misma puerta. Gallo presionó el botón de transmisión tres veces. Tres pulsos cortos. El código de la frontera tres pulsos era “te escucho.” El código no era secreto ni sofisticado. Era el código que los operadores de radio del campamento usaban para confirmar presencia en línea sin identificarse.

Tres pulsos. Te escucho. Estoy aquí. Habla. Silencio. Diez segundos que Gallo contó con el ritmo de la rodilla un La sostenido por segundo, diez La sostenidos, diez golpes de lija borgoña en la percepción. Después una voz. Gallo. Soy Remache. Estoy aquí. Necesitamos tu oído. La voz de Remache era inconfundible. Grave, monótona, con la cadencia de alguien que dice lo necesario y nada más. La voz viajaba con la distorsión de un vatio sobre doce kilómetros comprimida, con ruido de fondo, con la pérdida de armónicos altos que convierte la voz humana en lo que se parece a la voz humana de la misma manera que una fotocopia se parece a la original.

Pero Gallo no necesitaba armónicos altos para reconocer a Remache. Gallo reconocía a Remache por la frecuencia fundamental 98 Hz, un Sol² perfecto que ninguna otra persona que Gallo conociera producía con esa precisión. La voz de Remache era un Sol²

con armónicos metálicos que le daban una cualidad de acero templado. Color: gris con bordes azules. Textura: hormigón.

¿Dónde? - dijo Gallo. Bloque 9, nivel cinco. Entreternia. ¿Qué pasa? Hemacronos oscuros. En Entreternia. Están sacando niños. La rodilla de Gallo dejó de doler. No porque el dolor cediera porque el cuerpo redistribuyó la atención. El sistema nervioso recibió la información “hemacronos oscuros sacando niños” y reclasificó el La sostenido de la rodilla como ruido de fondo. El dolor pasó de primer plano a segundo plano. El borgoña se atenuó a un rosa grisáceo. La lija gruesa se convirtió en lija fina. La rodilla seguía dañada. El cerebro dejó de priorizarla.

Voy - dijo Gallo. Apagó la radio. Guardó la antena un alambre de cobre de ochenta centímetros que desmontaba y enrollaba cada noche para no dejar evidencia de transmisión en el techo. Bajó por la escalera de servicio. Cuarenta y ocho escalones. Cada escalón era La sostenido atenuado + Do natural del pie contra el concreto. El Do natural del escalón era gris claro. El La sostenido de la rodilla era borgoña. Los dos colores se alternaban en la oscuridad de la escalera de servicio gris, borgoña, gris, borgoña como un código binario de dolor y superficie.

Entró a su cuarto. Nivel veinticinco. Cuatro por tres metros. El crédito de residencia del servicio militar cubría seis meses de alquiler. Quedaban dos. Después iba a tener que pagar con cohers que no tenía o bajar a los niveles donde no se pagaba porque nadie cobraba. La mochila estaba lista. Siempre estaba lista desde el servicio. Desde el bosque, desde la noche en que la noche dejó de ser segura. Raciones para tres días. Agua. El detector de frecuencias militar que Braga les había dejado quedarse.

Una linterna que no funcionaba pero que pesaba medio kilo y que servía como objeto contundente. Los objetos tienen dos vidas: la vida para la que fueron diseñados y la vida que les dan los que los cargan. Se puso las botas. Ató los cordones con nudos dobles los mismos nudos que Braga les había enseñado. Los nudos que no se sueltan con agua ni con barro ni con la tracción de un bosque que tira de los pies hacia abajo. Salió. Ciudad Esperanza de noche era un corredor de luces blancas de 6000 kelvins que hacían que las calles parecieran el interior de un hospital la misma luz clínica, la misma ausencia de sombras, la misma sensación de que todo está iluminado para ser visto y que lo que no se ve no existe. Para Gallo, la luz blanca de los postes del GM era un Do sostenido visual, el mismo Do sostenido del generador del campamento, pero en forma de luz en vez de sonido. Los sentidos no reconocían fronteras. Las calles que bajaban a Entreternia perdían la iluminación progresivamente, los postes del GM se espaciaban.

La luz blanca se diluía en la oscuridad natural, las sombras volvían. La transición de Ciudad Esperanza a Entreternia era una transición de frecuencias: el Do sostenido de la luz blanca se apagaba, el verde oscuro de los armónicos de las Torres TAAT se hacía más visible contra la penumbra.

Gallo caminaba hacia abajo, los colores cambiaban como los colores de un lago que se oscurece con la profundidad. Cuarenta y cinco minutos. Cada paso era un Do sostenido + Do natural. Cada minuto eran ochenta pasos. Cada kilómetro eran mil cien pasos. Gallo los contó todos. Contar era lo que hacía. Contar era el muro entre Gallo y el caos de una percepción que no distingue entre lo que se oye y lo que se ve y lo que se toca.

Llegó al Bloque 9, nivel cinco, a la una de la mañana. El pasillo estaba vacío con el vacío de los pasillos que están llenos de gente detrás de las puertas.

El murmullo colectivo de doscientas respiraciones por piso era un acorde de frecuencias biológicas que para Gallo era un color: marrón cálido, textura de tela vieja. El color del sueño colectivo. Remache lo esperaba. La armadura. La tuerca.

Falta Polvo - indicó Remache. ¿Sabes dónde está? Nivel dos, Bloque 22. Da funciones para los niños. Mañana lo buscamos. Gallo asintió. Entró al cuarto de Sien. Sien estaba frente al detector. Las siete fuentes pulsaban en verde. Había un plano de los túneles en el suelo con un cuadriculado de papel.

Anotaciones en letra pequeña, una X roja que decía “acceso activo.” Cuéntame todo - comentó Gallo. Se sentó contra la pared. Cerró los ojos. Los oídos se abrieron al grado máximo. Sien habló. Y la voz de Sien, a 155 Hz, un Mi bemol 3, color azul eléctrico, textura de alambre tenso, llenó el cuarto con la historia de los hemacronos oscuros de Entreternia. Gallo escuchó. ### CAPÍTULO 015 [S][O][D]

Polvo vivía en el nivel dos del Bloque 22 con once ratas, un gato tuerto, cuarenta y tres niños que no eran suyos. No fueron suyos en el sentido biológico ni legal ni administrativo. Esos no parecían suyos en ningún sentido que el GM reconociera en sus formularios de custodia temporal o en sus protocolos de protección de menores que existían en el nivel quince y que no existían debajo del nivel diez porque el GM no bajaba del nivel diez y lo que no existía para el GM no requería protocolos. Los niños eran suyos en el sentido de que a las siete de la tarde de cada martes, viernes, cuarenta y tres niños de

entre cuatro y once años bajaban al sótano del Bloque 22, lo que encontraban ahí era Polvo.

El sótano era un espacio de ocho por seis metros que el GM había diseñado como sala de máquinas del bloque, el espacio donde las bombas de agua y los reguladores de presión y los paneles de distribución eléctrica deberían haber estado. Las bombas se habían roto hacía quince años. Los reguladores se habían desmantelado hacía doce. Los paneles los habían sacado hacía ocho para venderlos en el mercado del nivel cinco como material de construcción. Lo que quedaba era un rectángulo de concreto con un techo de cañerías expuestas que no llevaban agua y con un suelo que no tenía nada excepto lo que Polvo le había puesto encima.

Lo que Polvo le había puesto encima era: mantas viejas, siete mantas del GM con la etiqueta de “kit de habitabilidad básica” que habían sido de catre y que ahora cubrían el suelo con una capa de tela que separaba los pies de los niños del concreto frío. Tiras de tela de colores, pedazos de uniformes del GM teñidos con los mismos pigmentos que Polvo usaba en las funciones. Colgados de las cañerías del techo con alambre, creando un techo falso de rojo, azul y amarillo que se movía con las corrientes de aire del sótano y que los niños miraban con el cuello estirado como si fuera el cielo de un lugar que no fue Entreternia.

Una caja de cartón llena de polvos, la caja que le daba nombre. Los polvos eran pigmentos industriales que Polvo recogía de los depósitos de construcción abandonados de los niveles inferiores. Óxido de hierro para el rojo. El rojo era el color más fácil, el más abundante porque el hierro se oxidaba en todos lados, el polvo de óxido se acumulaba en los rincones de los depósitos con la paciencia

de los procesos químicos que no tienen prisa. Polvo recogía el óxido con una espátula y lo guardaba en bolsas de plástico. Pesaba para mantener un inventario. Tres kilos de rojo eran suficientes para seis funciones.

Sulfato de cobre para el azul. El azul era más raro. El sulfato de cobre se encontraba en las tuberías de cobre que se habían corroído. Los cristales azules que se forman en la superficie del cobre cuando el ácido del agua lo ataca durante años. Polvo raspaba los cristales de las tuberías del nivel uno con una cuchilla de afeitar. Los molía en un mortero de piedra que había encontrado en los restos de un laboratorio del GM. El polvo resultante era un azul que brillaba con la intensidad del veneno que era el sulfato de cobre, tóxico por ingestión.

Polvo mantenía el azul separado del rojo, del amarillo. Les había enseñado a los niños la regla: “Los colores se miran y se tiran, pero no se comen.”

Cromato de plomo para el amarillo. El amarillo era peligroso más que el azul. El cromato de plomo era cancerígeno. Polvo lo sabía. Polvo lo usaba porque el amarillo era el color que más excitaba a los niños. Algo en la longitud de onda del amarillo, en los 570 nanómetros de su frecuencia lumínica, activaba el sistema nervioso de los niños de una manera que el rojo y el azul no hacían. El amarillo era euforia visual. Polvo minimizaba el riesgo. Usaba menos cantidad de amarillo que de los otros colores. Nunca lo lanzaba directamente a los niños. Lo lanzaba contra la pared más alejada y dejaba que las partículas se dispersaran en el aire hasta que la concentración bajara a niveles que Polvo calculaba como seguros.

“Seguros” en Polvo significaba “menos peligrosos que vivir en el nivel dos del Bloque 22.”

Los polvos se mezclaban con almidón de barras de proteína trituradas. La proteína procesada del GM tenía un contenido de almidón del cuarenta por ciento. Almidón de papa modificado que servía como vehículo calórico barato. Polvo trituraba las barras vencidas que nadie quería. Las que el mercado del nivel cinco vendía a un coher por docena. Separaba el almidón del resto con agua. El almidón seco funcionaba como aglutinante. Mantenía las partículas de pigmento juntas durante el vuelo. Las liberaba en el impacto.

El resultado era un polvo que explotaba en color cuando lo lanzabas con fuerza contra una superficie. Las funciones eran los martes, los viernes. Los martes eran “polvo”. Polvo lanzaba pigmentos contra las mantas del suelo, las telas del techo y los niños corrían entre las nubes de color gritando con los gritos que los niños producen cuando algo que es gris se vuelve de colores. Las once ratas corrían entre los niños no huyendo de los niños sino corriendo con los niños. En la misma dirección, con la misma velocidad, como si los niños y las ratas estuvieran ejecutando una coreografía que nadie había ensayado pero que funcionaba porque todas las partes escuchaban la misma frecuencia.

El gato tuerto, un gato naranja con el ojo izquierdo sellado por una infección que había curado mal y que le daba la apariencia de un pirata indiferente, se quedaba en la esquina más alejada del sótano sobre la caja de cartón vacía. Mirando el espectáculo con la inmovilidad de los animales que han decidido que participar es inferior a observar. Los viernes eran “fuego”. Polvo no usaba fuego real. No tenía material pirotécnico ni combustible controlado ni la

irresponsabilidad de encender cosas en un sótano de concreto con cuarenta y tres niños.

Lo que tenía era polvos metálicos que chispeaban cuando los frotabas contra una superficie rugosa. Limaduras de hierro producían chispas naranjas que duraban un tercio de segundo. Limaduras de aluminio producían chispas blancas que duraban medio segundo y que eran más brillantes que las de hierro pero que se apagaban más rápido. Limaduras de cobre producían chispas verdes que eran las más raras y las que los niños esperaban con la anticipación de lo escaso. Polvo había construido un “lanzador” con un tubo de PVC de treinta centímetros, un resorte de colchón comprimido, y un mecanismo de percusión hecho con el percutor de un encendedor de cocina.

El mecanismo lanzaba los polvos metálicos contra una placa de acero que Remache le había dado antes de separarse. La placa tenía las dimensiones de una portada de libro, quince por veinte centímetros de acero de tres milímetros de espesor. El impacto de las limaduras contra la placa producía un abanico de chispas de un metro de diámetro que duraba medio segundo. Medio segundo de luz en un sótano sin luz. Medio segundo que los niños recibían con los gritos que los niños reservan para las cosas que brillan y desaparecen y que son hermosas exactamente porque desaparecen.

Polvo no cobraba. No pedía nada a cambio. Los padres de los niños, los que tenían padres, dejaban a veces barras de proteína en la puerta del sótano. A veces agua. A veces un coher enrollado en un pedazo de papel. Polvo tomaba lo que dejaban y lo usaba: las barras para el almidón, el agua para beber, los cohers para comprar las limaduras de metal en el mercado del nivel cinco donde un vendedor

de chatarra las tenía en tarros de vidrio separadas por metal y etiquetadas con precios que variaban con la disponibilidad.

Lo que Polvo no les decía a los niños ni a los padres era por qué las ratas lo seguían. Las ratas lo seguían porque el cuerpo de Polvo producía una frecuencia de 18 a 20 Hz, infrasonido, por debajo del umbral auditivo consciente de los humanos. Los 18-20 Hz eran la frecuencia que los mamíferos registran como “no amenaza”. Las ratas no oían la frecuencia con los tímpanos. La percibían con los huesos del cráneo, con la caja torácica, con los mecanorreceptores distribuidos por todo el cuerpo que responden a la oscilación de baja frecuencia.

Lo que las ratas percibían era seguridad. La frecuencia de Polvo les decía a las ratas: “lo que está aquí no va a hacerte daño.” Y las ratas respondían a esa información de la manera en que los mamíferos responden a la seguridad: se quedaban. La frecuencia salía de Polvo de manera constante. No la controlaba. No más de lo que una persona controla su temperatura corporal. Los 18-20 Hz eran una emisión biológica que el cuerpo de Polvo producía con la regularidad de un proceso fisiológico. Polvo irradiaba no-amenaza.

Las ratas lo percibían. Los niños también, aunque no lo articularan. La misma frecuencia que calmaba a las ratas bajaba la frecuencia cardíaca de los niños, reducía la agitación, aflojaba los hombros que los niños de los niveles bajos llevaban tensos por defecto. Los martes y viernes a las siete de la tarde, cuarenta y tres niños pasaban una hora en presencia de alguien que emitía calma con la misma constancia con la que emitía polvo de colores. Y los niños no sabían por qué se sentían mejor en el sótano que fuera del sótano.

Solo sabían que bajaban con los hombros tensos, subían con los hombros sueltos. El martes 17 de marzo, a las ocho de la noche, después de que los niños se fueran, las ratas se dispersaran hacia los rincones y el gato tuerto se acostara sobre la caja de cartón vacía con la pata izquierda cubriendo el ojo que no tenía. Remache bajó al sótano del Bloque 22. Polvo estaba sentado en el suelo. Cubierto de pigmento rojo en la frente, azul en las manos, amarillo en los pies descalzos que nunca llevaban zapatos porque los pies de Polvo eran el segundo receptor de frecuencia del cuerpo después de las manos. Los zapatos bloqueaban la información que el suelo transmitía: las oscilaciones del bloque, las pisadas de los vecinos, el latido del agua en las tuberías que todavía funcionaban. Los pies de Polvo leían el suelo de la misma manera que los dedos de Sien leían el campo electromagnético. Los pies de Polvo tenían callos en las plantas que no eran de caminar sino de escuchar. Los ojos cerrados. No dormía, procesaba. Después de cada función, Polvo se quedaba solo quince minutos con las palmas sobre el concreto, los pies sobre las mantas, sintiendo el eco de cuarenta, tres cuerpos pequeños que habían corrido, gritado, se habían caído, se habían levantado durante una hora.

El eco era el de la alegría que Polvo no producía con palabras sino con colores, chispas y presencia. El eco duraba quince minutos. Después el sótano volvía a ser un rectángulo de concreto con mantas en el suelo. El sonido de la armadura de Remache bajando la escalera fue inconfundible. Las placas repiqueteaban con el ritmo irregular del peso extra que el cuerpo cargaba. La frecuencia del impacto de cada placa contra la adyacente era de 1.200 Hz, un Re5, según Gallo, aunque Polvo no medía frecuencias en notas musicales. Polvo las

medía en sensaciones. La armadura de Remache era una sensación de solidez, el sonido de lo que no se rompe porque cada pieza sostiene a la otra.

Polvo abrió los ojos. Remache. Polvo. ¿Cuánto tiempo? Cuatro años. Te veo igual. Más metal. Remache miró el sótano. Los colores. Las mantas. Las tiras de tela. La caja de cartón con residuos de pigmento. Las ratas que no se habían dispersado del todo, tres seguían en el rincón más alejado, mirando a Remache con los ojos negros de los animales que evalúan si algo nuevo requiere huir o quedarse.

Los ojos de las ratas se movían entre Remache y Polvo buscando la referencia. Si Polvo no huía, las ratas no huían. Si Polvo estaba tranquilo, las ratas estaban tranquilas. La frecuencia de 18-20 Hz que salía de Polvo les decía a las ratas que el hombre de metal era parte del espacio seguro.

¿Duermes aquí? - preguntó Remache. A veces. Cuando los niños necesitan que alguien esté aquí de noche. ¿Por qué necesitan que alguien esté de noche? Porque de noche vienen los que se llevan a los niños. La frase salió sin peso. Con la naturalidad de alguien que dice algo que ha sabido durante mucho tiempo. Que ha dejado de horrorizarle no porque no sea horrible sino porque el horror se ha convertido en dato. Un dato que requiere acción, no emoción. Un dato que Polvo cargaba con la misma constancia con la que cargaba los pigmentos. Las ratas y la frecuencia de 18-20 Hz. Otro peso más sobre un cuerpo que no distinguía entre los pesos porque todos eran parte de lo que significaba estar en el sótano del Bloque 22 con cuarenta y tres niños que no parecían suyos y que eran lo único que importaba.

Los sé - dijo Remache. Sien los detectó. Hemacronos oscuros. Siete fuentes en tres bloques. Ocho - comentó Polvo. ¿Ocho? El detector de Sien detecta frecuencia electromagnética en la banda de 40-60 Hz. Hay una fuente que no opera en esa banda. Hay una que se mueve por debajo en el rango infrasónico. En mi rango. La octava fuente opera a 18-20 Hz. Los mismos 18-20 Hz que yo emito. La siento cuando entra a los niveles bajos porque las ratas se van. Las once ratas. Todas al mismo tiempo. No una por una, todas al mismo tiempo. Y los niños se despiertan llorando sin saber por qué. Porque la octava fuente emite en la misma frecuencia que yo pero invertida. Donde yo emito “no amenaza,” la octava emite lo contrario. Lo que las ratas oyen cuando la octava se acerca es el negativo de lo que oyen cuando yo estoy cerca.

Las ratas no pueden estar en presencia de las dos frecuencias al mismo tiempo. Eligen la que ya conocen, la mía, pero cuando la octava es más fuerte, huyen de las dos. Remache procesó. La tuerca giró a un clic por segundo, procesamiento lento. Siete fuentes electromagnéticas que el detector de Sien captaba, más una octava que operaba en el rango infrasónico que solo Polvo percibía. Ocho hemacronos oscuros en Entreternia. La octava fuente era algo diferente a las siete. La octava fuente operaba en la frecuencia de Polvo. La octava fuente era el espejo oscuro de lo que Polvo era.

Necesitamos hablar - dijo Remache. Gallo está en el Bloque 9 con Sien y con alguien nuevo. Se llama Gancho. Conoce los túneles. Polvo se levantó. El pigmento rojo de la frente le daba la apariencia de alguien que ha sido marcado una franja vertical de óxido de hierro desde la línea del pelo hasta la ceja izquierda, que podría ser guerra o ritual o accidente, pero que era lo que pasaba cuando te rascabas la

frente con manos cubiertas de pigmento. Los pies descalzos hicieron contacto con el suelo del sótano y Polvo percibió lo que el suelo decía: las oscilaciones del bloque, el latido del agua, la ausencia de la octava frecuencia que significaba que la octava fuente no estaba cerca. No ahora.

¿Los cinco? - preguntó Polvo. Cuatro. Kova no está. ¿Qué le pasó a Kova? No sé. Desapareció después del servicio. Nadie la encontró. Polvo asintió. No con tristeza, con la aceptación de alguien que entiende que las personas toman decisiones y que desaparecer es una decisión como cualquier otra. Kova no cedía. Kova no cedía ante nada ni ante nadie. Kova había decidido no estar y la decisión era tan sólida como la de quedarse.

Cuatro más uno añadió Polvo. Cinco otra vez. Polvo se agachó. Recogió a la rata grande, trescientos gramos, marrón, con una mordida vieja en la oreja izquierda que le había dejado un muñón triangular donde debería haber habido un cartílago semicircular. La rata se quedó en la mano de Polvo con la inmovilidad del que sabe que la mano es segura. Los ojos negros miraron a Remache. Remache miró a la rata. Tres segundos de evaluación mutua, la rata decidió que el metal no era amenaza. Remache decidió que la rata era más útil que cualquier sensor electrónico.

Vamos - mencionó Polvo. Subieron la escalera. Las placas de Remache repiquetearon contra las paredes estrechas del hueco de la escalera, el sonido amplificado por la geometría del espacio, rebotando, multiplicándose, anunciando la salida de Remache del sótano como lo anunciaba todo lo que Remache hacía: con ruido. Los pies de Polvo no hicieron ruido. Los pies de Polvo leían cada escalón la temperatura, la humedad, el eco de los pasos de los niños que

habían bajado dos horas antes. Las otras diez ratas los siguieron.
CAPÍTULO 016 [S][H][O]

Gancho se llamaba así por la herramienta, no por la mano. La herramienta era un gancho de acero de treinta centímetros fabricado con una varilla de suspensión de un vehículo del GM. Gancho había cortado la varilla con una sierra de arco a los quince años. La había calentado en un fuego de basura industrial hasta que el acero se puso naranja, la había doblado en un ángulo de cuarenta grados con dos piedras como yunque y martillo. La había afilado contra una pared de concreto durante tres horas hasta que la punta cortaba tela con el peso de la gravedad.

La punta afilada servía para abrir paneles sellados. Insertaba la punta entre el panel, el marco, hacía palanca con el brazo, y el panel cedía con el sonido de un sello que se rompe. El lado doblado servía para enganchar cables, tuberías, bordes de escotillas, cualquier cosa que tuviera un labio o una protuberancia donde meter el acero curvado y tirar. La herramienta colgaba del cinturón de Gancho con un mosquetón de aluminio que Gancho abría y cerraba con el pulgar de la mano derecha sin mirar. El sonido del mosquetón era clic-clic. La apertura-cierre era el tic nervioso de Gancho.

No era la tuerca de Remache ni los dedos en la sien de Sien el mosquetón. Clic-clic. Clic-clic. El ritmo del pensamiento de Gancho expresado en el mecanismo de un cierre de aluminio que tenía seis mil aperturas y cierres por día. Calculadas por Gancho, que contaba las cosas como Gallo contaba las cosas por compulsión, no por necesidad. Gancho llevaba dos años bajando a los bunkers. Los bunkers eran infraestructura del Plano Base que existía debajo de

Entreternia con la inevitabilidad de los cimientos lo que sostiene a lo que se ve desde arriba.

Los cimientos del GM eran concreto reforzado con vida útil de cien años. Los bunkers eran atemporales, hechos de un material indestructible. Gancho había intentado cortar las paredes de los bunkers con sierra, con cincel, con ácido clorhídrico del laboratorio abandonado del nivel tres del Bloque 17. El material absorbía todo. La sierra no dejaba marca. El cincel rebotaba. El ácido se evaporaba sin reacción. Las paredes de los bunkers estaban hechas de una sustancia desconocida, no concreto ni acero ni cerámica ni polímero, nada que Gancho pudiera nombrar con el vocabulario de materiales que los niveles bajos de Entreternia le habían dado.

Gancho había descubierto el primer acceso a los trece años. El suelo de su cuarto en el nivel uno del Bloque 17 se hundió cuarenta centímetros durante la noche. El concreto del GM cedió con la fatiga de cuatro décadas y lo que apareció debajo fue un techo que no era techo del GM, una superficie gris, lisa, con una escotilla circular de sesenta centímetros sellada con un campo electromagnético que mantenía la tapa cerrada sin mecanismo visible. Sin cerradura, sin bisagras, sin tornillos. Campo.

El mismo tipo de campo que las Torres TAAT generaban, pero reducido a la escala de una escotilla, un campo de contención que decía “esto no se abre” con la autoridad de lo que lleva mucho tiempo cerrado. Seis meses de intentos. Palancas, ácido, calor, percusión. El campo absorbía todo. La escotilla no se movía. Gancho durmió seis meses sobre una escotilla que no podía abrir, con la frustración de alguien que sabe que hay algo debajo y que no puede llegar a lo que hay debajo. La frustración se convirtió en obsesión.

La obsesión se convirtió en método. El método fue accidental. Un tropezón a las cuatro de la mañana. Gancho se levantó a orinar, desorientado por el sueño, y se golpeó la rodilla contra el borde de la escotilla. Lo que debería haber sido un golpe contra metal inamovible fue un golpe contra metal que se movió. Un milímetro. Un milímetro de desplazamiento de la tapa a las cuatro de la mañana. Gancho se agachó. Tocó la tapa. La tapa se movió otro milímetro con la presión de un dedo. A las cuatro de la mañana. El campo de la escotilla se debilitaba.

Como los hemacronos oscuros que bajaban de las once a las tres y descansaban a las cuatro. Como las Torres TAAT con su variación cíclica de 0.003 Hz. Todo en la frontera PM/PB tenía el mismo ritmo, un ritmo de veinticuatro horas con un punto bajo a las cuatro de la mañana. Tres milímetros a las cuatro de la mañana. Cada noche. Durante seis meses. Ciento ochenta y dos noches de tres milímetros eran quinientos cuarenta y seis milímetros, medio metro de desplazamiento acumulado. Suficiente para que la tapa se abriera lo necesario para que un cuerpo de adolescente de trece años se deslizara por la abertura.

Lo que había debajo era un pasillo de dos metros de ancho por dos y medio de alto que se extendía en dirección norte. Las paredes eran del material gris que no se cortaba. El suelo era del mismo material. El techo era del mismo material. Ahí, el aire era seco, dieciséis grados, humedad inferior al treinta por ciento, sin los compuestos orgánicos de los niveles habitados. Antes de que pudiera reaccionar, el aire de los bunkers era estéril con la esterilidad de lo que no tiene vida. Que por eso no se descompone.

Gancho bajó la primera vez con una linterna, una cuerda atada al marco de la escotilla. La cuerda tenía sesenta metros. A los sesenta metros se acabó la cuerda y el pasillo seguía. Gancho volvió. Trajo más cuerda. Doscientos metros la segunda vez. Cuatrocientos la tercera. El pasillo no terminaba, se bifurcaba, giraba, bajaba, subía, conectaba con otros pasillos que conectaban con otros pasillos. Los bunkers eran una red. Gancho mapeó la red con un cuaderno, un lápiz y con la paciencia de un topógrafo que mide cada paso, anota cada giro porque lo que no anota no existe y lo que no existe no se puede navegar.

Dos años de mapeo. Tres accesos funcionales, la escotilla del Bloque 17, la grieta del Bloque 9, el conducto del Bloque 22. Los tres conectaban con la red. La red se extendía hacia el norte. Hacia la frontera. En el cuarto de Sien, con los cinco reunidos, Gancho extendió el plano en el suelo. El papel cuadriculado cubría dos metros cuadrados del suelo del cuarto de tres por tres. Gancho tuvo que doblar los bordes contra las paredes para que cupiera. Las líneas del plano mostraban la red con la precisión de dos años de exploración: distancias en metros anotadas durante cada pasillo, alturas de techo en los puntos donde el techo variaba, temperaturas registradas con un termómetro de mercurio que Gancho llevaba en el bolsillo, puntos donde el campo residual de los bunkers era lo suficientemente fuerte para apagar la linterna. Puntos donde el material de las paredes cambiaba de textura de liso a grabado.

Con líneas geométricas que Gancho había copiado en el cuaderno sin entender qué significaban. La X roja estaba a cuatrocientos metros del acceso del Bloque 22. Cuatrocientos metros en dirección norte-noreste. En una bifurcación donde el pasillo principal se

dividía en dos, uno seguía recto, el otro bajaba en una rampa de quince grados de inclinación que descendía durante treinta metros hasta una puerta.

La rampa tiene tráfico - dijo Gancho. Pisadas recientes. Pie descalzo, adulto, talla cuarenta, dos. Pisadas en una sola dirección de ida y de vuelta, siempre por el mismo sendero, con la regularidad de alguien que hace el mismo recorrido todas las noches. Y la puerta al final de la rampa tiene grasa fresca en las bisagras. Grasa ámbar claro aplicada esta semana. La grasa se oscurece a marrón en diez días a dieciséis grados y cuarenta por ciento de humedad. Alguien mantiene esa puerta engrasada. Alguien que la abre con frecuencia.

Hemacronos dijo Sien. Los oscuros pueden neutralizar campos electromagnéticos de baja intensidad. Emiten un contrapulso que anula el campo durante el tiempo suficiente para abrir la puerta. Y los oscuros operan descalzos, los zapatos interfieren con la conexión galvánica que necesitan para emitir a través del suelo. Gallo miró el plano. Los ojos de Gallo no leían mapas como los de Gancho. Los ojos de Gallo buscaban proporciones, distancias, los números que las líneas contenían. Cuatrocientos metros del sótano de Polvo a la bifurcación. Treinta metros de rampa hasta la puerta. La puerta era de los bunkers, metal gris, cierre de campo. Detrás de la puerta: lo que los oscuros protegían. Lo que los oscuros escondían. Lo que los oscuros hacían con los niños que recolectaban de los niveles bajos de Entreternia.

Si bajamos por la rampa y cruzamos la puerta - admitió Gallo, ¿qué hay?

No sé - admitió Gancho. Nunca crucé. El campo de la puerta está activo las veinticuatro horas. A las cuatro de la mañana se debilita

pero no lo suficiente para que lo abra con palanca. Para abrir esa puerta necesitas anular el campo. Y yo no puedo anular campos. Todos miraron a Sien. Sien tenía las manos en las sienes. Los dedos presionaban con la fuerza del hábito la calibración que no se detenía ni cuando dormía ni cuando hablaba ni cuando escuchaba a otros hablar. Lo que Sien percibía era un mapa de frecuencias superpuesto al mapa de papel de Gancho, un mapa invisible que mostraba los campos de los bunkers como volúmenes de color y densidad. Los siete puntos hemocrone como pulsos rojos en la oscuridad, y la octava fuente, la que Polvo sentía como una ausencia, un hueco en el rango que el sensor de Sien no alcanzaba.

Puedo abrir la puerta - dijo Sien. Puedo emitir un contrapulso que anule el campo durante tres a cinco segundos. Pero del otro lado hay por lo menos tres fuentes hemocrone. Si emito un contrapulso, los tres van a sentirlo. Van a saber que alguien con frecuencia hemocrone está en el pasillo. Y van a venir.

Que vengan - observó Remache. Las ciento cuarenta y tres piezas de la armadura le dieron a la frase el peso de ciento un kilos de carne y metal. Remache no decía “que vengan” con la bravuconería del que no mide las consecuencias. Remache decía “que vengan” con la certeza del que ha calculado la masa, la resistencia, la capacidad de absorción de impacto de cada pieza de su armadura y que ha concluido que lo que venga va a encontrar un obstáculo que no se mueve. No es tan simple dijo Sien. Un hemacrono oscuro entrenado emite un pulso de parálisis a tres metros de alcance. Tres oscuros cubren un pasillo de dos metros de ancho. La parálisis dura diez a quince segundos, tiempo suficiente para que hagan lo que quieran con los paralizados. Tu armadura bloquea impactos físicos. No

bloquea frecuencia electromagnética. Cinco personas procesando un problema con cinco cerebros diferentes. Remache con la tuerca clic a un segundo.

Procesamiento lento. Un gallo contando latidos setenta y dos por minuto, cada latido un cálculo. Sien con los dedos calibrando, midiendo las distancias de los siete puntos que pulsaban en la pantalla del detector. El gancho con el mosquetón clic-clic, apertura-cierre, el ritmo del que piensa en espacios. Polvo con la rata grande en la mano, los dedos acariciando el lomo del animal, la frecuencia de 18-20 Hz saliendo de su cuerpo hacia el animal con la constancia de lo involuntario.

Las ratas - respondió Polvo. Todos lo miraron. Las ratas sienten lo que yo siento. Perciben frecuencias infrasónicas con los mecanorreceptores del cuerpo. Cuando un oscuro se acerca, las ratas reaccionan antes de que la frecuencia las alcance, con una reacción anticipada de entre tres y cinco segundos. Las ratas son detectores biológicos con un rango de veinte metros. Si las ratas van delante, sabemos dónde están los oscuros antes de que los oscuros sepan dónde estamos nosotros.

¿Y si las ratas huyen? - manifestó Gancho. Si las ratas huyen, algo viene. Si las ratas se detienen sin huir, algo está pero no viene. Si las ratas se mueven normalmente, el pasillo está limpio. Es un sistema de tres estados: seguro, alerta, peligro. Gallo miró a Polvo. El hombre cubierto de pigmento con una rata en la mano. En el bosque, Polvo había sido el que tocaba caras y rompía trances con las manos. Aquí, Polvo era un sistema de detección temprana basado en once roedores y una frecuencia infrasónica que salía de su cuerpo con la regularidad de un latido.

Cuándo - dijo Gallo. No parecía pregunta. Era decisión. Cuándo bajamos. Cuándo abrimos la puerta. Cuándo nos enfrentamos a lo que hay del otro lado.

Mañana. A las cuatro de la mañana - dijo Sien. Los campos se debilitan. Los oscuros descansan. Su ciclo de actividad es nocturno, de once de la noche a tres de la mañana. A las cuatro están en recuperación. Frecuencias bajas. Capacidad de reacción reducida.

¿Cómo sabes su ciclo? - apuntó Gancho. Porque me crié con hemacronos. El ciclo es biológico. No se entrena. Se tiene. Gancho miró a Sien. Sobre Sien lo leyó en los ojos los ojos de alguien que sabe de lo que habla porque la información no viene de un libro ni de un detector, sino de un cuerpo que vivió lo que describe.

Mañana a las cuatro - añadió Gancho. El mosquetón clic-clic. El gancho de acero en el cinturón. Los callos en las yemas de los dedos que iban a abrir lo que tuviera que abrirse. Cinco personas en un cuarto de tres por tres con un plano de dos metros cuadrados en el suelo. Un detector con siete puntos verdes en la pantalla y once ratas en el pasillo, un gato tuerto durmiendo en algún sótano y la certeza de que lo que había debajo de Entreternia era peor de lo que cualquiera de los cinco había encontrado en el bosque de la frontera. Mañana a las cuatro. ### CAPÍTULO 017 [S][O][H]

Bajaron a las tres, cuarenta y cinco. El sótano del Bloque 22 a esa hora era un espacio sin color, las mantas eran formas oscuras en el suelo, las tiras de tela colgaban del techo como membranas. La caja de pigmentos era un rectángulo negro contra la pared. Sin la luz del día ni la linterna del GM ni las chispas de los viernes, el sótano fue lo que todo era en los niveles bajos cuando la electricidad no llegaba:

un espacio definido por lo que se oía y lo que se tocaba y lo que se olía.

Se oía el agua en las tuberías del nivel superior, un goteo irregular que producía un ritmo que Gallo catalogó automáticamente como 0,7 Hz, un goteo cada 1,4 segundos. Se tocaba la humedad en las paredes, la condensación que los dieciséis grados del bunker de abajo producían al encontrarse con los veintidós grados del sótano. Un punto de rocío que dejaba las superficies mojadas. Se olía el pigmento residual, el óxido de hierro que daba al aire un gusto metálico, el sulfato de cobre con su acidez mineral.

El acceso era el conducto de ventilación en el rincón noreste del sótano. Un tubo de chapa galvanizada de sesenta centímetros de diámetro que el GM había instalado como ventilación de emergencia y que nunca había conectado al sistema principal porque el sistema principal no llegaba al sótano del Bloque 22. El tubo bajaba en diagonal treinta grados durante cuatro metros y desembocaba en una fisura del cimiento del bloque que daba al espacio entre el concreto del GM y el techo del bunker.

La fisura era lo suficientemente ancha para un cuerpo humano de complexión normal. No se trataba de lo suficientemente ancha para Remache. Remache se quitó las placas de los hombros. Las placas eran las piezas más anchas de la armadura, dos láminas curvadas de acero de desecho que sumaban doce centímetros al ancho de los hombros de Remache. Sin ellas, Remache medía cincuenta y ocho centímetros de hombro a hombro. El conducto tenía sesenta centímetros de diámetro. Dos centímetros de margen. Suficiente si Remache giraba los hombros cuarenta y cinco grados y avanzaba en diagonal, arrastrándose con los codos, con las placas de los hombros

en una bolsa de lona que colgaba del cinturón y que iba a golpear las paredes del conducto con cada movimiento.

Voy primero - dijo Gancho. Gancho entró al conducto con la familiaridad de alguien que ha bajado por conductos estrechos durante dos años. El cuerpo se adaptó al tubo, los codos pegados al torso, las piernas extendidas, la cabeza ladeada para que la linterna en la frente iluminara el camino. La luz de la linterna rebotó en las paredes de chapa y creó un tubo de luz que se alejó hacia abajo con la velocidad del cuerpo de Gancho deslizándose. Gallo segundo. La entrada al conducto fue el momento en que la rodilla le recordó que la rodilla existía, la flexión de treinta grados necesaria para meter las piernas en el tubo activó el La sostenido con una intensidad que fue color rojo borgoña en la oscuridad del conducto. Un destello de dolor visible que le nubló la visión medio segundo.

Respiró. Entró. Se deslizó con los codos, la rodilla izquierda extendida sin flexión, rígida, inútil para la propulsión. Avanzó con el codo derecho y la pierna derecha. El cuerpo se movió en el conducto con la asimetría de la compensación. Sien tercero. Sien entró al conducto sin ruido, el cuerpo de Sien era el más delgado de los cinco, cincuenta y ocho kilos distribuidos en un metro setenta y dos de altura, las caderas estrechas, los hombros estrechos, la complexión de alguien que ha comido lo mínimo durante cuatro años y que ha gastado lo que comía en emisión hemocrone en vez de en masa corporal.

Sien se deslizó por el conducto con los dedos en la sien izquierda, solo la izquierda, porque la derecha la necesitaba para el codo, escaneando el campo durante el descenso. Lo que los dedos percibían era el campo residual del bunker aumentando a medida

que bajaba, de tenue a presente, de presente a constante, de constante a presión. El campo del bunker empujaba contra los dedos de Sien con la insistencia de un sistema que detecta intrusiones. Polvo cuarto. Las ratas fueron primero. Las once entraron al conducto antes que Polvo, los cuerpos de trescientos gramos que no necesitaban la diagonal ni la rotación de hombros ni la flexión de rodilla.

Las ratas corrieron por el tubo de chapa con las garras produciendo un repiqueteo agudo que Gallo ya abajo, en la fisura entre el cimientó y el techo del bunker percibió como un Si bemol multiplicado por once, un acorde de roedores descendiendo por un tubo de metal. Polvo entró después. Los pies descalzos contra la chapa galvanizada, la diferencia de temperatura entre la piel de Polvo a treinta y cinco grados y la chapa a quince produjo condensación instantánea que hizo que los pies resbalaran. Polvo se deslizó más que caminó, controlando la velocidad con las manos contra las paredes, los dedos dejando marcas de pigmento rojo en la chapa.

Remache último. El sonido de Remache entrando al conducto fue el sonido de un bloque de metal siendo forzado a través de un espacio que no se diseñó para bloques de metal. Las placas del torso rasparon la chapa. Las placas de las piernas rasparon la chapa. Las placas de los brazos rasparon la chapa. Todo raspaba. El conducto tembló con la fricción de ciento un kilos de carne, acero menos las placas de los hombros, menos cuatro kilos, noventa y siete kilos moviéndose por un tubo de sesenta centímetros de diámetro con la determinación del que sabe que lo que hace es difícil y que lo difícil no es razón para no hacerlo.

Remache tardó cuatro minutos en recorrer los cuatro metros de conducto. Los otros cuatro habían tardado cuarenta segundos cada uno. La fisura entre el cimientado y el techo del bunker era un espacio de setenta centímetros de alto por un metro de ancho que se extendía lateralmente durante tres metros hasta el borde de la escotilla que Gancho usaba como acceso. La escotilla estaba abierta, Gancho la había abierto a las tres y cuarenta y uno, cuatro minutos antes, aprovechando la debilidad del campo que a esa hora era aún más pronunciada que a las cuatro.

Los cinco pasaron por la escotilla. Los pies tocaron el suelo del bunker. El pasillo era lo que Gancho había descrito y lo que las palabras no podían describir. Dos metros de ancho por dos y medio de alto de un material gris que no era concreto ni metal ni piedra ni nada que el vocabulario de los niveles bajos de Entreternia pudiera nombrar. La superficie era lisa con la lisura de lo que no fue pulido sino hecho liso desde el principio, algo que no había sido suavizado sino que nació suave. Las paredes no tenían juntas.

El suelo no tenía juntas. El techo no tenía juntas. El pasillo era una pieza continua, un tubo rectangular de material gris que se extendía en dirección norte con la rectitud de lo puesto, no lo excavado. La temperatura era de dieciséis grados. El frío le entró por las manos primero, seco, que no tenía la humedad de los niveles bajos ni el calor del cuerpo humano. El aire del bunker era estéril, no en el sentido hospitalario, sino en el sentido geológico. El aire no contenía compuestos orgánicos. No contenía polvo.

No contenía las partículas que un cuerpo humano libera al respirar, las células muertas de piel, los aerosoles de saliva, los compuestos de sudor. El aire del bunker era aire que nadie había

respirado en un tiempo que no tenía escala. Remache se puso las placas de los hombros. Cuatro movimientos: placa izquierda en posición, tres remaches rápidos que las manos de Remache cerraban con la presión de los dedos contra el metal; placa derecha en posición, tres remaches más. Los remaches eran cierres a presión que Remache había diseñado para la armadura, no necesitaban herramientas, solo la fuerza de agarre de alguien que llevaba cuatro años cerrando remaches con los dedos.

Seis segundos. La armadura estaba completa. Gancho encabezaba con la linterna. La luz cortaba el pasillo en un cono de sesenta grados que mostraba paredes grises, suelo gris, techo gris. Sin marcas. Sin señalización. Sin las convenciones humanas que los pasillos del GM tenían, sin flechas de evacuación, sin números, sin extintores. Los constructores de estos bunkers no necesitaban indicaciones. O sabían dónde estaba todo sin que nadie les dijera. O no tenían el concepto de perderse. Las ratas iban adelante.

Once ratas distribuidas en un arco que cubría el ancho del pasillo, oliendo las juntas entre suelo y pared, las pequeñas por el centro con las orejas orientadas hacia adelante. Polvo caminaba tres metros detrás con los ojos cerrados. No necesitaba ver los pies descalzos sobre el material gris, leían la temperatura y el pulso del suelo. Las manos a los costados percibían la distancia a las paredes por la presión del aire, las ratas le decían todo lo demás. El vínculo de 18-20 Hz era bidireccional: Polvo emitía calma, las ratas emitían información.

Cuando una rata encontraba un cambio temperatura, olor, la oscilación la frecuencia del animal se modificaba y Polvo registraba la modificación como un dato en un mapa interno que no estaba en

papel sino en el sistema nervioso. Gallo caminaba con la mano derecha en la pared. La pared transmitía el estremecimiento no la frecuencia de un edificio habitado, sino la frecuencia profunda de lo que estaba más abajo. La tierra entre planos. El campo que separaba el PM del PB. La pared le decía a la mano de Gallo: estás entre dos mundos.

Arriba está Entreternia. Abajo está lo otro. Sien caminaba con los dedos en las sienes. El campo residual del bunker llenaba el espacio con una presencia que no empujaba ni tiraba, sino que estaba. La infraestructura que ha perdido su función pero que conserva su energía. Dentro de ese campo de fondo, Sien buscaba las firmas hemocrone de los oscuros. Los tres que el detector mostraba en esta zona tenían que estar en algún punto de la red. Si los encontraba antes de que ellos lo encontraran, la ventaja era de los cinco. Cuatrocientos metros. Gancho contaba pasos. Cada paso de Gancho era setenta y tres centímetros, un ritmo que había calibrado en el primer año de exploración, midiendo distancias con una cinta métrica y contando pasos. Quinientos cuarenta y ocho pasos equivalían a cuatrocientos metros. A los quinientos cuarenta y seis, el pasillo se bifurcó: recto, a la derecha. La rampa. Gancho apuntó la linterna. El haz bajó quince grados y encontró la puerta a treinta metros, un metal gris sin bisagras, sin cerradura, sin asidero.

Integrada en la pared, la junta de menos de un milímetro. La puerta era la más grande que Gancho había encontrado en dos años: dos metros de ancho por dos y medio de alto. La escala parecía diseñada para que pasaran cosas que no parecían personas o que eran más que personas. Las ratas se detuvieron. Las once al mismo tiempo. Orejas hacia la puerta. Cuerpos comprimidos, patas traseras

flexionadas, lomos arqueados, bigotes extendidos. La posición de alerta máxima. La posición que decía: detrás de eso hay algo y ese algo no es bueno.

Tres - respondió Polvo, con los ojos cerrados. A diez metros detrás de la puerta. Quietas. No duermen, están quietas. Lo que duerme tiene frecuencia baja y constante. Lo que está quieto tiene frecuencia contenida, comprimida y lista para expandirse. Están esperando.

¿Saben que estamos aquí? - preguntó Gallo. Sien quitó las manos de las sienes. Las bajó. Las puso a los costados. La expresión se selló en el rostro, la máscara del que se prepara para ejecutar lo inevitable, lo que sabe que puede hacer aunque no quiera. No saben todavía. Van a saber cuando abra la puerta. - Ábrela - comentó Gallo. - - ###
CAPÍTULO 018 [S][H][O]

Sien levantó las manos. No hacia la puerta, sino hacia los lados. Brazos abiertos, palmas hacia afuera, dedos extendidos. La postura de alguien que se rinde. O la postura de alguien que transmite.

Sien transmitió.

Gallo lo percibió antes de verlo. Un empujón suave en el pecho. Una oscilación en los tímpanos. Un destello azul eléctrico detrás de los ojos que duró un décimo de segundo.

El campo de la puerta cedió.

La puerta, cerrada durante siglos, sostenida por una fuerza que los constructores habían calibrado para durar más que ellos mismos, dejó de estar cerrada.

El azul eléctrico de 155 Hz, que era la frecuencia de la voz de Sien pero amplificada, expandida, proyectada como arma, la puerta cedió. La junta de menos de un milímetro se abrió a un centímetro, a cinco,

a veinte. La puerta se abrió hacia adentro con la inercia de su propio peso, el peso del material gris que no era metal pero que pesaba como metal. El sonido de la puerta abriéndose fue un susurro de superficie contra superficie, el sonido de lo que lleva mucho tiempo sellado y que al abrirse libera el aire de adentro con un cambio de presión que los oídos registran como un suspiro.

Lo que había del otro lado era una sala. Diez metros de ancho por quince de largo con un techo de cuatro metros. El espacio más grande que Gancho había encontrado en dos años de exploración, más grande que cualquier pasillo, más grande que cualquier bifurcación, incompatible con una infraestructura estrecha y funcional. La sala respondía a un propósito de volumen. Las paredes tenían líneas verticales grabadas de suelo a techo, a intervalos de un metro, con una profundidad de dos milímetros.

Las líneas no fueron decorativas, eran conductos. Canales por los que había circulado poder en los días de funcionamiento. Energía, datos, fluido, frecuencia. Distribución de lo imposible de nombrar a través de las arterias de una sala subterránea. En el centro de la sala, tres personas. Tres hemacronos oscuros. Sentados en el suelo en posición de contacto con el campo, piernas cruzadas, manos sobre las rodillas, ojos abiertos, el cuerpo como antena. No dormían. No descansaban. Estaban en un estado que Sien conocía de su infancia entre hemacronos: el estado de espera activa, donde el cuerpo conserva energía mientras el sistema nervioso mantiene la percepción al máximo.

Un predador echado con los ojos abiertos. Los tres miraron la puerta cuando se abrió. Los tres emitieron al mismo tiempo. El pulso golpeó a los cinco simultáneamente. Gallo lo recibió en el esternón,

presión, no dolor, la presión de un campo electromagnético dirigido contra el sistema nervioso a diez metros de distancia. Los músculos del pecho se contrajeron primero, el pectoral mayor y el pectoral menor comprimiéndose contra las costillas con la fuerza de una contracción involuntaria que sacó el aire de los pulmones en medio segundo.

Los brazos se tensaron después, bíceps, tríceps, flexores, todos los músculos del brazo contrayéndose al mismo tiempo con la rigidez de un espasmo que convirtió los brazos de Gallo en barras. Las piernas se trabaron, cuádriceps y gemelos contraídos, la rodilla izquierda que ya estaba rígida de dolor ahora rígida de parálisis. El cuerpo de Gallo se convirtió en una estatua de músculos contraídos que no obedecían al cerebro. Pero el cerebro funcionaba.

El cerebro de Gallo recibió la señal de “parálisis inminente” y respondió con lo que sabía hacer: contar. Contar era la defensa de Gallo contra todo, contra el dolor, contra el miedo, contra el caos de una percepción que no distinguía entre sonido y color. Mientras contara, el cerebro estaba ocupado. Mientras el cerebro estuviera ocupado, el campo de parálisis no cruzaba del sistema motor al sistema cognitivo. El campo podía trabar los músculos pero no podía trabar un cerebro que estaba contando.

Un segundo de pulso. Rojo en la visión, el rojo de la frecuencia baja, el rojo del peligro, frecuencia baja convertida en imagen. Dos. El rojo se oscureció a borgoña. Tres. Borgoña a granate. Cuatro. Los colores se oscurecían con cada segundo, la intensidad del campo aumentando o la resistencia de Gallo disminuyendo o las dos cosas. Cinco. Granate a púrpura. Seis. El púrpura tenía bordes negros.

Siete. Los bordes negros se expandían. Ocho. El campo de los oscuros iba a durar diez segundos. Quizá quince.

Sien lo había dicho: a las cuatro de la mañana, la capacidad de emisión estaba reducida. Los oscuros habían gastado energía durante su ciclo nocturno de recolección de las once a las tres, cuatro horas de actividad hemocrone que vaciaban las reservas bioeléctricas. A las cuatro, las reservas estaban al mínimo. El pulso que emitían era lo que les quedaba. No iba a durar. Nueve. Sien emitió. No un contrapulso defensivo. Un pulso propio. La misma frecuencia que los oscuros emitían pero en contrafase, la anti-frecuencia, el negativo electromagnético que cancelaba la onda ofensiva como un sonido cancela otro sonido en un sistema de cancelación activa.

Sien conocía la frecuencia exacta porque había crecido entre hemacronos oscuros, porque Ren le había enseñado a distinguir treinta, dos sabores de campo, porque uno de esos treinta, dos sabores era el sabor del ataque, el papel de aluminio, la frecuencia dental, la necesidad de alejarse. Sien conocía el ataque y conocía su negativo. Lo había practicado durante cuatro años en las noches del servicio, sentado en el polvo de hueso del campamento con los dedos en la sien, emitiendo contra nada, practicando la cancelación de algo que no estaba ahí para cuando estuviera.

Ahora estaba. La emisión de Sien chocó con la emisión de los tres oscuros a cinco metros de la puerta. Las dos ondas se encontraron y se anularon, no silenciosamente. La anulación produjo una interferencia que llenó la sala de la oscilación. El aire vibró. Las paredes el pulso. Las líneas grabadas en las paredes captaron las frecuencias y las amplificaron, los conductos inactivos funcionando

como amplificadores accidentales que multiplicaban la intensidad del campo residual de la colisión. El zumbido fue grave, físico, palpable. Gallo lo percibió como un La bemol distorsionado, cargado de armónicos sucios que eran la basura electromagnética de dos campos opuestos destruyéndose mutuamente.

El color del La bemol distorsionado fue amarillo sucio con bordes verdes, el color de la interferencia, el color de lo que queda cuando dos fuerzas se cancelan y lo que queda no es nada sino residuo. La parálisis se rompió. Los músculos de Gallo se soltaron con la violencia de un resorte que se libera. Los brazos cayeron, las piernas se aflojaron, el pecho se expandió y el aire entró en los pulmones con un sonido que fue hambre de oxígeno. Remache se soltó. Gancho se soltó. Polvo se soltó. Los cinco estaban de pie en la puerta con los músculos temblando por la contracción residual y los cerebros todavía procesando la transición de la parálisis a la libertad.

Remache entró. No corrió, caminó. Dejó que las placas sonaran. El repiqueteo de ciento cincuenta y un piezas de metal llenó la sala sin intentar esconderse. El ruido de Remache entrando a la sala fue una declaración, la declaración de que lo que entraba no le tenía miedo a lo que estaba adentro. Los oscuros habían peleado con frecuencia. Remache peleaba con masa.

El primer oscuro se levantó. Hombre, cuarenta años, con la musculatura reducida de quien ha usado la frecuencia como arma durante décadas y que no ha necesitado usar el cuerpo para nada que requiera fuerza. El oscuro emitió un pulso directo concentrado, enfocado, un rayo en vez de una onda. El pulso golpeó la placa pectoral de la armadura de Remache. Casi sin pensarlo, el metal

resonó un Do grave que viajó por las ciento treinta y nueve piezas y que le manifestó a Gallo que la placa había absorbido el impacto.

Antes de que pudiera reaccionar, el pulso se dispersó. No por blindaje, las placas de desecho no tenían propiedades de blindaje electromagnético. Por masa. La armadura interponía entre seis y doce milímetros de acero entre la piel de Remache y el mundo exterior. Los milímetros de metal atenuaban la frecuencia lo suficiente para que el sistema nervioso de Remache la registrara como presión incómoda, una presión distribuida por todo el torso, como estar dentro de un cilindro que se contrae dos centímetros en vez de como parálisis localizada.

Remache llegó al oscuro en cuatro pasos. Cada paso fue un terremoto en miniatura, ciento un kilos golpeando el suelo del bunker con la cadencia del que no tiene prisa porque lo que persigue no puede escapar en un espacio de diez por quince. Lo agarró del brazo. Los dedos de Remache, los mismos dedos que giraban la tuerca hexagonal y que cerraban remaches a presión y que habían construido transceptores con alambre de cortina, se cerraron sobre el bíceps del hemacrono con la fuerza calibrada del que sabe cuánta presión necesita para que lo que agarra no se suelte.

El oscuro emitió a contacto a distancia cero, la emisión era más fuerte, la piel contra la piel sin el amortiguador del aire. Los empastes de Remache la frecuencia con la frecuencia. Pero los dedos no se soltaron. Los dedos de Remache no se soltaban de lo que agarraban. Era el principio fundamental de Remache: lo que agarro, lo sostengo. Lo que sostengo, no se va. Segundo oscuro. Se levantó. Emitió hacia Sien, reconociendo en Sien al hemacrono oponente, la fuente que había cancelado el pulso grupal.

Sien contrarrestó el contrapulso que anulaba la emisión a mitad de camino, las dos ondas encontrándose a tres metros del cuerpo de Sien y destruyéndose mutuamente. Los dos hemacronos se trabaron en una guerra de frecuencias. El aire entre los dos vibró con la densidad de algo sólido. Gallo vio el espacio entre Sien y el oscuro distorsionarse, los bordes de las cosas desdibujándose como si el aire se hubiera convertido en agua y el agua temblara. Las líneas de las paredes resonaron, los conductos amplificando la interferencia, las paredes convertidas en altavoces de una pelea que era electromagnética y no física. Sien apretó los dientes. Los dedos fueron a las sienes no para calibrar sino para contener. Lo que Sien emitía costaba. Cada segundo de emisión era un débito contra una cuenta bioeléctrica que no era infinita. La cuenta se había llenado durante cuatro años de ahorro, cuatro años de emisiones mínimas de práctica nocturna contra nada, de conservación. Ahora la cuenta se vaciaba. La piel de las sienes estaba blanca con la blancura de la sangre que se retira. Los labios azulados. La nariz empezó a sangrar un hilo de sangre del tabique nasal izquierdo que bajó por el filtrum hasta el labio superior con la lentitud de un líquido espeso.

Tercer oscuro. No se levantó. Se quedó sentado. Miró a Polvo. Polvo estaba en la puerta con las once ratas detrás, las ratas que no habían cruzado el umbral, que estaban en la rampa contra la pared más lejana, los cuerpos la oscilación con la frecuencia del miedo que no es miedo sino la colisión de dos impulsos: quedarse porque Polvo está y huir porque lo otro está. Las ratas eligieron quedarse. Quedarse significaba temblar. El tercer oscuro emitió. No un pulso, una frecuencia. 18-20 Hz. La misma banda que Polvo usaba para calmar ratas y niños.

Pero invertida en fase. La anti-frecuencia de Polvo. El negativo de lo que Polvo era. Donde Polvo emitía “seguro,” la anti-frecuencia decía lo que no tiene nombre en el lenguaje humano pero que las ratas traducían como la necesidad absoluta de no estar ahí. Las ratas enloquecieron.

Once ratas en once direcciones. Tres hacia la sala corriendo sin dirección, los cuerpos respondiendo al estímulo con lo único que el cuerpo tiene cuando el cerebro se desconecta de la estrategia: movimiento. Cuatro pasillo arriba hacia el acceso, hacia la escotilla hacia Entreternia, hacia cualquier lugar que no fuera ahí. Dos treparon por las paredes del pasillo las garras del roedor encontrando microsurcos en el material liso del bunker que ningún humano podía ver ni tocar. Las otras dos mordieron.

Una mordió a Gancho en el tobillo los dientes del roedor perforando la tela del pantalón, los dos milímetros de dermis con la fuerza de mandíbulas que existen para roer madera, que contra piel humana eran bisturís. Gancho no gritó, apretó los dientes y sacudió el pie. La rata se soltó y corrió. La otra mordió el cable del detector AE-400 de Sien que estaba tirado junto a la puerta. Los dientes cortaron el cable. La pantalla se apagó. Polvo hizo un ruido. El ruido gutural que había hecho en el bosque.

Pero más fuerte. Más bajo. Los 18 Hz que normalmente salían de Polvo como una constante de fondo salieron ahora como una explosión, una emisión masiva que usó la totalidad de lo que el cuerpo de Polvo podía producir. El suelo vibró. No metafóricamente, la pulsación viajó por el material del bunker con la velocidad del sonido en sólido: cinco mil metros por segundo. Las paredes, el temblor. El techo vibró. Los conductos de las líneas grabadas

captaron la frecuencia y la distribuyeron por toda la sala con la eficiencia de un sistema de transmisión que se había diseñado para distribuir energía.

La pulsación de Polvo alcanzó al tercer oscuro antes de que el oscuro pudiera ajustar su emisión. El oscuro parpadeó. No un parpadeo normal, el parpadeo largo de tres segundos que Polvo producía cuando ponía las manos en la cara de alguien en trance. La interrupción momentánea del circuito entre la intención y la acción. Tres segundos en los que el cuerpo del oscuro estaba presente pero la voluntad del oscuro estaba ausente. Gancho usó los tres segundos. El gancho de acero de treinta centímetros salió del cinturón con el clic del mosquetón y entró en el cuello de la camisa del tercer oscuro con la precisión de alguien que ha enganchado bordes de escotillas en la negrura durante dos años.

La punta curvada se cerró alrededor de la clavícula del oscuro, no cortando, enganchando. Gancho tiró. El cuerpo del hemacrono cayó de costado con la inercia del cuerpo que no esperaba un ataque físico porque nunca lo había necesitado. Los hemacronos oscuros peleaban con frecuencia. No con metal. El gancho de acero no era una frecuencia y contra un gancho enganchado en la clavícula, la emisión de 18-20 Hz no servía de nada. Gancho le puso la rodilla en el pecho. El gancho contra la garganta. Metal frío contra piel caliente.

No emitas. Si emites, te abro la tráquea. El oscuro no emitió. Remache tenía al primero inmovilizado, brazos torcidos detrás de la espalda, muñecas sujetas con alambre del mismo que usaba para los remaches de las botas. El alambre de Remache era alambre de acero de un milímetro de diámetro que soportaba cuarenta kilos de tensión sin deformarse suficiente para que un hombre de constitución

atenuada por décadas de dependencia de la frecuencia no pudiera soltarse con fuerza muscular. Sien y el segundo oscuro seguían trabados.

La guerra de frecuencias llenaba la sala del zumbido de la interferencia, un campo magnético que Gallo percibía como líneas de fuerza visibles que se curvaban en el aire entre los dos hemacronos. Sien estaba perdiendo. Los dedos en las sienes temblaban. La sangre de la nariz le llegaba al mentón. Los labios azules. La piel blanca. El costo de contrarrestar a un oscuro entrenado era más alto de lo que Sien podía pagar durante más de treinta segundos.

Polvo - dijo Gallo. Polvo entendió. Se acercó al segundo oscuro por detrás. Le puso las dos manos en las sienes, las mismas sienes donde Sien se ponía los dedos, el hueso temporal, el punto de acceso. Las manos de Polvo cubiertas de pigmento rojo, azul contra la piel gris del oscuro. Y Polvo emitió. Los 18 Hz. Constantes. Sin modulación. Sin intención ofensiva. La frecuencia de calma que era lo que Polvo era, no un arma, no un contrapulso, una presencia. La misma presencia que calmaba ratas, niños y que entraba por las sienes del segundo oscuro sin pedir permiso porque no sabía que necesitaba pedirlo.

El oscuro se apagó. No se desmayó. No perdió consciencia. Dejó de emitir. La frecuencia de Polvo no atacaba el sistema nervioso, lo calmaba. Y un sistema nervioso calmado no produce emisión ofensiva de la misma manera que un músculo relajado no produce fuerza. El oscuro se quedó de pie con las manos de Polvo en las sienes y la expresión de alguien que ha olvidado la pregunta que estaba haciendo. Sien dejó caer los brazos. Respiró. El sonido de los pulmones llenándose fue el sonido de alguien que ha estado a punto

de ahogarse, profundo, largo, con el temblor de los músculos intercostales que han sostenido una emisión durante cuarenta segundos sin respirar adecuadamente.

Sien se apoyó en la pared. Las piernas temblaban. Los dedos de las manos temblaban. La sangre de la nariz goteaba en el suelo del bunker, gotas rojas sobre material gris, el contraste del color que no debería estar ahí. Tres oscuros neutralizados. Uno con alambre. Uno con gancho. Uno con las manos de un hombre cubierto de pigmento. La sala quedó en silencio, el que queda después de que algo violento ha pasado y el aire todavía la pulsación con el residuo de la violencia. Las líneas de las paredes zumbaban con la frecuencia residual de la confrontación, un zumbido tenue que se fue apagando en los segundos que siguieron con la lentitud de un eco que no tiene prisa por desaparecer.

Gallo miró alrededor. La sala tenía tres puertas además de la de entrada. Tres puertas de material gris con la misma junta de un milímetro. Una estaba entreabierta. Lo que se veía por la abertura era un pasillo iluminado, no con linterna. Las líneas grabadas en las paredes del pasillo emitían un resplandor tenue, azulado, la bioluminiscencia de conductos que todavía tenían energía después de lo que fuera que midiera el tiempo de los constructores. El resplandor era débil, menos que una vela, más que la oscuridad.

Suficiente para ver. Y del pasillo iluminado venía un sonido. Respiración. Muchas respiraciones. Pequeñas. El sonido de pulmones que no pesan más de trescientos gramos cada uno moviéndose con la frecuencia de doce a dieciséis respiraciones por minuto, la frecuencia respiratoria de niños de entre cuatro y once años. Gallo caminó hasta la puerta entreabierta. La abrió. Detrás de

la puerta había una habitación de cinco por tres metros. En la habitación había colchones en el suelo, no catres del GM, sino colchones finos, sin sábanas, apilados uno junto al otro sin espacio entre ellos.

En los colchones había niños. Siete niños. El mayor tenía diez años. La menor tenía cinco. Dormidos. No el sueño normal de los niños que duermen porque es de noche y los cuerpos duermen de noche, el sueño profundo, inducido, sin movimiento ocular rápido, sin la inquietud del cuerpo que se reacomoda porque el cerebro cambia de fase. Los niños estaban sedados con frecuencia, el campo constante de un hemacrono oscuro aplicado sobre sistemas nerviosos que no tenían la madurez para resistirlo. Polvo entró.

Se arrodilló junto a la niña más cercana, cinco años, cabello oscuro, boca entreabierta, la piel fría de alguien que ha estado a dieciséis grados sin abrigo. Polvo le puso la palma en la frente. Emitió. Los 18 Hz de calma, de seguridad, de la frecuencia que dice “lo que está aquí no va a hacerte daño.” La niña se movió. Los párpados temblaron. Los dedos de la mano derecha se cerraron alrededor de algo que no estaba ahí, el gesto del que agarra la mano de alguien en sueños.

Están vivos - dijo Polvo. Sedados. Puedo despertarlos pero van a estar desorientados. No van a poder caminar solos.

¿Cuánto pesan? - manifestó Remache. Entre quince y treinta kilos. Remache calculó. Siete niños. Cuatrocientos metros de pasillo hasta el acceso del Bloque 22. Las variables: él podía cargar tres dos en los hombros, uno en los brazos, ciento ochenta kilos de carga total sumando armadura, cuerpo, niños. Gancho podía cargar uno. Gallo con la rodilla podía cargar uno si no se le pedía que corriera. Polvo

podía despertar a los mayores y guiarlos. Sien no podía cargar, Sien apenas se sostenía de pie.

Los sacamos - expresó Remache.

No - explicó cómo. El cómo Se veía: los ponían encima, caminaban. La logística de la compasión reducida a kilos, metros.

CAPÍTULO 019 [S][O][A]

Sacaron a los siete niños en cuarenta y seis minutos. El primer problema fue el peso. Siete niños sedados con frecuencia hemocrone no parecían siete cuerpos livianos eran siete cuerpos muertos de sueño que pesaban lo que pesaban sin la colaboración de los músculos que alivian la carga cuando un cuerpo está despierto. Un niño dormido pesa más que un niño despierto porque el niño dormido no agarra, no se acomoda, no distribuye su peso. El niño dormido es masa pura, quince, veinte, veinticinco, treinta kilos de carne y hueso y sangre que cuelgan de quien los carga con la indiferencia del objeto.

Remache cargó a tres. Dos en los hombros, uno en cada hombro, las piernas colgando sobre la placa pectoral, las cabezas apoyadas en el cuello de Remache donde la armadura no llegaba y donde la piel de Remache era el contacto más cálido que los niños habían tenido en días. Las manos de Remache sostenían al tercero contra el pecho, un niño de siete años, veintitrés kilos, la cabeza contra la placa del esternón, los brazos colgando a los lados del torso de Remache como los brazos de un muñeco que ha perdido las cuerdas.

Los tres niños que Remache cargó no se despertaron. Los cuerpos se adaptaron a la forma de la armadura con la maleabilidad del sueño profundo, las extremidades encontraron los espacios entre las placas de metal como el agua encuentra las grietas del suelo. Las

cabezas encontraron los hombros. El peso se distribuyó con la eficiencia que solo la inconsciencia permite. Remache cargaba ciento cuarenta y siete placas de armadura, veintitrés kilos. Cargaba su propio cuerpo, setenta y ocho kilos. Cargaba tres niños, sesenta y un kilos combinados.

Total: ciento sesenta y dos kilos moviéndose por un pasillo de dos metros de ancho a la velocidad de un hombre que no tiene prisa porque lo que carga no permite prisa. Cada paso era una negociación entre la gravedad, los músculos del cuello, de la espalda y de las piernas de Remache que sostenían el peso adicional con la misma obstinación con que los remaches de la armadura sostenían las placas: porque para eso estaban. Gancho cargó a uno. Un niño de nueve años, veintisiete kilos, en la espalda, los brazos del niño sobre los hombros de Gancho, las piernas sostenidas con las manos de Gancho cruzadas detrás de los muslos del niño.

La técnica de Gancho para cargar peso era la técnica del que ha cargado herramientas, material de los bunkers durante dos años: centro de gravedad alto, espalda recta, pasos cortos. El gancho de acero colgaba del cinturón, golpeaba la cadera derecha de Gancho con cada paso, clic, clic, el ritmo del mosquetón y del gancho combinados en un repiqueteo que era la versión de Gancho del ruido de la armadura de Remache.

Gallo cargó a uno. Una niña de seis años, diecisiete kilos, en los brazos. La rodilla izquierda protestó cuando Gallo se agachó a recoger a la niña, el La sostenido subió a un Sol sostenido, una quinta justa más agudo, un salto de frecuencia que indicaba que algo dentro de la articulación se había desplazado de su posición ya precaria a una posición todavía más precaria. El menisco lateral, lo

que quedaba de él después de cuatro años de desgaste, se movió entre el fémur y la tibia y se atrapó en una posición que era anatomía pero que sonaba a engranaje mal acoplado.

El dolor fue un destello blanco que borró la visión medio segundo. Gallo respiró. El dolor bajó de blanco a borgoña. Borgoña era tolerable. Borgoña era el color base de la rodilla de Gallo desde hacía cuatro años. Caminó. Cada paso era un acorde: La sostenido + Sol sostenido + un Do grave nuevo que era la inflamación profunda respondiendo al peso adicional de diecisiete kilos. El acorde era disonante, tres notas que no pertenecían a ninguna escala musical que Gallo conociera. El color del acorde era marrón rojizo con bordes púrpura.

La textura era lija gruesa mojada. Gallo caminó con el acorde, con la niña, con la determinación del que sabe que la rodilla va a cobrar después, que después es un problema de después. Polvo despertó a dos, los mayores, nueve y diez años. Los despertó con las manos en las sienes, la frecuencia de 18 Hz. Los niños abrieron los ojos con la expresión de los que despiertan en un lugar que no reconocen, que buscan una cara familiar y no la encuentran. Lo que encontraron fue la cara de Polvo, rojo de óxido de hierro en la frente, azul de sulfato de cobre en las manos, amarillo de cromato de plomo en los pies.

La cara de alguien que no se parece a nadie que los niños conocían y que sin embargo producía en sus sistemas nerviosos una respuesta que decía: esto está bien. Esto no es peligroso. La frecuencia de Polvo entraba por las sienes de los niños y les decía en el lenguaje que el cerebro entiende antes que las palabras: quédate. No corras. Lo que está aquí es seguro.

Caminen conmigo, dijo Polvo. No pasa nada. Caminen conmigo. Los niños caminaron. Los pies descalzos sobre el material gris del bunker. Al fondo, los oscuros les habían quitado los zapatos, un detalle que Gallo registró con la parte del cerebro que almacena datos para procesarlos después. Despacio, los zapatos quitados no parecían un descuido. Los oscuros les habían quitado los zapatos a los niños para que no corrieran. Los pies descalzos sobre una superficie fría de dieciséis grados son pies que se contraen, que se encogen, que no producen la pisada completa que permite correr.

Los oscuros conocían la biomecánica del miedo y la usaban. Los pies de Polvo también estaban descalzos. Polvo caminó al lado de los dos niños y los tres pares de pies descalzos sobre el bunker producían el mismo sonido, el sonido apagado de la piel contra una superficie que no estaba diseñada para pies humanos. La igualdad no era intencional. Era Polvo, alguien que nunca se había puesto entre sus pies y el suelo y que por eso caminaba a la misma altura que los niños, con las plantas en contacto directo con lo que el mundo tenía debajo.

Sien caminaba detrás. Vigilando. Los dedos en las sienes escaneando. Los tres oscuros habían quedado en la sala, Remache los había atado con alambre y Gancho les había vaciado los bolsillos. El inventario fue: tres dispositivos electrónicos de función desconocida, cajas negras de diez por cinco centímetros con botones que no tenían etiqueta y pantallas apagadas que no respondían al tacto. Cuatro ampollas de un líquido transparente que Sien identificó con la voz plana de alguien que dice algo que le produce asco y que el asco no le impide ser preciso: “Suero hemocrone. Extracto de sangre de hemacronos jóvenes. Procesado. Concentrado. Las ampollas

contienen entre diez y quince mililitros de suero por unidad. Cada mililitro vale más que lo que los cinco vamos a ver en nuestras vidas combinadas. El suero potencia la emisión hemocrone. Un oscuro que consume suero puede emitir el doble de fuerte durante seis a ocho horas. Es lo que usan los coordinadores para mantener la sedación a distancia.”

Y un mapa. Un mapa del sistema de túneles que hacía que el plano de Gancho pareciera un boceto de servilleta. El mapa de los oscuros mostraba la red completa, no los tres accesos que Gancho conocía, sino catorce. Catorce escotillas, grietas, conductos, puertas distribuidos debajo de Entreternia, Ciudad Esperanza, las zonas periféricas hasta la frontera. Catorce puntos de entrada a una infraestructura que el GM no sabía que existía y que los oscuros usaban para transportar niños hemocrone sin pisar la superficie.

El mapa estaba en el bolsillo de Gallo. Salieron por el conducto del Bloque 22 a las cuatro y treinta y uno de la mañana. El proceso inverso, Gancho primero, después los niños despiertos guiados por Polvo, después los niños dormidos pasados de mano en mano por el conducto como bultos frágiles que no podían golpearse contra la chapa sin que el golpe los despertara en un estado de desorientación que complicaría todo. Gallo pasó a la niña por el conducto con los brazos extendidos, la rodilla gritando el acorde de tres notas, la niña no se despertó porque Polvo estaba arriba emitiendo 18 Hz de calma contra la entrada del conducto, la frecuencia bajaba por el tubo, encontraba a los niños y los mantenía dormidos.

Remache pasó último. El conducto tembló. Las placas rasparon. Cuatro minutos de metal forzándose por un espacio que no se diseñó para metal. El sótano de Polvo, el circo de colores, las mantas, las

tiras de tela recibió a los niños con la temperatura de un lugar que no era un bunker. Dieciocho grados en vez de dieciséis. Dos grados que los cuerpos de los niños registraron con la relajación muscular que produce el calor relativo después del frío. Los dos despiertos aflojaron los hombros. Polvo los sentó en las mantas.

Les dio agua, agua del grifo del Bloque 22, con gusto a cloro, a tuberías viejas, pero agua que entraba por la boca, no por una vía intravenosa. Los niños bebieron con la urgencia de cuerpos que llevan días recibiendo líquidos a través de sueros y no a través de la boca. El acto de beber, llevar la botella a los labios, inclinar la cabeza, tragar era un acto de autonomía. Los niños no lo sabían. Los cuerpos sí. Las ratas volvieron. Las once, una por una, saliendo de los rincones del sótano y de los conductos de las paredes.

Volvieron a Polvo. Se sentaron a su alrededor en el semicírculo que era la posición habitual de las ratas cuando Polvo estaba quieto, la rata grande al frente, las medianas a los lados, las pequeñas detrás. Una de las pequeñas se acercó a la niña de cinco años. La niña abrió los ojos, Polvo la estaba despertando con las manos en las sienes, y lo primero que vio fue una rata marrón con los bigotes extendidos y los ojos negros a diez centímetros de su cara. La niña no gritó. Sin aviso, la niña tocó la rata. Afuera, la rata se quedó quieta. Gallo se sentó en el suelo. La rodilla cedió con un chasquido que viajó por la articulación como una rama que se parte. No se partió algo, se desplazó. El menisco atrapándose entre fémur y tibia en una posición nueva que era peor que la anterior. El dolor fue blanco durante medio segundo. Después, borgoña. Después, el acorde de tres notas estabilizándose en un patrón que iba a ser el patrón de ahora en

adelante: La sostenido + Sol sostenido + Do grave. La rodilla de Gallo había cambiado de sonido.

El sonido viejo era una nota. El sonido nuevo era un acorde.

Tu rodilla - replicó Remache. Después. Después no existe. Necesita atención ahora. Después de que hagamos algo con los cinco oscuros que quedan. La mirada de Remache constante, calibrada, la mirada que evaluaba peso y resistencia y punto de quiebre. La mirada decía: te vas a romper. Gallo lo sabía. Era cuándo.

Cinco oscuros - dijo Sien. La voz raspada por el esfuerzo de la emisión, los labios todavía azulados, la sangre de la nariz limpiada con el dorso de la mano que dejó una mancha marrón en la piel. Los tres del bunker están atados pero van a salir. El alambre de Remache es fuerte, sin embargo. Los oscuros pueden calentar metal con emisión de frecuencia hasta que el alambre se debilita y se estira. Seis horas. Quizá menos. ¿Qué hacemos con los otros cinco?

Sien no contestó inmediatamente. Los dedos a las sienes. Presionaron. Soltaron. Presionaron. Los cinco restantes no son iguales que estos tres. Estos eran recolectores nivel bajo en la jerarquía de los oscuros. Los cinco incluyen al menos un coordinador. El coordinador opera en otra escala. Su emisión no son pulsos, es un campo continuo. Como las Torres TAAT pero biológico. El coordinador es el que mantiene sedados a los niños a distancia. El coordinador es el que controla a los otros. El coordinador es lo que Polvo sintió como la octava fuente, la que opera en 18-20 Hz invertidos. La que espanta a las ratas, la que hace llorar a los niños dormidos. ¿Lo puedes neutralizar? No sé. Nunca me enfrenté a un coordinador.

Cuando vivía con los oscuros, el coordinador era el que daba órdenes. Nadie se enfrentaba al coordinador. Nadie quería enfrentarse al coordinador. El coordinador no es un recolector más fuerte, es otra cosa. No de rango sino de capacidad. El coordinador es lo que un hemacrono puede llegar a ser cuando gasta una vida entera desarrollando la emisión. Silencio. Los cinco en el sótano con siete niños, cinco dormidos. Dos despiertos, once ratas y un gato tuerto que había aparecido de algún rincón, que se había sentado junto a la niña de cinco años con la precisión de un animal que sabe dónde es necesario y que no necesita que se lo digan.

Necesitamos ayuda - declaró Gancho.

¿De quién? - expresó Sien. Del GM no. Los Carmesí no. Nadie del sistema se interesa por lo que pasa en los niveles bajos. Gallo sacó el mapa de los oscuros del bolsillo. Lo extendió en el suelo del sótano sobre las mantas de colores. Los catorce accesos marcados en un sistema de túneles que se extendía desde Entreternia hasta la frontera. Los catorce puntos eran catorce puertas de una infraestructura invisible que el GM no sabía que existía.

Esto - dijo Gallo, tocando el mapa. Esto es lo que tenemos. Si esto llega a las manos correctas, los oscuros pierden la red. Sin la red, no pueden operar. Sin la red, los niños no salen de Entreternia por debajo. ¿Las manos correctas?

Faith - dijo Gallo. El nombre se quedó en el aire del sótano. Faith. La mujer sin eco. La que buscaba percepción en soldados de la frontera. La que había desaparecido el día de la desmovilización sin dejar frecuencia de contacto.

No sabemos dónde está - indicó Sien.

Yo sí - expresó Gallo. Faith escucha 102.01 FM. Cada noche. Desde el principio. La noche que Remache me contactó, antes de que Remache hablara, la portadora tuvo una modulación. No ruido ni interferencia, un patrón. Un patrón de escucha. Alguien sintonizado a 102.01 FM que no transmite pero que modifica la portadora con su presencia electromagnética. Alguien con un implante detrás de la oreja izquierda que emite un campo que interfiere con las frecuencias de radio cercanas. Faith está escuchando. Cada noche. Escucha y no contesta. Y si escucha, sabe. Y si sabe, va a venir. ###
CAPÍTULO 020 [S][H][O]

Faith llegó a las siete de la mañana. No al sótano del Bloque 22 al cuarto de Sien en el nivel cinco del Bloque 9. La puerta estaba cerrada con alambre. Faith entró sin producir sonido en el alambre ni en la bisagra ni en el suelo del pasillo. Gallo no oyó la cerradura ni la puerta ni los pasos. Lo que Gallo oyó fue la ausencia de eco en el espacio negativo de la textura sonora del nivel cinco que Faith producía al caminar. Cada persona que caminaba por un pasillo producía eco, las ondas sonoras de los pasos rebotaban en las paredes y volvían con un retardo que dependía del ancho del pasillo y de la dureza de las superficies.

Faith no producía eco. El implante detrás de su oreja izquierda emitía un campo que absorbía las ondas sonoras reflejadas antes de que volvieran, un cancelador acústico activo que convertía a Faith en un hueco con forma de persona. Una ausencia que se movía por el pasillo del nivel cinco con la velocidad de lo que no está. Gallo percibió la ausencia como un hueco en el espectro de colores del nivel cinco. El marrón cálido del sueño colectivo de doscientas personas por piso tenía un punto negro, un punto donde el color

desaparecía, donde la textura sonora se convertía en nada. El punto se movía hacia el cuarto de Sien. El punto era Faith.

Los cinco estaban en el cuarto. Habían dejado a los niños en el sótano del Bloque 22 con las ratas y con la vecina del nivel dos que Polvo conocía, una mujer de sesenta años que vivía sola desde que su marido había subido al nivel quince a buscar trabajo y no había vuelto. La mujer no preguntó por qué había siete niños dormidos en el sótano. No preguntó de dónde venían ni quién los había traído ni por qué estaban descalzos ni por qué tenían marcas de electrodos en las sienes. La mujer los tapó con mantas, les puso botellas de agua al alcance de las manos y se sentó en la esquina con la paciencia de las personas que han aprendido que en los niveles bajos de Entreternia las preguntas cuestan más que las respuestas. Que las respuestas no cambian la situación y que lo que cambia la situación es hacer lo que hay que hacer sin hablar de lo que se hace.

Faith entró al cuarto. Tenía una tableta de papel en la mano izquierda, no una tableta electrónica del GM, sino un cuaderno de papel con tapas de cartón, hojas cuadriculadas que contenían anotaciones en tinta negra con la letra pequeña, regular de alguien que escribe mucho. El bolígrafo negro en la mano derecha, un bolígrafo de punta fina de 0.3 milímetros, producía una línea más delgada que un cabello y que Faith usaba con la precisión de un instrumento de medición.

Los ojos grises. El cabello rapado a los lados, más corto que en el campamento de la frontera, funcional, sin la longitud que permite que el viento lo mueva. La marca detrás de la oreja izquierda visible, una cicatriz lineal de tres centímetros que seguía la curva del hueso mastoideo y que marcaba la posición del implante debajo de la piel.

El implante no era del GM. El implante era de algo anterior al GM, tecnología que Faith no explicaba y que nadie le preguntaba porque Faith no respondía preguntas sobre el implante de la misma manera que no respondía preguntas sobre lo que había detrás de ella.

Miró a los cinco. No dijo nada durante diez segundos. Los diez segundos que Faith necesitaba para leer la situación con los ojos y con el implante, los ojos leyendo las expresiones, la postura, el agotamiento visible en los cuerpos; el implante leyendo los campos electromagnéticos residuales que cada cuerpo cargaba como una huella. El campo residual de Sien era el más intenso, la emisión contra los oscuros había dejado en el cuerpo de Sien una firma que tardaba horas en disiparse, una firma que Faith podía leer como un forense lee las marcas de un impacto.

Siete niños - señaló Faith. Tres oscuros neutralizados. Un mapa con catorce accesos. Cinco oscuros restantes, uno de ellos coordinador. No era pregunta. No lucía como resumen. Era confirmación de que Faith sabía todo lo que había pasado. Cada noche en 102.01 FM. Cada transmisión de Gallo. Cada frecuencia que Gallo tarareaba en el micrófono de la radio modificada. Faith había estado escuchando durante cuatro meses desde que Gallo empezó a transmitir. Y lo que no había escuchado en la radio lo había leído en los campos electromagnéticos que los cuerpos de los cinco cargaban, la firma de la confrontación, la huella de la emisión de Sien, el eco de la frecuencia de Polvo, el eco de las ratas en pánico, la marca del miedo de siete niños sedados en un bunker debajo de Entreternia.

Vine a buscar esto - dijo Faith. Gallo le dio el mapa. Faith lo abrió sobre la mesa de cajas de plástico del cuarto de Sien. Lo estudió. Treinta segundos. Los ojos recorrieron los catorce accesos con la

velocidad del que procesa mapas como datos y datos como decisiones. Los dedos del bolígrafo negro marcaron tres puntos, tres de los catorce accesos, con círculos pequeños. Los tres puntos formaban un triángulo que encerraba el centro de Entreternia. Estos tres convergen, añadió. Los otros once son ramificaciones que alimentan estos tres nodos. Si cierras estos tres, la red colapsa. Los oscuros pierden la capacidad de mover niños desde Entreternia hasta la frontera sin pasar por la superficie. Los obligan a usar los niveles bajos y la calle, donde hay ojos, donde hay gente, donde lo que hacen no se puede hacer en silencio.

¿Puedes cerrarlos? - observó Gallo. No yo. Lo que está detrás de mí. Lo que me envió al campamento de la frontera a buscar gente que funcionara donde nada funciona.

Los ojos grises miraron a Gallo con la intensidad de alguien que no mira para ver sino para decidir. Cuatro años desde el interrogatorio en el contenedor de oficiales del campamento. Cuatro años desde que Faith preguntó “¿qué color es el generador?”.

Gallo dijo “rojo oscuro, casi marrón” y Faith asintió con un milímetro de movimiento del mentón y escribió algo en la tableta de papel. Cuatro años de escucha silenciosa en 102.01 FM. Esperando. Esperando a que los cinco convergieran. Esperando a que algo los reuniera de la misma manera que la gravedad reúne objetos de masa similar, no por plan sino por inercia.

¿Qué hay detrás de ti? - dijo Gallo. Una operación que no tiene nombre en el registro del GM. Una operación que necesita gente que perciba lo que los demás no perciben. Que funcione sin la tecnología del GM. Que entre donde las armas de frecuencia no funcionan, los detectores se saturan, las radios mueren. Gente que ha entrado al

bosque y ha salido. Gente que tiene lo que necesita adentro del cuerpo y no afuera. Para qué. Para cruzar. No la frontera del campamento. La frontera real. La que separa el PM del PB. Hay algo del otro lado que necesitamos y que nadie puede ir a buscar porque del otro lado nada funciona excepto lo que llevas dentro. La tecnología del GM se apaga. Los detectores se saturan. Las armas de frecuencia se invierten, lo que aquí paraliza allá potencia. Lo que aquí protege allá destruye. Del otro lado se camina con el cuerpo, con lo que el cuerpo puede hacer sin extensiones.

Se camina con los oídos, con las manos, con los pies, con lo que vive detrás de la sien. Gallo miró a los otros cuatro. Remache con la armadura y la tuerca clic, clic los dedos procesando. Sien con los dedos en las sienes calibrando, siempre calibrando, el instrumento que no se apaga. Polvo con pigmento en la cara y una rata en el bolsillo de la chaqueta, la rata grande, la de trescientos gramos, la que se quedaba cuando las otras huían. Gancho con el gancho de acero en el cinturón clic-clic del mosquetón. Clic-clic del que piensa en espacios y accesos y puertas que se abren. Cuatro pares de ojos miraron a Gallo. No esperando instrucciones, los cinco no funcionaban con jerarquía de mando. Esperando que Gallo dijera en voz alta lo que los cuatro ya sabían. La noche en los túneles había probado una verdad: juntos eran más que la suma de sus partes.

El oído de Gallo, la frecuencia de Sien, la calma de Polvo, la masa de Remache, la precisión de Gancho en presencia compartida, se multiplicaban.

Somos la escolta - replicó Gallo. La palabra vino de un lugar que no era la planificación ni la estrategia. La palabra vino del bosque. De la noche con las espaldas juntas sobre polvo de hueso. Del sonido de

tres personas muriendo y de cinco sobreviviendo y de que la presencia de otros cuerpos alrededor del tuyo fue lo que separó morir de sobrevivir. Una escolta es lo que acompaña a alguien a un lugar al que no puede ir solo. Una escolta es lo que funciona cuando nada funciona. Faith asintió. El milímetro de mentón. La confirmación.

La escolta - indicó Faith. Sí. Guardó el mapa. Guardó la tableta. Guardó el bolígrafo. Los oscuros restantes son problema mío. Los niños son problema del nivel dos. Lo que viene después es problema nuestro. Nos vemos cuando los llame. No me busquen, los busco yo. Sigán transmitiendo en 102.01. Sigán escuchando lo que los demás no escuchan. Sigán siendo lo que son. Se fue. La puerta se cerró. La ausencia de eco se alejó por el pasillo con la velocidad de la ausencia. El hueco en el marrón cálido del nivel cinco se movió hacia la escalera y desapareció.

Los cinco se quedaron en el cuarto. El detector de Sien con el cable cortado por la rata, la pantalla apagada. Las marcas de pigmento rojo y azul en la pared donde Polvo se había recargado. El olor de la armadura de Remache, aceite, sudor, acero de desecho, el compuesto químico que produce el metal en contacto con la piel humana durante años. Gallo se sentó en el catre de Sien. La rodilla se dobló con el acorde de tres notas, La sostenido, Sol sostenido, Do grave. Disonante. Permanente. El sonido que iba a acompañarlo el resto de su vida. Remache sacó la tuerca. Clic. Clic. Clic. Procesamiento de fondo. Lo que Remache procesaba no era urgente, era estructural. Remache procesaba lo que Faith había dicho: cruzar al PB. La frontera real. Un lugar donde la armadura no servía y las herramientas no funcionaban y lo único que servía era lo que llevabas dentro. Polvo se sentó en el suelo. Las palmas sobre el

concreto. Los ojos cerrados. Los 18 Hz salían del cuerpo con la constancia de lo que no necesita motivo para existir. Las ratas en el pasillo sintieron la frecuencia y se acercaron al cuarto.

Tres entraron. Se sentaron junto a Polvo. Sien fue a la ventana, el hueco de cuarenta por treinta centímetros que el GM llamaba “ventana de ventilación natural” y que daba a un muro de concreto a cincuenta centímetros de distancia. Los dedos en las sienas. Presionando. No la frontera esta vez, la ciudad. Entreternia. Los niveles bajos donde los hemacronos oscuros seguían operando con la impunidad de quien sabe que nadie baja a buscarlos. Alguien había bajado. Cinco personas que habían sobrevivido a un bosque que disolvía cuerpos en polvo de hueso.

Cinco personas que funcionaban donde nada funcionaba. Cinco personas que no se habían buscado pero que se habían encontrado porque lo que eran pesaba más que la distancia que los separaba. La escolta. Gancho abrió y cerró el mosquetón. Clic-clic. El clic del mosquetón y el clic de la tuerca de Remache se alternaron en el cuarto con un ritmo que no era coordinado pero que era complementario. Dos metales, dos frecuencias, dos manos que hacían cosas mientras esperaban que viniera lo que iba a venir.

Lo que iba a venir era la frontera. La real. El lugar donde nada funcionaba. Los cinco iban a cruzar. Pero antes había oscuros. Y túneles. Y niños. Y una rodilla que sonaba a acorde disonante y que iba a seguir sonando hasta que dejara de ser rodilla y se convirtiera en la pieza de la máquina que chirría pero que sigue girando. El generador de la frontera zumbaba en Do sostenido a trescientos kilómetros. Gallo no lo oía. Pero lo recordaba. Y recordar un sonido, para alguien como Gallo, era lo mismo que oírlo.

Rojo oscuro. Casi marrón. El color de lo que viene. ##
TEMPORADA 3: ROBO (EXPANDIDA)

- ○

CAPÍTULO 021 [S][O][H]

Nico no tenía registro. No registro militar ni registro civil ni registro del Gobierno Municipal ni registro de nacimiento ni registro de inmigración ni registro fiscal ni registro sanitario ni ningún otro de los setenta y tres tipos de registro que el GM mantenía sobre cada persona que existía dentro de los límites administrativos de Ciudad Esperanza y sus zonas dependientes, incluida Entreternia. El GM registraba todo cada ciudadano nacido en sus hospitales recibía un número a las dos horas de vida, cada recluta asignado al servicio recibía un código que se vinculaba al número de nacimiento. Cada barra de proteína producida en las plantas del GM tenía un lote rastreable hasta la línea de producción que la fabricó. Cada litro de agua bombeado por las estaciones tenía un registro de presión y de flujo que se almacenaba durante diez años, cada coher cobrado en impuestos dejaba una huella digital en la base fiscal del departamento de hacienda municipal.

El GM era un sistema diseñado para no tener espacios en blanco. El GM registraba la existencia con la compulsión de un organismo que necesita saber dónde está todo para funcionar. Nico no estaba en ninguna lista. Nico era un espacio en blanco en un sistema que no admitía espacios en blanco. Nico existía con la invisibilidad de lo que el sistema no tiene categoría para ver no escondido.

No disfrazado, no evadido. Invisible. Del mismo modo que un sonido por debajo de 8 Hz era invisible para los oídos de Gallo, el sonido existía, el sonido viajaba, el sonido golpeaba los tímpanos, pero el cerebro no lo procesaba como sonido.

Nico era infrasónico para el sistema del GM. Gallo lo conoció en el mercado del nivel cinco de Entreternia tres semanas después de la operación de los bunkers. El mercado seguía igual, los puestos sobre cajas de plástico, la mercancía sin etiqueta. Las transacciones en cohers que olían a las manos de los que los habían tocado. El calor del nivel cinco a las diez de la mañana era de treinta grados, la ventilación del GM no llegaba al mercado, el calor de doscientos cuerpos en un espacio sin circulación de aire subía la temperatura dos grados por hora desde las ocho.

A las dos de la tarde el mercado se vaciaba porque el calor llegaba a treinta y cuatro, y el cuerpo humano en un espacio sin corriente no disipa calor con la rapidez necesaria para seguir funcionando. Remache estaba en su puesto. El trapo sobre el suelo entre los dos pilares. Esta semana el objeto era un amplificador de señal hecho con la antena de un dron del GM que Gancho había encontrado estrellado en los túneles. El dron había entrado por uno de los catorce accesos y el campo del bunker le había frito los circuitos a los cuarenta metros.

La antena era lo que quedaba, un componente de frecuencia direccional de aluminio y cobre que en manos de Remache se convertía en un amplificador capaz de multiplicar el alcance de cualquier transmisor por cinco. El amplificador estaba en el trapo. Remache estaba en el suelo con la espalda contra el pilar y la tuerca girando. Gallo estaba en el otro pilar, a tres metros, escuchando el

mercado. Escuchar el mercado era su forma de vigilancia, cada transacción producía un intercambio vocal que Gallo catalogaba por frecuencia, por color.

Las voces de los vendedores habituales eran naranjas conocidos tonos que Gallo había memorizado durante tres semanas de puestos, pilares y que podía identificar sin ver. El vendedor de cable eléctrico era un naranja opaco de 180 Hz. La mujer que cambiaba baterías por cohers era un naranja más claro con bordes amarillos. 210 Hz, la frecuencia de una voz que ha gritado precios durante años y que ha perdido los armónicos bajos por desgaste de cuerdas vocales. Las voces de los compradores habituales eran rojos familiares, el rojo del murmullo, el rojo de la negociación susurrada.

El rojo de la gente que compra cosas que no deberían existir en un mercado que no debería existir en un nivel que el GM prefiere ignorar. Las voces nuevas eran colores que no estaban en el catálogo. Las voces nuevas eran las que Gallo escuchaba con más atención porque un color nuevo en el mercado del nivel cinco significaba una persona nueva y una persona nueva significaba una variable, un comprador que viene por primera vez.

Un informante del GM disfrazado de civil, un Carmesí buscando información, alguien que no pertenece. El calor del nivel cinco producía un sonido que no era sonido: era la pulsación de doscientos cuerpos en un espacio cerrado exhalando dióxido de carbono, vapor de agua, compuestos volátiles que la piel humana libera cuando suda.

El olor del mercado era una mezcla de axilas, metal caliente, las barras de proteína vencidas que algunos vendedores recortaban y revendían como “pedazos de prueba” a cinco cohers la unidad. El

suelo del nivel cinco estaba mojado de condensación, el calor de los cuerpos contra el concreto frío de las paredes producía agua que se acumulaba en los puntos bajos del suelo irregular con la paciencia de los líquidos que encuentran su nivel.

Nico se detuvo frente al amplificador. Lo miró treinta segundos sin tocarlo. Los treinta segundos de alguien que evalúa un objeto con la precisión del que sabe qué es lo que está viendo, no la curiosidad del comprador casual que mira porque brilla, sino la evaluación técnica del que reconoce componentes y función. Lo que llamó la atención de Gallo no fue el aspecto de Nico delgado, cabello oscuro, dieciséis o diecisiete años, ropa que no era uniforme del GM ni ropa de mercado sino algo intermedio, funcional sin ser militar, limpio sin ser nuevo.

Una chaqueta de tela gruesa con bolsillos interiores. Pantalones sin marca. Botas que habían sido de otra persona, un número más grande, con las suelas gastadas en un patrón que no coincidía con la pisada de quien las llevaba ahora. Lo que llamó la atención fue lo que Nico no producía. Ruido. Los pies de Nico sobre el suelo del nivel cinco no hacían eco. No de la manera en que Faith no hacía eco por implante, por modificación, por tecnología insertada debajo de la piel que absorbía las ondas reflejadas.

Nico no hacía eco de manera natural. Los pasos eran silenciosos con la naturalidad de los animales que no necesitan aprender a ser quietos porque la pausa es lo que son cuando no están haciendo otra cosa. Los pies de Nico tocaban el suelo, el suelo no devolvía el sonido. Como si el suelo, los pies estuvieran de acuerdo en no anunciarse. Y había más. Gallo lo percibió no con los oídos sino con

los huesos de la mandíbula, los huesos que el estremecimiento por debajo del umbral auditivo y transmiten al cerebro como presión.

Nico producía un campo. No la emisión pulsada de Sien ni la calma de Polvo, una presencia que llenaba el espacio con una densidad sin nombre. El campo era continuo. Sin pulso. Sin variación. Existía. ¿Cuánto? - dijo Nico. La voz era joven. Sin acento regional, no Ciudad Esperanza, no Entreternia, no la frontera, no ninguno de los dialectos tonales que Gallo identificaba por localización.

Una voz que no tenía lugar de origen. La frecuencia fundamental era de 147 Hz, un Re₃, ligeramente por debajo del promedio masculino adolescente. El color de la voz era gris plateado. Sin bordes. Sin armónicos que indicaran tensión o engaño o miedo. La voz más neutra que Gallo había escuchado, no plana como la de un robot, sino equilibrada como la de alguien que no agrega nada a lo que dice.

Ochenta cohers - comentó Remache. No tengo cohers. Entonces no compras. No vine a comprar. Remache levantó los ojos. Su mirada evaluó a Nico: sesenta kilos, estructura ligera, resistencia por composición. Los ojos se detuvieron en las manos limpias, sin callos de trabajo ni de herramienta ni de arma, sin marca de construcción o destrucción. Manos que la mirada de Remache reconoció sin nombrar la proporción de dedos que los constructores llaman “manos de relojero.”

¿A qué viniste? A hablar con los que bajaron a los bunkers. La tuerca cambió de ritmo. De tres clics por segundo a dos. La desaceleración de Remache, la versión metálica de la sorpresa. No sé de qué hablas. El Bloque 22. El conducto de ventilación. Hace tres

semanas. Cinco personas bajaron. Sacaron a siete niños de una celda de hemacronos oscuros, subieron en cuarenta y seis minutos.

Uno iba con armadura de metal ciento treinta y tres piezas remachadas sin soldadura, veintitrés kilos. Otro iba descalzo y emitía infrasonido a 18 Hz. Otro tenía un gancho de acero de treinta centímetros fabricado con varilla de suspensión. Otro se tocaba las sienes con los dedos, emitió un contrapulso de 59 Hz que anuló el campo de tres hemacronos oscuros entrenados. El quinto cojeaba de la rodilla izquierda, oía cosas que los demás no oían.

Remache dejó de girar la tuerca. La tuerca se detuvo entre el índice y el pulgar con la presión del metal contra la piel que indica que los dedos están ocupados procesando otra cosa. ¿Quién eres? Alguien que quiere que lo hagan otra vez. Pero más grande. Gallo se acercó. La rodilla - protestó el clic del menisco desplazándose, el La sostenido subiendo de volumen con cada paso. Se paró junto al puesto de Remache. Miró a Nico. Nico lo miró. Los ojos de Nico eran oscuros, no del marrón oscuro común, sino de un gris que en la luz del nivel cinco parecía negro.

Los ojos no parpadeaban con la frecuencia habitual de quince a veinte parpadeos por minuto. Nico parpadeaba cada seis o siete segundos. La frecuencia de parpadeo de alguien que no necesita humedecer las córneas con la frecuencia que el ojo humano estándar necesita o de alguien que está tan concentrado en lo que mira que el reflejo de parpadeo se subordina a la atención. Más grande cómo - dijo Gallo. El GM tiene una instalación de almacenamiento de tecnología clasificada en la Torre TAAT-Este. Nivel subterráneo 4. La instalación contiene equipamiento de comunicación, armamento de frecuencia, y tres vehículos de transporte interplanar que el GM no

usa porque no tiene personal capacitado para operar en zona de campo activo. El equipamiento lleva ocho años en almacenamiento. Nadie lo vigila porque nadie sabe que existe, excepto tres personas en la cadena de mando del GM que tienen acceso al inventario clasificado y que no han bajado en seis años. Lo que Nico describía era un robo. No un rescate de niños en un bunker abandonado, sino un robo a la Torre TAAT-Este, la estructura más vigilada de Ciudad Esperanza, el centro del sistema de supresión que mantenía a dos millones de personas bajo control electromagnético.

Nico describía un robo con la tranquilidad del que describe una caminata. ¿Y tú cómo lo sabes? Nico sacó un papel del bolsillo interior de la chaqueta. Lo desdobló con las manos sin callos. Lo puso encima del amplificador de Remache. El papel era un plano. No dibujado a mano, impreso. Con el sello del GM en la esquina inferior derecha. Un plano del nivel subterráneo 4 de la Torre TAAT-Este con las dimensiones de cada sala, la distribución del equipamiento en filas numeradas, las rutas de acceso marcadas con flechas verdes, los puntos de seguridad marcados con círculos rojos, y las frecuencias de los sistemas de vigilancia anotadas a mano con tinta azul en los márgenes: 0.12 Hz supresión, 47.3 Hz campo de puerta nivel 4, 2.4 GHz cámaras.

Un plano que solo alguien dentro del GM podía tener. Un plano anotado por alguien que conocía las frecuencias de memoria.

No los pelees - comentó Nico. Róbales. La frase quedó en el aire del mercado del nivel cinco entre el olor de las barras de proteína vencidas, el calor de treinta grados y el murmullo de doscientas personas que compraban y vendían mientras a tres metros de distancia alguien estaba proponiendo robar la tecnología más

clasificada del Gobierno Municipal. Gallo escuchó la voz de Nico. Gris plateado. Sin bordes. 147 Hz constantes. Ninguna variación que indicara mentira. O la verdad. O el mejor mentiroso que Gallo había escuchado. ### CAPÍTULO 022 [S][H][O]

La reunión fue en el sótano del Bloque 22. Los cinco más Nico. Seis personas en un espacio de ocho por seis metros que de día era circo de niños, que de noche de madrugada, de las dos a las cinco de la mañana cuando los niveles bajos dormían y los hemacronos oscuros descansaban y el mercado del nivel cinco estaba vacío era lo más parecido que la escolta tenía a un centro de operaciones. La temperatura del sótano a las dos de la mañana era de veintiún grados, tres grados menos que durante el día.

El concreto de las paredes liberaba el calor que había absorbido durante las horas de ocupación humana. La humedad era del setenta por ciento, la transpiración acumulada de cuarenta y tres niños durante las funciones de Polvo, condensándose en las paredes y en el techo bajo con la lentitud de los fluidos que buscan el punto más frío. El techo goteaba en dos puntos, un goteo cada doce segundos en el rincón noroeste, un goteo cada diecisiete en el centro-sur. Gallo los oía como un metrónomo doble, dos ritmos que nunca coincidían, un Si bemol agudo cada doce segundos y un La natural cada diecisiete, dos notas que creaban un patrón de interferencia aperiódico que llenaba las calmas de la reunión con la música del agua que cae.

Las once ratas en los rincones, dormidas o fingiendo, los ojos negros entreabiertos, los bigotes moviéndose con las corrientes de aire del sótano, los cuerpos apretados unos contra otros en grupos de tres y cuatro con la eficiencia térmica de los animales que conservan calor por contacto. El gato tuerto en la caja de cartón vacía, la caja

había contenido barras de proteína del GM, todavía tenía el código de lote impreso en el costado: PB-7734-A2, donde PB era “proteína base” y no “Plano Base”, aunque la coincidencia del acrónimo era una de esas ironías que el GM no había previsto y que nadie mencionaba.

El ojo del gato, el único, miraba la reunión con la indiferencia de quien ha visto tantas reuniones de madrugada que una más no altera el cálculo de riesgo que un gato hace antes de decidir si se queda o se va. Nico extendió el plano en el suelo. Lo alisó con las palmas. Las mantas de colores del sótano hicieron de superficie debajo del papel del GM, los pigmentos residuales de las funciones de Polvo tiñendo la parte de abajo del plano con manchas de rojo y azul que le daban la apariencia de un documento oficial que ha pasado por un lugar no oficial.

La Torre TAAT-Este tiene cuatro niveles subterráneos, manifestó Nico. Niveles uno y dos: infraestructura de la torre. Generadores, cableado de distribución, ductos de ventilación mecánica, los sistemas que mantienen la frecuencia de supresión de 0.12 Hz, emitiendo las veinticuatro horas. Nivel tres: almacenamiento general, repuestos de generador, suministros de mantenimiento, material fungible que se rota cada seis meses. Nivel cuatro: almacenamiento clasificado.

¿Vigilancia? - dijo Sien. Los dedos en las sienes, calibrando incluso sentado en el suelo de un sótano a las dos de la mañana. Niveles uno y dos: cámaras del GM en cada pasillo, sensores de movimiento en las puertas de acceso a los generadores. Dos guardias rotativos por turno de ocho horas. Los guardias son personal de seguridad nivel dos, no combatientes, no armados con frecuencia,

equipados con radio y detector estándar. Nivel tres: una cámara en la entrada, un guardia fijo que hace turno de doce horas y que los últimos tres meses ha sido el mismo hombre porque nadie quiere el turno de noche del nivel tres de una torre de supresión donde la frecuencia de 0.12 Hz produce dolor de cabeza crónico después de seis horas de exposición. Nivel cuatro: sin cámaras, sin guardias, sin sensores de movimiento.

¿Sin vigilancia? - dijo Gancho. El mosquetón clic-clic en la mano. El nivel cuatro está protegido por campo. El mismo tipo de campo que los bunkers, no el campo natural de la frontera, sino campo artificial, generado por un dispositivo que el GM instaló hace ocho años cuando almacenó el equipamiento. El campo impide el acceso a cualquier persona que no tenga una tarjeta de frecuencia específica. Hay tres tarjetas en total. Cada tarjeta está asignada a un oficial del GM con autorización de inventario clasificado. Ninguno de los tres ha bajado al nivel cuatro en seis años. Sien se inclinó sobre el plano. Los dedos dejaron las sienes y fueron al papel, los dedos de Sien tocando las líneas del plano con la misma presión que aplicaba a las sienes.

¿Qué tipo de campo? ¿Puedo anularlo? Campo de exclusión. Diferente al campo del bosque de la frontera. El bosque empuja, el campo del bosque es repulsivo en todas direcciones, una presión constante que mantiene alejado lo que se acerca. El campo del nivel cuatro repele, la diferencia es direccional. El campo del nivel cuatro empuja solo en una dirección: hacia afuera de la puerta. Puedes acercarte a la puerta. No puedes cruzarla. La frecuencia base es de 40-60 Hz. La misma banda que los hemacronos. Sien levantó los ojos del plano. Los ojos de Sien oscuros, sin parpadeo durante los

intervalos de concentración, encontraron los ojos de Nico. Si opera en banda hemocrone, puedo interferir. Pero no anularlo. Para anularlo necesitaría emitir en contrafase durante el tiempo que tarde la puerta en abrir, y emitir en contrafase en banda hemocrone es lo que hice con los oscuros del bunker.

Casi me mata.

No necesitas anularlo - señaló Nico. Necesitas imitarlo. La palabra cambió la dirección de la conversación. Imitar. No pelear contra el campo, hacerse pasar por el campo. La diferencia entre un soldado que derriba una puerta y un espía que tiene la llave.

Las tarjetas de frecuencia no anulan el campo - explicó Nico. Lo imitan. La tarjeta emite una réplica exacta del campo de la puerta misma frecuencia, misma amplitud, misma fase. El dispositivo lee la réplica y la compara con los parámetros almacenados. Si la diferencia está dentro del margen de tolerancia, desactiva la barrera. Es un sistema de reconocimiento. La tarjeta no pelea contra el campo. Le dice al campo: soy parte de ti.

¿Puedes conseguir una tarjeta? - mencionó Gallo. No. Las tres están en cajas fuertes biométricas de los tres oficiales. Pero no necesito una tarjeta. Necesito a alguien que emita la réplica. Alguien que produzca 40-60 Hz con la precisión suficiente para que el dispositivo no distinga la emisión de una tarjeta real. Todos miraron a Sien. Sien devolvió la mirada. La mirada de Sien a Nico fue la evaluación del hemacrono que mide a otro ser humano con un sentido que la mayoría no tiene. Los dedos todavía en la sien izquierda, el pulgar presionando el hueso temporal, los otros cuatro dedos extendidos sobre la frente en una posición que era mitad calibración, mitad protección.

¿Quién eres? - dijo Sien. Alguien que no existe en el sistema y que sabe cosas que solo alguien dentro del sistema debería saber. Eso no es una respuesta. Es la única que tengo. Gallo intervino. La confianza no era parámetro en la escolta. El parámetro era la información. El plano fue real, el papel del GM, la tinta de impresora industrial, el sello con la marca de agua que el GM ponía en documentos clasificados y que era difícil de falsificar porque requería una impresora que solo el GM tenía. Las anotaciones a mano en tinta azul tenían la precisión de alguien que ha estado en el lugar, las frecuencias escritas con tres decimales, las distancias en metros y centímetros, las notas sobre los guardias que incluían turnos, hábitos, nombres.

¿Qué ganas tú? - contestó Gallo. Uno de los tres vehículos de transporte inter-planar. ¿Para qué? Para cruzar. La palabra otra vez. Cruzar. La misma palabra que Faith había usado en el cuarto de Sien tres semanas antes. Cruzar la frontera real. Ir al PB. Lo que Faith quería y lo que Nico quería eran líneas que apuntaban en la misma dirección desde puntos de origen diferentes. ¿Conoces a Faith? No. ¿Sabes quién es? Sé que alguien con un implante detrás de la oreja izquierda escucha 102.01 FM todas las noches. Sé que esa persona opera fuera del GM. Sé que llegó al Bloque 9 a las siete de la mañana del día que sacaron a los niños. El resto no lo sé. Gallo procesó. Nico sabía la frecuencia de Gallo. Sabía la hora de Faith. Sabía la composición de la escolta, el número de placas de armadura de Remache, la frecuencia de emisión de Polvo, la técnica de emisión de Sien. Sabía cosas que requerían observación prolongada y cercana. Nico había estado observando a la escolta. Desde algún lugar que la escolta no había detectado. Durante semanas.

Tres preguntas - dijo Gallo. Primera: ¿de dónde vienes? Del PB. Nací en el Plano Base. Crucé cuando tenía doce años. No sé cómo. Me desperté en el nivel uno del Bloque 14 de Entreternia sin recuerdos de los primeros doce años de mi vida. Lo que sé del PB lo sé porque el cuerpo lo recuerda aunque la cabeza no. Las manos saben hacer cosas que yo no recuerdo haber aprendido. Los pies saben caminar por lugares que yo no recuerdo haber caminado. La frecuencia que aparentemente tengo la tengo desde antes de tener memoria.

Segunda: ¿por qué quieres volver? Porque tengo familia allá. No sé quiénes son. No sé sus nombres. No sé sus caras. Sé que existen porque el espacio donde deberían estar en mi memoria duele. Es un dolor que no es del cuerpo sino del mapa que el cuerpo tiene de las cosas que le faltan. Y las cosas que duelen existen.

Tercera: ¿cómo sabes lo del nivel cuatro? Trabajé dentro de la Torre TAAT-Este durante catorce meses como personal de mantenimiento. No con mi nombre, no tengo nombre en el sistema. Con el nombre de un hombre que murió en un accidente de generador y cuyo registro no se actualizó porque el GM no actualiza registros de personal de mantenimiento de niveles subterráneos.

La tasa de rotación es del sesenta por ciento anual. El sistema asume que la gente se va. Nadie verifica si la gente se muere. La respuesta era larga, detallada, verificable. Gallo la procesó con el oído. El tono de Nico se mantuvo en 147 Hz sin variación, gris plateado constante, sin los picos de frecuencia que la adrenalina del engaño produce en las cuerdas vocales. Nico estaba diciendo la verdad o Nico controlaba las cuerdas vocales con una precisión que haría que el detector de frecuencias de Sien pareciera tosco. Gallo

miró a los otros cuatro. Remachó con la tuerca detenida. Sien se apretó la sien con los dedos. Polvo tenía los ojos cerrados en el suelo, las palmas sobre las mantas, escuchando con los 18 Hz lo que no se podía escuchar con los oídos. Gancho tenía el mosquetón quieto cuando dejaba de abrir y cerrar el mosquetón, lo que significaba que Gancho estaba decidido.

Lo hacemos - admitió Gallo.

No - pidió voto. Los cuatro lo miraron y no dijeron nada porque el silencio era la respuesta del consenso tácito. Si alguien hubiera tenido objeción, la habría dicho. Nadie la contestó. Lo hacemos. ###

CAPÍTULO 023 [S][O][A]

La planificación tomó nueve días. No porque la operación fuera complicada sino porque requería precisión. La diferencia entre complicado y preciso es que lo complicado tiene muchas partes y lo preciso tiene pocas partes que tienen que funcionar exactamente bien. Un reloj de mil engranajes es complicado. Un cuchillo es preciso. La operación del nivel cuatro era un cuchillo siete partes afiladas que tenían que cortar en secuencia, sin error, sin margen de tolerancia. Los nueve días fueron así: los primeros tres para reconocimiento, los siguientes tres para calibración, los últimos tres para ensayo.

Cada fase en el sótano del Bloque 22 entre las dos, las cinco de la mañana, con las mantas de colores en el suelo y las ratas en los rincones y el plano del GM extendido sobre las mantas con marcas nuevas cada noche, marcas de tinta azul de Nico, marcas de lápiz de Gancho, marcas de pigmento rojo de los dedos de Polvo que tocaban el papel con la misma frecuencia con que tocaban el suelo. Las tres horas de cada noche producían un cansancio diferente al cansancio

del día, el cansancio de la concentración sostenida a las dos de la mañana. Cuando el cuerpo quiere dormir, el cerebro se niega, el conflicto entre los dos produce un dolor de cabeza en la base del cráneo que Gallo percibía como un Fa sostenido grave, marrón oscuro, constante.

Remache no dormía entre sesiones, se quedaba en el sótano con la tuerca y las herramientas, ajustando el cincel, afilando la sierra, calibrando el peso de la bolsa de lona. La tuerca giró durante nueve noches sin parar. Polvo dormía en el suelo del sótano con las ratas, las once ratas se acomodaban alrededor de Polvo como satélites alrededor de un planeta, las más grandes a un metro de distancia, las más pequeñas tocando los tobillos. El gato tuerto no dormía con Polvo, el gato tuerto dormía en la caja de cartón y miraba a Polvo dormir con el ojo que le quedaba.

Parte uno: acceso a la Torre TAAT-Este. No por la entrada principal, control biométrico, escáner de retina, cuatro guardias permanentes que rotaban cada ocho horas y que conocían las caras de los cuatrocientos empleados autorizados. El GM mantenía un archivo biométrico con fotografía, huella dactilar, escáner de iris y firma de frecuencia electromagnética de cada empleado. Entrar por la puerta principal con una identidad falsa era imposible. Entrar por la puerta principal sin identidad era más imposible todavía.

El acceso iba a ser por abajo. Gancho había mapeado durante los nueve días los tres accesos de bunkers que conectaban con los cimientos de las Torres TAAT. Los constructores de los bunkers, quienes fueran, fueran de cuando fueran, habían construido su red subterránea antes de que el GM construyera las torres encima. Los cimientos de la Torre TAAT-Este se apoyaban directamente sobre la

estructura de un bunker que el GM no sabía que existía. La pared entre el techo del bunker y el suelo del nivel subterráneo 1 de la torre tenía dieciocho centímetros de concreto reforzado con acero, concreto del GM, estándar, con varilla de diez milímetros cada quince centímetros, veinticinco centímetros de material de bunker.

Cuarenta y tres centímetros de separación entre un mundo y otro. Remache podía abrir cuarenta y tres centímetros de pared con las herramientas que tenía. Había hecho agujeros en concreto del GM antes en el mercado del nivel cinco cuando necesitaba acceso a los conductos de ventilación para pasar cable, en el Bloque 14 cuando la grieta que encontró necesitaba ampliarse para que un cuerpo humano pasara. Remache conocía el concreto del GM, la composición del agregado, la proporción de cemento, la dureza del acero de refuerzo.

Lo que Remache no conocía era el material del bunker. El material gris que no era concreto ni metal ni piedra ni nada que tuviera nombre en el vocabulario de los niveles bajos. Gancho trajo una muestra. Un fragmento de dos centímetros que había arrancado de una pared dañada del bunker, la única pared dañada que había encontrado en dos años de exploración, una grieta en un sector donde el techo se había hundido tres centímetros bajo el peso de un cimientito del GM. Remache probó la muestra. El cincel de acero al cromo-vanadio rebotó.

La sierra de carburo de tungsteno no mordió. La barra de palanca, aplicando presión rotativa, arrancó virutas de una décima de milímetro, virutas del color del bronce viejo que caían con un sonido metálico que no era el sonido de la roca ni del concreto ni de ningún material que Remache hubiera trabajado. Dos décimas de

milímetro por presión rotativa, veinticinco centímetros. Mil doscientas cincuenta rotaciones. A tres segundos por rotación: sesenta y dos minutos, medio. Más los dieciocho centímetros de concreto del GM a un milímetro por golpe con el cincel: ciento ochenta golpes a 8.3 segundos por golpe, veinticuatro minutos, cincuenta y cuatro segundos.

Total: ochenta y siete minutos. Una hora, veintisiete minutos. El problema no era el tiempo. El problema era el ruido. Ochenta y siete minutos de percusión y corte iban a activar cada sensor de el temblor del nivel uno de la torre. Solución: la frecuencia de supresión. La torre emitía 0.12 Hz, un ciclo cada 8.3 segundos. La emisión producía frecuencia constante en toda la estructura del edificio. Los sensores del nivel uno estaban calibrados para ignorar la emisión de la torre, el umbral de alerta estaba ajustado para detectar perturbaciones que excedieran la amplitud de la frecuencia de supresión.

Si Remache sincronizaba cada golpe con el pico de emisión de la torre, si cada impacto del cincel coincidía con el momento en que la estructura el temblor con máxima amplitud, los sensores no distinguirían entre el impacto del golpe y la emisión de la torre. El impacto quedaría enmascarado dentro de la onda de 0.12 Hz. Gallo era el metrónomo. Gallo oía la frecuencia de supresión a través de cuarenta y tres centímetros de pared con la claridad de un músico que distingue un La de 440 Hz de un La de 442 Hz.

El pico de emisión estaba en el segundo 4.1 de cada ciclo. Gallo lo había medido durante tres noches consecutivas, contando ciclos con el oído contra la pared del bunker, mapeando la onda con la precisión de alguien que convierte el sonido en geometría visual. El

pico era un destello naranja que aparecía cada 8.3 segundos en la negrura del bunker. Gallo solo tenía que decir “cuatro” cada vez que el destello aparecía. Parte dos: tránsito del nivel uno al nivel cuatro. Cuatro niveles subterráneos. Cada nivel conectado al siguiente por una escalera de servicio que el GM usaba para mantenimiento, que los guardias usaban para rotación.

Los niveles uno, dos tenían cámaras y guardias. El nivel tres tenía una cámara y un guardia. Sien se encargaba de las cámaras. Las cámaras del GM operaban con circuitos electrónicos estándar, procesador de imagen, transmisor inalámbrico, fuente de alimentación. Un pulso electromagnético dirigido, la misma técnica que Sien usaba contra los oscuros, a una fracción de la potencia, podía interrumpir el circuito del procesador durante tres a cinco segundos. La imagen se congelaba. El último fotograma se mantenía en la pantalla del monitor del guardia como si la cámara siguiera grabando.

Después de tres a cinco segundos, el circuito se reiniciaba y la imagen volvía. El efecto era indistinguible de un error de sincronización, un error que ocurría en las cámaras del GM varias veces por semana y que los técnicos habían dejado de reportar. Sien había practicado durante los nueve días. No contra cámaras del GM, contra una cámara de seguridad civil que Gancho compró en el mercado del nivel tres por doce coheres. La cámara montada en la pared del sótano apuntando a las mantas de colores. Sien practicaba pulsos dirigidos desde distintas distancias y ángulos, tres metros, cinco, siete, desde la izquierda, desde abajo.

Cada pulso consumía una cantidad medible de energía bioeléctrica que Sien percibía como presión breve en las sienes y

destello blanco en la visión periférica. Costo mínimo. Interrumpir una cámara era apretar un interruptor. Contrarrestar un oscuro era sostener una pared que se derrumba. Los guardias eran problema de Polvo. Los nueve días incluyeron tres noches de prueba: Polvo subía al nivel cinco del Bloque 9 y se sentaba en el pasillo fuera de un puesto de control del GM. A cinco metros. Ojos cerrados.

Los 18-20 Hz. Resultados consistentes: después de cuatro minutos de exposición, el guardia dejaba de procesar lo que la pantalla mostraba. Los ojos seguían en la pantalla. El cerebro desconectaba la atención activa. Polvo no anulaba percepción, la atenuaba. Bajaba el volumen. Parte tres: la puerta del nivel cuatro. Sien. Imitación de la tarjeta. Nueve días de práctica. Las primeras cuarenta y ocho horas de calibración, Sien ajustando frecuencia en incrementos de 0.1 Hz con Polvo como detector a través del suelo.

Las siguientes setenta y dos horas de sostenimiento, Sien manteniendo 47.3 Hz durante periodos cada vez más largos, diez segundos, treinta, sesenta, tres minutos. Costo: dolor de cabeza progresivo, sangrado nasal intermitente, fatiga que reducía precisión en 0.02 Hz por minuto de emisión sostenida. A los tres minutos, la emisión derivaba de 47.3 a 47.28 Hz. Margen de tolerancia del dispositivo según Nico: 0.1 Hz. Quince segundos a 47.3 Hz. Sien podía hacerlo. Partes cuatro a siete: extracción (Gancho, distribución de carga: Remache 120 kg, Gancho 40, Gallo 25, Sien 7), evacuación (ruta inversa al bunker), distracción (Nico altera frecuencia de 0.12 a 0.15 Hz moviendo un cable dos centímetros), contingencia (Remache como muro sin plan B).

Nueve días de planificación - dijo Gallo. ¿Estamos listos? No dijo Sien. La sangre seca de la última práctica de emisión todavía en el

labio superior. Pero no vamos a estar más listos en diez. Entonces mañana. Mañana. ### CAPÍTULO 024 [S][H][O]

La operación fue un martes a las dos de la mañana. Bajaron por el conducto del Bloque 22 a la una y cuarenta y cinco. El mismo tubo de chapa galvanizada. La misma diagonal de treinta grados. Gancho primero con la linterna. Gallo segundo la rodilla protestando en La sostenido cuando la flexión de treinta grados metió las piernas en el tubo. Sien tercero con los dedos en la sien izquierda, escaneando durante el descenso. Polvo cuarto con tres ratas las tres más estables, seleccionadas durante los nueve días de planificación por su resistencia al pánico en campos extraños. Las ocho restantes en el sótano. Remache último con la bolsa de herramientas además de la armadura. cuatro minutos de metal contra chapa.

La ruta era diferente. No hacia la rampa de los oscuros sino hacia el este por un ramal del bunker que Gancho había explorado durante los nueve días. El ramal se bifurcaba del pasillo principal a los doscientos metros y seguía en línea recta seiscientos metros más. pasando debajo de los Bloques 30, 31 y 32 de Entreternia, debajo de la franja de terreno baldío, hasta terminar en el muro posterior del nivel subterráneo 1 de la Torre TAAT-Este. Seiscientos metros de material gris, paredes lisas, dieciséis grados. aire que nadie había respirado.

Las tres ratas iban adelante no en la formación dispersa de las once sino en fila india, pegadas a la pared izquierda, con las orejas orientadas hacia el este. La rata más grande trescientos gramos, la que tenía la mordida en la oreja lideraba. Las dos más pequeñas seguían a un metro y medio de distancia. El comportamiento de las ratas era el sistema de alerta: si las tres se detenían

simultáneamente, había algo adelante. Si las tres giraban, había algo detrás. Si las tres se pegaban al suelo, había algo arriba. En los nueve días de reconocimiento, las ratas se habían detenido dos veces la primera por una corriente de aire que salía de una grieta en el techo del bunker. la segunda por nada que Gancho o Polvo pudieran identificar. La segunda vez, Polvo se arrodilló, puso las palmas en el suelo y - indicó “la sacudida de paso, alguien caminando arriba, nivel tres de Entreternia, un solo par de botas. mujer por el peso.” Polvo había identificado un transeúnte tres niveles arriba por el estremecimiento que los pasos transmitían a través de veinticinco metros de concreto y material de bunker.

Polvo caminaba detrás con los ojos cerrados. Los pies descalzos leyendo cada cambio en el suelo la temperatura (constante a dieciséis grados pero con variaciones de décima de grado que indicaban proximidad a fuentes de calor externas), la textura (lisa en los tramos rectos. ligeramente rugosa en las bifurcaciones donde el material de las paredes se unía con el del suelo), y la pulsación. A medida que avanzaban hacia el este, la frecuencia de supresión aumentaba. A los trescientos metros, Polvo la percibía en los tobillos una presión rítmica que coincidía con los ciclos de la torre.

Detrás, a los cuatrocientos, en las rodillas el menisco de Gallo vibró por simpatía y - protestó con un clic extra. Ahí, a los quinientos, en la pelvis el temblor entrando por los huesos de las piernas y subiendo por el fémur hasta la articulación de la cadera. A los seiscientos. el temblor llenaba el cuerpo entero de Polvo los huesos resonando con la frecuencia de supresión de la torre, el esqueleto de Polvo convertido en un receptor que amplificaba la

frecuencia hasta que Gallo podía oírlos en los huesos de Polvo como un eco del púrpura que las torres producían.

A las dos, catorce llegaron al muro. Cuarenta, tres centímetros. Concreto del GM de un lado. Material de bunker del otro. El límite entre la infraestructura del GM y la infraestructura de los constructores. Remache sacó las herramientas. Cíncel. Martillo de caucho. Sierra de arco. Barra de palanca. Gallo. Gallo cerró los ojos. Palma derecha contra la pared del bunker. La Torre TAAT-Este a cuarenta y tres centímetros la frecuencia de supresión la pulsación a través de la estructura con la regularidad de un latido que no se cansa.

Un ciclo cada 8.3 segundos. El pico en el segundo 4.1 un destello naranja en la sombras perceptiva de Gallo, naranja porque 0.12 Hz estaba en la banda subsónica donde Gallo convertía la pulsación en color cálido. Golpea en el cuatro. Cuento. Uno. Dos. Tres. Cuatro. El cíncel entró un milímetro en el concreto. El impacto convergió con el pico de la torre. Los sensores del nivel uno no distinguieron. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Golpe. El ritmo se estableció. Remache y Gallo sincronizados con la precisión del martillo y el yunque el yunque siendo la pared. el martillo siendo Remache, el metrónomo siendo un hombre con la rodilla rota que oía colores.

Cada 8.3 segundos un golpe. Cada golpe un milímetro. Polvo de concreto gris cayendo al suelo del bunker con olor a cemento pulverizado calcio, sílice, el olor de la construcción del GM. A las varillas de acero, Remache cambió a sierra. Tres varillas de diez milímetros. Gallo ajustó el timing el sonido agudo de la sierra enmascarado en los cuatro segundos centrales de cada ciclo cuando la amplitud de la torre era mayor. Las varillas cedieron en tres cortes

de cuarenta segundos cada uno. distribuidos en intervalos de cuatro segundos.

Remache atrapaba cada varilla antes de que golpeará el suelo. Veintiséis minutos para dieciocho centímetros de concreto. Después: material del bunker. Barra de palanca. Presión rotativa. Un cuarto de vuelta por presión. Dos décimas de milímetro por cuarto de vuelta. Virutas de color bronce viejo que caían con un sonido que no era de roca ni de metal ni de nada que Remache hubiera cortado el sonido de un material que no tenía nombre en el vocabulario de los niveles bajos de Entreternia ni en el vocabulario técnico del GM.

Noventa y tres minutos. Remache trabajó sin pausa. El sudor bajaba por debajo de la armadura y goteaba del borde inferior de la placa pectoral en un ritmo irregular que Gallo catalogó como 0.4 Hz una gota cada 2.5 segundos. El olor de Remache trabajando era el olor de un motor humano en carga máxima: sal. hierro de la sangre que el esfuerzo acercaba a la superficie de la piel, aceite de las placas calentado por la fricción del cuerpo,, el olor nuevo del material del bunker que se adhería a las virutas, que era un olor mineral neutro. como polvo de estrella.

A las tres, cuarenta y cuatro, el agujero tenía cuarenta centímetros de diámetro. Del otro lado: luz blanca. 6000 kelvins. El nivel subterráneo 1 de la Torre TAAT-Este. El zumbido del generador de supresión inmediato, físico, un La bemol constante que llenaba el espacio con la densidad del púrpura que Gallo veía cuando la frecuencia se amplificaba por proximidad. Nico primero. Por el agujero sin ruido hombros girando. cadera pivotando, pies sobre la baldosa industrial sin impacto. Desapareció pasillo arriba hacia el panel del generador.

Polvo segundo. Descalzo sobre baldosa del GM. Ojos cerrados. Los 18-20 Hz saliendo del cuerpo con la constancia de un emisor que no tiene botón de apagado. El puesto de guardia a quince metros. El guardia del turno nuevo recibió la frecuencia de Polvo como un sedante que no se traga sino que se respira la atención del hombre bajó de volumen sin que el hombre lo notara. Sien tercero. Manos en las sienes. Dos cámaras en el pasillo barrido de quince segundos. Pulso contra la cámara oeste: imagen congelada 3.4 segundos.

Gancho cruzó en 2.8. Gallo en 3.1 la rodilla produciendo un clic que el púrpura de la supresión absorbió. Tres y cuarenta y ocho. La frecuencia cambió. El La bemol del generador subió un cuarto de tono. De 27.5 Hz a 28.3 Hz en los armónicos audibles. El púrpura se iluminó en los bordes lila. Anomalía detectada. Los técnicos bajaron del nivel dos: cuatro personas caminando hacia los generadores. pasando por Polvo sin verlo. Cuatro minutos de distracción. Escalera de servicio. Nivel uno al dos cámara pulsada por Sien.

Nivel dos al tres cámara pulsada. Remache subiendo último, el ruido de la armadura coincidiendo con los pasos de los técnicos en la escalera principal. Nivel tres un pasillo, una cámara, un guardia con dolor de cabeza crónico. Sien pulsó. Polvo pasó al lado del guardia que miraba su tableta sin ver el pasillo. La puerta del nivel cuatro. Final de un pasillo sin cámaras. sin guardias, sin luz. La oscuridad fue alivio para los ojos e invitación para los oídos. El campo de la puerta producía un Mi bemol agudo 50 Hz con armónicos cristalinos.

Verde claro. Brillante. Bordes definidos. El color de lo intacto durante ocho años. Sien. Sien se paró frente a la puerta. Brazos abiertos. Palmas hacia el metal. Dedos extendidos. Respiró inhalación larga que llenó los pulmones con aire seco de nivel cuatro.

Cerró los ojos. Emitió. Gallo percibió el cambio como duplicación de color. Dos verdes en el pasillo oscuro el verde del campo y el verde de Sien. Idénticos. 47.3 Hz. 12 microteslas. Fase alineada. La réplica perfecta de una tarjeta de acceso producida por un sistema nervioso humano que había aprendido en nueve noches a ser una llave.

El dispositivo leyó. Comparó. Diferencia: 0.02 Hz, 0.3 microteslas. Dentro del margen. La puerta se abrió. El Mi bemol verde desapareció. Aire seco de dieciséis grados salió por la puerta abierta con la presión de ocho años sellados. El nivel cuatro estaba oscuro, frío, y lleno de cajas que el GM había puesto en estantes y olvidado. Los cinco entraron. - - ### CAPÍTULO 025 [S][O][H]

El nivel cuatro era más pequeño de lo que el plano sugería. Una sala de quince por diez metros con techo de tres metros. Las paredes no eran concreto del GM: eran material de bunker. Gris liso. Juntas invisibles. El nivel cuatro no se había construido por el GM. El GM lo había encontrado. Lo había usado, lo había cerrado. La infraestructura era de los constructores de la misma civilización que había hecho los túneles debajo de Entreternia. El GM había puesto el campo en la puerta, había acomodado estantes, había almacenado el equipamiento en cajas. Y había cerrado con un campo de 47,3 Hz.

Ocho años cerrado. Los constructores dejaron paredes lisas, continuas, sin juntas. Los ocupantes añadieron estantes metálicos con tornillos de cabeza Phillips que se oxidaban en el aire de dieciséis grados. El aire olía a polvo seco y a metal que no se oxida, la paradoja de un espacio donde lo que el GM había puesto se oxidaba y lo que los constructores habían hecho no. Los tornillos de los estantes tenían costras de óxido marrón rojizo. Las paredes de la sala estaban

limpias como el día en que las hicieron, fuera el día que fuera, el calendario de los constructores que el GM no tenía y que nadie tenía.

Gancho encendió la linterna. El haz cortó la oscuridad del nivel cuatro y encontró las filas de estantes tres filas paralelas que ocupaban dos tercios de la sala. Las cajas en los estantes estaban marcadas con códigos alfanuméricos del sistema de inventario del GM: letras y números en tinta negra sobre etiquetas adhesivas blancas que el tiempo había amarilleado sin despegar. Nico identificó cada fila. Fila uno: comunicación. Seis unidades de transceptor de frecuencia modelo T-17 con alcance nominal de quinientos kilómetros observó. Señalando seis cajas de treinta por veinte por diez centímetros en el estante medio.

El GM los diseñó para operar en zonas de campo activo, bosque, frontera, zonas de interferencia, pero nunca los desplegó porque no tenía operadores que pudieran calibrar la frecuencia a mano. Los transceptores tienen un margen de error de 0,5 Hz. Demasiado amplio para comunicación estándar del GM, que opera con tolerancia de 0,01 Hz. Pero para alguien que ajusta frecuencia con el oído en vez de con un dial...

Miró a Gallo. Gallo entendió. Los transceptores eran inútiles para el GM porque el GM dependía de precisión electrónica automática. Para alguien que oía la diferencia entre 440 Hz y 442 Hz, un margen de 0,5 Hz era un rango de trabajo cómodo. Fila dos: armamento. Doce emisores de frecuencia direccional modelo EF-3. Alcance: cincuenta metros. Efecto: parálisis temporal de tres a diez segundos, dependiendo de distancia y resistencia del objetivo, dijo Nico.

Señalando cajas más pequeñas en el estante inferior. Lo que los hemacronos oscuros hacen con el cuerpo, el pulso de parálisis que

Sien contrarrestó en el bunker, estos lo hacen con un dispositivo del tamaño de una linterna. La diferencia es que el dispositivo no se cansa. Fila tres - contestó Gancho. El mosquetón clic en la mano. Fila tres. Estante superior. Tres cajas negras del tamaño de una caja de zapatos. Sin etiquetas del GM. Sin códigos alfanuméricos. Sin las etiquetas adhesivas amarillentas. Las cajas eran lisas, material de bunker, no plástico del GM. La superficie tenía la misma textura que las paredes de la sala: lisa, con la lisura de lo que nace liso. Sin botones visibles. Sin indicadores. Sin la convención humana de poner un botón donde el usuario lo espera.

Los tres dispositivos de transporte interplanar. Nico los bajó del estante con las manos sin callos. Las cajas pesaban dos kilos cada una, livianas para su tamaño, con el peso distribuido uniformemente, sin el desequilibrio que indica componentes internos que se mueven. Lo que estaba dentro de las cajas estaba fijo. Sólido. Integrado al material de la caja con la misma continuidad que las paredes de los bunkers tenían con el suelo y el techo. Las cajas no contenían componentes. Las cajas eran componentes.

Los dispositivos no son tecnología del GM - dijo Nico. Son de los constructores. El GM los encontró aquí cuando descubrió que el nivel cuatro existía. Los catalogó. Los almacenó. No los tocó porque no sabía cómo funcionaban y porque el GM no toca lo que no entiende. El GM archiva lo que no entiende. Gancho empezó a cargar. Los transceptores: seis cajas de quince kilos cada una. Noventa kilos. Gancho los sacó de los estantes uno por uno y los puso en el suelo con la precisión del que maneja objetos en espacios estrechos, los dedos de cerraduras adaptados a la logística de cajas, las manos que

enganchaban escotillas en la penumbra ahora acomodando equipamiento del GM en bolsas de lona.

Los emisores: doce unidades de ocho kilos cada una. Noventa y seis kilos. Los emisores eran más compactos que los transceptores, del tamaño de una linterna industrial, con un cilindro de aluminio de veinte centímetros y un cono de emisión en un extremo. Gancho los envolvió en las mantas que Polvo había traído del sótano, las mantas de colores del circo, las mantas que de día envolvían a niños que miraban chispas de metal, que de noche envolvían armamento de frecuencia robado de una torre de supresión.

Los dispositivos de transporte: tres cajas de dos kilos. Seis kilos. Total: ciento noventa y dos kilos. Distribución de carga. Remache ciento veinte. Los transceptores y la mayoría de los emisores distribuidos en la armadura, las cajas encajadas entre las placas, aseguradas con alambre, el peso distribuido en hombros, caderas, muslos. Las placas de la armadura de Remache no eran solo protección, eran estructura. La armadura podía cargar peso adicional porque la distribución de las ciento cincuenta y una piezas creaba una red de puntos de apoyo que funcionaba como un exoesqueleto rudimentario.

El peso no colgaba de los hombros de Remache, se distribuía por todo el cuerpo, cada placa transmitiendo una fracción de la carga a la placa siguiente, las placas transmitiendo la carga a los huesos, los huesos transmitiendo la carga al suelo. Remache se levantó. Doscientos veintiún kilos de cuerpo, armadura y equipamiento. El sonido del cuerpo de Remache al levantarse desafiaba lo que la ingeniería mecánica dice sobre las articulaciones humanas y los límites de carga de la columna vertebral. Las rodillas de Remache

crujieron, no el crujido del dolor, sino el crujido del cartílago que se comprime bajo una carga que duplica el peso normal del cuerpo.

La columna vertebral se comprimió dos milímetros. Gallo lo supo porque la frecuencia de los pasos de Remache bajó un cuarto de tono, de 22 Hz a 21,5 Hz, la diferencia de medio centímetro de altura que la compresión de los discos intervertebrales producía. Las piernas absorbieron la carga con la flexión del que ha cargado peso toda su vida, la rodilla se dobla, el tobillo se estabiliza, los músculos del cuádriceps se contraen con la fuerza de cables de acero biológico que el cuerpo ha fabricado durante cuatro años de armadura y metal.

Los pies de Remache sobre el suelo del nivel cuatro dejaron marcas, no huellas, sino depresiones, la presión de doscientos veintiún kilos sobre las suelas de las botas reforzadas, comprimiendo la capa de polvo de ocho años contra el material gris del suelo. El sudor empezó inmediatamente. No el sudor del calor, el sudor del esfuerzo máximo, el sudor que sale de los poros del cuello y de las axilas y de la espalda baja con la urgencia del cuerpo que necesita refrigeración porque la temperatura muscular está subiendo.

El olor de Remache con carga máxima era diferente al olor de Remache en reposo, más ácido, con notas de amoníaco que indicaban que los músculos estaban quemando proteína además de glucosa. La armadura amplificaba el olor, las ciento cuarenta y siete placas de metal actuaban como un invernadero que atrapaba el calor corporal y lo devolvía contra la piel, creando un microclima de treinta y ocho grados dentro de la armadura que era dos grados más que la temperatura corporal normal, que iba a subir con cada minuto de carga.

Gancho cuarenta kilos. Gallo veinticinco, la rodilla limitaba, el acorde de tres notas protestando con cada paso como advertencia de que hay un límite, que el límite está cerca. Sien siete, los tres dispositivos de transporte y un emisor de frecuencia. Polvo no cargaba. Polvo hacía lo que Polvo hacía. La evacuación fue inversa. Del nivel cuatro al tres, la puerta cerrándose detrás de ellos, el Mi bemol verde reapareciendo con el zumbido del campo que se reactiva. Del tres al uno, Sien pulsando cámaras con la economía del que sabe que cada pulso cuenta, Polvo atenuando guardias con la presencia de quien ni siquiera necesita estar en la misma habitación.

Del uno al agujero, los técnicos todavía en los generadores diagnosticando un cambio de frecuencia que Nico iba a revertir treinta segundos después de que el último cruzara. Remache pasó por el agujero de cuarenta centímetros con ciento veinte kilos de equipamiento. Desmontando cada pieza. Pasándola por el hueco. Remontándola del otro lado. Cuatro minutos. Los cuatro minutos más largos de Remache de rodillas en el agujero, las manos pasando cajas una por una, las placas de la armadura amontonadas en el suelo del bunker, el cuerpo de Remache sin armadura expuesto por primera vez desde que Gallo lo conocía.

Setenta y ocho kilos de carne sin metal. Sin la armadura, Remache era más pequeño de lo que parecía, los hombros no fueron tan anchos, el torso no era tan grueso, la presencia no era tan masiva. La armadura no protegía a Remache del mundo. La armadura convertía a Remache en la versión de sí mismo que necesitaba ser para funcionar. Sin la armadura, Remache era un hombre de treinta años que pesaba setenta y ocho kilos, que tenía los hombros de

alguien que lleva cuatro años cargando peso que no debería poder cargar.

Nico cruzó último. A las cuatro y diecinueve. Detrás de él, el pasillo del nivel uno estaba vacío. La frecuencia había vuelto a 0,12 Hz. Los técnicos habían diagnosticado “fluctuación transitoria, causa no determinada”. El guardia del nivel uno miraba el monitor con la atención recuperada, veía pasillos vacíos, puertas cerradas, estantes que según la cámara seguían llenos. Remache tapó el agujero. Placas de metal cortadas con la sierra de carburo, remachadas en el hueco no invisible pero funcional. Alguien que buscara un agujero lo encontraría. Nadie estaba buscando. Salieron por el conducto del Bloque 22 a las cuatro, cuarenta y siete. El sótano vacío. Las mantas. Las tiras de tela. El gato tuerto dormido en la caja de cartón. Las ocho ratas que se habían quedado en los rincones, las orejas orientadas hacia el conducto de donde salían las tres ratas que habían ido y los seis humanos que habían ido con ellas. Gallo se sentó. La rodilla cedió con el chasquido habitual, el acorde de tres notas que era el sonido permanente de lo que el bosque le había cobrado.

Miró las cajas apiladas contra la pared del sótano. Seis transceptores. Doce emisores. Tres dispositivos de transporte interplanar. Ciento noventa y dos kilos de equipamiento que cambiaba la ecuación. Pero un transceptor no funcionaba sin alguien que lo calibrara. Un emisor no funcionaba sin alguien que lo apuntara. Un dispositivo de transporte no funcionaba sin nadie que supiera cómo funcionaban.

Los transceptores necesitan reparación, manifestó Nico. Ocho años en un estante a dieciséis grados. Los circuitos de frecuencia

tienen vida útil de cinco años sin recalibración. Funcionan, pero no a especificación. El margen de error va a ser de dos Hz en vez de 0,5. Para ustedes sigue siendo funcional. Pero para que sea óptimo, necesitan a alguien que sepa reparar tecnología de frecuencia. ¿Tú sabes? No. Pero conozco a alguien. Un viejo. Repara todo lo que le pongas delante. Tiene un carrito en la zona de la frontera. Viaja entre asentamientos reparando generadores, detectores, transmisores. No cobra mucho. Habla demasiado. Y repara cosas que nadie más sabe reparar. ¿Cómo se llama? Le dicen Tyr. Tiene un brazo. ###
CAPÍTULO 026 [S][H][O]

El viejo hablaba sin parar. Gancho los llevó al tercer día después del robo. Seis horas en un transporte de carga del GM, no el transporte militar, sino el de suministros, el camión que llevaba barras de proteína y agua y repuestos a los campamentos de la frontera. El camión era un vehículo de seis ejes con carrocería cerrada de polímero reforzado, doce metros de largo, tres de ancho, con una capacidad de carga de quince toneladas, que el GM usaba al sesenta por ciento de su capacidad máxima para evitar el estrés mecánico que producía averías, que a su vez producían retrasos y, por lo tanto, informes que nadie quería escribir.

El camión no verificaba pasajeros porque los pasajeros no existían en la categoría de carga del GM. El manifiesto decía “12,000 barras proteína, 800 litros agua, 4 módulos generador”. El conductor era un hombre de cincuenta años con las manos sobre el volante y la mirada sobre la carretera, con la fijeza del que ha conducido la misma ruta trescientas veces y que ha dejado de ver el paisaje porque el paisaje es siempre el mismo: tierra seca. Postes de señalización del GM cada kilómetro, las Torres TAAT achicándose en el retrovisor.

La escolta viajó en la parte trasera, entre los módulos de generador y los pallets de barras de proteína. El espacio era oscuro, la carrocería cerrada no tenía ventanas, y caliente, con el sol del mediodía sobre el polímero del techo elevando la temperatura interior a treinta y ocho grados. El aire olía a proteína comprimida, aceite de generador y sudor de seis personas. Remache se sentó entre los módulos de generador. Las placas de la armadura contra las cajas de metal del GM, metal contra metal, los saltos de la carretera produciendo un acompañamiento percusivo que Gallo catalogó en Mi menor constante, el color de algo pesado que se mueve sin querer moverse.

Polvo se sentó en el suelo del camión con las palmas sobre la superficie metálica, leyendo el pulso del motor y de la carretera a través de las suelas del vehículo. Los pies de Polvo eran capaces de distinguir el asfalto del GM (uniforme, 15 Hz) de los tramos de tierra compactada (irregular, 8-22 Hz) de los puentes (con resonancia, picos a 30 Hz). Nico se sentó en una esquina con la chaqueta cerrada y la mano en el bolsillo, donde estaba el plano del nivel cuatro, el plano que había dejado de ser necesario, pero que Nico no soltaba porque el plano era la prueba de que lo que habían hecho era real.

Se bajaron a cuarenta kilómetros del campamento donde Gallo había hecho el servicio. No en el campamento, en Cruce 7. Un asentamiento civil: racimo de casetas de polímero y metal corrugado donde vivía gente que no tenía créditos para Ciudad Esperanza y que no tenía estómago para la frontera. Cincuenta personas. Un generador diésel que producía un Re sostenido a media carga. Gallo lo oyó antes de ver el asentamiento, el color marrón cálido del

generador apareciendo en el horizonte como un punto que crecía a medida que el camión se acercaba.

Una bomba de agua que producía un Fa grave intermitente cada ciclo de bombeo, un golpe de presión que viajaba por las tuberías expuestas del asentamiento con la velocidad del sonido en agua. Un mercado de tres puestos con mercancía que era lo que la carretera traía y lo que la frontera dejaba: generadores averiados, detectores de campo con la pantalla rota, latas de comida del GM con la fecha de vencimiento borrada, botas militares usadas, cable de cobre en rollos que tenían marcas de dientes de roedor.

El aire de Cruce 7 era diferente al aire de Entreternia. Entreternia olía a gente, a doscientas personas por piso, exhalando, sudando, cocinando barras de proteína en hornillos ilegales. Cruce 7 olía a tierra. A la tierra seca de la zona intermedia entre la ciudad y la frontera, una tierra que no era arena ni arcilla, sino algo intermedio, polvo compactado que el viento de la tarde levantaba en remolinos de treinta centímetros de alto que se disolvían antes de llegar a la altura de la cintura.

El viento traía la frontera a cuarenta kilómetros de distancia, el campo del bosque producía un efecto sobre la atmósfera que Gallo percibía como una presión sutil en los tímpanos, un cambio de densidad en el aire que era la huella de la frecuencia de supresión atenuada por la distancia, pero presente. La frontera siempre estaba presente. Desde Cruce 7, la frontera era un murmullo. Desde el campamento, era un grito.

Tyr estaba en el mercado. O más exactamente: Tyr estaba en todas partes del mercado al mismo tiempo.

Lo que Gallo oyó primero fue la voz. La voz de Tyr era una frecuencia continua de 160 Hz, un Mi3 cálido con armónicos amplios que se extendían hasta los 800 Hz, con la riqueza de un instrumento de cuerda que la oscilación con la totalidad de su caja de resonancia. El color de la voz era dorado oscuro, dorado por la frecuencia fundamental y oscuro por los armónicos bajos que indicaban profundidad torácica. La voz no paraba. Las palabras salían con la densidad de un transmisor que emite en todas las frecuencias al mismo tiempo, ruido blanco con información enterrada.

Tyr hablaba con el vendedor de repuestos sobre la composición del acero de los generadores del GM (“El problema es el manganeso, siempre es el manganeso, porque el manganeso hace duro pero hace frágil y la diferencia entre duro y frágil es la que te mata. ¿Sabías que los romanos tenían el mismo problema? Bueno, no exactamente el mismo, pero”). Mientras con la mano izquierda desenroscaba un regulador de presión que estaba sobre una mesa plegable que hacía de taller. La mano derecha no estaba.

El brazo terminaba tres centímetros debajo del codo en un muñón cicatrizado que Tyr no cubría. El muñón estaba a la vista con la naturalidad de lo que ha sido así tanto tiempo que ocultarlo sería extraño. La cicatriz era limpia, no la cicatriz irregular de un accidente, sino la línea precisa de una amputación quirúrgica. Los bordes de la piel se habían cerrado alrededor del hueso con la simetría del que ha sido cortado por alguien que sabía cortar.

El carrito estaba detrás de la mesa. Un carro de mano con ruedas de caucho. Contenía herramientas organizadas con una lógica que solo Tyr entendía. Martillos junto a agujas de coser, calibradores junto a cucharas de madera, una forja portátil del tamaño de un cubo

de basura junto a un frasco de mermelada de mora que tenía una etiqueta escrita a mano que decía “mora 23” sin especificar qué significaba el 23. El carrito era la versión ambulante de un taller, más herramientas de las que un reparador necesitaba, menos de las que un herrero necesitaba. Un taller en tránsito permanente.

¿Tyr? - señaló Gancho. ¡Tú! El del gancho. Me trajiste un compresor el año pasado que tenía los sellos al revés, ¿te acuerdas? Los sellos estaban al revés porque alguien los puso con la marca hacia dentro, la marca tiene que ir hacia afuera porque la marca es la cara del sello y la cara del sello es la que aguanta la presión y si la pones al revés la presión rompe el sello por donde es más débil, que es la espalda del sello, no tu espalda, tu espalda se ve bien aunque deberías pararte más derecho.

¿Qué traes? Continuo. Sin pausa. Sin punto. Sin el espacio que las conversaciones tienen entre una idea y la siguiente. Tech del GM. Transceptores de frecuencia. Seis unidades. Necesitan recalibración. Transceptores. Del GM. Frecuencia. Seis. Recalibración. ¿Son los modelo T-14 o los T-17? Porque los T-14 tienen el oscilador de cuarzo en la placa superior, los T-17 lo tienen en la inferior, la diferencia es que en la superior se calienta más, el cuarzo cuando se calienta cambia de frecuencia, que es exactamente lo que no quieres que haga un oscilador de cuarzo, es la paradoja del cuarzo, que es estable a temperatura ambiente pero a treinta y cinco grados empieza a derivar y no sé qué modelo.

Muéstramelos. Remache bajó la primera caja. La puso en la mesa. Abrió la tapa. El transceptor treinta centímetros por veinte por diez, carcasa de aluminio sellado, panel de conexiones posterior. Tyr dejó de hablar. La pausa duró cuatro segundos. Los cuatro segundos más

pausados desde que llegaron a Cruce 7. Tyr miró el transceptor con los ojos de alguien que reconoce un objeto no como modelo o especificación, sino como cosa. La mirada de alguien que ha visto eso antes. O algo muy parecido. O que ha construido algo con la misma geometría interna.

Después volvió a hablar. T-17. Placa inferior. Cuarzo de corte AT, estándar para frecuencias por debajo de 200 MHz. Ocho años en almacenamiento, ¿verdad? Se nota por la oxidación de los terminales, oxidación de cobre, no de plata, aleación 70/30 cobre-zinc que es lo que el GM usa para almacenamiento largo porque el zinc resiste la corrosión superficial pero no la intergranular, que es la que pasa cuando el metal está quieto mucho tiempo sin corriente y las fronteras entre los granos se debilitan y la resistencia eléctrica sube.

Puedo corregirlo. Se sentó. La mano izquierda abrió la carcasa con un destornillador que sacó del carrito sin mirar. El interior del transceptor quedó expuesto: circuitos, condensadores, resistencias, el oscilador de cuarzo en la placa inferior, cables codificados por color. Tyr trabajó. Y habló. De la composición de los condensadores (“Los de tantalio son los mejores, pero el GM usa cerámicos porque siempre usa lo más barato que funcione mínimamente”). Del cuarzo (“El material más honesto que existe. La oscilación a una frecuencia y solo a esa, si lo fuerzas a otra se rompe, el cuarzo no miente”).

De un pájaro que comía piedras (“Necesitan el mineral para procesar las semillas, el cuerpo sabe que necesita, no es comida para procesar la comida”). De la temperatura del subsuelo (“Dieciséis grados, siempre dieciséis, la temperatura de diseño de sigue funcionando porque no dependía de la electricidad sino de las

propiedades del material”). Gancho observaba la mano. Lo que Tyr hacía con una mano parecía lo que un técnico del GM haría con dos, tres herramientas. Los dedos sostenían, giraban, ajustaban, soldaban el cautín calentado en la forja portátil, aplicado con la punta del índice, el pulgar, mientras el meñique sostenía el componente y el anular sujetaba el cable. Cinco dedos haciendo el trabajo de diez con la coordinación del que ha compensado la ausencia de una mano desarrollando la otra hasta el límite de lo que una mano humana puede hacer. Y la soldadura. Gancho vio la soldadura y dejó de escuchar las palabras. El punto de estaño era de 1,2 milímetros de diámetro. Cóncavo. Hundido en el centro con los bordes levantados, la tensión superficial distribuida uniformemente alrededor del terminal. La forma del punto era el resultado de la temperatura del cautín, la composición del estaño, el ángulo de aplicación, la velocidad de retiro y la presión del dedo.

Cada variable producía una forma diferente. Los técnicos del GM soldaban puntos convexos en forma de gota, el resultado de aplicar estaño caliente y retirar el cautín rápido, dejando que la gravedad y la tensión superficial formen la gota antes de que el estaño se solidifique. Los técnicos del PM en general soldaban puntos planos o convexos, el estándar industrial de cualquier cultura que usa estaño y calor para unir conductores. Lo que Tyr hacía era cóncavo. Un punto hundido. Para producir un punto cóncavo, el cautín tenía que retirarse lento, no rápido, mientras el dedo presionaba el estaño fundido hacia abajo desde los bordes.

La técnica requería que el cautín y el dedo trabajaran al mismo tiempo en direcciones opuestas, el cautín retirándose verticalmente mientras el dedo presionaba horizontalmente. Con dos manos, la

técnica era difícil. Con una mano, era imposible, excepto que Tyr no usaba el cautín y el dedo como instrumentos separados. Tyr usaba el índice para el cautín y el pulgar para la presión simultánea, pivotando sobre el meñique que sostenía el componente. Tres funciones con tres dedos. Un punto cóncavo perfecto cada vez.

Y Gancho había visto esa forma exacta antes. En un panel de control de un bunker a cuatrocientos metros debajo del Bloque 17 de Entreternia, un panel que databa de antes de que el PM existiera, de antes de que el GM existiera, de antes de que Ciudad Esperanza fuera una ciudad o un concepto. Un panel con circuitos que tenían la misma geometría interna que el transceptor T-17. Y en ese panel, en los terminales de conexión entre los circuitos, puntos de soldadura cóncavos de 1,2 milímetros con los bordes levantados y la tensión superficial distribuida uniformemente.

La técnica de soldadura de Tyr era idéntica a la de los constructores de los bunkers. La técnica de una civilización que nadie sabía quién era. Gancho no dijo nada. Gancho no decía nada cuando encontraba algo que no tenía explicación, lo registraba, lo guardaba en el compartimento de la cabeza donde los datos sin explicación se acumulaban como herramientas sin función aparente que un día iban a encajar en un mecanismo que todavía no existía. El dato de la soldadura fue al compartimento junto con los otros datos sin explicación: la temperatura constante de 16 grados en los bunkers, el material gris que no se degrada, las escotillas con cierres de campo que se debilitan a las 4 a.m., la red de túneles que se extiende hacia el norte en dirección a la frontera.

Datos. Masa. Algún día, gravedad. Tyr reparó los seis transceptores en cuatro horas. Uno cada cuarenta minutos. Cuarenta

minutos de trabajo manual y cuarenta minutos de monólogo continuo por unidad. Cuatro horas de palabras. Gallo estimó dieciséis mil palabras a sesenta y seis por minuto.

De esas dieciséis mil, quinientas contenían información técnica relevante, trescientas eran observaciones sobre cuarzo, materiales, y quince mil doscientas eran ruido de pájaros, anécdotas, opiniones sobre el clima, digresiones sobre la textura del metal caliente, recuerdos de comidas preparadas en la forja con calor residual. Gallo verificó el primer transceptor: 102,01 FM. Señal limpia. Margen de error de 0,3 Hz mejor que la especificación original de 0,5 Hz. Tyr los había recalibrado por encima de la capacidad de fábrica. Los emisores. ¿Puedes repararlos? No necesitan reparación. Los emisores son más simples, piezoeléctricos en vez de cuarzo, no se degrada con el tiempo. Lo que necesitan es carga. Las baterías se vaciaron. Las recargo con la forja. Media hora cada una. Seis horas. Diez horas totales. Tyr reparó, recargó el equipamiento completo con una mano y una forja portátil y dieciséis mil palabras por cada cuarenta minutos de trabajo. A las ocho de la noche, con la frontera pulsando a cuarenta kilómetros de distancia, el equipamiento estaba listo. ### CAPÍTULO 027 [S][O][D]

Tyr les dio de comer. No barras de proteína comida. Comida real preparada en la forja portátil reconvertida en cocina: un guiso de legumbres secas con carne de ración que Tyr había hervido durante seis horas de recarga de los emisores. La forja portátil era un cubo de chapa de treinta centímetros de lado con una rejilla de hierro colado en la parte superior. Un compartimento de carbón en la inferior funcionaba como cocina cuando Tyr le ponía encima el recipiente de metal que había sido parte de un cárter de motor, que Tyr había

limpiado, curado con grasa animal hasta convertirlo en una olla funcional. La grasa animal sellaba los poros del metal y le daba una superficie antiadherente que ningún ingeniero del GM habría aprobado pero que funcionaba con la eficacia de lo que ha sido probado mil veces por la mano que lo usa.

El guiso olía a tomillo y cebolla caramelizada y a un componente desconocido, un aroma dulce-terroso sin identificar. El color, para Gallo, era dorado rojizo, el color de la cocción lenta, de la paciencia en la comida. Las barras del GM eran grises, ausencia de olor, ausencia de color. El guiso de Tyr era dorado rojizo. La diferencia entre alimentarse y comer.

Tyr servía las porciones con la mano izquierda, cinco movimientos por porción: sumergir cuchara, levantar, girar muñeca para que el exceso vuelva al recipiente, extender brazo hacia el plato, volcar. Los cinco movimientos tenían la fluidez de la repetición, la elegancia de una mano que hace el trabajo de dos. Cada músculo del brazo izquierdo compensaba, cada dedo participando en cada fase. La cuchara de madera tenía marcas de mordida en el mango de un perro, - dijo Tyr, un perro que había tenido hace años y que comía cucharas, “no la comida de las cucharas, las cucharas mismas. Era un perro con un problema de textura, le gustaba la madera entre los dientes, la presión de la fibra contra los caninos, no era hambre, era necesidad de textura.”

Los platos eran piezas de cárter de motor curvos, de aluminio fundido, con las marcas de las juntas originales todavía visibles en los bordes. Tyr los había curado con grasa animal hasta que la superficie interior era lisa, oscura con la pátina de cien comidas. Cada plato-cárter pesaba trescientos gramos. Tenía la forma cóncava

de la pieza del motor de la que provenía, una curva que servía para contener aceite de motor y que ahora contenía guiso de legumbres, la función cambiada pero la forma preservada.

Los cinco comieron. Nico comió sentado en una caja de repuestos con las piernas cruzadas, la chaqueta abierta, las manos sin callos sosteniendo el cárter-plato con la misma postura que usaba para sostener el plano del nivel cuatro. Los ojos de Nico durante la comida eran diferentes, más abiertos, parpadeo acelerado de seis a cuatro segundos, la relajación de quien come comida real por primera vez en semanas. Tyr comió con la mano izquierda, la cuchara entre el índice y el medio, el cárter-plato apoyado en la mesa, el muñón del brazo derecho moviéndose por reflejo.

El fantasma de la mano derecha trabajaba, músculos contrayéndose con patrón de agarre, tendones tensándose bajo la piel del muñón, dedos que quieren sostener lo imposible. Dos contracciones por segundo, patrón regular del cerebro enviando señales a lo que no responde. El fantasma sostenía herramientas invisibles. El fantasma siempre trabajaba. Gallo comía y escuchaba. No las palabras lo calmas. Tyr hablaba sin parar, pero los pausas existían. Existían en las fracciones de segundo entre frases, en los micro-intervalos donde la boca de Tyr se cerraba y los ojos de Tyr hacían algo diferente.

Cuando Tyr hablaba, los ojos estaban en la comida, en las herramientas, en el horizonte, en nada. Los ojos del que habla sin dirigirse a nadie. Cuando Tyr callaba, las fracciones de segundo, los parpadeos, los ojos miraban a las personas. Con una velocidad de evaluación que Gallo reconoció: la manera en que Faith leía a la gente. Tyr miraba a Sien y los ojos se detenían en las sienes, no en los

dedos, sino en la zona del hueso temporal. El punto donde la frecuencia hemocrone era más accesible. La mirada duraba un quinto de segundo.

En ese quinto de segundo, la sonrisa de Tyr, la media sonrisa permanente, que no era alegría ni diversión, sino la expresión por defecto de una cara que no sabe estar seria, se alteraba. Se volvía más cerrada. Los labios se apretaban un milímetro. La mirada de alguien que ve reconoce y que lo que reconoce le produce algo que no es alegría. Tyr miraba a Gallo y los ojos se detenían en las orejas, en el canal auditivo. En la geometría del pabellón que era diferente al promedio, ligeramente más grande, con un canal más profundo que producía una resonancia natural en la banda de 20-40 Hz.

Los oídos de Gallo eran los oídos de alguien diseñado para escuchar lo que la mayoría no escucha, no por entrenamiento, sino por anatomía, por la genética que decide el diámetro de un canal auditivo, que al decidirlo decide qué frecuencias el cerebro va a procesar, cuáles va a ignorar. Tyr miraba a Remache y los ojos se detenían en los remaches de la armadura, en las juntas, en la técnica de unión por presión que Remache usaba. La media sonrisa se acentuaba. La sonrisa del que reconoce un principio mecánico en un lugar donde no esperaba encontrarlo, la unión sin soldadura, la presión como adhesivo, el metal que sostiene metal por la fuerza de la forma y no por la fuerza del calor.

La misma sonrisa que Tyr tenía cuando miraba un circuito bien hecho o un motor bien armado o cualquier cosa que funcionara por la razón correcta. Tyr miraba a Polvo y los ojos se detenían en los pies descalzos, en las plantas callosas de un centímetro de grosor, que eran la interfaz entre Polvo y el mundo, en los dedos abiertos que

maximizaban la superficie de contacto con el suelo, en las uñas cortas que no interferían con la percepción táctil. Los pies de Polvo eran instrumentos de medición. Tyr los miraba con el respeto del que reconoce un instrumento.

Tyr miraba a Gancho y los ojos se detenían en las manos, en los callos de las yemas que tenían la forma específica de la pinza de precisión: callo en el índice, callo en el pulgar, callo en la base del meñique donde el mecanismo de la cerradura ejerce la contrapresión. Las manos de Gancho eran el negativo de las manos de Remache, donde Remache aplicaba fuerza bruta. Gancho aplicaba presión milimétrica. Donde Remache sostenía, Gancho deslizaba. Y Tyr miraba a Nico. Cuando Tyr miraba a Nico, los ojos no se detenían en ninguna parte del cuerpo. Miraban a Nico entero. Con una mirada que Gallo no había visto en las diez horas de reparación, no evaluación de componentes, sino reconocimiento de un conjunto. La mirada duró medio segundo. Después Tyr volvió a hablar del pájaro que comía piedras.

Otra vez, pero con una parte nueva. Las piedras se llaman gastrólitos. Gastro como estómago, lito como piedra. Los dinosaurios también lo hacían, los grandes, tragaban piedras del tamaño de puños para triturar celulosa. Las piedras se gastaban. Se pulían. Un gastrólito pulido es una piedra que ha pasado por dentro de algo vivo. Tiene las marcas del ácido y de la fricción. Es una piedra que ha estado en contacto con lo que mantiene vivo a lo que la tragó.

Tyr metió la mano en el bolsillo del pecho izquierdo del chaleco, un chaleco con seis bolsillos que contenían cosas que producían sonidos diferentes cuando Tyr se movía: metales ligeros, piedras, tela, algo líquido en un frasco. La mano sacó una piedra. Una piedra

del tamaño de una nuez. Blanca con vetas verdes. Cuarzo con jade. Dos minerales que no se encuentran juntos en la naturaleza. El cuarzo es silicato de silicio que se forma a baja presión, el jade es silicato de sodio, aluminio que se forma a alta presión. Encontrar cuarzo con jade requería que alguien los hubiera fusionado. Con calor, presión controlados y conocimiento del punto exacto en que dos minerales incompatibles aceptan coexistir.

Tyr le dio la piedra a Nico. Se la puso en la mano con la naturalidad de quien pasa la sal. Sin ceremonia. Sin pausa en el monólogo. El gesto fue parte del flujo de palabras sobre gastrólitos y dinosaurios, una mano que pasaba de su bolsillo a la mano de Nico sin que el flujo se interrumpiera. Es para ti. Las vetas verdes son jade. ¿Sabías que el jade es la piedra más dura en categoría de dureza de fractura? No la más dura en la escala de Mohs, eso es el diamante, pero el diamante es frágil. Si lo golpeas, se rompe. El jade absorbe el impacto y lo distribuye por toda la estructura. El jade no se rompe. Se deforma. Y cuando se deforma, vuelve.

Es la piedra que más se parece a lo vivo. En fin.

Nico miró la piedra. La cerró en la mano. No - preguntó por qué. No preguntó para qué. Cerró el puño y la piedra desapareció y Nico la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, el mismo bolsillo del plano del nivel cuatro. Gallo oyó algo cuando la piedra pasó de mano a mano. No audible, sub-audible. Por debajo de 8 Hz. Un pulso que no era frecuencia, sino algo anterior a la frecuencia. La frecuencia que la materia produce cuando dos objetos que estaban separados se juntan y la junta genera una resonancia que no existía en ninguno de los dos por separado. La piedra resonó cuando tocó la piel de Nico. Gallo no podía oírla con los tímpanos. Le vibró en los huesos de la

mano que sostenía la cuchara, una la frecuencia que viajó por el aire denso de la frontera y encontró en los huesos de Gallo un receptor que no sabía que tenía.

Tyr siguió hablando. De los pájaros. De las piedras. Del hombre que reparaba motores con piedras de río porque tienen la forma de rodamientos si las seleccionas bien.

¿Cuánto te debemos? - apuntó Gancho. Cuarenta cohers por los transceptores. Veinte por los emisores. La comida es gratis. Es lo que les das a las personas que vienen de lejos con cajas pesadas y rodillas que crujen - apuntó mirando a Gallo. ¿Te duele la rodilla? Suenan a menisco. Los meniscos son los amortiguadores de la rodilla y cuando se rompen no hay repuesto. No como los circuitos. Lo que sí puedes hacer es fortalecer los músculos alrededor. ¿Sabías que la rodilla es la articulación peor diseñada del cuerpo humano? Compromiso entre movilidad y estabilidad que sacrifica las dos cosas. En fin. Sesenta cohers. Equipamiento que valía más de lo que la escolta iba a ver en su vida por sesenta cohers, un guiso de legumbres.

Gancho pagó. Tyr guardó los cohers en el mismo bolsillo del cuarzo con jade. Si necesitan algo más, estoy en Cruce 7 los martes y viernes. Los otros días en la carretera, entre Cruce 7 y Cruce 12. Todo se rompe siempre. Lo que no se rompe se gasta y lo que no se gasta se olvida, lo olvidado es peor que lo roto porque lo roto se repara y lo olvidado hay que encontrarlo primero. Se dio la vuelta. Volvió al carrito. Empezó a reorganizar herramientas con la mano izquierda, cada una en su lugar, cada lugar con una lógica invisible. El muñón del brazo derecho se movió por reflejo. El fantasma de la mano sosteniendo herramientas que no estaban. Los seis se fueron con

ciento noventa y dos kilos de equipamiento que funcionaba mejor que cuando salió de fábrica. ### CAPÍTULO 028 [S][H][O]

La primera transmisión con los transceptores fue esa noche. Gallo subió al techo del transporte de carga que los llevaba de vuelta a Ciudad Esperanza, el mismo camión, el mismo conductor con la mirada fija, la misma carga de barras de proteína que olían a la nada comprimida que el GM llamaba alimento. El techo del camión era una plancha de acero de tres milímetros con remaches industriales cada veinte centímetros, los remaches oscilaban con la frecuencia del motor diésel produciendo un patrón rítmico que Gallo percibía como puntos marrones dispuestos en una grilla rectangular. El motor era un Re menor constante marrón oscuro con bordes rojos que se mezclaba con el viento de la carretera a sesenta kilómetros por hora. El viento a esa velocidad producía un ruido blanco de 1200-4000 Hz que Gallo veía como una cortina gris traslúcida que se movía de derecha a izquierda por la dirección del viento lateral.

A través de la cortina gris, el paisaje sonoro de la noche: insectos en la banda de 3000-5000 Hz produciendo un verde esmeralda intermitente. El generador de Cruce 7 alejándose en Re sostenido, un punto marrón cálido que se encogía. Y delante, creciendo, el zumbido de las Torres TAAT que aparecían en el horizonte como cuatro líneas verticales de luz contra el cielo nocturno. Las torres emitían 0.12 Hz, un púrpura denso que llenaba el horizonte como una aurora que no se ve con los ojos sino con los huesos. A sesenta kilómetros de distancia, el púrpura era un murmullo. A cuarenta, era presión en los tímpanos. Gallo sabía que a diez kilómetros iba a ser un dolor sordo detrás de los ojos y que a un kilómetro iba a ser el campo de supresión completo, el La bemol constante que presionaba la corteza

cerebral con 0.12 Hz de frecuencia y que mantenía a dos millones de personas en un estado de atención reducida que el GM llamaba “estabilidad civil”.

El transceptor T-17 pesaba quince kilos. Gallo lo apoyó en las rodillas, la izquierda protestó con el acorde de tres notas, La sostenido + Sol sostenido + Do grave, el peso del aparato activando la inflamación del menisco desplazado. Lo encendió. La pantalla se iluminó con un espectro de frecuencias de 0 a 500 MHz, el rango completo, más amplio que cualquier radio que Gallo hubiera usado. La resolución era de 0.01 Hz, cien veces más fina que la radio de un vatio. Lo que antes era una señal borrosa en un dial manual ahora era una topografía detallada del espectro electromagnético de Ciudad Esperanza y sus alrededores.

Las frecuencias activas del entorno aparecieron como picos de color en la pantalla y en la cabeza de Gallo, como colores reales que se superponían al paisaje nocturno. Las Torres TAAT en 0.12 Hz: cuatro picos púrpura, uno por torre, ligeramente desfasados entre sí. La Torre Norte 0.003 Hz adelantada, la Este 0.001 Hz retrasada, las diferencias de fase produciendo un patrón de interferencia que Gallo veía como un moiré púrpura que ondulaba sobre la ciudad. Los drones del GM en 2.4 GHz: enjambres de puntos blancos que se movían por la pantalla con la velocidad de los drones en patrulla nocturna. Quince, veinte drones en un radio de diez kilómetros, cada uno emitiendo una señal de identificación que Gallo percibía como un zumbido blanco de insecto electrónico.

Las emisoras comerciales en FM: bloques de color naranja, rojo con las formas irregulares de la modulación de frecuencia, música, voz, estática comprimidas en bandas de 200 kHz. Las

comunicaciones militares: bloques verdes cifrados que aparecían y desaparecían, tráfico táctico, órdenes de patrulla, reportes de posición, la voz del GM hablando consigo mismo en códigos que el transceptor no podía descifrar. Y 102.01 FM. La frecuencia de Gallo. La portadora que había transmitido durante meses con un vatio de potencia y una antena de alambre desde el techo del Bloque 30.

En la radio vieja, 102.01 era una línea fina de color rojizo en un dial borroso. En el transceptor T-17, 102.01 era un paisaje no solo la portadora sino los armónicos a 204.02 y 306.03, las modulaciones parásitas que el ruido de la ciudad inyectaba en la señal, las interferencias de las otras emisoras en bandas adyacentes. Y ahí, superpuesta a la portadora con la delicadeza de una firma escrita con tinta invisible, la onda sinusoidal de 0.003 Hz que Gallo había detectado con el oído desnudo, que ahora podía ver en la pantalla: una ondulación lenta, constante, que modulaba la amplitud de 102.01 FM con una periodicidad de cinco minutos y treinta y tres segundos.

El implante de Faith. No transmisión presencia. El campo electromagnético del implante afectando la señal por proximidad. Faith estaba escuchando. La interferencia no daba distancia, el transceptor no podía triangular una fuente pasiva con una sola antena. Pero la firma estaba ahí. Constante. Cada cinco minutos, treinta, tres segundos, la amplitud de 102.01 subía 0.2 decibelios, bajaba. El pulso de un implante que absorbía y reemitía la señal con el ritmo del corazón de Faith porque la frecuencia cardíaca de un adulto en reposo es de aproximadamente once latidos por minuto, y once latidos por minuto producen una modulación de 0.003 Hz que es lo que Gallo veía en la pantalla.

Gallo transmitió. No con voz, con el transceptor. Pulsó la señal en 102.01 FM: tres pulsos cortos, pausa, tres pulsos largos, pausa, tres pulsos cortos. La secuencia que en cualquier código de emergencia significaba lo mismo: estamos aquí, estamos aquí, estamos aquí. Treinta segundos de quietud en la pantalla. La onda de 0.003 Hz siguió oscilando con la misma periodicidad. Faith seguía escuchando, el corazón de Faith seguía latiendo a once por minuto. Gallo contó los treinta segundos con los ojos en la pantalla y los oídos en el viento.

Después, la portadora se moduló. La onda sinusoidal pasiva cambió. Se aceleró. De 0.003 Hz a 0.5 Hz, de una oscilación cada cinco minutos a una oscilación cada dos segundos. Faith respondiendo. No con voz, sino con el implante, el campo electromagnético modulado con precisión suficiente para codificar información binaria. Pulso largo, pulso corto, pausa, pulso largo. Coordenadas. Latitud y longitud. Gallo decodificó en la pantalla del transceptor. La resolución de 0.01 Hz permitía leer cada pulso con la claridad de texto impreso.

Las coordenadas señalaban un punto a seis kilómetros al norte de Ciudad Esperanza. Zona despoblada. Frontera administrativa entre el territorio del GM y la zona de contención perimetral. Tierra de nadie. Gallo anotó las coordenadas en el margen del plano del nivel cuatro. El viento de la carretera se llevó el sonido del lápiz contra el papel, un Si natural tenue que desapareció en el marrón oscuro del motor diésel. Las Torres TAAT crecían en el horizonte. El púrpura de las torres se hacía más denso con cada kilómetro.

La ciudad se acercaba con la presión electromagnética de algo que controla sin tocar el campo de supresión entrando por los huesos del

cráneo de Gallo y presionando la percepción con la insistencia de una mano que no se retira. ### CAPÍTULO 029 [S][O][H]

El GM descubrió el robo diecinueve días después. No por los sensores, ni por las cámaras, ni por los guardias. Por el inventario. Cada seis meses, un oficial de logística bajaba al nivel cuatro de cada Torre TAAT con una tableta y verificaba que las cajas estuvieran en los estantes. No abría las cajas, contaba las cajas. La verificación era visual: mirar el estante, contar, marcar en la tableta, subir. Veinte minutos por torre. Cuatro torres. Ochenta minutos de verificación bianual que el oficial consideraba pérdida de tiempo porque las cajas nunca se movían y nadie sabía qué contenían y a nadie le importaba lo que contenían.

El oficial bajó al nivel cuatro de la Torre TAAT-Este el 3 de abril. Tarjeta de frecuencia una de las tres. La puerta se abrió con el Mibemol verde que Gallo había visto diecinueve días antes. El oficial entró. La linterna del oficial estándar del GM, con un LED de 6000 kelvins, el mismo blanco quirúrgico que iluminaba los pasillos de los niveles superiores, cortó la oscuridad del nivel cuatro y encontró los estantes. Filas uno y tres vacías. Los estantes de metal industrial con las marcas de las cajas que habían estado ahí durante ocho años, rectángulos de polvo limpio donde el polvo del nivel cuatro no se había depositado porque las cajas lo impedían, rodeados de una capa uniforme de polvo gris de 0.3 milímetros que era lo que ocho años de aire estático depositaban sobre las superficies horizontales de un espacio sellado.

Los rectángulos limpios eran la huella negativa del equipamiento, la ausencia con forma. Fila dos tenía un emisor de frecuencia uno de doce, el que Gancho había dejado caer durante la evacuación. El

emisor estaba en el suelo, no en el estante, caído de lado con la marca de un impacto en la carcasa de aluminio que indicaba que había golpeado el suelo desde la altura del estante. El impacto había abollado el cono de emisión dos milímetros hacia dentro, lo suficiente para desalinear el piezoeléctrico interno y hacer que el emisor fuera inservible sin reparación.

El oficial miró los estantes vacíos durante diecisiete segundos. El registro de la tarjeta de acceso marcaba 14:23:07 como hora de entrada y 14:23:24 como hora de activación de alarma. Diecisiete segundos de un hombre de cuarenta y dos años con uniforme de logística del GM, camisa gris con el escudo del departamento de inventario bordado en el bolsillo del pecho, pantalones grises con raya, botas reglamentarias con suela de goma que no producían eco en el material del suelo, mirando lo que debería estar y no estaba.

Diecisiete segundos de recalibración de lo posible. El cerebro del oficial procesando la diferencia entre “las cajas están en los estantes como han estado durante ocho años, como van a estar durante los próximos ocho” y “los estantes están vacíos.” El cerebro del oficial cruzó el abismo en diecisiete segundos, los primeros cinco para confirmar que estaba en la sala correcta, los siguientes cinco para confirmar que los estantes estaban vacíos, no es que las cajas estuvieran en otro lugar de la sala, y los últimos siete para aceptar que el equipamiento clasificado no estaba y para mover la mano hacia el dispositivo de alarma que llevaba en el cinturón.

Protocolo de seguridad nivel cuatro inventario clasificado comprometido. Un protocolo que existía en el manual de la Oficina de Seguridad del GM como la página 347 de un documento de 812 páginas que nadie había necesitado consultar porque el protocolo

nunca se había activado. La activación implicaba: cierre perimetral de la torre (puertas exteriores bloqueadas, accesos subterráneos sellados, frecuencia de supresión aumentada de 0.12 a 0.14 Hz en un radio de quinientos metros como medida de contención).

Revisión de todos los accesos cada puerta, cada ventana, cada conducto de ventilación, cada centímetro de la estructura externa. Análisis de los registros de cámaras de los últimos treinta días, 720 horas de video de 47 cámaras distribuidas en los cuatro niveles subterráneos, 33,840 horas-cámara que un equipo de tres analistas iba a revisar en turnos de doce horas durante once días. Interrogatorio de todo el personal con acceso al nivel subterráneo, 23 empleados de mantenimiento, 12 guardias de seguridad, 3 oficiales de logística con tarjeta de frecuencia, 4 técnicos de generador.

Y la investigación interna de la Oficina de Seguridad, el departamento que producía informes de trescientas páginas que el director del GM recibía, firmaba sin leer, y archivaba en un cajón que se abría una vez al año durante la auditoría. Los registros de cámaras no mostraron nada. Los pulsos de Sien habían congelado las imágenes durante los momentos críticos. Lo que las cámaras habían grabado era una secuencia de pasillos vacíos con saltos de tres segundos clasificados como “error de sincronización de imagen”, un error que ocurría varias veces por semana.

Los sensores de vibración no mostraron nada. La percusión de Remache sincronizada con los picos de 0.12 Hz invisible para los sensores. Los registros de personal mostraron algo. Un empleado de mantenimiento del nivel uno que no se presentó después de la operación. Nombre: el de una persona muerta. Registro no actualizado en catorce meses. Departamento: mantenimiento de

nivel subterráneo. La Oficina de Seguridad buscó al empleado fantasma. No lo encontró. Buscó un agujero en la pared, las placas de Remache eran del mismo tono gris que las paredes.

Nadie en la Oficina sabía que había un bunker al otro lado. Verificó las tres tarjetas en sus cajas fuertes biométricas, sin indicación de uso. La puerta se había abierto sin tarjeta. Imposible según especificaciones. El informe se clasificó como “incidente tipo delta, pérdida de material sin indicios de intrusión identificable.” El tipo delta era el tipo que el GM no sabía investigar sin intrusión visible, sin evidencia forense, sin testigos, sin explicación. Las herramientas de investigación del GM dependían de tecnología y la tecnología no había registrado nada.

El GM aumentó la vigilancia. Más cámaras. Más guardias. Más sensores. Verificación de inventario de bianual a mensual. Más recursos para proteger lo que ya no estaba. Y lo que el GM también hizo fuera del informe oficial fue enviar un mensaje a los Carmesí de Sanguisburg. No formal. Operativo. El tipo de mensaje que las instituciones envían a las organizaciones que no deberían existir pero que hacen el trabajo que las instituciones no pueden hacer dentro de sus protocolos, el trabajo sucio, el trabajo sin informe, el trabajo que se paga con acceso y se cobra con resultados.

El mensaje salió por un canal que no era del GM. Un mensajero. Un hombre de treinta años con uniforme de técnico de mantenimiento que no era técnico de mantenimiento era el punto de contacto entre la Oficina de Seguridad del GM y la estructura de los Carmesí en Ciudad Esperanza. El mensajero caminó desde la Torre TAAT-Este hasta un local de reparación de generadores en el nivel tres de Sanguisburg, un local con un mostrador de metal y un taller

trasero donde tres hombres reparaban generadores del GM durante el día y dirigían la red de distribución de los Carmesí durante la noche.

El mensajero dejó una tableta de datos en el mostrador con la información: equipamiento clasificado robado de Torre TAAT-Este. Incluye transceptores de frecuencia, emisores direccionales, y tres dispositivos de transporte inter-planar de origen desconocido. Encontrar y recuperar. La tableta no tenía remitente. No tenía firma. Tenía un código de autorización que los Carmesí reconocían porque era el mismo código que el GM usaba cuando necesitaba que algo desapareciera o que algo apareciera o que alguien dejara de ser un problema.

Los Carmesí no tenían protocolos. No tenían informes de trescientas páginas. No tenían tipo delta. Los Carmesí tenían gente en la calle en los mercados de los niveles bajos, en los bares de Sanguisburg donde la cerveza se pagaba en cohers y la información se pagaba en favores. En los pasillos de Entreternia donde las transacciones ilegales dejaban rastros que los informantes de los Carmesí podían seguir como las ratas de Polvo seguían frecuencias. Los Carmesí tenían gente en la frontera en los campamentos, en los cruces, en los asentamientos como Cruce 7 donde un reparador ambulante con un brazo podía haber reparado equipamiento robado sin que nadie preguntara de dónde venía.

Los Carmesí buscaban de la manera en que busca la gente que no tiene restricciones: preguntando a quien pudieran intimidar, amenazando a quien no cooperara, pagando a quien tuviera información, y escuchando siempre escuchando en los niveles donde el GM no bajaba y donde la escolta operaba. La escolta tenía el

equipamiento. La escolta tenía tres dispositivos de transporte interplanar que podían cruzar al PB sin pasar por el bosque. La escolta tenía una misión que Faith iba a explicar en el punto de encuentro.

Y ahora la escolta tenía a los Carmesí buscándolos. ###
CAPÍTULO 030 [S][A][H]

El punto de encuentro era un galpón de tránsito abandonado a seis kilómetros al norte de Ciudad Esperanza. Estructura de polímero reforzado cuarenta metros de largo, veinte de ancho, techo a dos aguas de seis metros. Construido por el GM como almacén de distribución regional y abandonado cuando la ruta cambió. Las paredes tenían grietas verticales donde el polímero se había contraído con los ciclos térmicos de años sin mantenimiento. El techo tenía tres secciones faltantes rectángulos de cielo nocturno que dejaban entrar la luz de las Torres TAAT a lo lejos. El resplandor púrpura de la frecuencia de supresión que teñía las nubes bajas de Ciudad Esperanza con el color de lo que no se ve pero está.

El suelo era concreto industrial con manchas de aceite de máquinas que llevaban años sin existir. Las manchas eran la huella de algo que funcionó, que se fue y que dejó su marca en el concreto con la permanencia de los líquidos que penetran los poros del cemento y que no se van con el tiempo ni con la lluvia ni con el tránsito de los años. El aceite era de motor industrial, el tipo de aceite que el GM usaba en los generadores de distribución. Un aceite mineral de alta viscosidad con un olor dulce que seguía presente después de años de evaporación lenta.

Gallo lo olió al entrar, un fondo dulce debajo del olor dominante del polímero degradado y de la tierra seca que el viento metía por las grietas de las paredes. Para Gallo, el galpón era un instrumento de

percusión. Cada sonido que entraba rebotaba tres veces antes de apagarse, la geometría de cuarenta metros de largo y seis de alto creaba una reverberación de 1.2 segundos que multiplicaba cada frecuencia. Los pasos de la escolta entrando se multiplicaron en ecos, cada pie un instrumento.

Cada eco una repetición que Gallo veía como colores que se desvanecían en el aire del galpón. Los pasos de Remache: un marrón metálico pesado que rebotaba con la densidad del hierro. Antes de que pudiera reaccionar, los pasos de Polvo: nada, los pies descalzos de Polvo no producían eco porque la planta del pie absorbe el impacto que la suela transmite. Arriba. Los pasos de Gancho: un gris rápido y ligero. Los pasos de Sien: un azul oscuro irregular, Sien caminaba con el peso desplazado hacia la izquierda, el lado del cuerpo donde las sienes trabajaban más duro. Los pasos de Nico: nada, la misma ausencia del mercado del nivel cinco.

Los pies de Nico sobre el concreto industrial producían menos eco que los pies de Polvo, y Polvo iba descalzo. Faith estaba adentro, de pie en el centro del galpón, donde la reverberación era máxima, el punto donde los ecos de las cuatro paredes convergían y donde la voz de una persona se amplificaba sin necesidad de gritar. Faith había elegido el centro del galpón por la misma razón por la que un director de orquesta elige el centro del escenario, porque desde ahí todo se oye.

Tableta de papel en la mano izquierda, cuaderno de tapas de cartón con hojas cuadriculadas llenas de letra pequeña y regular, la caligrafía de alguien que escribe más de lo que habla. Bolígrafo negro de 0.3 milímetros, la punta más fina que existía en los mercados del PM, la punta que permite escribir en los márgenes de las hojas

cuadriculadas sin invadir el cuadro siguiente. Ojos grises del gris del material de los bunkers, del gris que no es color sino ausencia de color, del gris que observa sin añadir nada a lo que observa.

No estaba sola. Tres personas más dos hombres y una mujer que Gallo no conocía. Los tres tenían la postura operativa que Gallo había aprendido a distinguir durante el servicio en la frontera: no la relajación de los civiles que distribuyen el peso en ambas piernas, ni la rigidez de los militares que mantienen la columna recta y los brazos a los costados, sino el intermedio de los que ponen el peso en una pierna y mantienen la otra lista para pivotar, los hombros sueltos pero los antebrazos tensos.

Ropa funcional sin insignia, chaquetas de tela gruesa con bolsillos laterales, pantalones con refuerzos en las rodillas, botas de suela gruesa. Manos vacías pero con la tensión del que sabe dónde está lo que necesita y puede alcanzarlo en menos de un segundo. Los tres evaluaron a la escolta cuando entraron. Los ojos de los tres recorrieron la armadura de Remache, los pies descalzos de Polvo, el gancho de Gancho, las sienes de Sien, la cojera de Gallo. Los tres decidieron que lo que veían era aceptable y la decisión fue visible en la relajación de los antebrazos, un milímetro de tensión que se soltaba.

La escolta - dijo Faith. Gallo, Remache, Sien, Polvo, Gancho. Y Nico. La pausa antes de “y Nico” fue más larga que las pausas entre los otros nombres. La pausa de alguien que tiene información sobre Nico que los demás no tienen y que mide cuánta de esa información revelar. Los tres dispositivos. ¿Los tienen? Sien abrió la bolsa. Las tres cajas negras. Material de bunker. Lisas. Los dispositivos generan un campo de transición inter-planar, señaló Faith. El campo

envuelve a las personas dentro de un radio de tres metros y las desplaza del PM al PB. El desplazamiento dura entre cuarenta y noventa segundos dependiendo de la densidad de la costura interplanar en el punto de activación. Durante esos segundos, las personas están en tránsito, ni en el PM ni en el PB, en la costura, en el espacio entre los dos planos que no es un lugar sino una transición.

¿Cómo se activan? - dijo Gallo. Contacto. El dispositivo necesita contacto con una fuente de frecuencia biológica en banda de 40-60 Hz. Un hemacrono pone las manos sobre la caja y emite. La caja responde. Sien. No solo Sien - respondió Faith. Nico. La pausa tuvo la densidad de algo que cambia la composición del aire en una habitación. Nico no había dicho que era hemacrono. No cuando describió el plano. No cuando - explicó los generadores. No cuando contó que venía del PB. Hemacrono era lo que Sien cargaba en las sienes y lo que los oscuros usaban para paralizar. Nico no se tocaba las sienes. No emitía pulsos. No tenía los ojos inyectados del que usa frecuencia.

La frecuencia de Nico es diferente - admitió Faith. Los hemacronos del PM operan en 40-60 Hz con modulación pulsada, pulsos discretos que se encienden y se apagan. La frecuencia de Nico es continua. No pulsa. Fluye. La diferencia entre una linterna que parpadea y una que está encendida siempre. Nico no sabe que la tiene porque lo continuo no se percibe, no percibes el aire que respiras hasta que te falta. Nico miraba a Faith. La expresión de alguien que escucha información sobre sí mismo que explica cosas que no tenían explicación. Por qué los pasos de Nico eran calmosos, la frecuencia continua amortiguaba las ondas sonoras alrededor del

cuerpo. Por qué Nico no tenía registro, la frecuencia continua no era reconocible como hemacrono estándar por los sensores del GM. Para el sistema, Nico era invisible. No porque se escondiera. Porque el sistema no tenía categoría para lo que Nico era.

Los dispositivos necesitan dos frecuencias para activarse dijo Faith. Una pulsada, una continua. Un hemacrono del PM, un hemacrono del PB. Sien y Nico. Los dos juntos. Por eso los necesitaba a ambos.

¿Cuándo? - dijo Gallo. No todavía. Los Carmesí están buscando el equipamiento. Si activamos un dispositivo ahora, el campo de transición emite una firma electromagnética que van a detectar. Necesitamos esperar. ¿Cuánto? Semanas. Meses. Depende de cuánto tiempo el GM financie la búsqueda y de cuánto tarden los Carmesí en decidir que el equipamiento salió de la ciudad. ¿Y mientras tanto? Faith miró a los seis. Seis personas con equipamiento robado, tres dispositivos de transporte, y una organización criminal buscándolos. Mientras tanto, hay trabajo. Los hemacronos oscuros siguen en Entreternia. Los niños siguen desapareciendo. Los túneles siguen abiertos. Cerramos tres accesos. Faltan once. Y el coordinador sigue activo. Guardó la tableta. Guardó el bolígrafo. Se acercó. La misión de cruzar es para después. La misión de ahora es la que tienen delante: cerrar accesos, neutralizar oscuros, proteger niños. Ustedes son los únicos que pueden operar en los túneles donde la tecnología del GM no funciona y en Entreternia donde el GM no baja. Son la frontera que el GM no puede controlar.

Somos la escolta - observó Gallo. Son la escolta. Y la escolta tiene trabajo. Gallo miró a los cinco. Remache con la armadura y la tuerca clic, clic, el ritmo de procesamiento que Remache usaba para

convertir información abstracta en algo que las manos podían manejar. La armadura de Remache tenía marcas nuevas, los arañazos del agujero de cuarenta centímetros en la pared del bunker, rayas en la placa del hombro izquierdo donde el metal había rozado el borde del concreto del GM, una abolladura en la placa de la cadera derecha donde una caja de transceptor había presionado durante la evacuación.

Las marcas eran el registro del robo grabado en el metal de la armadura. Sien con los dedos en la sien siempre, siempre los dedos en la sien, el gesto que era mitad calibración, mitad costumbre y mitad necesidad, que sumaba un gesto y medio que era exactamente lo que Sien era: más de lo que cabe en una persona. La piel de las sienes de Sien tenía callos pequeños, del tamaño de una lenteja, en los puntos exactos donde los dedos hacían presión veinte horas al día. Los callos eran la marca del hemacrono que usa el cuerpo como instrumento y que el uso del instrumento deja en el cuerpo la evidencia de lo que el cuerpo hace.

Polvo descalzo con pigmento rojo en los pliegues de los nudillos, el óxido de hierro de las funciones del circo que no se iba con agua porque el óxido se incrustaba en las grietas de la piel seca. Los pies de Polvo sobre el concreto manchado de aceite del galpón recibían la vibración de la estructura completa, los cuarenta metros de largo, los veinte de ancho, las grietas de las paredes, las secciones faltantes del techo. Los pies de Polvo leían el galpón con la misma precisión con que leían los bunkers, los niveles de Entreternia, el suelo de la frontera. Gancho con el gancho en el cinturón, los treinta centímetros de varilla de suspensión afilada de un lado y doblada del otro, herramienta que Gancho llevaba desde que encontró la primera

escotilla del primer bunker a los trece años. El gancho tenía marcas de uso, el filo desgastado por dos años de abrir mecanismos, el doblez ligeramente más abierto que el ángulo original por la presión acumulada de cien escotillas, cincuenta cierres de campo, una clavícula de hemacrono oscuro.

Nico llevaba un cuarzo con jade en el bolsillo, una frecuencia continua que no sabía que tenía. Una familia al otro lado de una frontera que no recordaba haber cruzado y un espacio en la memoria que dolía con la forma de las cosas que faltan.

Seis personas. Ciento noventa y dos kilos de equipamiento reparado por un viejo con un brazo que soldaba como los constructores de los bunkers. Tres dispositivos de cruce interplanar que nadie sabía cómo usar, excepto que necesitaban dos frecuencias, una pulsada y una continua, y dos personas que las producían. Once túneles por cerrar debajo de Entreternia, donde los hemacronos oscuros seguían operando con la impunidad de los que trabajan en la oscuridad. Un coordinador hemacrono oscuro por encontrar, el que controlaba a los otros.

Los Carmesí de Sanguisburg buscaban a su grupo con la paciencia de la gente que cobra favores del GM y que no deja de buscar hasta que encuentra o hasta que el GM deja de pagar. Y el tiempo, el recurso que se gasta sin que nadie lo decida, y cada día que pasaba era un día más cerca de que los Carmesí encontraran el rastro. La rodilla de Gallo dolía. El acorde de tres notas, La sostenido + Sol sostenido + Do grave, la disonancia permanente que el bosque le había dejado y que iba a llevar hasta que la rodilla dejara de funcionar o hasta que el cuerpo se acostumbrara al dolor o hasta que el dolor se acostumbrara al cuerpo.

Remache giró la tuerca. Clic. Polvo se sentó en el concreto manchado, puso las palmas sobre el suelo, cerró los ojos, y los 18 Hz salieron de su cuerpo, llenaron el galpón con la calma que no era calma sino la frecuencia que dice “no hay amenaza inmediata” y que el cuerpo de los demás recibía sin registrarla. Sien miraba hacia el norte, hacia la frontera que estaba a cuarenta kilómetros y que Sien podía sentir en las sienes con la presión de algo que empuja desde lejos. Los dedos en la sien.

Gancho abrió y cerró el mosquetón. Clic-clic. El sonido alternando con el clic de la tuerca de Remache, dos ritmos que no coincidían, dos metrónomos desincronizados que producían un patrón de interferencia que Gallo veía como puntos grises y marrones alternándose en el aire del galpón. Nico cerró la mano sobre el cuarzo con jade. La piedra que un viejo que hablaba demasiado le había dado con una historia de pájaros que comen piedras. La piedra que resonó cuando tocó su piel. La piedra de dos minerales que no deberían coexistir en el mismo espacio, fusionados por calor y presión y conocimiento de un punto exacto de compatibilidad.

La escolta tenía trabajo. - - ## TEMPORADA 4: REBELIÓN

- ○

CAPÍTULO 031 [S][O][H]

La rebelión no empezó con un discurso. Empezó con un transceptor T-17 sintonizado en 102.01 FM que emitía a quinientos kilómetros en todas direcciones y que cualquier persona con un receptor ajustado a

esa frecuencia podía oír. Gallo transmitía todas las noches desde el galpón abandonado entre las once de la noche y las tres de la mañana, cuando el tráfico de drones del GM bajaba de quince patrullas a cuatro y las comunicaciones militares se reducían a reportes de posición cada treinta minutos.

Ya no tarareaba frecuencias del campamento, transmitía instrucciones. Coordenadas de los accesos a los túneles de los bunkers. Horarios de los patrullajes del GM con las variaciones semanales que el análisis de tres meses de interceptación había revelado: martes y jueves, patrullas reforzadas en niveles bajos; viernes, rotación de personal en Torre TAAT-Sur que dejaba un punto ciego de diecisiete minutos entre las 02:40 y las 02:57.

Frecuencias de las cámaras de vigilancia: cada cámara emitía un pulso de 2.4 GHz cada vez que el motor de barrido cambiaba de dirección. Un pulso que era invisible para el ciudadano común, pero que cualquier receptor en la banda correcta captaba como un clic repetitivo, y que con un transceptor T-17 se podía mapear: cuarenta y siete cámaras en los niveles uno a quince de Entreternia, cada una con un ciclo de barrido de noventa segundos que dejaba un ángulo muerto de doce grados durante medio segundo en cada extremo del recorrido.

Puntos ciegos de las Torres TAAT: los cuatro puntos donde las zonas de cobertura de las cuatro torres se superponían creaban una interferencia constructiva que saturaba los sensores del GM en un radio de treinta metros. Zonas donde la frecuencia de supresión era tan intensa que el propio equipo del GM dejaba de funcionar correctamente. Gallo transmitía en el techo del galpón, sentado en

una silla de plástico reforzada con ángulos de hierro, que Remache había modificado para soportar el peso del transceptor.

La silla no era cómoda, pero era funcional. Desde el techo del galpón, la antena del transceptor tenía línea directa al cielo, sin edificios que bloquearan ni el campo de las torres que atenuaran la señal. La señal de 102.01 FM salía del transceptor como un círculo que se expandía a la velocidad de la luz y que a quinientos kilómetros era un susurro electromagnético que cualquier receptor sintonizado podía captar.

El paisaje nocturno desde el techo del galpón era esto: al sur, las Torres TAAT como cuatro líneas de luz contra el cielo, con las balizas de navegación en las puntas parpadeando en rojo cada dos segundos. La iluminación de los niveles superiores producía un halo naranja que contaminaba el cielo nocturno de Ciudad Esperanza con el color de la luz artificial. Al norte, la frontera sombras total, el bosque como una ausencia de luz que se extendía hasta el horizonte, la línea donde el cielo terminaba, el bosque empezaba marcada por la diferencia entre las estrellas visibles y las estrellas que el bosque ocultaba.

Al este, al oeste, la zona intermedia tierra oscura, postes del GM, los puntos de luz de los asentamientos fronterizos: Cruce 7 a cuarenta kilómetros, Cruce 12 a sesenta, otros más pequeños sin nombre que eran un generador, tres casetas y la gente que no cabía en ningún otro lugar. Para Gallo, el paisaje nocturno fue sonido. Las Torres TAAT emitían su púrpura constante que a seis kilómetros era una presión suave en los tímpanos, una mano que empujaba sin apretar. Los insectos de la zona intermedia producían su verde esmeralda en la banda de 3000-5000 Hz, un coro que empezaba al atardecer y que no paraba hasta el amanecer.

El generador del galpón, un motor de dos tiempos que Remache mantenía con aceite reciclado y piezas del mercado, producía un Si bemol irregular a media carga, un marrón con puntos negros que era el sonido de la combustión imperfecta. Y debajo de todo, como un bajo continuo que no cesaba, la vibración de 0.003 Hz del bosque de la frontera que Gallo percibía no con los oídos sino con los huesos del cráneo, la frecuencia del PB filtrándose a través de la barrera entre los planos con la insistencia de algo que empuja desde el otro lado.

Los que escuchaban no eran muchos. Eran suficientes. En Entreternia, en los niveles bajos donde el GM no bajaba, los Carmesí no operaban y la única autoridad era la del mercado y la supervivencia, había gente que había aprendido a sintonizar 102.01 FM. Los primeros fueron los que compraban en el puesto de Remache, la gente del mercado del nivel cinco que sabía que el hombre de la armadura construía transmisores y que el hombre de la armadura tenía conexiones con algo que no era el GM. Los segundos fueron los padres de los niños que Polvo cuidaba, los padres del nivel dos que sabían que sus hijos desaparecían de noche, que nadie hacía nada, que de pronto alguien había hecho algo, siete niños habían vuelto.

Los terceros fueron los que vivían lo suficientemente cerca de la frontera para sentir las frecuencias y lo suficientemente lejos del GM para no temerle. En seis semanas, ciento cuarenta personas escuchaban 102.01 FM. No ciento cuarenta rebeldes. Ciento cuarenta personas que recibían información y que actuaban con esa información dentro de sus propias capacidades. Un técnico del nivel doce que usaba las frecuencias de las cámaras para evitar la vigilancia del GM cuando bajaba a Entreternia a visitar a su

hermana. Una comerciante del nivel ocho que usaba los horarios de patrullaje para mover mercancía sin licencia. Un grupo de madres del nivel dos que usaban las coordenadas de los accesos a los túneles para saber por dónde no dejar salir a sus hijos de noche.

La rebelión no tenía nombre ni bandera ni ideología. La rebelión era información en movimiento. La rebelión era ciento cuarenta personas que sabían cosas que el GM no quería que supieran y que usaban lo que sabían para vivir un poco menos controladas.

La escolta entrenaba a los que querían más. No a todos a los que venían al galpón. Los que caminaban seis kilómetros al norte de Ciudad Esperanza hasta un edificio abandonado donde cinco personas con equipamiento robado del GM les enseñaban a hacer lo que la escolta hacía: operar sin tecnología del GM, moverse sin ser detectados, comunicarse sin las redes del GM, percibir las frecuencias que las Torres TAAT emitían y entender lo que significaban.

Remache enseñaba a construir. Transmisores de corto alcance con componentes de desecho. La antena de un dron estrellado, el circuito de un detector de campo con la pantalla rota, el condensador de un generador averiado, cable de cobre del mercado de Entreternia que tenía marcas de dientes de roedor pero que conducía electricidad con la misma eficiencia que el cable nuevo.

Remache sentaba a los que venían en el suelo del galpón, les ponía los componentes delante, les decía “esto es una antena, esto es un condensador, esto es un circuito, esto es cable”. Después les decía “ahora hagan un transmisor”, se iba a su rincón a girar la tuerca y esperaba. Los que venían miraban los componentes, miraban a

Remache, miraban los componentes otra vez. Algunos preguntaban “¿cómo?”.

Remache decía “con las manos”. Algunos se iban. Los que se quedaban tocaban los componentes con la torpeza de los que no saben qué están tocando, encontraban las conexiones por ensayo y error: el cable al condensador, el condensador al circuito, el circuito a la antena.

Los transmisores que fabricaban no tenían el alcance de un kilómetro, tenían el alcance de cincuenta metros, de cien si la antena estaba bien orientada. Suficiente para comunicarse entre bloques de Entreternia sin usar las redes del GM. Escudos de frecuencia improvisados, jaulas de Faraday hechas con malla de metal de gallinero que Remache cortaba en rectángulos de cuarenta por sesenta centímetros y que se doblaban sobre sí mismos formando un cilindro que se llevaba en la espalda como una mochila.

La malla bloqueaba los emisores de los hemacronos oscuros con la misma eficacia que la armadura de Remache no total, no perfecta, pero suficiente para reducir el impacto de un pulso de parálisis de “caes al suelo” a “te duele la cabeza tres minutos”. Remache fabricó treinta y siete escudos en las primeras seis semanas.

El alambre del gallinero le cortaba los dedos, la armadura protegía las palmas pero no las yemas, la malla tenía puntas que se clavaban en la piel con la regularidad de algo diseñado para contener animales, no para proteger humanos. Los dedos de Remache sangraban sobre la malla y la sangre se oxidaba sobre el alambre de acero galvanizado con el color del óxido de hierro del pigmento de Polvo.

Herramientas para abrir los accesos de los bunkers que se debilitaban a las cuatro de la mañana, palancas de acero con el ángulo de inserción que Gancho había perfeccionado, adaptadas al grosor de las escotillas y al torque necesario para vencer el campo residual en su punto más débil.

Gallo enseñaba a escuchar. No como instrucción verbal, como demostración. Gallo se sentaba en el suelo del galpón con los ojos cerrados, los que venían se sentaban alrededor, Gallo decía “¿qué oyen?”, los que venían decían “nada” o “el viento” o “el generador”. Gallo abría los ojos, decía “el generador está a media carga y emite un Si bemol a 233 Hz. El viento viene del norte a doce kilómetros por hora y produce un ruido blanco entre 400 y 800 Hz. Las Torres TAAT emiten 0.12 Hz que presionan los tímpanos con la misma fuerza que un dedo que aprieta suave pero constante.

Hay un dron del GM a tres kilómetros al sur emitiendo en 2.4 GHz, no lo oyen, pero su cuerpo lo siente como una ligera tensión en la nuca. Y hay un pájaro nocturno a doscientos metros al este que canta en 2200 Hz cada quince segundos.” Los que venían lo miraban con la expresión de los que oyen algo que no pueden verificar. Gallo les enseñaba a verificar. Primero: cerrar los ojos. Segundo: tapar un oído. Tercero: con el oído libre, apuntar hacia las Torres TAAT. “¿Sienten presión? Esa presión es 0,12 Hz. El oído no la procesa como sonido, pero el tímpano la recibe y el cerebro la registra como malestar.” Cuarto: apuntar hacia el generador. “¿Oyen el zumbido? Cuenten los ciclos por segundo. Si cuentan más de cien, están oyendo un armónico. El fundamental está debajo en la banda que el oído no distingue como nota, pero que el cuerpo siente como vibración.”

Quinto: quitar la mano del oído. “La diferencia entre un oído y dos es la dirección. Con un oído, oyen. Con dos, saben de dónde viene.”

A distinguir la frecuencia de supresión de las Torres TAAT del ruido de fondo de la ciudad. A contar los ciclos de la frecuencia no con los oídos, sino con el cuerpo, poniendo la palma contra una pared y contando las pulsaciones que el concreto transmitía desde los cimientos del edificio hasta la superficie. A detectar las cámaras del GM por el zumbido de sus motores de barrido, un zumbido en 450 Hz que sonaba como un mosquito metálico y que cambiaba de tono en cada extremo del barrido cuando el motor invertía dirección. Los que aprendían más rápido eran los que vivían en los niveles bajos de Entreternia, los que habían crecido con el ruido de fondo del GM como compañía constante y que habían aprendido a filtrar lo que Gallo les enseñaba a des-filtrar.

Sien enseñaba a los hemacronos. Había más de los que nadie esperaba en los niveles bajos de Entreternia. Entre la población que el GM no registraba, había hemacronos que no sabían que lo eran. Niños y adultos con frecuencia dormida que Sien detectaba con los dedos en las sienes y que Sien despertaba con una calibración cuidadosa, los dedos sobre la sien del otro, presión mínima, búsqueda del punto donde el hueso temporal transmitía la frecuencia interna hacia el exterior.

La mayoría de los hemacronos dormidos no sentían nada durante los primeros intentos. Sien presionaba y el hemacrono miraba a Sien con la expresión de alguien a quien le están tocando la cara sin razón aparente. Después, al tercer o cuarto intento, algo cambiaba. El hemacrono parpadeaba. Movía la cabeza. Los ojos se dilataban un milímetro, la dilatación del que percibe algo que no puede nombrar,

algo que no viene de fuera sino de dentro, la frecuencia que siempre estuvo ahí y que la supresión de las Torres TAAT había mantenido dormida. “Esto es tu frecuencia,” decía Sien. “No te la doy yo. Siempre la tuviste. Las Torres la apagan. Yo la enciendo.”

No todos servían para emisión. La mayoría tenía frecuencia de recepción, no de transmisión. La diferencia era la dirección: los receptores captaban las frecuencias de afuera, los emisores generaban frecuencias que salían de dentro. La proporción era de aproximadamente uno a ocho por cada hemacrono emisor, ocho receptores. Sien evaluaba a cada uno: los dedos en las sienes, la presión en el hueso temporal, la búsqueda del pulso que indicaba emisión activa.

Los receptores captaban pero no emitían. Pero los que captaban podían servir como red de detección: cincuenta hemacronos de recepción distribuidos por los quince niveles de Entreternia que detectaban cuando un oscuro se movía, el cambio en la textura del campo de fondo, la perturbación que un oscuro emitiendo producía en el ambiente electromagnético y que transmitían la información a la escolta a través de los transceptores que Remache les había dado.

Los transmisores de corto alcance. Los de cincuenta metros de alcance que parecían chatarra y que funcionaban. Cincuenta hemacronos receptores con cincuenta transmisores de chatarra produciendo una red de detección que cubría Entreternia con la densidad de una telaraña, cada hemacrono un nodo, cada transmisor un hilo, cada oscuro que se moviera un insecto que la telaraña iba a sentir.

Polvo enseñaba a los niños. No a pelear, a percibir. Los niños del nivel dos que venían al circo de colores aprendían a sentir las

frecuencias con los pies descalzos sobre el suelo, con las manos sobre las paredes, con los oídos contra las tuberías que transmitían la vibración de la ciudad.

Los niños eran mejores que los adultos porque los niños no tenían los filtros que la supresión de las Torres TAAT instalaba en los cerebros adultos después de años de exposición. Los niños percibían lo que los adultos habían olvidado cómo percibir. Gancho enseñaba a navegar. Los túneles de los bunkers eran una red, los catorce accesos se conectaban en un sistema que se extendía debajo de Entreternia y Ciudad Esperanza y la frontera. Gancho había mapeado el sistema completo en los meses después del robo.

El mapa ocupaba tres metros cuadrados de papel cuadriculado que cubría una pared del galpón. Los que venían a entrenar estudiaban el mapa. Aprendían los giros, las distancias, los puntos donde el campo residual era fuerte y donde era débil. Aprendían a moverse por debajo de la ciudad sin depender de la ciudad. La tech robada funcionaba. Los transceptores comunicaban a quinientos kilómetros sin que el GM lo detectara, las frecuencias de los transceptores eran frecuencias del GM, con firmas del GM, con protocolos del GM.

Para los sistemas de monitoreo del GM, las transmisiones de la escolta eran transmisiones legítimas. El sistema no distinguía entre una transmisión autorizada y una robada porque las dos usaban el mismo hardware con las mismas especificaciones. ARCHON la entidad que monitoreaba las frecuencias del PM a nivel macro no detectaba anomalía porque no había anomalía. La señal era legítima. Lo que decía la señal no lo era. ### CAPÍTULO 032 [S][H][O]

Los Carmesí llegaron a Entreternia a las nueve semanas. No con violencia, sino con presencia. Los Carmesí de Sanguisburg operaban con la lógica de una organización que controlaba territorio desde antes de que el GM existiera: primero observaban, después identificaban, después actuaban. La observación tomó tres semanas de hombres y mujeres con botas de cuero entrando a Entreternia por los accesos del nivel uno, bajando por las escaleras, los ascensores de carga hasta los niveles donde el GM no tenía cámaras porque el GM consideraba que los niveles bajos no producían datos que valiera la pena registrar.

Los observadores Carmesí se sentaban en los puestos de comida del nivel cuatro, compraban barras de proteína recortadas a cinco cohers, miraban quién entraba, quién salía, quién hablaba con quién y quién evitaba hablar con quién. Los observadores Carmesí caminaban por los pasillos del nivel cinco a las horas del mercado, contaban los puestos, registraban la mercancía, calculaban el volumen de transacciones ilegales que se movían por debajo de la economía oficial del GM, los cohers que cambiaban de mano, los objetos que aparecían, desaparecían, los servicios que se pagaban con favores y no con moneda.

La identificación tomó dos semanas más dos semanas de cruzar lo observado con la información que el GM les había dado: equipamiento robado de Torre TAAT-Este, seis transceptores, doce emisores, tres dispositivos de origen desconocido. Alguien en los niveles bajos tenía contacto con alguien que tenía contacto con el equipamiento. Los Carmesí buscaban la cadena. La acción empezó en la semana nueve. Gallo los detectó por el sonido. No en el galpón

en Entreternia, sino durante una de las noches que Gallo pasaba en el Bloque 30 monitoreando los transmisores de la red hemocrone.

El Bloque 30 era el punto de operaciones urbano de la escolta, un cuarto en el nivel doce que un técnico del GM les prestaba a cambio de reparaciones de generador que Remache hacía en las madrugadas. El cuarto tenía una ventana que daba al pasillo central del nivel doce, un pasillo de cuatro metros de ancho que conectaba los Bloques 28 a 32, que funcionaba como arteria de circulación entre Entreternia y Ciudad Esperanza. Gallo se sentaba junto a la ventana con el transceptor portátil sintonizado en la banda de 200-300 Hz, la banda del calzado, catalogaba pisadas.

En tres meses de catalogación, Gallo tenía un repertorio de ciento veinte pares de botas, zapatos y sandalias que caminaban por el pasillo del nivel doce con regularidad suficiente para ser catalogables. Cada par de calzado producía una firma de frecuencia única, la combinación del material de la suela, el peso del portador, la cadencia de la marcha, el ángulo de inclinación del pie y el estado de desgaste de la suela, creaban un patrón acústico que era tan individual como una huella digital. Gallo no necesitaba ver a la persona.

Gallo oía los pies y sabía quién caminaba. Los Carmesí usaban un tipo de calzado específico, botas de cuero con suela de goma vulcanizada, que producían un impacto diferente al de las botas del GM (polímero sintético, suela de poliuretano, impacto sordo a 180 Hz) y al del calzado civil de Entreternia (lo que hubiera disponible, sandalias de plástico a 150 Hz, zapatillas de tela a 170 Hz con armónicos suaves, botas usadas con suelas de grosor variable que

producían frecuencias dispersas entre 150 y 300 Hz sin patrón reconocible).

Las botas Carmesí tenían un golpe de talón más marcado, una frecuencia de impacto de 230 Hz, que era un Si bemol con armónicos secos, el sonido del cuero contra la goma vulcanizada contra el concreto del pasillo. Un sonido que tenía la autoridad de la gente que camina sabiendo que el espacio le pertenece. Las botas del GM caminaban con la regularidad del protocolo, pasos uniformes, cadencia de setenta por minuto, la marcha de los que siguen instrucciones. Las botas Carmesí caminaban con la irregularidad de los que buscan, pasos que se aceleraban al pasar por una puerta abierta, pasos que se detenían frente a un cuarto, pasos que giraban sobre el talón con el chirrido de la goma vulcanizada contra el concreto.

Gallo oyó las botas en el nivel cinco del Bloque 9, un martes a las diez de la mañana, tres pares de botas Carmesí caminando por el pasillo donde Sien tenía su cuarto. El color de las pisadas era un marrón rojizo oscuro que Gallo no había catalogado antes, un color nuevo en el repertorio de Entreternia, un color que significaba amenaza no porque el sonido fuera amenazante, sino porque el sonido era desconocido y lo desconocido en Entreternia era siempre potencialmente peligroso. Los Carmesí no encontraron a Sien.

Sien había dejado el cuarto cuatro días antes, la red de hemacronos de recepción que la escolta había construido en Entreternia detectó a los Carmesí cuando entraron al Bloque 9 y la información llegó a la escolta treinta minutos antes de que las botas de cuero subieran al nivel cinco. Un hemacrono receptor del nivel dos, una mujer de cuarenta años que trabajaba en el mantenimiento

del generador de respaldo del Bloque, activó su transmisor de chatarra. La señal llegó al transceptor de la escolta. Sien se había mudado al galpón en cuatro horas con el detector civil, el catre, la mesa. El cuarto del Bloque 9 estaba vacío, lo único que quedaba era el olor. El olor de alguien que ha vivido tres meses en un cuarto de tres por tres sin ventilación, sudor absorbido por el concreto de las paredes, aceite de comida procesada en el techo bajo, estrés crónico convertido en compuestos de cortisol, adrenalina que la piel excretaba y que las superficies absorbían y que iban a seguir ahí durante semanas después de que la persona se fuera.

Los Carmesí olieron el cuarto. No con la nariz, sino con un dispositivo. Un detector químico del tamaño de un teléfono que analizaba los compuestos volátiles del aire y que producía un perfil molecular del habitante en la pantalla. El perfil les manifestó que alguien había vivido en ese cuarto recientemente, concentración de cortisol en las paredes indicando estrés crónico, concentración de ácido láctico indicando actividad física intensa, trazas de metal en el aire indicando contacto frecuente con componentes electrónicos.

El perfil les dijo que el habitante era probablemente un operativo, no un civil. No les manifestó quién. No les dijo dónde había ido. No les manifestó que el operativo era un hemacrono cuya firma residual estaba grabada en el campo electromagnético del cuarto con la persistencia de una huella en cemento fresco. Lo que los Carmesí sí encontraron fue el mercado del nivel cinco. Remache no estaba en su puesto. Remache estaba en el galpón con los demás. Pero el espacio entre los dos pilares donde Remache extendía el trapo tenía marcas, las marcas de las placas de la armadura en el suelo, depresiones de medio centímetro en el concreto donde las esquinas de las placas

inferiores de la armadura habían presionado durante meses de sentarse en el mismo lugar, el desgaste específico que produce un hombre de ciento un kilos con veintitrés kilos de armadura sentándose cada día durante ciento veinte días en la misma posición con las piernas cruzadas y la espalda contra el pilar.

Los Carmesí miraron las marcas. Uno de los tres se arrodilló y pasó los dedos por las depresiones, midiendo la profundidad, calculando el peso, estimando el tiempo. Los Carmesí sabían leer marcas. Los Carmesí habían encontrado gente antes por las marcas que dejaban en los lugares donde existían.

Preguntaron. El vendedor de repuestos que estaba al lado del puesto de Remache, el mismo vendedor al que Tyr le había hablado sobre la composición del acero, no respondió nada. El vendedor sabía quién era Remache y sabía que los Carmesí no eran amigos de nadie en el nivel cinco. El vendedor miró a los Carmesí con la expresión de los que viven en los niveles bajos de Entreternia, que han aprendido que la información es más valiosa cuando no se comparte, la expresión de la boca cerrada y los ojos que miran sin ver, la postura del cuerpo que dice “no sé nada” con la convicción del que sabe todo y no va a decir nada.

Los Carmesí ofrecieron cohers. Quinientos por información sobre el hombre de la armadura. Quinientos cohers era más de lo que el vendedor ganaba en dos meses, quinientos cohers era el precio de cuarenta litros de agua limpia o doscientas barras de proteína o un generador de segunda mano que funcionara tres meses antes de necesitar reparación. El vendedor miró los cohers en la palma abierta del Carmesí, monedas de aleación de cobre con el escudo del GM estampado en una cara, el valor numérico en la otra, monedas que

olían a las manos de quien las llevaba, que habían pasado por más manos de las que podían contarse.

Miró a los Carmesí. Los tres hombres con botas de cuero, ropa sin marca y la postura del que no necesita demostrar que puede hacer daño porque el daño es implícito en la forma en que ocupa el espacio. Dijo que no sabía de ningún hombre con armadura. Los quinientos cohers volvieron al bolsillo de las botas de cuero. Los Carmesí se fueron con la paciencia de los que no necesitan encontrar hoy lo que van a encontrar mañana. Pero los Carmesí eran pacientes. Los Carmesí tenían recursos que la escolta no tenía, gente en la calle que escuchaba conversaciones en los puestos de comida, gente en los niveles medios que monitoreaba quién bajaba y quién subía por las escaleras con regularidad sospechosa, gente en el GM que les pasaba información a cambio de favores que el GM no ofrecía pero que los Carmesí sí, acceso a mercancía que no existía en los canales oficiales, protección en los niveles que el GM no controlaba, la eliminación silenciosa de problemas que el GM prefería no saber que tenía.

Los Carmesí tenían tiempo. La escolta tenía urgencia. Y la urgencia es la enemiga de la invisibilidad. La gente que tiene prisa comete errores que la gente que espera no comete. ### CAPÍTULO 033 [S][O][A]

La escolta cerró el séptimo acceso a los túneles en la semana once. Los accesos se cerraban con los emisores de frecuencia. Un emisor instalado en la boca del acceso, en la escotilla, en la grieta, en el conducto emitiendo un campo continuo de 50 Hz que replicaba el campo de las puertas de los bunkers. El campo impedía el paso a cualquier persona que no tuviera la frecuencia de cancelación que Sien emitía con los dedos en las sienes.

Los hemacronos oscuros podían anular el campo con un contrapulso, pero anular requería tiempo, energía, exposición. El oscuro tenía que pararse frente al acceso, emitir durante quince a veinte segundos, y los quince a veinte segundos de emisión continua eran quince a veinte segundos de firma electromagnética detectable que la red de hemacronos de recepción captaba como un faro que se enciende en la oscuridad. Tiempo suficiente para que la alerta llegara a la escolta. Tiempo suficiente para que la escolta decidiera si responder o registrar.

Siete accesos cerrados en once semanas, cada cierre un proceso de dos días: el primer día, Gancho exploraba el acceso, verificaba que no hubiera tráfico oscuro activo; el segundo día, Remache instalaba el emisor con cables soldados a las líneas del bunker para alimentación eléctrica, y Sien calibraba la frecuencia de cierre, verificando que el campo fuera lo suficientemente fuerte para bloquear pero no tan fuerte como para alertar a los sensores del GM que monitoreaban las Torres TAAT y que podían detectar emisiones de 50 Hz si la amplitud excedía cierto umbral.

Cada emisor consumía la energía equivalente a una bombilla de cuarenta vatios, energía que los bunkers proporcionaban a través de las líneas sin que nadie supiera de dónde venía. Los bunkers tenían energía. Los bunkers siempre habían tenido energía. Nadie sabía de dónde.

Cuatro accesos abiertos. Tres de los cuatro estaban en zonas que la escolta no había mapeado completamente, zonas donde los túneles se adentraban en la frontera hacia el norte. El campo residual de los bunkers se mezclaba con el campo del PB y la percepción de Sien se saturaba con la interferencia de las dos frecuencias superpuestas, la

frecuencia de los constructores y la frecuencia del bosque, colisionando en el espacio del túnel y produciendo un patrón de interferencia que Sien describía como “estática”, el equivalente electromagnético del ruido blanco visual. Información tan densa que se vuelve ausencia de información.

El cuarto acceso abierto era el del sótano del Bloque 22. El acceso de Polvo. Arriba, el acceso que conectaba con el circo de colores de cuarenta, tres niños. Ahí, el acceso que Polvo había descubierto por las ratas, las ratas que subían y bajaban por el conducto de ventilación que conectaba el sótano con los túneles, que usaban la ruta como carretera entre el mundo de arriba y el mundo de abajo.

Polvo no quería cerrarlo. Los niños necesitan ese sótano, dijo Polvo. Los pies descalzos de Polvo sobre el concreto manchado de aceite del galpón. Las manos con pigmento rojo en los pliegues. La voz de Polvo era grave, más grave que la de Gallo, más grave que la de Remache. La voz de alguien que habla poco y que cuando habla lo hace con la frecuencia del que pone el peso del cuerpo en cada palabra.

Los oscuros usan ese acceso, expresó Sien. Los dedos en la sien. La voz de Sien era aguda, no aguda como la de un niño, sino aguda como la de un instrumento de cuerda afinado demasiado alto, la tensión de las cuerdas vocales de alguien cuyo sistema nervioso está en alerta permanente y que la alerta tensa los músculos de la laringe. Los niños necesitan ese sótano más de lo que los oscuros necesitan ese acceso.

La discusión fue en el galpón. Los seis de la escolta, más Nico, sentados en el suelo de concreto manchado de aceite. Las ratas de Polvo en un rincón, ocho de las once, las otras tres en el sótano del

Bloque 22, vigilando el conducto con la disciplina de los animales que han aprendido que la vigilancia es la razón por la que siguen vivos.

El mapa de tres metros cuadrados en la pared con los siete accesos cerrados marcados con X roja y los cuatro abiertos marcados con círculos azules. Los transceptores en una mesa de cajas apiladas emitiendo el zumbido verde constante de 102.01 FM. Los emisores en otra mesa, alineados por tamaño, cargados, listos. Los tres dispositivos de transporte en una tercera mesa, intocados, esperando el momento que Faith decidiera, las cajas negras de polímero reforzado con las dimensiones de un maletín grande y el peso de ocho kilos cada una, y la superficie lisa que no revelaba nada de lo que contenía.

Si cerramos el acceso del Bloque 22, los niños pierden el sótano, replicó Polvo. Y los niños no tienen otro lugar. Los niveles bajos no tienen espacios para niños. Los niveles bajos tienen pasillos, cuartos, escaleras, eso es todo. El sótano es lo único que les queda. Es donde duermen los que no tienen cuarto. Es donde juegan los que no tienen patio. Es donde aprenden a sentir el suelo y las paredes y el aire los que nadie más les enseña a sentir.

Si no cerramos el acceso, los oscuros tienen entrada directa al Bloque 22, dijo Sien. El coordinador sigue activo. Lo que neutralizamos fueron los recolectores, los tres de los bunkers, los que operaban a nivel de calle con pulsos detectables. El coordinador opera a otro nivel. El coordinador no emite pulsos. El coordinador es un campo continuo que la red no detecta porque el campo es demasiado tenue para activar el umbral de alerta. Cuando el coordinador decida que hemos cerrado demasiados accesos, va a

venir. Y va a venir por el acceso más cercano a la mayor concentración de niños hemacrone. Que es el Bloque 22.

Polvo miró a Sien. La mirada de alguien que entiende la lógica, la rechaza no porque esté equivocada sino porque la lógica no contiene a cuarenta, tres niños que necesitan un lugar donde el suelo se cubra de colores, las ratas no muerden, un hombre descalzo les enseña a sentir el mundo con las manos y los pies.

Entonces vigilamos, mencionó Polvo. No cerramos. Vigilamos. Las ratas detectan oscuros a veinte metros. Si algo sube por ese acceso, lo sé antes de que llegue al sótano.

¿Y si no estás?, dijo Gallo. Siempre estoy. Gallo miró a Polvo. Los pies descalzos cubiertos de pigmento seco. Las manos con el polvo de colores incrustado en las líneas de las palmas. El cuerpo de alguien que ha convertido un sótano en un refugio y que no va a dejar que la lógica operativa le quite el refugio a los niños que dependen de él.

Ponemos un emisor en el acceso con modo de alerta, expresó Remache. El emisor no cierra, monitorea. Si detecta frecuencia hemacrone oscura, emite una señal a los transceptores. La señal nos llega al galpón en medio segundo. Si Polvo está en el sótano, actúa. Si no está, la escolta llega en cuarenta minutos.

Cuarenta minutos, añadió Polvo. Un oscuro puede borrar a un niño en diez segundos.

Por eso vas a estar siempre, dijo Gallo. Polvo asintió. No con alivio. Con la aceptación del que sabe que “siempre” es una promesa que los cuerpos no pueden cumplir indefinidamente. Los cuerpos se cansan. Los cuerpos duermen. Los cuerpos tienen límites que las promesas no tienen.

Remache instaló el emisor en modo de alerta esa noche. ###
CAPÍTULO 034 [S][H][O]

El coordinador vino por Sien. No por el acceso del Bloque 22. No por ninguno de los accesos mapeados. El coordinador vino por la superficie, por las calles de Entreternia, por los pasillos de los bloques, por las escaleras que conectaban los niveles, caminando entre la gente de los niveles bajos con la invisibilidad de alguien que no emite pulsos detectables porque no necesita emitir pulsos. El coordinador no era un hemacrono que usaba la frecuencia como arma, como los recolectores que usaban la frecuencia como arma.

Los tres oscuros del bunker que la escolta había neutralizado eran hemacronos con pulsos, con emisión detectable, con la firma electromagnética que Sien podía localizar y contrarrestar.

En ese instante, el coordinador era un hemacrono que era la frecuencia, el campo no salía de él en pulsos discretos, sino que lo envolvía como una segunda piel, un campo continuo de baja intensidad que los hemacronos de recepción de la red de la escolta no registraban porque el campo era demasiado tenue para activar el umbral de alerta. Sin decir nada, el coordinador era para los hemacronos oscuros lo que Nico era para los hemacronos del PM, una frecuencia continua que no pulsa, que no se enciende y se apaga, que existe con la constancia del campo gravitatorio que no se puede detectar por su presencia sino por su efecto.

Sien lo sintió. No con el detector civil que estaba en el galpón emitiendo su campo de monitoreo al vacío. No con la red de hemacronos que cubría Entreternia con sus cincuenta nodos de recepción. Con los dedos en la sien a las tres de la mañana en el galpón abandonado.

Acostado en un catre que Remache había construido con tuberías de PVC y lona de camión, despierto porque Sien dormía cuatro horas por noche y el resto del tiempo escaneaba los dedos en las sienes, la presión sobre el hueso temporal. La búsqueda constante de perturbaciones en el campo de fondo que indicaran movimiento oscuro.

Los dedos percibieron una perturbación que no era un punto de emisión sino un cambio en la textura del campo, la textura del campo electromagnético de la zona tenía la consistencia de algo estable, un tejido de frecuencias superpuestas que Sien había aprendido a leer como un médico lee un electrocardiograma. La perturbación era un cambio en ese tejido, no un pico, no un pulso, un estiramiento. No ondas concéntricas con un centro identificable, una corriente que deformaba todo el campo sin punto de origen.

Los oscuros que la escolta había enfrentado eran piedras, emisiones localizadas, detectables, contrarrestables. El coordinador era la corriente. La perturbación se movía. Desde el norte, desde la frontera o desde los túneles o desde la superficie, Sien no podía determinar hacia el sur.

Hacia Entreternia, hacia Ciudad Esperanza. Se movía con la velocidad de una persona caminando cuatro o cinco kilómetros por hora. Se movía con la dirección de alguien que sabe adónde va.

Viene - dijo Sien. La voz baja. La voz que Sien usaba cuando la información era urgente y que era más baja que la voz normal de Sien porque la urgencia no grita, la urgencia susurra, la urgencia ahorra energía para lo que viene después. Gallo se despertó. La palabra fue suficiente, no la palabra sino el tono de la palabra.

La frecuencia de la voz de Sien que Gallo percibía como un azul oscuro que se comprimía cuando la urgencia subía, un azul que a las tres de la mañana significaba amenaza. La escolta había desarrollado en los meses de operación la capacidad de pasar de sueño a alerta en un segundo, la capacidad que el bosque de la frontera les había dado durante el servicio y que la operación contra los oscuros había afinado y que los meses de vigilancia habían cementado en el sistema nervioso como un reflejo que ya no necesitaba pensamiento consciente.

¿Dónde? No sé. Norte. Se mueve hacia el sur. Hacia nosotros. Pero no viene por el equipo. Viene por mí. ¿Cómo sabes que viene por ti? Porque el campo me busca. El campo del coordinador tiene un componente direccional que los recolectores no tenían. No es emisión omnidireccional, es un barrido. El coordinador escanea. Y lo que escanea es frecuencia hemacrono. Busca emisores. Busca hemacronos que emitan. Y yo llevo meses emitiendo pulsos contra cámaras, contrapulsos contra oscuros, réplicas de tarjetas de frecuencia.

Cada emisión deja una firma residual que persiste en el campo de fondo durante semanas. El coordinador está siguiendo mi firma. ¿Puedes dejar de emitir? La firma ya está. Es como una huella. Puedo dejar de caminar, pero la huella sigue ahí. Gallo procesó. El coordinador rastreaba a Sien por la firma residual de meses de emisión. La firma estaba en el campo de fondo de Entreternia, de los túneles, del galpón.

Donde Sien hubiera emitido, la firma estaba. Y la firma era un mapa que le decía al coordinador dónde había estado Sien y dónde buscar.

Nos movemos - contestó Gallo. Ahora. Todo. El equipo, los transceptores, los dispositivos. Todo fuera del galpón. ¿A dónde? A donde Sien no haya emitido. Pausa. El problema era que Sien había emitido en casi todos los lugares que la escolta usaba el galpón.

Los túneles, los accesos, el sótano del Bloque 22, la Torre TAAT-Este. La firma de Sien era el mapa de las operaciones de la escolta. El coordinador no buscaba a Sien, buscaba a la escolta entera a través de Sien.

Cruce 7 - indicó Gancho. Sien no ha estado en Cruce 7. Solo fuimos Gallo, Remache, Nico y yo. Cruce 7. El asentamiento de la frontera donde Tyr reparaba generadores y hablaba de pájaros que comen piedras. A cuarenta kilómetros de Ciudad Esperanza. Fuera del rango de escaneo del coordinador o eso esperaban.

Polvo se queda - dijo Polvo. Gallo lo miró.

Los niños - indicó Polvo. Los niños están en el Bloque 22. Si la escolta se va a Cruce 7, los niños se quedan sin protección. El emisor de alerta avisa, pero si nadie está para responder, la alerta no sirve. Polvo. Me quedo. Las ratas detectan oscuros. Yo detecto al que las ratas no detectan. Me quedo. Gallo no discutió. No porque estuviera de acuerdo, porque Polvo tenía razón.

La razón tenía el peso de cuarenta y tres niños que dormían en los niveles bajos de Entreternia mientras lo que los protegía era un hombre descalzo con once ratas y una frecuencia de 18 Hz.

Te dejamos tres emisores - dijo Remache. Uno en el acceso del sótano. Uno en la entrada del Bloque 22. Uno contigo. ¿Qué hago con un emisor? No soy hemacrono. No necesitas ser hemacrono. El emisor tiene modo manual. Apuntas y aprietas. El pulso paraliza a tres metros durante cinco segundos. Cinco segundos para que corras.

No voy a correr. Cinco segundos para que hagas lo que tengas que hacer. Remache le puso el emisor en la mano. El emisor pesaba ochocientos gramos, el tamaño de una linterna grande, con un gatillo en la empuñadura, una bocina direccional en el extremo.

Polvo lo sostuvo con la misma mano que sostenía ratas, pigmentos y la cara de niños en trance. La escolta se movió antes del amanecer. Cuatro personas más Nico con ciento setenta y dos kilos de equipo, los veinte kilos de emisores que se quedaban con Polvo menos. Los transeptores, los dispositivos de transporte.

Caminaron los seis kilómetros hasta la carretera y esperaron el camión de suministros del GM que iba hacia la frontera. Polvo se quedó en el sótano del Bloque 22. Con las ratas. Con el gato tuerto. Con tres emisores de frecuencia. Las mantas de colores, las tiras de tela en el techo, la caja de cartón con residuo de pigmento.

A las siete de la tarde, cuarenta y tres niños bajaron al sótano. Era martes. Día de polvo. Polvo lanzó pigmentos contra las mantas. Los niños corrieron, gritaron, las ratas corrieron entre los niños, el gato tuerto se quedó en la esquina, el sótano fue lo que siempre era un lugar donde el nivel dos del Bloque 22 no existía y lo que existía era color, movimiento y la frecuencia de calma que salía de un hombre descalzo que no iba a irse de ahí. ### CAPÍTULO 035 [S][O][H]

El coordinador llegó a Entreternia tres días después de que la escolta se fuera a Cruce 7. Polvo lo supo por las ratas. No por una rata por todas. A las dos de la mañana del jueves, las once ratas se despertaron al mismo tiempo. Polvo dormía en el sótano, donde dormía todas las noches desde que la escolta se fue, con el emisor debajo de la almohada de lona y las ratas distribuidas en los rincones como un perímetro de detección orgánico. Las once ratas se

despertaron y las once miraron en la misma dirección. Hacia abajo. Hacia el conducto de ventilación que conectaba el sótano con los túneles de los bunkers. La rata grande, la de trescientos gramos con la mordida en la oreja, se movió primero.

No huyó. Se puso entre Polvo, el conducto. La posición de un animal que decide que lo que viene es amenaza, que lo que está detrás de él vale la pena proteger. Las otras diez hicieron lo mismo, se alinearon entre Polvo y el conducto en una formación que no era militar ni instintiva, sino algo intermedio, la respuesta de animales que han aprendido a confiar en la presencia de un humano y que devuelven esa confianza con sus cuerpos. Polvo se levantó. Tomó el emisor. Encendió el modo manual. El emisor de alerta que Remache había instalado en la boca del conducto se activó. La señal salió a la velocidad de la luz medio segundo hasta el transceptor del galpón abandonado.

Pero el galpón estaba vacío. La señal siguió hasta el transceptor portátil que Gallo llevaba en Cruce 7, a cuarenta kilómetros de distancia. La señal llegó. Gallo la recibió.

Bloque 22 - señaló Gallo. La escolta estaba en Cruce 7. Cuarenta kilómetros. En el transporte del GM, seis horas. Corriendo, imposible. En vehículo civil, tres horas. En los túneles de los bunkers si hubiera un acceso en Cruce 7 que conectara con la red que llegaba a Entreternia, tal vez dos. Pero el mapa de Gancho no mostraba accesos en Cruce 7.

Hay uno contestó Gancho. No en Cruce 7. A cuatro kilómetros al este. Una escotilla que encontré el año pasado y que no pude abrir porque no se debilitaba a las cuatro de la mañana. Pero si Sien la abre...

La abro - dijo Sien. Corrieron. Cuatro kilómetros en la oscuridad de la zona de la frontera, terreno irregular, tierra oscura, las grietas radiales que tiraban hacia el PB. La rodilla de Gallo era un acorde constante de dolor que ya no tenía notas distinguibles, era ruido. Ruido blanco de una articulación que hacía meses que funcionaba más allá de sus parámetros de diseño. Corrió con el ruido. Corrió a pesar del ruido. Corrió porque Polvo estaba solo en un sótano con un emisor de ochocientos gramos y once ratas frente a algo que los hemacronos oscuros llamaban coordinador.

La escotilla. Circular. Sesenta centímetros. Sellada con campo. Sien la abrió en tres segundos, un contrapulso brutal que le sacó sangre de la nariz y que le dejó las piernas temblando. La escotilla cedió. El pasillo del bunker. Dos metros de ancho. Aire seco. Dieciséis grados. Gancho delante. Sin linterna, Gancho conocía los túneles con los pies. Corrieron. El sonido de cinco cuerpos moviéndose por un pasadizo construido para no humanos, el eco de las botas y las placas de la armadura de Remache rebotando en las paredes con una frecuencia que a Gallo le sonó a urgencia cristalizada.

Polvo estaba solo. Polvo estaba de pie en el sótano del Bloque 22 con el emisor apuntando al conducto de ventilación y las once ratas entre él y lo que venía. Lo que venía no producía sonido. No producía frecuencia detectable. Lo que venía era un cambio en la calidad del aire, el aire del sótano se volvió más denso, más frío, con la presión que el bosque de la frontera producía pero concentrada, localizada, viniendo del conducto como un líquido que sube por un tubo. La primera rata huyó. No la grande, una de las pequeñas.

La rata más joven, la que tenía menos experiencia con la frecuencia de Polvo, menos vínculo con la presencia que la calmaba. La rata se fue. Corrió hacia la escalera del sótano, desapareció nivel arriba con la velocidad de la supervivencia sobre la lealtad. Segunda rata. Tercera. Cuarta. Una por una, las ratas rompían la formación y huían. No por cobardía, por biología. El campo que subía por el conducto era más fuerte que la frecuencia de calma de Polvo. La competencia entre las dos señales, la de Polvo que decía “seguro” y la del coordinador que decía algo que las ratas no podían traducir pero que les decía: no estar ahí, la ganaba el coordinador.

Quedaron tres. La grande, dos medianas. Las tres temblaban. Los cuerpos temblando con el miedo que no es miedo sino la colisión entre dos impulsos, quedarse, huir. Las tres se quedaron. La grande porque la grande había estado con Polvo desde el principio y el vínculo era más profundo que el campo. Las dos medianas porque las dos medianas estaban detrás de la grande, la grande no se iba. Polvo apretó el gatillo del emisor. El pulso salió de la bocina direccional con un chasquido que fue electromagnético, no acústico, un chasquido que le vibró en los dientes, en las sienes y en las rodillas.

El pulso entró en el conducto de ventilación y bajó hacia lo que venía. Cincuenta Hz. Frecuencia de parálisis. Alcance: tres metros dentro del conducto. El pulso golpeó algo. Polvo lo supo porque el emisor rebotó el retroceso electromagnético del pulso devuelto por un contrapulso. Lo que estaba en el conducto no se paralizó. Lo que estaba en el conducto emitió un contrapulso que anuló los cincuenta Hz del emisor y que siguió viajando hacia arriba, hacia el sótano, hacia Polvo. El contrapulso golpeó a Polvo en el pecho.

La presión fue más fuerte que cualquier cosa que Polvo hubiera sentido, más fuerte que el campo del bosque, más fuerte que la emisión de los tres oscuros del bunker, más fuerte que la frecuencia del borde de la frontera. El contrapulso del coordinador era un martillo electromagnético que comprimió el sistema nervioso de Polvo en una décima de segundo. Polvo no cayó. Polvo no se sentó. Polvo no se paralizó. Lo que hizo Polvo fue lo que Polvo hacía emitir. No con el emisor. Con el cuerpo. Los 18 Hz que salían de Polvo constantemente, la frecuencia de no-amenaza, la frecuencia que calmaba ratas, niños, oscuros, salió de Polvo con una intensidad que Polvo no sabía que tenía.

La intensidad que produce el cuerpo cuando el cuerpo decide que lo que está detrás de él, cuarenta y tres niños durmiendo en los niveles superiores del Bloque 22, vale más que lo que le está costando. Los 18 Hz de Polvo y el contrapulso del coordinador colisionaron en el espacio del sótano. La colisión produjo una interferencia que sacudió las paredes, que hizo caer las tiras de tela del techo, que hizo saltar la tapa de la caja de cartón donde dormía el gato tuerto. El gato salió corriendo. Las tres ratas restantes se aplastaron contra el suelo.

El impacto fue audible, un zumbido grave que subió por el Bloque 22 y que despertó a las personas que dormían en los niveles superiores sin que supieran qué las había despertado. El coordinador subió. Salió del conducto. Un hombre. No el hombre que Polvo esperaba, no un hombre grande, no un hombre amenazante, no la versión física de la presión electromagnética que producía. Un hombre de estatura media, cabello gris, cincuenta años, ropa civil, manos en los bolsillos. La cara del coordinador era ordinaria.

La cara de alguien que camina por Entreternia sin que nadie lo mire dos veces. La cara de alguien que se sienta en un puesto del mercado y compra barras de proteína y habla del clima. El campo del coordinador llenó el sótano. No como pulso. Como presencia. El aire del sótano se solidificó. La densidad del campo era tal que respirar requería esfuerzo. La presión le entró por cada poro de la piel, empujada hacia dentro. Los pulmones comprimidos, los tímpanos bajo presión. El campo del coordinador era lo que Sien había descrito: no un arma sino un estado.

El coordinador no atacaba existía. Y su existencia comprimía todo lo que estuviera dentro de su radio. Polvo mantuvo la emisión. Los 18 Hz salían de su cuerpo contra la presión del campo del coordinador con la insistencia de algo que no acepta que le digan que se calle. Polvo era la frecuencia opuesta al coordinador, donde el coordinador comprimía, Polvo expandía. Donde el coordinador presionaba, Polvo aliviaba. Las dos frecuencias coexistían en el sótano en una tensión que resonaba en los huesos.

El coordinador miró a Polvo. La mirada fue peor que el campo, la mirada de alguien que evalúa lo que tiene delante y que decide que lo que tiene delante no es una amenaza sino un obstáculo y que los obstáculos se resuelven. El coordinador emitió. No un contrapulso. No un pulso de parálisis. Una frecuencia única, 18 Hz. Los mismos 18 Hz de Polvo. Pero invertidos en fase. La anti-frecuencia de Polvo. Lo que el tercer oscuro del bunker había intentado con las ratas, pero a una escala y con una precisión que el recolector no tenía.

La emisión del coordinador era el negativo exacto de lo que Polvo era. Los 18 Hz de Polvo se cancelaron. No gradualmente. De golpe. La frecuencia que salía del cuerpo de Polvo, la frecuencia que era

Polvo, que definía a Polvo, que era la razón por la que las ratas lo seguían, los niños se calmaban, los oscuros se apagaban, dejó de existir. La anti-frecuencia del coordinador la borró. Polvo se quedó de pie. Sin frecuencia. Sin la emisión que era su identidad. Un hombre descalzo en un sótano con un emisor que no funcionaba. Tres ratas que temblaban y un gato que se había ido.

La rata grande lo miró. Los ojos negros de la rata miraron a Polvo y en los ojos de la rata Polvo vio lo que la rata veía un hombre que ya no emitía. Un hombre que había dejado de ser seguro. Un hombre que había dejado de ser lo que la rata necesitaba que fuera. La rata grande se fue. Las dos medianas la siguieron. Polvo estaba solo. El coordinador caminó hacia Polvo. Dos pasos. Tres. El campo se comprimía con cada paso más denso, más frío, más pesado. La piel de Polvo era hielo. Los pulmones de Polvo eran piedra. Los ojos de Polvo estaban abiertos y miraban al coordinador con la expresión de alguien que sabe que lo que viene no se puede detener y que no tiene intención de apartarse. La puerta del sótano se abrió. Doscientos veintiún kilos de carne. Metal entrando al sótano con la velocidad de quien ha corrido cuatro kilómetros, ha recorrido treinta kilómetros de túnel, ha subido por un conducto, ha cruzado tres niveles del Bloque 22 sin detenerse. Remache entró al campo del coordinador, el campo lo presionó y Remache siguió moviéndose.

Las placas de la armadura atenuaban la frecuencia. No la anulaban, pero la reducían lo suficiente para que los músculos de Remache siguieran respondiendo. Sien detrás de Remache. Las manos extendidas. Emisión de contrafase contra el campo del coordinador, no para anularlo, sino para debilitarlo. Sien sangraba por la nariz y por el oído izquierdo. El costo de la emisión combinado

con el costo de abrir la escotilla y correr treinta kilómetros. Gancho. El gancho de acero. Gallo, cojeando, con el transceptor emitiendo una señal de emergencia a los ciento cuarenta receptores de Entreternia que decía BLOQUE 22 AHORA.

Nico. Nico que entró al sótano y que el coordinador miró, y cuando el coordinador miró a Nico, algo cambió en el campo, una fluctuación, una vacilación, el instante en que un sistema continuo encuentra algo que no puede procesar. La frecuencia continua de Nico, la frecuencia del PB que Faith había descrito, no era atacable con la técnica del coordinador. El coordinador cancelaba frecuencias pulsadas. La frecuencia de Nico era continua. No tenía fase que invertir. No tenía pulso que negar. Existía como la gravedad existe sin interrupciones, sin ciclo, sin la vulnerabilidad del ritmo.

El coordinador retrocedió un paso. Un paso. El primer retroceso de alguien que no retrocedía. La escolta llenó el sótano: cinco cuerpos, cinco capacidades, cinco frecuencias diferentes que juntas producían un campo combinado que no parecía la suma de las partes, sino otra cosa. Remache bloqueando el espacio físico. Sien emitiendo contrafase. Gallo midiendo distancias por eco. Gancho cubriendo la salida. Nico existiendo con una frecuencia que el coordinador no podía cancelar. Y Polvo. Sin frecuencia. Sin emisión.

De pie en el centro del sótano, con el emisor inerte y los pies descalzos sobre mantas de colores y pigmento en la cara. Polvo, sin lo que hacía a Polvo ser Polvo. El coordinador retrocedió otro paso. Otro. Hasta el conducto. Bajó. Desapareció. El campo se fue con él. El aire del sótano volvió a su densidad normal. La presión en los tímpanos cedió. Los pulmones se expandieron. La temperatura subió

dos grados. Polvo se sentó en el suelo. Las manos abiertas. Las palmas sobre las mantas de colores. Los ojos cerrados.

Polvo - dijo Gallo. Polvo no contestó. Polvo estaba buscando. Buscando dentro de su cuerpo la frecuencia que el coordinador le había quitado. Buscando los 18 Hz que habían sido parte de él desde que tenía memoria, la frecuencia que las ratas oían y los niños percibían, y lo que separaba al hombre descalzo en el sótano del hombre al que los animales siguen. No la encontró. ##
TEMPORADA 4: REBELIÓN ### CAPÍTULO 036 [S][A][H]

Las ratas no volvieron. Polvo las esperó tres días. Se sentó en el sótano del Bloque 22 con las palmas sobre el suelo y los ojos cerrados y buscó la frecuencia que el coordinador le había cancelado. Buscó en el cuerpo, en el diafragma, presionando hacia abajo con los músculos abdominales como si la frecuencia fuera un sonido que se pudiera empujar hacia fuera. En las cuerdas vocales, tarareando notas graves, bajando el tono hasta que la vibración dejaba de ser audible, se convertía en sensación en el punto donde el tarareo se convierte en resonancia. Ahí era donde los 18 Hz habían vivido.

En los huesos del cráneo que habían resonado a 18 Hz desde que tenía memoria, el frontal, los parietales, el temporal, los huesos que oscilaban con la frecuencia propia como un diapasón vibra con su nota y que ahora no vibraban con nada. Buscó en el suelo, en el concreto que había transmitido su frecuencia a las ratas. A los niños, a los oscuros durante meses, el concreto que debería tener un residuo de los 18 Hz absorbido en su estructura como el concreto absorbe humedad, calor, olor. Puso las palmas planas.

Presionó. El concreto devolvió frío y calma. Buscó en el aire del sótano donde los residuos de pigmento rojo, azul, amarillo flotaban

con la suspensión de las cosas que no pesan lo suficiente para caer, partículas de óxido de hierro, sulfato de cobre que habían estado en ese aire durante meses. Que se depositaban sobre las superficies, se levantaban con el movimiento y se depositaban otra vez con la paciencia de lo que no tiene prisa. No encontró. Los 18 Hz no estaban. No dormidos, no atenuados, no bloqueados por la interferencia residual del campo del coordinador.

No estaban. La anti-frecuencia del coordinador no había bloqueado la emisión de Polvo, la había borrado. De la misma manera que los oscuros borraban a la gente en el campamento de desplazados de Sien, dejando el cuerpo intacto y la persona ausente. El coordinador había borrado una parte de Polvo. La parte que emitía. La parte que las ratas oían. La parte que los niños percibían sin nombrarla. El gato tuerto volvió al segundo día. Se sentó en la caja de cartón con el ojo abierto y el ojo cerrado, el ojo cerrado era el que faltaba. El párpado cosido sobre la cuenca vacía con la cicatriz rosada del tejido que cierra una herida que no debería existir.

El gato miró a Polvo. El gato no necesitaba 18 Hz, el gato necesitaba la caja de cartón, la ausencia de amenaza, las migas de barra de proteína que Polvo dejaba en el borde de la caja cada noche. La relación entre el gato y Polvo no era de frecuencia sino de territorio y rutina. El gato era del sótano. Polvo era del sótano. Los dos coexistían por proximidad, no por resonancia. El gato no se había ido por el coordinador, se había ido por la perturbación. Cuando cesó, el gato volvió. Para el gato, la ausencia de los 18 Hz era alivio.

Alivio mejor que el conflicto entre Polvo y el coordinador que había hecho saltar la tapa de la caja. El gato prefería la pausa. Los

niños vinieron el martes. Cuarenta y tres niños bajaron al sótano a las siete de la tarde por la escalera que conectaba el nivel dos con el sub-nivel donde Polvo había construido su mundo de colores. Los pies de los niños en la escalera producían un sonido que Polvo percibía a través del suelo, cuarenta y tres pares de pies entre tres y once años, zapatos de tela, sandalias de plástico y pies descalzos, el peso de cada niño una presión diferente sobre los escalones de concreto.

Polvo los recibió. Lanzó pigmentos. Los niños corrieron. Gritaron. Se cayeron. Se levantaron. Los colores explotaron contra las mantas, las tiras de tela con la dispersión del polvo fino que encuentra superficies, rojo contra blanco, azul contra amarillo, la mezcla de colores produciendo marrones y verdes y violetas que no existían en los pigmentos originales sino en la colisión. El sótano fue lo que siempre era. Pero los niños lo sintieron. No los adultos, los niños. Los niños que habían aprendido a percibir frecuencias con los pies y las manos y las orejas contra las tuberías del Bloque 22 que transmitían la vibración de la ciudad.

Los niños que venían al sótano del Bloque 22 no por los colores sino por la calma que los colores cubrían, la calma que era los 18 Hz de Polvo llenando el espacio como el agua llena un recipiente, sin ser visible pero presente en cada molécula de aire. La calma no estaba. Los niños no la articularon. Los niños de cinco y seis y siete años no tienen las palabras para decir “la frecuencia de fondo del espacio ha cambiado.” Lo que hicieron fue quedarse más cerca de Polvo. Los que normalmente corrían por los bordes del sótano persiguiendo nubes de pigmento se quedaron en el centro, a menos de dos metros de Polvo.

Sin aviso, los que normalmente gritaban gritaron menos, los gritos más cortos, más agudos, con la tensión del que grita para verificar que el espacio responde, que el espacio no respondía como antes. Despacio, los que normalmente tocaban a las ratas buscaron a las ratas, no las encontraron y miraron a Polvo con la pregunta que los niños hacen con los ojos cuando ya no está, los ojos más abiertos, la cabeza inclinada, la boca ligeramente abierta, la postura del cuerpo que dice “¿dónde?”

Polvo no explicó. Polvo lanzó más pigmento. Más color. Más chispas de limadura de hierro contra la placa de acero que producían arcos de luz naranja que duraban medio segundo y que los niños perseguían con las manos extendidas. Más ruido, más movimiento, más todo lo que no era 18 Hz para llenar el espacio que los 18 Hz habían dejado. El espacio no se llenó. El ruido, el movimiento ocupaban el lugar pero no lo llenaban. A las ocho, los niños se fueron. Subieron la escalera con los pies manchados de pigmento, huellas rojas, azules en los escalones que iban a durar hasta que alguien las limpiara y que nadie iba a limpiar porque nadie limpiaba la escalera del sub-nivel del Bloque 22. Las huellas de los niños eran el registro de que habían estado ahí. Las huellas se iban a quedar cuando los niños se fueran de Entreternia.

Polvo se quedó. Se sentó en el suelo. Puso las palmas sobre el concreto. Cerró los ojos. Buscó. No encontró. A las nueve llegó Gallo. La rodilla de Gallo producía ahora un ruido que era audible sin sinestesia, un chasquido húmedo en cada paso que indicaba que el líquido sinovial se había acumulado alrededor del menisco desplazado y que la articulación funcionaba dentro de una cápsula de inflamación que hacía de amortiguador improvisado. Cada paso era

un chasquido seguido de un chirrido seguido de quietud. La secuencia se repetía con la regularidad de un metrónomo defectuoso. Gallo se sentó junto a Polvo. ¿Volvieron? No. ¿Y la frecuencia? Polvo abrió los ojos. Los ojos de Polvo eran los de alguien que ha perdido un sentido. No la vista ni el oído ni el tacto, un sentido que no tenía nombre.

Un sentido que le permitía comunicarse con lo que no era humano, calmar lo que estaba agitado, existir en una frecuencia que los demás percibían sin nombrarla. No está, añadió Polvo. Gallo no observó “va a volver.” Gallo no dijo “dale tiempo.” Gallo no observó nada de lo que la gente dice cuando alguien pierde algo porque lo que la gente dice cuando alguien pierde algo es ruido y Gallo era el que menos ruido producía de los cinco. Lo que Gallo hizo fue sentarse y escuchar el sótano. El sótano sin la frecuencia de Polvo sonaba diferente, más vacío, más resonante, con un eco que antes no tenía porque los 18 Hz de Polvo habían llenado el espacio con una presencia que absorbía las reverberaciones.

Sin Polvo, el sótano fue un cuarto de concreto con mantas en el suelo, tela en el techo, el olor de pigmentos, la ausencia de algo que solo se nota cuando ya no está. Sigues siendo Polvo, dijo Gallo. Polvo sin frecuencia es un hombre descalzo en un sótano con colores. Un hombre descalzo en un sótano con colores que cuarenta y tres niños necesitan. Con frecuencia o sin ella. Polvo no contestó. Lo que hizo fue levantar la mano y abrirla. La palma estaba cubierta de pigmento rojo, óxido de hierro, el color de la sangre oxidada, el color de la tierra de la frontera, el color del metal que Remache remachaba. El pigmento se adhería a las líneas de la mano con la obstinación de lo que lleva meses incrustado en la piel. La mano de Polvo era un mapa

de lo que Polvo hacía. El mapa no había cambiado. Lo que Polvo hacía no había cambiado. Lo que había cambiado era lo que Polvo era. ### CAPÍTULO 037 [S][H][O]

Sien colapsó a las tres semanas. No durante una operación. No durante una emisión. En el catre de Cruce 7, a las seis de la mañana, cuando el sol de la frontera pintaba una línea de luz sobre el suelo de tierra compactada. Nueve grados el aire seco de la zona intermedia que bajaba de noche hasta los cuatro. El catre era un marco de tuberías de PVC que Remache había cortado y ensamblado treinta y dos milímetros de diámetro. Lona de camión por colchón. El catre crujía cuando Sien se movía, los ensambles de PVC producían un chirrido agudo que Gallo catalogaba como un La a 440 Hz exactos, la nota de referencia de cualquier afinador, el catre de Sien convertido en un instrumento que marcaba la nota a la que todo lo demás debía ajustarse.

Sien intentó levantarse y las piernas no respondieron. El intento fue visible para Gallo. Los músculos del abdomen de Sien se contrajeron, los brazos empujaron contra el catre, el torso se elevó quince grados y las piernas se quedaron donde estaban. No la rigidez del calambre ni la flojedad de la fatiga, la ausencia total de respuesta. Los músculos de los muslos no se contrajeron. Los cuádriceps no respondieron a la señal que el cerebro enviaba. Los nervios que conectaban la corteza motora con los músculos de las piernas habían dejado de transmitir.

Los dedos fueron a las sienes, el gesto automático, la calibración de siempre, el movimiento que Sien hacía doscientas veces al día con la regularidad de un tic que no era tic sino necesidad, y los dedos no encontraron nada. No la frecuencia del coordinador ni el campo de

fondo de la frontera que a cuarenta kilómetros de las Torres TAAT era un murmullo de supresión atenuado por la distancia pero presente, ni las emisiones de los hemacronos de la red que a trescientos kilómetros eran puntos tenues pero detectables.

Nada. Los dedos presionaron el hueso temporal con la fuerza del que busca siempre estuvo ahí, los callos de las sienes contra los callos de las yemas, piel endurecida contra piel endurecida, la interfaz entre Sien, el mundo electromagnético, lo que volvió fue nada. No la ausencia de sonido, la ausencia de sentido. La sordera del que no oye y la ceguera del que no ve. Vacío total donde antes había habido un universo de frecuencias. Gallo lo encontró a las seis y cuarto. No por el sonido, por la ausencia de sonido.

Cada mañana a las seis, Sien se levantaba del catre, el catre emitía su La sostenido, Sien caminaba tres pasos hasta la palangana de agua que Remache llenaba cada noche del pozo de Cruce 7 y Sien se lavaba la cara con el agua de nueve grados que producía un chapoteo en La menor que Gallo oía desde su catre en la caseta contigua. A las seis y cuarto, el La sostenido del catre no había sonado. El chapoteo de La menor no había sonado. La calma era la alarma. Sien estaba en el catre con las piernas extendidas, las manos en las sienes, los ojos abiertos, la expresión de alguien que busca una puerta en una pared y la pared no tiene puerta.

La piel de Sien estaba gris, no pálida, gris. El gris de la fatiga profunda que ha cruzado la línea entre cansancio, agotamiento sistémico, el gris que tiene el cuerpo cuando ha quemado las reservas de glucógeno y ha empezado a quemar proteína muscular. Las toxinas de la degradación proteica se acumulaban en la sangre y le daban a la piel el color de la ceniza mojada. Los ojos inyectados no de

desvelo sino de los vasos capilares del blanco del ojo que se rompen cuando la presión intracraneal sube por encima de lo normal durante periodos prolongados. Los ojos de alguien cuyo cerebro ha estado bajo presión electromagnética interna durante meses y que la presión ha dejado marcas en forma de líneas rojas que cruzaban el blanco del ojo como grietas en una superficie blanca.

Los labios agrietados con sangre seca en las comisuras no de morderse los labios sino del sangrado nasal que bajaba por la garganta y que salía por la boca cuando Sien dormía boca arriba, la sangre que se secaba en las comisuras con la costra oscura de la hemoglobina oxidada.

No siento - replicó Sien. ¿Qué no sientes? Nada. No siento frecuencia. No siento campo. Al fondo, no siento la frontera. Entonces, no siento las Torres. No siento los hemacronos. No siento nada. Gallo se arrodilló junto al catre. La rodilla cedió con el chasquido habitual. Miró a Sien. La piel de Sien estaba gris, no pálida, gris. El gris de la fatiga profunda, del cuerpo que ha gastado reservas que no tenía. Los ojos inyectados no de desvelo sino de los vasos capilares que se rompen cuando la presión intracraneal sube por encima de lo normal durante periodos prolongados. Los labios agrietados con sangre seca en las comisuras no de morderse los labios sino del sangrado nasal que bajaba por la garganta y que salía por la boca cuando Sien dormía boca arriba.

Meses de emisión. Meses de contrapulsos contra cámaras, contra oscuros, contra puertas de campo. Justo entonces, meses de réplica de tarjetas de frecuencia. Antes de que pudiera reaccionar, meses de abrir escotillas de bunkers con contrapulsos brutales. El cuerpo de Sien había pagado cada emisión con energía bioeléctrica que no se

regeneraba a la velocidad a la que Sien la gastaba. Y ahora el cuerpo había cerrado la cuenta.

¿Puedes mover las piernas? - apuntó Gallo. Sien intentó. El pie derecho se movió tres centímetros. El izquierdo no se movió. El izquierdo no respondía. ¿Dolor? No. Ausencia. No duele. No está.

Gallo miró a Remache. Remache estaba en la puerta de la caseta. La mirada de Remache - dijo lo que Gallo estaba pensando: el sistema nervioso de Sien se estaba apagando. No de golpe por secciones. Las piernas primero. Después las manos. Después los dedos que iban a las sienes. El cuerpo de Sien se estaba desconectando de la misma manera que los oscuros desconectaban a sus víctimas desde la periferia hacia el centro. La diferencia era que los oscuros lo hacían desde fuera y a Sien se lo estaba haciendo su propio cuerpo. El costo de ser hemacrono y de usar la frecuencia como herramienta era que la herramienta gastaba al usuario.

Necesita descanso - dijo Remache. No un día. Semanas. Meses. No tenemos meses. Entonces tiene lo que tiene. Y lo que tiene es que si vuelve a emitir antes de que el sistema nervioso se regenere, las piernas no van a ser lo único que pierda. Sien escuchó. Los ojos abiertos, las manos en las sienes donde no había nada, las piernas que respondían una sí y otra no.

Los dispositivos de transporte - declaró Sien. Necesitan emisión hemocrone para activarse. Si yo no puedo emitir, no podemos cruzar.

Nico puede emitir - comentó Gallo. Nico emite frecuencia continua del PB. Los dispositivos necesitan DOS frecuencias, una pulsada y una continua. Nico es la continua. Yo soy la pulsada. Sin las dos, los dispositivos no se activan. ¿Cuánto tiempo para recuperar emisión? No sé. Nunca llegué a cero antes. Los oscuros que conozco

que llegaron a cero... algunos recuperaron. Algunos no. Los que no recuperaron se quedaron como están. Sintiendo nada. Viendo nada. Cuerpos con la infraestructura hemocrone intacta pero sin energía para usarla. Hemacronos apagados. Nadie habló. Calculaban. La escolta tenía un hemacrono que no podía emitir, un hombre que había perdido su frecuencia, una rodilla que funcionaba con inflamación como amortiguador, y un coordinador que seguía operando en Entreternia con la impunidad de alguien que sabe que lo que tiene enfrente está roto.

Se recupera aquí - dijo Gallo. En Cruce 7. Lejos de la firma residual. Lejos del coordinador. Aquí no hay campo que le exija nada. Aquí descansa. ¿Y la escolta? La escolta opera con lo que tiene. Tiene a Remache. Tiene a Gancho. Tiene a Nico. Me tiene a mí con una rodilla que funciona la mitad del tiempo. Y tiene a Polvo sin frecuencia pero con cuarenta y tres niños que proteger.

Cinco menos dos - admitió Sien. Cinco menos dos capacidades. Cinco personas siguen siendo cinco personas. Sien cerró los ojos. Los dedos se quedaron en las sienes. El gesto vacío de alguien que busca lo que siempre estuvo ahí y que ahora es una pared sin puerta. ###
CAPÍTULO 038 [S][O][H]

Lo que cada miembro perdió:

Gallo perdió la rodilla. No metafóricamente la rodilla izquierda dejó de funcionar como rodilla, se convirtió en una articulación que se doblaba en una dirección y se trababa en las otras y que producía un sonido que había dejado de ser La sostenido sino un acorde de cinco notas que incluía frecuencias que Gallo no había oído antes en el cuerpo humano. Frecuencias de cartílago desplazado un chasquido húmedo en la banda de 300 Hz que sonaba como dos superficies

mojadas separándose. Frecuencias de ligamento sobreextendido un chirrido agudo a 1200 Hz que era el colágeno estirándose más allá de su elasticidad diseñada.

Frecuencias de hueso rozando hueso donde el menisco ya no estaba un crujido grave a 80 Hz que era el sonido del fémur contra la tibia sin el amortiguador de cartílago que la naturaleza había puesto entre los dos para que no se tocaran nunca. Las cinco notas juntas producían un acorde que Gallo percibía como marrón con vetas negras el color del daño. El color de lo que se usa más allá de su vida útil. Gallo caminaba con un bastón que Remache le fabricó con un tubo de aluminio de veinticinco milímetros y un mango de caucho que Remache cortó de la empuñadura de un cable de acero del GM.

El bastón pesaba cuatrocientos gramos más liviano que el emisor de Polvo, más pesado que el gancho de Gancho. La longitud era de noventa y tres centímetros calculada por Remache midiendo la distancia desde el suelo hasta la articulación de la cadera de Gallo y restando cinco centímetros para que el bastón forzara una ligera inclinación hacia la izquierda que aliviara la presión sobre la rodilla derecha que ahora cargaba el sesenta por ciento del peso. La punta del bastón era una arandela de acero soldada al extremo del tubo que Remache había cóncavo con la técnica de Tyr el punto de contacto con el suelo producía un Do natural cuando golpeaba concreto. Un Re bemol cuando golpeaba tierra, y un Si cuando golpeaba el material gris de los bunkers.

El Do del bastón y el acorde de la rodilla se alternaban en cada paso paso-acorde, bastón-Do, paso-acorde, bastón-Do un ritmo que la escolta aprendió a reconocer de la misma manera que Entreternia había aprendido a reconocer el repiqueteo de la armadura de

Remache. El ritmo de Gallo era el nuevo metrónomo de la escolta. Cuando el ritmo se aceleraba, la escolta se aceleraba. Cuando el ritmo se detenía, la escolta se detenía. Cuando el ritmo cambiaba de tono Do a Re bemol, concreto a tierra la escolta sabía que habían cambiado de superficie sin necesidad de mirar el suelo.

Sien perdió la emisión. Las piernas se recuperaron en dos semanas la izquierda primero, la derecha después, la secuencia inversa a la del colapso. Los dedos volvieron a las sienes y encontraron algo no la percepción completa de antes sino un eco. Un residuo ver a través de un cristal sucio. Sien percibía campos pero no los distinguía. Percibía frecuencias sin embargo, no las medía. Lo que antes era un instrumento de precisión ahora era un sensor genérico que decía “hay algo” sin decir “qué es.” Suficiente para detectar amenaza.

Insuficiente para contrarrestarla. Pero a las cuatro de la mañana, cuando el campo de los bunkers se debilitaba, los dedos percibían medio segundo de cosquilleo antes de desaparecer. Sien no lo mencionó. Sien no podía emitir contrapulsos. No podía replicar tarjetas de frecuencia. No podía abrir puertas de campo. Lo que Sien podía hacer era sentir que algo venía. Lo que no podía hacer era pararlo.

Polvo perdió la frecuencia. Los 18 Hz no volvieron. Lo que volvieron fueron las ratas no las once originales sino tres nuevas que encontraron el sótano del Bloque 22 por la ruta que los roedores usan para encontrar comida y refugio.

Las tres nuevas no seguían a Polvo por frecuencia lo seguían por costumbre. Polvo les daba comida. Polvo no las amenazaba. Polvo existía en el sótano con la constancia de los muebles. Las ratas

nuevas se quedaron por territorio, no por vínculo. Y los niños los cuarenta, tres niños que venían los martes, viernes siguieron viniendo. No por la calma que Polvo irradiaba porque Polvo estaba ahí. Porque el sótano seguía teniendo colores, chispas y un hombre descalzo que les enseñaba a sentir el suelo con los pies.

La frecuencia se fue. El hombre se quedó. Remache perdió tres placas de la armadura. Tres de ciento cuarenta y siete las dos placas del hombro izquierdo y la placa dorsal superior que se rompieron cuando Remache cargó a Sien desde la escotilla de Cruce 7 hasta la caseta. Corriendo cuatro kilómetros con el peso de Sien sumado al peso de la armadura sumado al peso de los transceptores que cargaba en la bolsa de lona. La carrera por la zona intermedia Sien inconsciente sobre el hombro izquierdo, doscientos ochenta y cuatro kilos sobre terreno irregular sometió las placas del hombro a una fatiga que el acero de desecho no pudo absorber.

Cada paso era un impacto. Cada impacto transmitía una onda de choque desde las botas hasta el hombro. Las dos placas del hombro izquierdo las que cargaban el peso de Sien recibieron cuatro mil impactos en treinta minutos de carrera. En el impacto tres mil setecientos doce, la primera placa se agrietó. La grieta fue audible un chasquido metálico que Gallo oyó como un Sol agudo, el sonido del acero que cede. En el impacto tres mil ochocientos cuarenta, la segunda placa se agrietó. La placa dorsal superior cedió al llegar a Cruce 7 la expansión del pecho de Remache al dejar a Sien en el catre. La inhalación profunda del que ha corrido treinta minutos con carga máxima, produjo una presión interna que la placa de la espalda no pudo contener.

Las tres placas se agrietaron por fatiga del metal el acero de desecho que Remache usaba tenía ciclos de vida limitados y los ciclos se habían agotado. El metal había dado todo lo que tenía. Remache reparó dos de las tres. Las dos del hombro soldadura con estaño. Presión con el pulgar, la técnica que convertía una grieta en una unión más fuerte que el metal original estaño dúctil donde el acero había cedido. La tercera la placa dorsal superior no tenía reparación. El metal estaba cristalizado frágil, incapaz de absorber impacto sin romperse en fragmentos.

Remache lo supo cuando intentó doblar la placa con las manos, la placa se rompió limpia, sin deformación, con el sonido de la cerámica, no del metal. Remache la quitó. La armadura quedó en ciento cuarenta y cuatro piezas. El hueco en la espalda siete centímetros de ancho por doce de alto donde la piel de Remache estaba expuesta era la vulnerabilidad que Remache no podía cubrir. La tuerca giró más rápido durante los días que siguieron a la pérdida de la placa. Clic clic clic el ritmo de procesamiento acelerado. El sonido de Remache calculando qué parte del cuerpo cubrir con qué placa para minimizar el hueco, los dedos buscando la solución mecánica a un problema que la mecánica no podía resolver porque no había metal de reemplazo en Cruce 7 que tuviera la calidad necesaria para una placa dorsal.

Gancho perdió el anonimato. Los Carmesí identificaron a Gancho en la semana catorce. No por los túneles por la técnica. Los Carmesí encontraron la escotilla que Sien había abierto en Cruce 7 y examinaron las marcas de apertura. Las marcas de palanca de Gancho tenían geometría reconocible ángulo. Profundidad, dirección del torque. Los Carmesí tenían un archeopunk propio un especialista

en apertura de estructuras antiguas que reconoció la técnica de Gancho porque Gancho había trabajado con él antes de la escolta, antes del servicio, cuando Gancho era un adolescente que abría bunkers por encargo para vendedores del mercado negro.

El especialista le dio a los Carmesí el nombre de Gancho. Los Carmesí lo buscaron. No lo encontraron Gancho estaba en Cruce 7. Pero los Carmesí tenían el nombre y con el nombre tenían el hilo y con el hilo iban a tirar hasta encontrar la madeja. Gancho no durmió la noche que Remache le dijo. Se quedó sentado en el túnel con el mosquetón abierto. Mirando la escotilla, calculando cuántas rutas alternativas quedaban si los Carmesí cerraban esta. Calculó siete. Después calculó que siete no parecían suficientes.

Después dejó de calcular. Nico no perdió nada visible. Nico seguía siendo Nico sin registro, sin ruido, con la frecuencia continua del PB que nadie percibía porque lo continuo no se percibe. Pero lo que Nico perdió fue interno la certeza. Nico había venido a la escolta con un objetivo: cruzar al PB. Volver. Buscar a la familia que dolía en el espacio vacío de su memoria. Los dispositivos de transporte eran el medio. Sien era la llave. Y Sien estaba rota. Los dispositivos seguían en sus cajas negras. Intactos, funcionales, esperando dos frecuencias que los activaran.

Una de las dos frecuencias estaba apagada. No sabían cuándo iba a volver. Si iba a volver. Nico sacaba el cuarzo con jade del bolsillo y lo sostenía en la mano y la piedra no resonaba. La piedra había resonado cuando Tyr se la dio Gallo lo había sentido. Ahora la piedra era piedra. Fría. Dura, inerte. Cuarzo blanco con vetas verdes de jade. Un gastrólito, había dicho Tyr. Una piedra que ha pasado por

dentro de algo vivo. Nico cerraba la mano sobre la piedra y esperaba.

CAPÍTULO 039 [S][H][A]

Faith vino a Cruce 7 en la semana dieciocho. Vino en el camión de suministros del GM, el mismo camión, el mismo conductor de cincuenta años con la mirada fija en la carretera. Faith viajó en la parte trasera entre los pallets de barras de proteína con la tableta de papel y el bolígrafo de 0.3 milímetros y los ojos grises que registraban sin añadir. Faith bajó del camión en el punto de carga donde la escolta había subido meses antes la estación de bombeo del GM a tres kilómetros de Cruce 7. Caminó los tres kilómetros por la carretera de tierra compactada con la postura del que no tiene prisa porque la prisa es enemiga de la percepción y Faith era percepción.

Los tres operativos no venían con ella. Faith vino sola. Las botas de Faith dejaron huellas en la tierra seca que el viento de la tarde borró en diez minutos. Vino con información. La información era esta: el GM había activado la Directiva de Restitución. La Directiva era un protocolo que el GM no había usado en veinte años, un protocolo de emergencia que autorizaba operaciones militares dentro del territorio civil para recuperar material clasificado. La última vez que la Directiva se activó fue durante una revuelta en Sanguisburg que duró tres días, que terminó con cuarenta y siete civiles muertos y el material clasificado recuperado intacto.

El GM no negociaba la devolución de material clasificado. El GM lo tomaba. La Directiva era la forma legal en que el GM autorizaba a sus tropas a entrar a territorio civil, a tratar a la población civil como obstáculo en lugar de como ciudadanos, la diferencia entre “pida identificación y registre”, “aparte del camino y confisque”.

La Directiva significaba que el GM iba a mandar tropas a Entreternia. No los guardias de turno de las Torres TAAT, tropas operativas del batallón de seguridad interior, entrenadas en operaciones de barrido urbano, con armamento de frecuencia estándar que incluía emisores de parálisis de veinte metros de alcance y escudos de campo personal y drones de vigilancia interior que operaban en espacios cerrados con una autonomía de cuarenta minutos. Las tropas iban a revisar los niveles bajos de Entreternia, bloque por bloque, nivel por nivel, cuarto por cuarto.

Iban a encontrar a Polvo, a los niños y al sótano del Bloque 22 con las mantas de colores, las tiras de tela y la caja de cartón del gato tuerto. Iban a encontrar los emisores de alerta que Remache había instalado en los accesos de los túneles. Casi sin pensarlo, iban a encontrar los transmisores de chatarra que los ciento cuarenta receptores usaban para comunicarse con la escolta. Más allá, iban a encontrar las huellas de pigmento en las escaleras.

¿Cuándo? - manifestó Gallo. La voz de Gallo en el galpón vacío de Cruce 7 la escolta se había mudado del galpón de seis kilómetros al norte a las casetas del asentamiento, pero usaban el taller de Tyr para las reuniones porque el taller tenía paredes de metal que bloqueaban las señales del GM y porque Tyr seguía ahí, reparando un generador en el fondo del taller con la mano izquierda y el muñón moviéndose con el fantasma de la mano derecha, sin participar en la reunión pero presente, escuchando.

El murmullo constante de 160 Hz que Tyr producía cuando trabajaba servía de fondo sonoro. Semanas. El GM necesita tiempo para movilizar. La Directiva requiere aprobación de tres niveles de mando, cada nivel tarda entre cinco y diez días en procesar la

autorización porque cada nivel tiene que verificar que la autorización del nivel anterior es legítima, que la documentación está completa, que el protocolo se sigue al pie de la letra porque el GM es una burocracia.

Las burocracias funcionan con papel, firmas y sellos incluso cuando lo que autorizan es una operación militar contra civiles. Pero la autorización viene. No es cuestión de si, es cuestión de cuándo. ¿Qué hacemos? Lo que hace cualquier estructura que enfrenta una fuerza superior: se dispersa. La escolta no puede pelear contra el GM. La escolta no puede proteger Entreternia contra tropas operativas.

Lo que la escolta puede hacer es lo que hizo desde el principio: operar donde el GM no puede operar. Los niveles bajos. Los túneles. La frontera. Los lugares donde la frecuencia del bosque satura la electrónica y las armas del GM dejan de funcionar. ¿Y los niños? Faith miró a Gallo. La mirada de Faith era la de alguien que ha tomado decisiones que cuestan vidas humanas y que sabe que las decisiones que cuestan vidas humanas no se disfrazan de decisiones que no cuestan nada.

Los niños son problema de Entreternia - apuntó Faith. No de la escolta. Los niños son problema de Polvo - dijo Gallo. Y Polvo es la escolta. Polvo sin frecuencia es un civil con pigmentos. Polvo con frecuencia era un arma. La escolta necesita armas, no civiles.

Gallo no contestó inmediatamente. Lo que hizo fue escuchar la pausa que siguió a las palabras de Faith, la pausa donde el eco del galpón devolvió “no civiles” con la distorsión del espacio resonante. La pausa donde Gallo procesó que Faith veía a la escolta como un

instrumento y que los instrumentos que dejan de funcionar se descartan.

Polvo es la escolta - dijo Gallo. Con frecuencia o sin ella. Sien es la escolta. Con emisión o sin ella. Yo soy la escolta con una rodilla que suena a ferretería. La escolta no es lo que hacemos. Es lo que somos. Faith sostuvo la mirada. Los ojos grises evaluando. La tableta de papel en la mano, el bolígrafo negro. Cinco segundos.

La rebelión necesita infraestructura - señaló Faith. Necesita gente que opere los transceptores, que mantenga los emisores, que navegue los túneles, que entrene a los que vienen después. La escolta es esa infraestructura. No la fuerza de choque, la columna vertebral. La estructura que sostiene todo lo demás. Cuando la Directiva llegue a Entreternia, la escolta tiene que estar fuera de Entreternia. En la frontera. En los túneles. En los lugares que el GM no puede alcanzar.

Desde ahí, la escolta sigue operando. Desde ahí, la escolta sigue transmitiendo en 102.01 FM. Desde ahí, los ciento cuarenta se convierten en mil. ¿Y los niños? Los niños se evacúan antes de la Directiva. Los padres del nivel dos saben lo que viene, escuchan 102.01 FM. Despacio, los padres sacan a los niños de Entreternia. Casi sin pensarlo, los llevan a los asentamientos de la frontera donde el GM no tiene presencia permanente. Cruce 7. Cruce 12. Los lugares donde Tyr repara generadores y donde la gente vive fuera del alcance de las Torres TAAT.

¿Y Polvo va con los niños? Polvo va donde Polvo necesite ir. Polvo decide. Gallo asintió. No porque Faith tuviera razón, porque Faith tenía un plan y un plan era más de lo que la escolta tenía en ese momento. La escolta tenía equipamiento que funcionaba pero que no podían usar porque una de las dos llaves de activación estaba

apagada. Tenía capacidades reducidas. Sien sin emisión, Polvo sin frecuencia, Gallo con un bastón que producía un Do en cada paso.

Tenía un coordinador hemacrono oscuro operando en Entreternia con la impunidad de alguien que sabe que lo que tiene enfrente está roto y que puede esperar a que se termine de romper. Tenía los Carmesí buscándolos con la paciencia de la organización que no tiene plazo porque el plazo lo pone el GM, el GM les paga lo mismo si encuentran en un mes o en seis. Y tenía seis personas que habían perdido partes de lo que eran, que seguían de pie con lo que les quedaba como la armadura de Remache seguía siendo armadura con ciento cuarenta y cuatro piezas aunque tuviera un hueco en la espalda.

Tyr dejó de trabajar en el generador. El murmullo de 160 Hz cesó. El taller sin Tyr era más vacío de lo que debería ser. El murmullo de Tyr llenaba el espacio de la misma manera que los 18 Hz de Polvo llenaban el sótano, y cuando el murmullo paraba, el espacio se vaciaba. Tyr miró a la escolta desde el fondo del taller. La media sonrisa. Los ojos que se detenían en cada uno con la evaluación rápida del que lee componentes: Gallo con el bastón, Sien en el catre con los dedos en las sienes, Remache con la tuerca, Gancho con el gancho, Nico con la mano en el bolsillo donde estaba el cuarzo.

Tyr no señaló nada. Tyr volvió al generador. El murmullo de 160 Hz regresó. Nos movemos a la frontera - dijo Gallo. Todos. La escolta opera desde los túneles. Los transceptores cubren ochocientos kilómetros con la amplificación de las líneas de los bunkers desde la frontera llegamos a Entreternia, a Ciudad Esperanza, a los asentamientos. La red de hemacronos sigue funcionando. Los cincuenta receptores en Entreternia no necesitan a la escolta para

funcionar. Necesitan los transmisores de chatarra y la instrucción que ya tienen.

Los ciento cuarenta se convierten en más. Y cuando Sien recupere emisión, si la recupera, activamos los dispositivos y cruzamos. Cuando - admitió Sien desde el catre. No si. Gallo lo miró. Sien tenía las manos en las sienes. Los dedos presionando. Buscando. La pared sin puerta que tal vez un día iba a tener puerta.

Cuando - dijo Gallo. - - ### CAPÍTULO 040 [S][O][R]

La escolta se estableció en la frontera en la semana veinte. No en Cruce 7, en los túneles debajo de Cruce 7. Los bunkers de los constructores tenían espacios que Gancho había mapeado, pero que nadie había habitado. Salas de cuatro por seis con paredes grises, el aire seco a dieciséis grados y la temperatura constante, sin necesidad de calefacción ni ventilación, debido a un sistema de regulación térmica diseñado por los constructores que funcionaba sin energía visible. Las paredes absorbían el calor del día a través de conductos que conectaban con la superficie y lo liberaban de noche, manteniendo la temperatura en un rango de dos grados, más estable que cualquier sistema del GM.

Las salas no tenían muebles ni infraestructura visible, ni marcas de uso que dejan los que viven en un lugar durante tiempo. Las paredes lisas, el suelo liso, el techo a dos metros con líneas grabadas que Remache había descubierto que servían como conductos de amplificación. Las salas habían estado vacías desde que los constructores las hicieron. Nadie sabía cuánto tiempo era “desde que los constructores las hicieron”. Podían ser décadas, podían ser siglos. El material de las paredes no se degradaba, no acumulaba polvo, no absorbía humedad, no mostraba signos de envejecimiento.

Las salas estaban tan limpias como el día en que fueron hechas, fuera cual fuera ese día. La escolta las llenó con los catres de PVC, los transceptores, los emisores, las cajas negras de los dispositivos de transporte, las herramientas de Remache. El mapa de tres metros cuadrados de Gancho, el bastón de aluminio de Gallo y la tuerca que giraba entre los dedos de Remache. Remache instaló los transceptores en una sala que tenía las líneas grabadas en las paredes, los conductos inactivos que habían amplificado las frecuencias durante la confrontación con los oscuros en los meses anteriores.

Las líneas servían como antena pasiva, los transceptores conectados a las líneas de la pared multiplicaban su alcance de quinientos a ochocientos kilómetros. Remache soldó los cables de los transceptores a las líneas con puntos de estaño cóncavos, la técnica de Tyr, que Remache había aprendido mirando al viejo reparar los transceptores en Cruce 7. Los puntos no parecían tan perfectos como los de Tyr, pero funcionaban.

La conexión era estable, la amplificación era real. Gallo transmitía desde los túneles, la señal de 102.01 FM salía por las líneas de las paredes y subía por los conductos hasta la superficie, se dispersaba en el aire de la frontera y llegaba a Ciudad Esperanza, a Entreternia, a los asentamientos de la frontera, a las zonas periféricas donde la gente del PM vivía fuera del alcance del GM pero dentro del alcance de la señal.

Para Gallo, transmitir desde los túneles era diferente a transmitir desde el techo del galpón. En el galpón, el paisaje electromagnético era abierto, las Torres TAAT, los drones, las emisoras, todo visible en la pantalla del transceptor como un mapa de la actividad humana.

En los túneles, el paisaje era cerrado, las paredes del bunker bloqueaban la mayoría de las señales externas, las Torres TAAT eran un murmullo atenuado, los drones no existían, las emisoras comerciales eran fantasmas.

Lo que los túneles tenían era el campo propio de los bunkers, la frecuencia residual de los constructores que oscilaba en las paredes con la constancia de lo encendido una vez sin que nadie lo apagara. El campo del bunker era un verde oscuro en la percepción de Gallo, un verde que no era de naturaleza sino de tecnología, un verde que tenía la textura del metal y la temperatura del subsuelo y la paciencia de lo que espera sin prisa.

Los ciento cuarenta receptores se convirtieron en trescientos doce en las primeras seis semanas, después en quinientos, después en setecientos. Después dejaron de contar porque contar implicaba un registro y los registros eran lo que el GM usaba para encontrar a la gente y la escolta no iba a darle al GM un registro de quién escuchaba 102.01 FM.

Lo que sabían era que la señal llegaba, lo que sabían era que la gente escuchaba, lo que sabían era que en los niveles bajos de Entreternia, en los asentamientos de la frontera y en las zonas donde el GM no tenía presencia, la gente construía transmisores de chatarra con las instrucciones que Gallo transmitía, los escudos de malla con las especificaciones que Remache había diseñado y las redes de detección con los hemacronos que Sien había despertado.

La rebelión no era un ejército, la rebelión era una frecuencia. Polvo se fue con los niños. No todos los cuarenta y tres veintiséis, los que los padres evacuaron de Entreternia antes de que la Directiva llegara. Los otros diecisiete se quedaron porque sus padres no

escuchaban 102.01 FM o porque no tenían padres o porque los padres decidieron que Entreternia era lo que conocían y que lo conocido era más seguro que lo desconocido aunque lo conocido estuviera a punto de ser invadido por tropas del GM.

Los diecisiete se quedaron. Polvo se fue con los veintiséis. Los veintiséis niños vivieron en Cruce 7. En las casetas de polímero donde la gente de la frontera los recibió con la hospitalidad de los que no tienen mucho, que por eso comparten lo que tienen. Barras de proteína que sabían a la nada comprimida del GM pero que llenaban el estómago. Agua del pozo que tenía un sabor mineral que los niños de Entreternia no conocían porque el agua de Entreternia era agua del GM tratada con cloro, fluoruro, estabilizantes que le quitaban todo sabor.

Espacio en el suelo para dormir en casetas que olían a polímero caliente de día, a polímero frío de noche y que crujían con el viento de la frontera como barcos en un mar de tierra seca. Polvo hizo un sótano nuevo. No un sótano, un espacio al aire libre detrás de las casetas donde el suelo era tierra de la frontera y el techo era el cielo y las paredes eran la distancia.

Polvo delimitó el espacio con piedras, piedras oscuras de la zona intermedia, del tamaño del puño, colocadas en un rectángulo de diez por seis metros que era el perímetro del circo nuevo. Polvo lanzó pigmentos al aire libre por primera vez. Los colores no rebotaron en paredes, se dispersaron en el viento. Las partículas de óxido de hierro se elevaron un metro, giraron con la corriente del norte, se depositaron sobre la tierra oscura con el rojo de la sangre oxidada.

Las partículas de sulfato de cobre subieron más alto, la densidad menor las llevó a dos metros, y la turbulencia las dispersó en una

nube azul que tardó ocho segundos en disolverse en el aire de la frontera. Las partículas de cromato de plomo amarillas, más pesadas, cayeron rápido, en arcos parabólicos que pintaban líneas amarillas sobre la tierra con la geometría del lanzamiento.

Los niños corrieron, gritaron, los colores se mezclaron con el polvo de la frontera, tiñeron el aire de rojo, azul, amarillo, y los veintiséis niños corrieron entre las nubes de color con los pies descalzos sobre la tierra oscura y las manos extendidas atrapando partículas que no se podían atrapar.

Las tres ratas nuevas corrieron entre los niños. No las once originales, las tres que habían encontrado el sótano del Bloque 22 después de que las once se fueran. Las tres ratas nuevas no seguían a Polvo por frecuencia, seguían a Polvo por la ruta del alimento, la ausencia de amenaza. Las ratas nuevas eran más pequeñas que las originales, entre cien y ciento cincuenta gramos, pelaje más claro, ojos más grandes.

Las ratas nuevas no se formaban entre Polvo y la amenaza. Las ratas nuevas corrían entre los niños porque los niños dejaban caer migas de barras de proteína y las migas eran comida y la comida era la razón por la que las ratas existían cerca de los humanos.

Polvo estaba descalzo sobre la tierra oscura de la frontera, haciendo lo que Polvo hacía sin los 18 Hz que habían sido parte de él. Los pies de Polvo sobre la tierra de la frontera recibían una frecuencia diferente a la del concreto de Entreternia, la tierra transmitía frecuencias más bajas, con más armónicos, con la resonancia del suelo que no ha sido cubierto por concreto ni por polímero ni por las capas de infraestructura que el GM ponía entre la gente y la tierra.

Los pies de Polvo sobre la tierra percibían el bosque. El bosque estaba a cuarenta kilómetros, pero la frecuencia del PB viajaba por el suelo con la constancia de lo que no se puede contener, 0.003 Hz, subiendo por la tierra. Entrando por las plantas de los pies y viajando por los huesos de las piernas hasta las caderas y el cráneo.

Polvo no emitía, Polvo recibía. La tierra le daba lo que el coordinador le había quitado de otra forma, no los 18 Hz propios, sino la frecuencia del mundo que estaba debajo. Los niños no necesitaban la frecuencia, los niños necesitaban a Polvo.

Gancho operaba los túneles. Se convirtió en el sistema nervioso subterráneo de la rebelión, el hombre que conocía cada giro, cada bifurcación, cada escotilla, cada punto donde el campo era fuerte y donde era débil, cada centímetro de los ciento veinte kilómetros de túneles que había mapeado en los meses después del robo.

El mapa de Gancho ocupaba tres metros cuadrados de papel cuadriculado en la pared de la sala de transceptores, tres metros cuadrados de líneas dibujadas con lápiz y corregidas con borrador y redibujadas con tinta cuando la corrección era definitiva. El mapa era el documento más valioso que la escolta poseía, más valioso que los transceptores, más valioso que los emisores, más valioso que los dispositivos de transporte.

El mapa era la ciudad invisible. Los túneles eran la infraestructura que el GM no sabía que existía y que la escolta usaba para moverse entre los asentamientos sin pisar la superficie. De Cruce 7 a Cruce 12 por los túneles: dieciocho kilómetros. De Cruce 12 a los cimientos de Entreternia: veinticinco kilómetros. De los cimientos de Entreternia al perímetro de Ciudad Esperanza: nueve kilómetros. La red de túneles era una ciudad debajo de la ciudad, una

ciudad sin luz, sin sonido externo, sin las frecuencias de supresión de las Torres TAAT. Una ciudad donde el aire era de dieciséis grados y las paredes no se degradaban, y el campo residual de los constructores vibraba con el verde oscuro que Gallo percibía como la nota de algo antiguo que seguía funcionando. Sien descansaba. Las piernas funcionaban, la izquierda primero, después la derecha, la recuperación nerviosa avanzando desde la periferia hacia el centro con la lentitud de los axones que se regeneran a un milímetro por día.

Los brazos funcionaban. Los dedos iban a las sienes y encontraban cada vez más, primero el campo de fondo de la frontera como un murmullo indistinguible, después los armónicos de las Torres TAAT a trescientos kilómetros como puntos de presión en el horizonte electromagnético. Después, las firmas tenues de los hemacronos de recepción que la red de la escolta había entrenado en Entreternia como constelaciones que aparecían una por una en un cielo que se despejaba. El sensor se recalibraba. La emisión no volvía.

Sien percibía, pero no emitía. Un hemacrono de recepción donde antes había habido un hemacrono completo. El equivalente electromagnético de un ojo que ve, pero que no puede parpadear. Sien no dejó de intentar. Todas las mañanas, a las cuatro, cuando el campo de los bunkers se debilitaba, las escotillas cedían, el aire del túnel se enfriaba medio grado con la corriente que entraba por las grietas de la superficie. Sien se sentaba en el suelo de la sala que compartía con Gallo, Remache, ponía las manos en las sienes y empujaba.

Empujaba hacia afuera. Buscando el pulso que había salido de su cuerpo miles de veces, el contrapulso, la réplica, la emisión que era

Sien. Lo que encontraba era un murmullo. Un murmullo que cada semana era un poco más fuerte, no emisión, sino el fantasma de emisión, el eco de lo que había sido, la sombra de la sombra de la frecuencia que el coordinador no había destruido, sino enterrado debajo de capas de agotamiento y daño nervioso que el cuerpo necesitaba tiempo para reparar. Nico esperaba. La chaqueta con jade en el bolsillo de la chaqueta de tela gruesa, la chaqueta que Nico llevaba desde el mercado del nivel cinco. La chaqueta que olía a los niveles bajos de Entreternia, al aceite del camión de suministros, al aire seco de la frontera, al humo de la forja de Tyr.

La frecuencia continua del PB emitiendo desde el cuerpo de Nico sin que Nico la controlara, la frecuencia que no era detectable por los sensores del GM ni por los hemacronos oscuros ni por el coordinador. La frecuencia que existía con la constancia de la gravedad y que era la mitad de la llave que abría los dispositivos de transporte. La piedra contra la piel a través de la tela del bolsillo. La espera de alguien que tiene dieciséis o diecisiete años y un destino definido, cruzar, volver, buscar lo que duele en el espacio vacío de la memoria y que no puede ejecutarlo hasta que la segunda llave funcione.

La Directiva del GM llegó a Entreternia en la semana veinticuatro. Gallo la oyó. A trescientos kilómetros de distancia, en un túnel debajo de Cruce 7, con un transceptor T-17 sintonizado en las frecuencias militares del GM que los transceptores robados podían interceptar porque los transceptores robados eran del GM y tenían las claves de cifrado del GM. La comunicación militar era clara: operación de barrido, niveles uno a quince, Bloques 1 a 30 de Entreternia. Búsqueda y recuperación de material clasificado.

Autorización para uso de frecuencia de parálisis contra objetivos no cooperativos.

Los diecisiete niños que se habían quedado en Entreternia, los que no tenían padres que escucharan 102.01 FM, estaban en los niveles bajos. El sótano del Bloque 22 estaba vacío. Las mantas de colores estaban en el suelo. Las tiras de tela colgaban del techo. La caja de cartón donde el gato tuerto dormía estaba en la esquina. El emisor de alerta seguía en el conducto de ventilación, emitiendo su campo de monitoreo a una sala vacía.

La Directiva barrió Entreternia en cuatro días. No encontró el equipamiento. No encontró a la escolta. Encontró los emisores de alerta, tres dispositivos que la Oficina de Seguridad confiscó y catalogó como “material recuperado parcial.” Tres de veintiuno. El GM consideró el resultado insatisfactorio. Los Carmesí consideraron el resultado humillante. Alguien había robado equipamiento clasificado de una Torre TAAT, había operado con él durante meses, había construido una red de comunicación que cubría quinientos kilómetros, y había desaparecido dejando tres emisores y un sótano con manchas de color en las paredes.

La rebelión no se detuvo con la Directiva. La rebelión se movió. Se hundió en los túneles. Se dispersó en los asentamientos. Se transmitió en 102.01 FM desde debajo de la tierra donde el GM no podía llegar y donde las Torres TAAT no tenían efecto y donde lo que las personas percibían no estaba filtrado por la supresión de 0.12 Hz. En la semana treinta, mil doscientas personas escuchaban 102.01 FM. En la semana treinta, Sien se sentó en el túnel a las cuatro de la mañana y puso las manos en las sienes y empujó.

Y algo salió. No un contrapulso. No una réplica. Un pulso. Débil. Tenue. Tres Hz de amplitud donde antes había habido doce. El equivalente de un susurro donde antes había habido una voz. Pero un pulso. Emisión. Frecuencia saliendo de Sien hacia afuera por primera vez en cuatro meses. Sien abrió los ojos. La sangre bajaba de la nariz. Las manos temblaban. Las piernas temblaban. El cuerpo temblaba con el esfuerzo de producir lo que debería ser natural y que se había convertido en la cosa más difícil que Sien había hecho.

Tres Hz - contestó Sien. Nico abrió los ojos. La mano fue al bolsillo de la chaqueta. Los dedos se cerraron sobre el cuarzo con jade. La piedra no resonó, pero los dedos no la soltaron. Gallo estaba despierto. Gallo siempre estaba despierto a las cuatro. Gallo escuchó el pulso no con los oídos, sino con los huesos, con la misma resonancia ósea con que había sentido el cuarzo de Tyr tocando la mano de Nico. Tres Hz. Un susurro.

Tres hoy - comentó Gallo. Seis mañana. Doce la próxima semana. No sabes eso. No. Pero lo vamos a averiguar. Sien sonrió. No la sonrisa de los que celebran la sonrisa de los que empiezan. La sonrisa que es más esfuerzo que alegría y que dura medio segundo y que es suficiente. La escolta estaba en la frontera. Rota, reducida, dispersa. Sin la frecuencia de Polvo. Sin la emisión completa de Sien. Casi sin pensarlo, sin la rodilla de Gallo. Antes de que pudiera reaccionar, sin tres placas de la armadura de Remache. Sin el anonimato de Gancho. Con mil doscientas personas escuchando, con los túneles de los constructores como columna vertebral y con tres dispositivos de transporte inter-planar esperando el momento en que dos frecuencias, una pulsada y una continua, pudieran activarlos.

En algún lugar de Entreternia, el coordinador de los hemacronos oscuros seguía operando. En algún lugar de Sanguisburg, los Carmesí seguían buscando. En algún lugar del sistema del GM, la Directiva de Restitución seguía activa. Y en un asentamiento de la frontera, un viejo manco con un carrito de herramientas reparaba un generador con una sola mano, hablaba de un pez que se le escapó y de una piedra que un pájaro se comió y de la temperatura del metal cuando se enfría, que es la temperatura a la que las cosas deciden si van a ser duras o flexibles, frágiles o resistentes. “Todo se decide en el enfriamiento,” decía Tyr a nadie en particular. “El calor es fácil. El calor es emoción. Lo que importa es lo que queda cuando el calor se va.”

Lo que quedaba era la escolta. Lo que quedaba era suficiente. ##
NOTA DEL AUTOR

Los primeros diez libros los escribí desde adentro. Desde las ciudades, los niveles, los pasillos, los sistemas. Este lo escribí desde afuera. Desde la frontera donde el concreto se acaba y comienza la tierra. ## GLOSARIO

102.01 FM Frecuencia de transmisión de la escolta. Portadora de la rebelión. Señal abierta. Para el que quiera escuchar. 423 Código de los que viven. Nunca invertir con 424. 424 Código de los que mueren. Nunca invertir con 423. 891 Concepto ARCHON. No contable. No explicable. Máximo una mención explícita por libro. ARCHON Sistema de corrección que opera a nivel macro. No odia, no castiga, no decide. Detecta, ejecuta, corrige, desconecta. Bunker Construcciones subterráneas de origen desconocido. Material gris que no se degrada. Temperatura constante a 16°C. Campo residual que se debilita a las 4:00 AM. Los constructores dejaron los bunkers.

Nadie sabe cuándo. Carmesí Organización criminal de Sanguisburg. Opera con la paciencia de los que no tienen plazo. Botas de cuero con suela de goma vulcanizada.

Si bemol a 230 Hz. Ciudad Esperanza Capital administrativa del Plano Medio. Torres TAAT. Dos millones de habitantes bajo supresión electromagnética. Coher Unidad monetaria del Plano Medio. Constructores Civilización desconocida. Responsables de los bunkers, los túneles, las líneas en las paredes, la soldadura cóncava de 1.2 milímetros. Nadie sabe quiénes fueron. Nadie sabe cuándo construyeron. Coordinador Hemacrono oscuro de alto nivel. Campo continuo, no pulsado. Opera como corriente, no como piedra. Cancela frecuencias invirtiendo su fase. Cruce 7 Asentamiento de la frontera. Cuarenta kilómetros al norte de Ciudad Esperanza. Un generador, casetas de polímero, gente que no cabe en ningún otro lugar. Tyr repara cosas ahí. Directiva de Restitución Protocolo de emergencia del GM. Autoriza operaciones militares en territorio civil. No se usaba desde hacía veinte años.

Entreternia Niveles bajos de Ciudad Esperanza. Quince niveles. Sin mantenimiento del GM. Donde vive la gente que el sistema no registra. Escolta Gallo, Remache, Polvo, Sien, Gancho. Unidad formada durante el servicio en la frontera. No soldados. Lo que está detrás de ellos es lo que importa. Faith Operativa. Ojos grises. Tableta de papel. Bolígrafo de 0.3 milímetros. Registra sin añadir. Frontera Zona entre Ciudad Esperanza y el Plano Base. Donde el concreto se acaba y empieza la tierra. Donde la frecuencia del bosque satura la electrónica del GM. Gallo Escolta. Sinestesia: sonido = color. Oye lo que otros no oyen. Rodilla izquierda que suena a

ferretería. Bastón de aluminio. Do natural contra el suelo. Gancho Escolta. Archeopunk. Abre lo que está cerrado.

Gancho de acero de 30 centímetros. Conoce cada túnel, cada escotilla, cada giro. GM (Gobierno Municipal) Autoridad administrativa de Ciudad Esperanza. Burocracia total. Registra todo. Reclasifica lo que no puede arreglar. Hemacrono Persona con capacidad de emitir o recibir frecuencias electromagnéticas a través del cuerpo. Oscuros: usan la capacidad para borrar personas. La mayoría son de recepción, no de transmisión. Le Jardin Café interdimensional. El narrador sirve café ahí. La puerta que los Jardineros sellan. Nico Frecuencia continua del Plano Base. Sin registro, sin ruido. Cuarzo con jade en el bolsillo. La mitad de la llave. Plano Base (PB) Plano de existencia al otro lado del bosque de la frontera. Plano Medio (PM) Plano donde transcurre FRONTERA. Ciudad Esperanza, Sanguisburg, Entreternia.

Polvo Escolta. 18 Hz. Descalzo. Pigmentos. Ratas. Niños. La frecuencia que calma lo que está agitado. Hasta que el coordinador la borra. Remache Escolta. 147 placas de armadura de chatarra. 101 kilos sin armadura. 124 con ella. La tuerca que gira entre los dedos cuando procesa información. Clic. Sien Entonces escolta. Hemacrono. Dedos en las sienes. Detecta, emite, contrarresta. Hasta que el cuerpo cierra la cuenta. Torres TAAT Cuatro torres de supresión electromagnética. 0.12 Hz. Púrpura en la percepción de Gallo. Mantienen a la población en estado de atención reducida. Transceptor T-17 Equipo de comunicaciones del GM. Rango: 500 kilómetros. La escolta robó seis. Tyr Reparador ambulante. Un brazo. Habla sin parar. Soldadura cóncava idéntica a la de los constructores. Cuarzo con jade.

Sabe cosas que no debería saber. ## SOBRE ESTA OBRA

MEDIOEVO: FRONTERA es el undécimo libro de una saga de trece volúmenes. La historia continúa en:

Libro XII: DON HUMO

Libro XIII: NEXUS

$$\chi \cdot e^{\chi} = 1$$

- ○

$$\chi \cdot e^{\chi} = 1$$